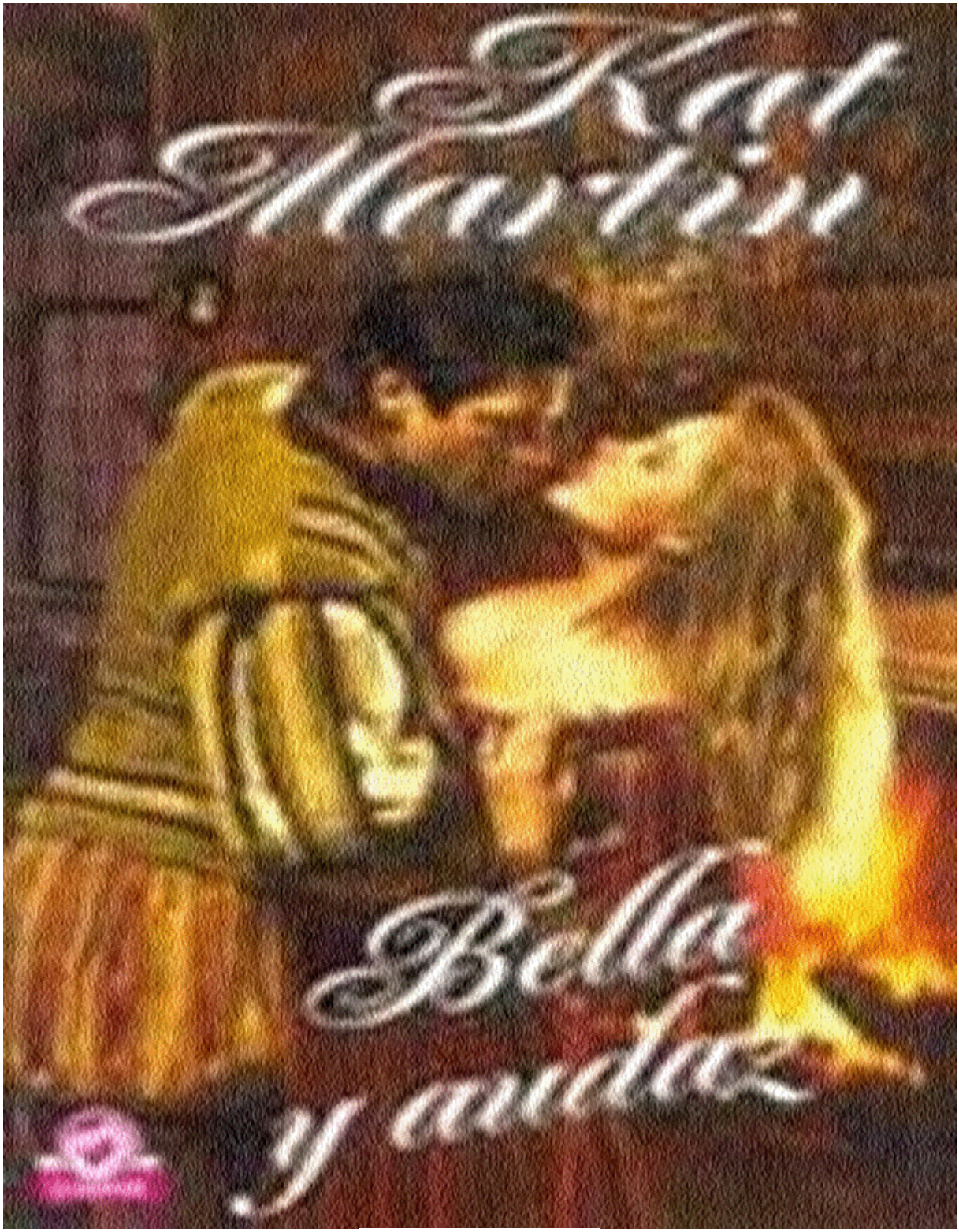
BELLA Y AUDAZ
KAT MARTIN



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Inglaterra, 1069

La muchacha debería haber tenido miedo. Muchos guerreros sajones habían huido despavoridos al verle II en traje de batalla, y sin embargo Ral no percibió temor m alguno en los resplandecientes ojos azules que escrutaban su rostro. Bajo su casco cónico, la observó dirigirse II hacia él, ofreciéndole un vistoso ramo de flores con su pequeña mano. Sonrió, sin prestar atención a la sangre II reseca que oscurecía su cota de malla ni al feroz dragón negro que aparecía en su escudo.

Debería haber tenido miedo, y sin embargo se acerco más, curiosa aunque extrañamente serena, interesada, casi ansiosa, como si hubiera encontrado a un nuevo amigo.

Ral cambió de posición en su silla de montar, sintiéndose incómodo ante aquella mirada. El enorme caballo daba coces y resoplaba; de pronto aguzó las orejas y volvió la cabeza hacia la hermosa doncella de cabello negro que no superaba en altura las enormes cruces del caballo.

Raolfe de Gere hubiera jurado que jamás había visto una mujer más bella o una sonrisa más encantadora que aquella que iluminaba el rostro de la joven. No parecía mayor de dieciocho años, con un cuerpo maduro para ofrecérselo a un hombre y un resplandor en las mejillas que daba a entender que quizá agradeciera compañía masculina. Sin embargo, los sentimientos que despertaba en él eran completamente distintos. Le hacía pensar en un hogar y un final a toda aquella sangre y lucha.

Se limitó a levantar el pequeño ramo en silencio. Ral tendió una mano enguantada y lo cogió. Cuando sus dedos rozaron los de la chica, ella sonrió más ampliamente, y él le dedicó una sonrisa cansada. Esperó a que ella hablase, sintiendo curiosidad por escuchar el tono de su voz y al mismo tiempo reacio a romper el encanto creado por su presencia. Se preguntó de dónde vendría y cuál sería su nombre.

¿Dónde estaría su hermana? Caryn de Ivesham hizo rodar la gran piedra de granito y buscó entre los robles que tenía a su derecha. Sólo se había ausentado un segundo; Gweneth no podía haber ido muy lejos.

Caryn oteó el prado y después el montículo situado al otro extremo. La túnica azul claro que ondeaba en la brisa sólo podía ser la de Gweneth, pero a su lado... ¡Madre bendita! A Caryn se le cortó la respiración. El Caballero Negror Un dragón negro sobre un campo de rojo sangre. ¡Raolfe *el Despiadado!* y allí estaba Gweneth, ofreciéndole un ramillete de flores con patética inocencia.

Sintiendo en el pecho los fuertes latidos de su corazón, cogió el dobladillo de su túnica verde bosque y corrió campo a través.

-¡Gweneth! -gritó-. ¡Gweneth! -Pero su hermana no se volvió y Caryn siguió corriendo. Al llegar junto a ella vio los duros rasgos del enorme caballero normando montado a caballo. Ral *el Despiadado,* el hombre que había estado recorriendo el país, asolando el norte en nombre del rey Guillermo, decidido a reprimir la rebelión.

-¡Suéltala!- exigió Caryn con cierta irracionalidad, ya que el hombre simplemente permanecía a lomos de su caballo. El enorme caballero no despegó los labios, limitándose a mirar a Gweneth como si fuera una extraña criatura de otro mundo, cosa que en cierta forma era.

-Le ruego... -dijo Caryn. Mi hermana no tiene malas intenciones. Es imprudente por naturaleza. No se hace cargo de las cosas. No es... ¿Qué podía decir acerca de Gweneth? Acerca del modo en el que vivía, de su dulzura, de su cariño. Pero al contemplar el rostro del Caballero Negro comprendió que sobraba cualquier explicación.

-Es bellísima- dijo él con tierno respeto, como si se hubiera unido a ella en su mundo lejano. A continuación se incorporó en la silla, irguiéndose a tal altura que tapaba el sol. Su cabello negro, más largo que el de la mayoría de los normandos, resplandecía bajo el casco; tenía una mandíbula fuerte y la tez morena. Por primera vez prestó atención a Caryn pero de su voz desapareció todo rastro de ternura.

-No deberíais estar aquí. Hay hombres en aquellos bosques, caballeros y soldados recién salidos de la batalla que podrían haceros daño. Ya sabéis seguramente que es peligroso andar por aquí en estos tiempos. -Sé dirigió a ella en sajón, no con fluidez suficiente pero con suficiente soltura para hacerse entender.

-Volvíamos a casa del pueblo – mintió Caryn, ya que en realidad huían del aburrimiento de todo un día en casa-. Nos equivocamos de camino, pero ya *lo h*emos encontrado. Regresaremos de inmediato.

-No sois campesinas. Por el aspecto de vuestras ropas, sois de alta alcurnia. Deberían cuidar mejor de vosotras.

Caryn se ofendió.

-No es asunto suyo. Yo cuido muy bien de mi hermana, mejor que nadie. ¡Sé cuidar de las dos! -Asió del brazo a Gweneth, pero ésta se soltó, y con una sonrisa en los labios, tendió la mano hacia el alto caballero. Los ojos de Caryn se abrieron como platos cuando el imponente guerrero se inclinó y la cogió entre las suyas, estrechándola suavemente.

-Id-dijo, mirando a Caryn, adoptando de nuevo un tono duro y áspero-. Volved a casa antes de que tengáis problemas. El próximo hombre con quien os topéis tal vez quiera algo más que amistad. ¡Marchad!

Caryn tragó saliva y retrocedió. Tirando con fuerza del brazo de su hermana, la condujo hacia un soto. Aún temblaba cuando llegaron al bosque. En cambio Gweneth paseaba tranquilamente a su lado, recogiendo flores, olvidado ya el hombre de la colina.

Al pensar que habían escapado por los pelos, Caryn se apoyó contra un árbol de boj y respiró aliviada. ¡Aquel caballero era tan grande! Podía acabar con la vida de un hombre de un puñetazo. Se rumoreaba que había matado a docenas de guerreros sajones, violado mujeres y arrasado las tierras de costa a costa. Sin embargo, la imagen que conservaba de él era la de un enorme normando que sostenía un pequeño ramillete de flores y daba un cariñoso apretón de manos a su hermana.

Caryn frunció el entrecejo, incapaz de entenderlo. No deberían haber salido de casa, por supuesto, pero habían permanecido demasiado tiempo encerradas y se decía que los normandos se hallaban a muchos kilómetros de distancia.

Recordó las palabras del Caballero Negro; ella y Gweneth deberían estar mejor atendidas. En verdad, su tío casi nunca sabía: dónde paraban, y Caryn sospechaba que el hombre se sentía aliviado cuando no estaban por allí. Además, Ivesham no corría peligro; Aunque su tío simpatizaba con la causa de los hermanos sajones, había jurado lealtad al rey. Nadie conocía sus simpatías por los rebeldes; ni siquiera Caryn, hasta que una noche lo oyó hablar.

Soltó la mano de su hermana y se agachó para cortar una margarita amarilla. El día era soleado y cálido. Miró con anhelo el cielo despejado. Había; muy pocas cosas que hacer en la casa solariega, a excepción de las habituales tareas femeninas que tanto detestaba; Caryn dio una patada a una piedra y oyó cómo caía a un estanque cercano.

Deberían regresar a lvesham, - y lo harían - pero ¿Qué peligro podía haber en retrasarla vuelta un par de horas? El Caballero Negro había desaparecido, tendrían cuidado, y nadie más se acercaría a ellas. Se entretendrían un rato junto al estanque, y disfrutarían del sol y después volverían a casa.

Ral se quedó mirando la arboleda en que se habían internado las jóvenes, dividido entre la preocupación por la bella doncella de cabello negro y la necesidad de regresar junto a sus hombres. Los rebeldes habían huido, pero siempre cabía la posibilidad de que volvieran. Si eso ocurría, sus hombres le necesitarían.

El sol caía despiadadamente sobre su casco y su pesada cota de malla. Satán, su enorme caba11o piafaba con creciente nerviosismo. Sin embargo los pensamientos de Ral continuaban centrados en la joven que había intentado entablar amistad con él y que por unos momentos había borrado de su mente los horrores de la guerra. Sin duda las doncellas habrían seguido sus consejos y regresarían a la seguridad del hogar, aunque por un instante dudó de que así fuera al recordar a la osada joven de cabello castaño rojizo que con tanta valentía se había enfrentado a él.

Sonrió al pensarlo ya continuación maldijo la estupidez que la había llevado a pasear sola por el campo. N o era en absoluto tan bella como su hermana, pero quizá con el tiempo llegaría a serlo. Ambas muchachas eran menudas y de tez blanca; la castaña, mucho más delgada, se hallaba en esa etapa algo ambigua que preludia la madurez. Se preguntó qué aspecto tendría cuando se convirtiera en mujer.

Volvió a mirar hacia el lugar en que habían desaparecido. No debía preocuparse; había visto cómo temblaba la joven al oír el tono de su voz. Ni siquiera ella sería tan estúpida como para desobedecer sus órdenes. Miró las flores que aún sostenía en la mano y su fragancia le recordó aquellos ojos azules y la increíble dulzura de la doncella. De mala gana, arrojó el ramillete y cabalgó para unirse a sus hombres.

-¡Ral! Menos mal que has vuelto. Tu ausencia comenzaba a inquietarme. - Odo, su caballero de confianza y gran amigo, cabalgó hacia él, lanza en mano.

-¿Que noticias hay? -pregunto Ral -¿Han regresado los exploradores?

El caballero pelirrojo asintió.

-Han informado de que una fuerza rebelde avanza hacia los hombres de Montreale. Deberíamos intentar atraparlos antes. -La rivalidad entre Ral y Stephen de Montreale, señor del castillo de Malvern, era legendaria, una enemistad que se extendía a los hombres que se hallaban a sus órdenes.

-¿Hacia dónde se dirigen?

Odo señaló en la dirección por la que acababa de llegar Ral. Éste pensó en las dos doncellas y se estremeció.

-Reúne a los hombres. Avísales de que estén en guardia. Partiremos enseguida.

Dos horas más tarde la pequeña fuerza rebelde había sido descubierta. Veinte sajones fueron hechos prisioneros, otros tantos yacían muertos o moribundos en el campo de batalla; No obstante, la rebelión estaba lejos de ser reprimida. Pronto recibirían un mensaje del rey que desvelaba la traición de otros sajones. A Ral le correspondería poner fin a esa oposición. Guillermo quería que la paz reinase de nuevo en esa tierra dividida por la guerra.

Y Ral ambicionaba tierras propias.

-Los hombres han realizado un buen trabajo – dijo contemplando al enemigo derrotado y a sus agotados soldados-. Hay un prado no muy lejos de aquí. Será un buen lugar para acampar.

Rendido, cabalgó junto a Odo a través de 1a aliseda donde había encontrado a las dos jóvenes. Al no verlas por allí, se sintió aliviado, De pronto un ruido le llamó la atención y se detuvo. A su derecha, junto al borboteo del agua del riachuelo, oyó las estruendosas voces de hombres que hablaban francés normando.

-¡Deteneos! -ordenó alas tropas que cabalgaban detrás de él-. Odo, Geoffrey, Hugh y Lambert acompañadme, -Seguramente; eran los hombres de Stephen. No eran asunto suyo, pero así se enteraría de sus planes.

Avanzaron silenciosamente entre los árboles, escuchando las risas groseras de los guerreros, y entre ellas Ral oyó el grito agudo de una mujer. Espoleó el gran caballo negro, que dio un salto hacia adelante. En pocos minutos 1legó al claro de donde procedían las voces y vio con horror lo que un sexto sentido le había estado anunciando todo el día. Bajó del caballo y desenvaino la ancha espada.

-¡Deteneos! Las risas se desvanecieron ante la dureza de su tono. Un grupo de hombres de Stephen, manchados de sangre y cansados de la batalla, se volvió para mirarlo.

-Tal vez Malvern no censure el saqueo y el asesinato, pero yo no lo tolero. Si deseáis vivir, dejad a las mujeres y retroceded.

Un robusto caballero dio unos pasos al frente.

-Las chicas son nuestras por derecho de guerra. ¿Con qué derecho nos lo prohíbes?

-Con este derecho. -Ral alzó la espada; la gruesa hoja resplandeció al sol. El escudo en forma de cometa le colgaba de un hombro, y el feroz dragón los contemplaba amenazador.

-Es él-susurró uno de los cinco hombres-. Ve con cuidado, Bernart; te enfrentas al Caballero Negro. Habrás oído hablar de él. -Tragó saliva con tanta fuerza que Ral pudo distinguir el nudo que se le hacía en la garganta.

-Ellos son cinco y nosotros también. Propongo que luchemos.

-Deja que se quede con las chicas -intervino otro-. No hay que ser avaricioso. Nosotros ya nos hemos aprovechado.

Sus compañeros rieron nerviosos. Se apartaron de las mujeres que tenían rodeadas, se alisaron las túnicas y se ataron los cordones de los pantalones.

Ral miró a las dos jóvenes tendidas en el suelo, desnudas. La doncella de cabello negro yacía sobre la hierba, con la mirada fija en el cielo. Tenía los muslos ensangrentados, y su melena enmarañada, cubría sus pálidos hombros. A escasos metros, la muchacha de pelo castaño, levantó la cabeza,

recobrando el conocimiento. Tenía el cuerpo magullado, un ojo hinchado y el labio partido. Un hilillo de sangre le caía por la comisura de la boca.

Ral tensó los dedos alrededor de la empuñadura de la espada.

-Os repito que os apartéis de las mujeres.

Un robusto caballero de cabello castaño fue el primero en obedecer.

Considera a la delgadita un regalo de lord Stephen -se burló-. Su virgo permanece intacto. Puedes hacer con ella lo que gustes.

-La buena era la rellenita -dijo otro-. La tomamos uno tras otro y lo cierto es que la chica disfrutó más que cualquier criada.

Ral actuó con tal rapidez que lo pilló desprevenido. Con la mano enguantada, cogió al hombre por el cuello, cortándole la respiración, y lo levantó del suelo. Éste pataleó y se retorció en un intento por liberarse, jadeando, pero Ral lo asió con más fuerza. Cuando el caballero se desmayó, Ral masculló una maldición y lo arrojó a suelo como un trozo de carne podrida.

-¡Cogedlo y marchad! -ordenó Ral.

Murmurando entre sí mientras arrastraban al hombre inconsciente, recogieron las armas y se adentraron con sus caballos en el bosque.

-Ve a buscar otra manta -dijo Ral a Odo mientras cogía la suya de la silla de montar y desaparecían los últimos hombres de Malvern. Se arrodilló junto a la doncella de cabello negro, la cubrió y la levantó para depositarla sobre los brazos extendidos de Odo. Cuando se agachó para tapar a la joven de pelo castaño, ésta empezó a forcejear, golpeándole con fuerza.

-¡Dejadla -exclamó la muchacha mientras le asestaba un puñetazo en la mandíbula-. ¡No le hagáis daño!

La cogió por las muñecas y le habló con dulzura para calmarla:

-Tranquila, *ma petite.* Tú y tu hermana estáis a salvo. -Ella se resistió unos minutos más, debatiéndose hasta desvanecerse en *sus* brazos. Ral la alzó y la llevó hacia los caballos.

-Menos mal que llegamos a tiempo -dijo Odo-. Un poco más y las doncellas habrían muerto. Ral asintió.

-Es lamentable. -Odo cambió de posición el peso que llevaba-. La morena es muy bella, y la más joven se defiende como una tigresa.

-Luchó con valentía.

-¿Qué vamos a hacer con ellas?

Ral vaciló un instante.

-No sabemos dónde viven. Si *sus* parientes apoyan a los rebeldes sajones, no estarían a salvo ni tras los muros de su propia casa. -Pasó la chica a Geoffrey, el más joven de *sus* caballeros, un chico rubio de diecisiete años que había servido de escudero a Odo.

-Llévalas al convento del Sagrado Corazón. Las hermanas averiguarán su identidad y avisarán a la familia para que acuda a recogerlas.

-Considerando lo que puede deparar el futuro, parece una buena ida.

Ral se limitó a asentir. No podía dejar de pensar en la bella doncella de cabello negro atacada por los crueles hombres de Stephen. O en la cara ensangrentada de la joven que había luchado con tanta valentía para protegerla.

Ral apretó los labios. Debería haberlas acompañado. Eran tan jóvenes, inocentes y confiadas. Conocía los peligros a que podrían enfrentarse.

Estaba tan acostumbrado a mandar que jamás se le ocurrió que las chicas le desobedecerían.

Maldita sea. Se sentía culpable.

Al verlas maltrechas en brazos de los hombres, sintió una gran pesadumbre.

2

Inglaterra 1072

El tañido de las campanas que llamaban a maitines producía un extraño eco en las salas desiertas del convento. En la capilla situada en el ala este, filas de monjas vestidas de negro se arrodillaban sobre el duro suelo de piedra, preparándose para la oración.

-¿Dónde se ha metido esa chica esta vez? -preguntó la abadesa, observando a las monjas y al pequeño grupo de novicias arrodilladas a su izquierda.

La hermana Agnes, de pie a su lado, lucía una mueca de enfado.

-No la he visto.- Era una mujer de unos treinta años, delgada y tiesa como un palo -. No abandonó el ayuno con nosotras esta mañana, y dos días seguidos se ha quedado dormida durante las oraciones de la tarde.

-Búscala -ordenó la severa abadesa-.Quiero hablar con ella de inmediato.

Dos horas más tarde, Caryn de lvesham, con el cabello trenzado y vestida con una túnica marrón y una almidonada camisa blanca, se presentó ante la madre Teresa, la alta e imponente abadesa del convento del Sagrado Corazón. Caryn entrelazó los dedos y procuró mostrarse recatada.

La abadesa suspiró, rompiendo el silencio que reinaba entre ambas.

-Debes aprender a ser obediente -dijo, reanudando la perorata que había iniciado hacía ya tiempo-. Sé que no te resultará fácil. N o obstante, debes esforzarte un poco.

-Sí, madre Teresa.

-Debes aprender a ser humilde y pía -continuó-. Tu familia ha muerto, Caryn; Ivesham Hall está en ruinas. Gweneth y las hermanas del convento son ahora tu única familia. Gweneth es feliz aquí. Tú también deberías empezar a aceptar tu situación.

Caryn captó tan sólo el último comentario, ya que había estado absorta observando la bandada de pájaros que volaban en el exterior. ¿Aceptar esa vida aburrida? , pensó. ¡Nunca! Sin embargo, no se atrevió a decirlo.

-Tendrás que resignarte a ser una de nosotras -prosiguió la abadesa-. Y se requiere una disciplina estricta para conseguir ese fin.

Caryn levantó la vista de la araña que paseaba por el suelo y cuyos intrincados movimientos había estado estudiando.

-¿Me has oído, Caryn ?

-Sí, madre. -¡Santo Dios! ¿Qué había dicho la vieja?

-Bien, entonces repítelo.

-¿Qué? -balbuceó.

-Repite lo que acabo de decir.

Caryn estiró nerviosa los pliegues de la fea túnica marrón.

-Debo aprender a comportarme con humildad y piedad. -Eso solía decir la abadesa. Valía la pena intentarlo.

-¿Qué más?

-¿Qué más?

-Ya me has oído.

-Disciplina. Ha dicho que necesito disciplina. -El entrecejo fruncido de la madre Teresa podía significar tanto que había acertado como que había errado por completo.

-Gracias por recordármelo. Por haberte dormido durante las oraciones, recitarás sesenta salmos tendida sobre un charco de agua. Así la próxima vez que tengas sueño, recordarás la lección.

Caryn se estremeció al pensar en el castigo. En el convento hacía frío y había corrientes de aire. Los fuegos escaseaban y los suelos eran duros y húmedos. Sin duda la obligarían a quedarse sólo con la camisa, y después, como ésta estaría mojada, se vería obligada a ponerse la túnica de lana sin nada debajo.

-La hermana Agnes se ocupará de tu penitencia. Buenos días.

Caryn suspiró al salir por la puerta. Quizá podría soportarlo. Seguro que no sería peor que fregar l*os* suelos o acostarse dos noches seguidas sin cenar.

-Espérame en el pasillo -indicó la hermana Agnes con cara de satisfacción. Caryn pensó que a la delgada mujer también le convendría un poco de penitencia-. Voy a buscar un cubo de agua y enseguida me reuniré contigo.

-Gracias, querida hermana – dijo Caryn con una sonrisa sarcástica.

Sin prisa alguna por iniciar la desagradable tarea, fue en busca de Gweneth y la encontró bordando tranquilamente en su celda. Al hablar con ella, Gweneth sonrió cariñosamente y continuó pasando la aguja con infinito cuidado por la tela que tenía sobre el regazo.

En su extraño estado mental, la vida era fácil para Gweneth, sosegada y llena de felicidad. Caryn suspiró. Para ella, la vida había sido siempre una búsqueda, aunque todavía no estaba muy segura de qué buscaba. Algún día lo encontraría; de eso estaba segura. Y entonces disfrutaría de la misma paz que su hermana.

Caryn se despidió de Gweneth, resignada a someter- se a la dura prueba que la aguardaba. Cuando regresó a la sala, la hermana Agnes había mojado el suelo con agua hasta formar un pequeño charco y esperaba con impaciencia la llegada de Caryn.

-Quítate la túnica -ordenó. Caryn obedeció de mala gana, intentando no maldecir en silencio a la monja.

-Quizá la próxima vez que quieras eludir tus deberes, recordarás las consecuencias de tal comportamiento.

-Con toda seguridad así será, hermana Agnes. -Tiritando de frío, Caryn se tendió sobre el duro suelo. De inmediato su camisa quedó empapada, y aumentaron los temblores. Sumisa, comenzó a recitar los salmos apresuradamente, sabiendo que la hermana Agnes los contaría todos.

Antes de finalizar, tenía la piel morada y temblaba de pies a cabeza. Se levantó, dedicó una forzada sonrisa a la hermana Agnes, dio media vuelta, y rígida, regresó a su austera celda.

-¿Estás bien?

Caryn volvió la cabeza y vio a la hermana Beatrice de pie en el umbral de la puerta de su celda. Beatrice era su mejor amiga, una joven delgada con unos grandes ojos verdes que en ocasiones destilaban la misma picardía que los suyos.

Sentada sobre el colchón de farfollas de maíz, Caryn se cubrió con la áspera manta de lana.

-Sólo tengo un poco de frío.

-¿Dónde estabas esta mañana?

-Se encogió de hombros.

-Es el primer día soleado que hemos tenido desde hace semanas, y las flores han empezado a brotar. –Sonrió-. Quería cortar unas cuantas para Gweneth.

Beatrice también sonrió.

-Le encantan. Ése es un don que tiene; encuentra placer en las cosas más pequeñas.

-Sí. A veces me gustaría poder ser tan feliz como ella.

Beatrice se acerco.

- Aprenderás. Un día aceptarás la realidad tal como es.

-Un día me marcharé Beatrice. Ya verás. Conseguiré salir de aquí.

-Por ahora será mejor que vayas a la capilla. Te vigilarán durante un tiempo.

Caryn suspiró.

-Supongo que tienes razón. Se 1evantó-. Mis debilidades parecen proporcionar un secreto placer ala hermana Agnes. -Apartando la manta se puso la áspera túnica de lana, intentando ignorar lo mucho que le irritaba la piel.

Echaron a andar por el pasillo. De pronto se detuvieron al oír unos golpes contra la puerta de roble de la entrada. Curiosa, Caryn se dirigió hacia allí.

-¿Quién será?

-No es asunto nuestro. Vamos, llegaremos tarde. Caryn prosiguió su camino obligando a Beatrice a seguirla. Antes de que la pequeña monja que se encargaba de abrir la puerta pudiera hacerlo unos hombres armados irrumpieron en el convento.

-Es el señor del castillo de Malvern, Stephen de Montreale -susurró Beatrice con sorpresa, reconociendo al hombre alto y rubio, vestido con elegantes prendas de color carmesí, que entró a la cabeza de sus hombres-. Mi padre hablaba de él con frecuencia, normalmente con odio.

Malvern. Caryn había oído hablar de él, ¿quién no? Sabía que había atacado el pueblo de Beatrice, y que la presencia de ésta en el convento se debía en parte al temor de los cerdos normandos como él. Malvern era aborrecido por la mayoría de sus compatriotas sajones, y su crueldad era legendaria.

-He venido a buscar novicias -dijo a la abadesa, que se había enfrentado a él-; las mujeres que todavía no han pronunciado los votos. Quiero que se presenten aquí de inmediato.

-¿Para qué las quieres? -La abadesa lo miró temerosa.

-Hay mucho trabajo en Malvern. Necesito que me echen una mano, y a ti te sobran. -Era un hombre alto, musculoso, robusto, de espaldas anchas, cintura delgada y rostro casi perfecto. De no haber sido por la nariz, algo

puntiaguda, y la dureza de su boca, podría haberse dicho que era guapo. De todas formas, era bien parecido, aunque poseía cierto aire de crueldad.

Estas chicas están bajo la protección de la Iglesia -replicó la abadesa.

Pronto estarán bajo mi protección. -Pero...

Obedece. -Como la monja permanecía inmóvil, añadió-: ¡Ahora!

Caryn se volvió cuando la hermana Agnes y un grupo de monjas se acercaron.

-¿Qué ocurre? -preguntó Agnes-; ¿Qué hace aquí lord Stephen?

-Ha venido a por las novicias.

-¿Las novicias? ¿Para qué las quieres? ¿Con qué autoridad...?

-Es Malvern -dijo Caryn-. No necesita más autoridad que la propia. -Se volvió hacia la hermana Beatrice-. Ocurra lo que ocurra, mantén a Gweneth alejada. Está en su celda. Debes asegurarte de que queda a salvo.

Beatrice miró a los hombres, asintió y dio media vuelta. Caryn la cogió del brazo.

-Prométeme que te ocuparás de ella si algo malo ocurre.

-¿Qué puede...?

-¡Promételo!

-Te doy mi palabra.

Mientras los hombres entraban en las diversas salas, Beatrice se dirigió a la parte trasera del convento, Las mujeres que no llevaban velo fueron agrupadas cerca de la entrada. Caryn estaba entre ellas. Nerviosa, miró hacia la parte posterior del convento pero ni Beatrice ni Gweneth aparecieron.

-Éstas son las únicas – dijo la abadesa a Malvern, evidentemente turbada-, Sólo estas seis.

Al ver que la madre Teresa trataba de ocultar a Gweneth, Caryn se arrepintió de las cosas terribles que había pensado de la mujer.

-Seis bastarán para nuestras necesidades, -Malvern observó a las jóvenes, ninguna de las cuales superaba los dieciocho años, Un caballero situado cerca de la gran puerta de roble las miró con fruición y no groseramente.

-¿Cómo voy a explicar esto? – preguntó la abadesa -. ¿Qué dirán sus padres?

El rostro de Malvern se endureció y adquirió un aspecto casi animal.

-Explica a los cerdos sajones que sabernos, muy bien qué ocurre detrás de estos muros. Estos conventos son un refugio para las hijas de los terratenientes sajones empeñados en traicionarnos. Lugares como éstos fomentan la agitación y el descontento, abrigan la sedición y acogen a los enemigos del rey. Tienes suerte de que Guillermo sea un hombre de Dios, ya que de lo contrario ordenaría arrasar este y otros lugares similares.

La abadesa había empezado a temblar. -Llevad las fuera -ordenó Stephen, y los hombres sacaron a las mujeres a rastras.

Algunas de ellas lloraban y forcejeaban para escapar. A pesar de las dudas y el temor, Caryn sólo pensaba en que por fin se marchaba de allí. El aburrimiento del castillo de Malvern no sería tan terrible como el encierro en el convento.

Entonces oyó a los caballeros de Malvern susurrar. Como durante años había estudiado francés normando, los entendió. Hablaban de las mujeres y, con un lenguaje crudo, describían lo que las túnicas de las

muchachas ocultaban a la vista y cómo se desharían de aquella fea prenda una vez se hubieran alejado.

Malvern les advirtió que tendrían que esperar hasta llegar al refugio. En Braxston Keep empezaría el libertinaje.

Caryn se echó a temblar. ¡Santo Dios! Aquellos hombres se proponían convertir a las mujeres en sus putas. Tratando de reprimir el pánico, notó cómo un fuerte brazo masculino la asía por la cintura. Un caballero pálido, de fino cabello moreno, la acomodó ante sí sobre el caballo.

-No temas, *demoiselle* -dijo-. No te dejaré

De pronto Caryn sintió un pellizco bajo su pecho, ya continuación el hombre azuzó el caballo.

-Confiad en Dios -dijo la abadesa al verlos partir-. Rezaremos por vosotras.

Por primera vez en mucho tiempo, Caryn rezó fervientemente por voluntad propia.

Raolfe de Gere vadeó el gélido arroyo y a continuación esperó a sus hombres. El día había sido largo; la última etapa de un viaje desde Pontefact, donde se había reunido con otros barones preocupados por el problema de los proscritos que merodeaban por las montañas.

A su lado cabalgaba Odo, su amigo desde la infancia, cuando ambos habían sido acogidos bajo la tutela del tío de Ral. Como caballeros mercenarios, habían adquirido experiencia en la batalla, para después regresar a Normandía para servir al duque Guillermo antes de que éste fuera proclamado rey.

-¿Qué te parece, Ral?¿Acampamos aquí o cabalgamos hasta casa? Resultaría un poco pesado, pero el placer de un fuego y una buena comida bien valdría la pena.

-Sí -contestó Ral-, también me apetece volver a casa. -Braxston Keep. Se había convertido en señor de Braxston en pago a los largos años al servicio de Guillermo.

Al igual que su padre y su abuelo, Ral había combatido junto a su señor feudal, jurado lealtad y decidido cumplir su juramento aun a costa de su vida. Hacía tanto tiempo que los miembros masculinos de su familia prestaban servicio como caballeros que eran llamados «De Gere», hombres de guerra. Deseaba que sus hijos no se vieran obligados a combatir en sangrientas batallas.

-Entonces ¿seguimos? -insistió Odo.

-Sí. -Ral sonrió-. Con un poco de suerte encontraremos a Lynette y el viaje se verá recompensado por un par de suaves muslos y un paseo más agradable que éste.

-En verdad, Ral, tanto si la chica está en la cama como si no, sin duda la cabalgarán bien esta noche -replicó Odo con una sonrisa.

Ral rió con buen humor.

-Deja que los hombres abreven a los caballos y descansen un rato; después nos prepararemos para seguir hasta el castillo.

Estaba ansioso por regresar a casa. Desde hacía tres años, cuando Guillermo le concedió las tierras de Braxston Keep, anteriormente propiedad de Harold de Ivesham, y construyó la torre y las murallas que rodeaban el castillo, consideraba el lugar como su hogar; de hecho, el primero desde su infancia. Las tierras que su padre había conseguido a lo largo de los años

habían pasado a manos de Alain, su hermano mayor. Ral podría haber heredado la parte que le correspondía, pero no había suficiente para los dos y estaba convencido de que podía conquistar sus propias posesiones. Guillermo le había gratificado concediéndole la propiedad arrebatada al enemigo sajón.

-Quizá esta noche yo también encuentre una doncella dispuesta -dijo Odo mientras cabalgaban-. La criada de la cocina, Bretta, parece bastante proclive a abrirse de piernas a cambio de un par de monedas de plata.

-Estoy seguro de que no te desatenderán.

-Sí, es cierto, pero preferiría una esposa. -Sonrió, y su rostro pecoso pareció rejuvenecer. Odo tenía treinta años, uno más que Ral-. Sería mejor ser recibido por una atractiva mujer que, además de calentarme la cama, me diera hijos. Juro que iniciaré la búsqueda antes de que llegue el invierno. Tú también deberías planteártelo.

En realidad, ya lo había hecho. Ahora que poseía un castillo y tierras, se había convertido en señor feudal de un montón de siervos de la gleba y en uno de los barones de confianza de Guillermo, necesitaba ayuda. Y unos buenos hijos que heredasen las tierras y la fortuna que se proponía amasar.

Recordó cómo su madre, mujer afectuosa y amable, cumplía todas las órdenes de su marido ydirigía1a casa a la perfección; esposa y madre cariñosa... mujer. Sus hermanas, ya casadas, eran también esposas abnegadas, hábiles en la cocina, diestras en la costura; cuidaban Con suma delicadeza a los niños y los enfermos y atendían todas las necesidades de sus maridos.

Guillermo aprobaría su matrimonio y con la ayuda del rey sin duda la mujer dispondría de una buena dote. El matrimonio... ¡ay! Una ligera sonrisa se dibujó en *sus* labios. Decidió que se ocuparía de ello. Lynette se enfadaría, pero ella sabía desde el principio que un día se casaría. Además, ¿acaso el matrimonio cambiaría la situación? Ella continuaría siendo su amante, seguiría calentándole la cama.

Ral sonrió feliz.

Caryn conocía bien el sendero del bosque que en i aquellos momentos recorrían. Atravesaba un terreno pantanoso cubierto de helechos y ascendía por las montañas. El camino nevaba a Ivesham Hall, el que había sido el hogar de su infancia. El gran edificio rodeado por la empalizada ya no existía, y su tío había muerto, así como su madre y su padre, por haberse rebelado contra el dominio del rey Guillermo.

Caryn no volvió a verlo después del día que la llevaron al convento. Mientras convalecía, se enteró del ataque a la casa, el fallecimiento de su tío Harold y la rendición del pequeño grupo de valientes defensores. Alguien había mencionado al Caballero Negro, pero se rumoreaba *que* había sido otro poderoso guerrero quien había arrasado la propiedad. Poco después se iniciaron las obras de Braxston Keep, que se erigió en el lugar en que antes se alzaba Ivesham Hall. Caryn no lo había visto. Supuso que esa noche lo vería y se estremeció.

-Ya falta poco -dijo el brusco caballero que la sostenía-. Pronto estarás protegida del frío.

Protegida del frío ya merced de las lascivas garras de uno de los hombres de Malvern. Santo cielo, sabía cómo sería aquello. Jamás olvidaría los lastimeros gemidos de su hermana al ser montada por aquel normando. Caryn había luchado contra ellos, había hecho lo imposible para impedirlo.

Se enfrentaría de nuevo a ellos si era necesario, pero primero intentaría burlarlos.

Fingió dormir mientras cabalgaban; bajo los párpados entornados, sus ojos se mantenían atentos.

Tal como había anunciado el brusco caballero, no tardaron en divisar las grises paredes de piedra de Braxston Keep, una alta e imponente fortaleza que se recortaba contra el cielo iluminado por la luna.

Lord Stephen y otros dos caballeros se adelantaron para hablar con el guarda y pedir cobijo para la noche, mientras los otros hombres, más ansiosos por lo que les aguardaba que cansados, esperaban impacientes ante el puente levadizo. Cuando se dio la orden de avanzar, los caballos se acercaron como figuras fantasmagóricas a las planchas de roble; su agotamiento era tan visible como el de Caryn.

El entumecimiento y la sensación de irrealidad le impidieron perder el sentido. El futuro que les esperaba ya no era ningún secreto; los manoseos y los comentarios lascivos pronosticaban la terrible intención de los normandos. Mientras las otras jóvenes sollozaban y suplicaban clemencia, recibiendo a cambio un sinfín de palabras bruscas y cachetes, Caryn permaneció en silencio, decidida de alguna forma a no ser víctima de tal destino.

Una vez ante la alta torre de piedra, que se alzaba treinta metros y cuyas paredes medían en la base unos seis metros de anchura, subieron por las escaleras de madera hasta la torre de homenaje. A continuación se dirigieron a la gran sala, que tenía la altura de dos plantas y cuyo techo abovedado se abría en un extremo para dejar salir el humo de la chimenea. Una galería lo rodeaba a la altura de la segunda planta, hasta donde llegaban unas escaleras de caracol.

-Es una pena que lord Raolfe no haya regresado -dijo alguien a De Montreale en un francés con fuerte acento sajón. Caryn se retorció en los brazos del caballero que la sostenía ya continuación se quedó sin aliento al ver a Richard de Pembroke, un hombre rubio, de unos veintitantos años, que había sido senescal de su tío.

-Agradécele de nuestra parte su hospitalidad. -Lord Stephen esbozó una sonrisa que le hizo parecer engañosamente apuesto-. Mis hombres están cansados. Necesitan comida y bebida. Partiremos en cuanto hayan descansado.

-Quizá podrías decirnos cuánto tiempo permaneceréis aquí -dijo Richard con cierta antipatía. Caryn captó el desagrado que Stephen de Montreale inspiraba al senescal.

-Dos días, tres a lo sumo. Ahora, comida y bebida, y deprisa. Braxston no es pobre. Quiero que mis hombres sean bien alimentados.

-¿Y las mujeres? -Richard les dirigió una astuta mirada evaluadora.

-No son asunto mío. Mis hombres necesitan diversión, y estas servirán.

Richard torció el gesto y, sin añadir nada más, comenzó a alejarse. De pronto, se detuvo, abriendo los ojos como platos al ver el rostro, pálido y cansado de Caryn. Enseguida adoptó de nuevo una actitud indiferente y continuó su camino hacia la cocina. Poco podía hacer el hombre para ayudarla. Sin embargo, su presencia infundió esperanzas y coraje a Caryn.

-Preparad las mesas plegables -dijo una criada-. Debemos dar de comer a unos hombres hambrientos.

En pocos minutos la sala fue invadida por los alborotadores hombres de lord Stephen. Se sirvieron jarras de cerveza, una pierna de cordero, hogazas de pan, porciones de queso y bandejas de pavo hervido.

El brusco caballero con quien Caryn había cabalgado la arrastró hacia una mesa y la obligó a sentarse en el banco.

-Come, jovencita, te prometo que necesitarás todas tus fuerzas antes de que acabe la noche. -Echó a reír y le pellizcó un pecho.

Caryn se apartó de él cuanto pudo. Fingiendo comer los alimentos que el hombre le ofrecía, examinó la gran sala, buscando la forma de escapar. Casi saltó de alegría al distinguir otro rostro conocido que le hizo albergar nuevas esperanzas; era Marta, la mujer que la había amamantado y cuidado como si fuera su propia madre. La anciana estaba más encorvada que la última vez que la había visto. Caryn creía que había muerto hacía tiempo.

-Marta -musitó al advertir que la anciana ya la había reconocido. La mujer se cruzó los labios con un dedo en señal de advertencia.

Caryn pensó que tal vez conseguiría ayuda allí, en ese castillo del enemigo que antaño había sido su hogar.

Se volvió hacia el caballero sentado junto a ella. -Por favor... necesito ir al escusado. ¿Me permitiría...?

-Lo único que te permito es calentarme el jergón.

-Ha sido un viaje largo, milord. Usted hizo sus necesidades por el camino. ¿N o puedo hacer yo las mías?

Tras murmurar unas palabras desagradables, el hombre la levantó bruscamente del banco.

-Si tienes que ir, te acompañaré. -Sonrió, y Caryn se fijó, en que le faltaba un diente-. De hecho quizá sea mejor que nos alejemos de los demás. Seguramente preferirás un poco de intimidad la primera vez.

«Madre del cielo ¿qué he hecho ?» Antes de que se le ocurriera algo para disuadirlo, el hombre ya estaba conduciéndola por el pasillo. Caryn se estremeció al oír a su espalda las risas crueles de los caballeros y los sollozos de súplica de las mujeres.

Al doblar una esquina oyó un golpe amortiguado, y el brazo que la sujetaba la soltó.

-Vamos, mi pequeña -dijo la tranquilizadora voz de Marta-, tenemos que buscar un lugar para ocultarte. -Salió de las sombras, y Caryn se arrojó llorando a sus brazos.

-Creí que habías muerto -dijo Caryn. Es una bendición de Dios que te haya encontrado.

-Será una bendición que no pierdas la virtud esta noche. Vamos, deprisa. -Recorrieron un pasillo y enfilaron otro. Marta la guió Con resolución hasta la cocina y se acurrucó sobre un jergón de paja ocultó tras una cortina. Caryn hizo lo mismo-. Debes permanecer escondida. No salgas de aquí pase lo que pase.

-¿Y qué les sucederá a las demás?

-No podemos hacer nada más que rezar para que lord Raolfe regrese.

-¿Te refieres a Braxston? ¿Crees que nos ayudará?

-No es como los demás. Él nunca permitiría que unas jóvenes inocentes sufrieran.

-¡Pero es un normando!

-Te ruego que por una vez hagas lo que te digo. -La dura mirada de la mujer se suavizó-. Escúchame esta noche, mi pequeña, como no lo has hecho nunca. Te suplico que no me desobedezcas.

Caryn asintió. Demasiadas veces había desoído los consejos de la mujer, eludiendo las tediosas tareas femeninas para ir en busca de diversión. Así había ocurrido el día que abandonó la casa para pasear por el bosque, aunque, de haberse quedado en casa, su destino no habría sido muy diferente.

Caryn se estremeció. Esa noche haría caso a Marta. Se quedaría allí, rezaría para que nadie advirtiera la ausencia del caballero y para que el señor de la casa regresara. Se mordió el labio inferior. Ojalá pudiera ayudar a las demás. Unió las manos y se arrodilló. Sin embargo, las oraciones no le parecieron suficientes.

Ral divisó la bandera que coronaba la torre de piedra; visitantes. Debía averiguar quiénes eran antes de conducir a sus hombres al castillo.

Encabezando el grupo, se acercó cautelosamente. Los guardas de la entrada le avisaron de la presencia del barón Stephen de Montreale., quien, según explicaron, no viajaba con todas sus huestes, sino con sólo unos cuantos hombres armados.

Ral se sentía más tranquilo cuando se reunió con Odo, los otros caballeros y los hombres de armas.

-Es De Montreale. Richard les ha concedido refugio, aunque nunca los habría acogido de haber podido evitarlo.

-Malvern está a tan sólo tres días de camino. Dudo que De Montreale prolongue su estancia en el castillo cuando se entere de tu regreso.

Ral se limitó a gruñir. Una hora en compañía de Stephen le resultaba excesivo.

-Avisa a los hombres. Preferiría que entráramos con el mayor sigilo. -Descubriría qué estaba haciendo Malvern antes de irrumpir en la sala.

Odo asintió y avanzó entre las filas de hombres. En pocos minutos llegaron al puente levadizo y cruzaron la muralla exterior, tras la cual se encontraban los establos, los graneros, los almacenes y las viviendas de algunos de los soldados. Algunos pajes salieron soñolientos para ayudar a 1os hombres de armas, mientras los escuderos se ocupaban de los caballeros, las monturas y los arreos.

Ral se dirigió a la gran sala, contento de llevar puesta la cota de malla. En lugar de ronquidos, oyó las estridentes risas y lascivos gruñidos de hombres borrachos. Mientras permanecía silenciosamente oculto entre las sombras, oyó los sollozos de una mujer. A la luz de las velas distribuidas por las paredes, vio unos muslos desnudos y abiertos bajo el trasero peludo de uno de los hombres de Malvern. El rostro de la muchacha no le resultaba conocido.

Ni siquiera Stephen se arriesgaría a enfurecer a Ral violando a las doncellas de la casa. De Montreale se había ocupado de proporcionar diversión a sus hombres, maldita sea. ¡Ojalá se pudriera en el infierno!

-Milord, soy yo... Marta. –La vieja apareció entre las sombras. A Ralle desconcertaba el sigilo con que acostumbraba a moverse la mujer-. Quisiera hablarte, milord.

-Qué ocurre, vieja? ¿No ves que ya tengo suficientes problemas con Malverh?

-Es de él de quien quiero hablar. –Sus finos labios formaron una mueca de desagrado. – Ese hombre es un chacal.

-¿Son del pueblo las mujeres?

-No. Malvern las trajo consigo. No son más que unas niñas, novicias del convento. Malvem se las llevó a la fuerza.

La mano de Ral se cerró en un puño. Debería haberlo sospechado tratándose de Stephen.

-Me gustaría ayudarlas, pero me temo que no puedo hacer nada. Malvern goza de la confianza del rey. Tiene más poder que yo. Supongo que cuando se entere de mi regreso, se marchará enseguida.

-Pero, milord…

De pronto oyeron unos ruidos en la sala.

-¡Por fin la habéis encontrado! -La voz de Stephen resonó en la sala-. ¡Traedla!

-Estaba escondida en el pasillo. La hija de puta se había vestido como una criada, pero esos grandes ojos marrones y ese cabello rojizo no pasan inadvertidos. Es la más atractiva de todas.

Cuando el alto caballero arrastró a la chica hasta la zona iluminada, Marta contuvo la respiración.

-Es lady Caryn -susurró.

Malvern echó a reír al coger a la doncella del brazo. -¿De modo que creías que podrías huir?

-Estaba ayudando a las otras -dijo el caballero-. Dos de ellas han desaparecido, milord.

Stephen prorrumpió en carcajadas.

-La jovencita tiene coraje, pero de nada le ha servido. -Se ató los pantalones al ponerse en pie-. Yo me encargaré de ésta. -Agarró el cuello de la túnica de la doncella y de un tirón rasgó la tela, que le cayó hasta la cintura.

-¡Soltadme! -exclamó la muchacha, retorciéndose. Pasándole un brazo por la cintura, Stephen la atrajo hacia sí y le desgarró también la camisa, dejándole los hombros desnudos.

Oculta entre las sombras, Marta se aferró al brazo de Ral.

-¡Te lo ruego, milord! Lady Caryn es la hija del viejo barón.

-¿Harold?

-No, del hermano de Harold, Edmund. Ral apenas oyó las palabras de la mujer, absorto como estaba contemplando a la doncella. Era pequeña, pero no frágil; toda una mujer. Había algo en ella que le resultaba familiar.

-Tranquila -decía Stephen, obligando a la joven a levantar la barbilla-. Tengo cierta experiencia en iniciar a una virgen. Si te entregas a mí, te trataré con delicadeza. -Esbozó una sonrisa maliciosa- Pero si te resistes, te partiré por la mitad. -La agarró de forma que no pudiera moverse y le retiró la cinta con que tenía atada la trenza. A continuación deslizó 1os dedos por la resplandeciente cabellera, haciendo que le cayera sobre los hombros.

En ese instante, las vagas imágenes de Ral adquirieron nitidez.

-Santo cielo, es ella - susurró al reconocerla. El recuerdo de aquel rostro y el de la otra joven le perseguía desde hacía tres años. Salió de su escondrijo entre las sombras. Detrás de él se abrió la gruesa puerta de roble, y apareció un grupo de sus hombres.

Junto a un banco situado ante la chimenea Malvem se reía de los inútiles esfuerzos de la chica. La apoyó contra su brazo y comenzó a acariciarle los senos. Ral observó que eran grandes y altos y sintió cierta

tensión en la ingle; habían dejado de ser aquellas pequeñas ciruelas que había visto aquel día en el prado. También las facciones de la muchacha habían cambiado; sus mejillas eran suaves, su boca de un bello color carmesí. Ya no era la desgarbada doncella que recordaba, si bien nada podía borrar la imagen que conservaba de su rostro, ni la de su bella hermana de pelo negro.

-¡Detente, Stephen! -Ra1se acercó a él; las espuelas chocaban contra el suelo mientras avanzaba.

-Vaya... Braxston, por fin en casa. Mentiría si dijera que me alegro de verte.

-Te han ofrecido la hospitalidad de mi casa. Lo mismo esperaría yo de ti. Tienes mujeres suficientes a satisfacer las necesidades de tus hombres; Te pido que dejes en paz a esta.

Stephen dejó de manosear a Caryn. Sus azules ojos se endurecieron.

-Estas mujeres socorren el enemigo. Las he raptado en nombre del rey. -La joven doncella se cubrió los pechos con las manos, trémula-. Ésta me calentará la cama antes de que finalice la noche. Me pertenece, y ambos sabemos que puedo disponer a mi antojo de lo que es mío.

-Hay otras con quienes puedes divertirte.

-Ésta tiene fuego. -Tirando del pelo a la chica, la obligó a levantar la cabeza-. Quiero verla con las piernas abiertas bajo mi cuerpo. Es mía.

-¡No! -protestó la muchacha, intentando liberarse-. No pertenezco a ningún hombre.

Ral apretó la mandíbula. Desviando la mirada del rostro asustado de la doncella, la posó en la cara de Stephen, cuyos hombres habían empezado a congregarse alrededor de su señor, con las manos apoyadas sobre la empuñadura de las espadas. Los hombres de Ral se habían colocado en distintos puntos de la sala.

-Los dos os equivocáis -dijo-. La chica me pertenece.

Malvern apartó a Caryn con brusquedad.

-¿Te atreves a contradecirme? -Con los pies separados, posó una mano sobre su espada.

-La chica es mía. Es la hija del viejo barón sajón. -Le dedicó una mirada de advertencia-. Caryn de Ivesharn es mi prometida. -Forzó una sonrisa-. ¿No es cierto, mi amor?

3

Caryn se quedó estupefacta. ¿El Caballero Negro su prometido? ¡Nunca! No lo había olvidado; jamás olvidaría aquellos ojos grises azulados, aquella mandíbula implacable, aquella abundante cabellera negra y ondulada que le caía sobre la cota de malla. ¡Santo cielo, debía de estar loco!

Lo observó con detenimiento, procurando aplacar sus temores, y advirtió una mirada de feroz advertencia en sus ojos. Era apuesto, comprobó, de una forma dura y amenazadora totalmente distinta a lord Stephen. Tenía la nariz recta, los labios bien formados, la mandíbula demasiado cuadrada y los pómulos excesivamente severos. Era un hombre enorme, de ancho pecho, cuello grueso, brazos musculosos y piernas largas.

-¿No es así? -repitió con tono de advertencia para recordarle que, si lo negaba, lord Stephen y sus hombres la violarían como a las otras.

Caryn tragó saliva y miró fijamente al alto Caballero. Tampoco había olvidado lo que él y sus hombres habían hecho a su hermana. Conservaba en la memoria, mezclada con el terror, la ira y el dolor, la imagen del rostro del hombre aquel día. Ignoraba qué papel había desempeñado, pero estaba segura de que había estado allí.

No obstante, necesitaba tiempo y no le quedaba otra opción. Procurando que no temblara la voz, dijo:

-Sí, mi señor, así es, Las rubias cejas de Malvern se unieron sobre unos ojos que resplandecían de ira. Sabía que el Caballero Negro había mentido, y esa mentira le había servido para conseguir su propósito. Con las mejillas encendidas de rabia, esbozó una sonrisa cruel que dejó sus dientes al descubierto y le dio el aspecto del terrible depredador que era.

Apartó la mano de su espada.

-De haberlo sabido, la habría dejado en el convento. -Otra sonrisa perversa-. Conociendo tu escasa disposición a contraer matrimonio en el pasado, no puedo más que alegrarme de que por fin te hayas decidido. ¿Ya has hecho planes para la boda?

-Espero noticias de Guillermo. En cuando obtenga su bendición y las amonestaciones se publiquen, nos casaremos. -Se volvió hacia Caryn-. ¿Qué hay de tu hermana? -susurró para que sólo ella lo oyera-. ¿Está también aquí?

-Gweneth está sana y salva en el convento. -«Le*jos* de ti y del resto deja carroña, gracias a Dios», pensó.

El enorme caballero se disponía a añadir algo más cuando se oyó un ruido en las escaleras. Volvió la cabeza hacia allí, donde una mujer vestida con una túnica de color lavanda miraba descaradamente a los hombres.

-¿Qué has dicho, milord? ¿He oído bien? -Era rubia y de tez blanca, alta y elegante; sin embargo la expresión de sus labios era severa, y en sus ojos verdes no se apreciaba ni un atisbo de ternura-. Sin duda me han engañado mis oídos.

La mandíbula del Caballero Negro se tensó.

-No es asunto tuyo, Lynette. Vuelve a tus aposentos.

-Ah, la bella Lynette – dijo Stephen -. Creí que no te vería.

-No lo permitiré, Ral. Aunque no te hayas comprometido a nada conmigo, nunca consentiré que te cases con ella.

-¡Retírate de inmediato! Otra intervención como esa y veras para que sirve mi mano.

Por unos segundos la mujer pareció dispuesta a protestar. A continuación la ira desapareció de su rostro y una tensa sonrisa se dibujó en sus labios.

-Perdona, milord. Te he echado tanto de menos estos días... Te esperaré en mis aposentos para complacerte.

Caryn miró al Caballero Negro y después a la alta doncella, su amante, sin duda. Entonces qué demonios quería de ella?, se pregunto.

-De modo que al fin el señor de Branxston toma esposa. -Malvern esbozó una sonrisa irónica- Yo mismo escribiré a Guillermo para comunicarle que tienes prisa por casarte. Con el permiso del rey quizá puedas contraer matrimonio en menos de quince días. ¿Qué opinas, Ral? ¿No te gustaría?

«Hijo de puta», maldijo para sí Ral, consciente de cuánto disfrutaba Stephen con aquella incómoda situación que él mismo había propiciado a causa de sus remordimientos. Se sentía culpable por lo que había ocurrido a la doncella de pelo negro. Una muchacha tan dulce e inocente merecía su protección, y sin embargo él no se la había brindado. Se proponía enmendar el daño causado de la única forma que sabía; protegiendo a la hermana menor de la joven.

-Me complacería mucho. Podía luchar contra De Montreale, pensó. Contaba con más hombres que su rival, de modo que sin duda vencería. Pero se derramaría la sangre de hombres buenos, y el rey se lo haría pagar caro. El padre de Stephen era el amigo más íntimo de Guillermo. Ral perdería sus tierras y su título, todo aquello por cuanto había combatido-. Guillermo aprobará el matrimonio -prosiguió-. Quiere pacificar estas tierras del norte y considera que el proceso se acelerará con hijos nacidos de uniones entre *nor*mandos y sajones. – Forzando una sonrisa, añadió-: Desposarme con una doncella tan bella como ésta: es un deber que cumpliré con ilusión.

Y el matrimonio era la única respuesta a su dilema. Lo sabía desde el momento en que intercedió por la joven. En cuanto Stephen se enterara de que Ral se proponía protegerla, la doncella no estaría a salvo fuera de los muros del castillo.

Malvern escudriñó a Caryn como si 1a considerase suya.

-Quizá todavía pueda gozar de ella – advirtió - si resulta que has mentido. -Pasó ante la muchacha rozándole un pecho con la mano. Ral se irguió ante la afrenta.

-Déjala, Stephen. Incluso el rey censuraría tu comportamiento.

Malvern sonrió a la chica.

-Te pido perdón, milady, por cualquier ofensa que haya podido cometer. Tu atuendo me confundió. -Miró a Ral-. Te aconsejo que la vistas de acuerdo con su rango. Otros podrían cometer el mismo error que yo.

Ral hizo caso omiso de aquellas palabras provocadoras.

-Mis hombres están cansados. Me gustaría que comieran y descansaran antes de que finalice la noche. -Cogió a Caryn del brazo. Sintió cómo se tensaba la muchacha, y la agarró con más fuerza. – Hasta mañana, Stephen.

Caryn reprimió el impulso de apartarse y permitió que el alto normando la guiara hasta las escaleras. La condujo hasta una sala y cerró la puerta. Caryn se enfrentó a él de inmediato.

-¿Estás loco?

El hombre se giró para mirarla con expresión inescrutable. Las llamas de las velas iluminaban su cabello y se reflejaban en sus ojos grises azulados.

-En este momento vez sea así.

-¿Por qué has actuado así? ¿Qué esperas obtener con ello? ¿De verdad crees que me casaré contigo?

El Caballero Negro se puso rígido.

-Creo que harás cualquier cosa para salvarte.

-Nunca me casaré con un normando, y menos con uno tan vil como tú. Todos vosotros sois unos asesinos; habéis robado y matado y arrasado nuestros hogares y campos.

-Tienes razón en parte. Pero los dos bandos Cometieron atrocidades en nombre de la guerra. Es mejor olvidar lo que ocurrió en el pasado.

-Eres normando. El tiempo no conseguirá aplacar el odio que me inspiráis. ¿Acaso no he presenciado lo que ha sucedido aquí esta noche? Han golpeado y forzado a mis amigas. ¡Dulce Virgen Santa! Nos sacaron a rastras del convento.

-Hablas de los actos de Malvern, no de los míos. De haber podido, las habría ayudado.

-¿Porqué no trataste de impedirlo? ¿Por qué le temes?

-Temo al rey. Guillermo es mi señor feudal. He jurado acatar sus órdenes. Y Stephen es un hombre del rey.

- ¿Y tu no?

- Malvern controla una gran fortuna. Su padre es de los amigos más íntimos de Guillermo. Carezco del poder suficiente para oponerme a él.

-Entonces eres un cobarde además de un canalla.

Ral dio unos pasos amenazadores en dirección a ella.

-Te he dejado decir lo que piensas, porque las circunstancias han sido difíciles. Pero te advierto, milady, que será mejor que aprendas a controlar tus palabras. Ningún hombre se atrevería a hablarme de esa forma. No te lo toleraré. -Hablaba en serio. Había fruncido el entrecejo, y su rostro había adoptado una expresión severa-. Si tenías intención de hacerte monja -añadió-, ya es demasiado tarde. Te casarás conmigo, no con la Iglesia. Si te niegas, Stephen te atrapará en cuanto traspases estos muros.

-Nunca tuve intención de tomar los votos. En verdad, no se me ocurre nada más odioso que desperdiciar la vida encerrada en una celda húmeda y fría. -, Levantó la barbilla-. Excepto quizá, casarme contigo.

-Te aseguro que no entraba en mis planes casarme contigo. No eres más que una niña. Preferiría desposarme con una mujer hecha y derecha. –Caryn se sintió ofendida-. No tienes dote. No aportas nada a esta unión salvo los trapos que llevas puestos. Sin embargo ya es demasiado tarde para cambiar la situación.

-No estoy de acuerdo. No puedes obligarme, y yo jamás daré mi consentimiento. -Se volvió y se dirigió al pequeño agujero que hacía las veces de ventana.

Le había desagradado la forma en que el hombre había clavado la vista en el desgarrón de su túnica. Era un caballero duro, con una mirada más salvaje que la de lord Stephen... y mucho más penetrante. Era como si 1a evaluara para los deberes que debería cumplir en el lecho matrimonial.

-Si me rechazas -dijo-, Malvern te convertirá en su amante. Cuando se canse de ti, te compartirá con sus hombres. Has visto bastante esta noche para saber qué trato dispensan a las mujeres.

La golpearían y violarían; incluso podrían llegar a asesinarla. Caryn se estremeció bajo la mirada de aquellos ojos tormentosos.

-Si me consideras tan poca cosa ¿Porqué quieres casarte conmigo?

Él se encogió de hombros, de tal forma que se le marcaron los músculos de los brazos.

-Te lo debo. Lo que ocurrió aquel día en el prado no debería haber sucedido. Si pudiera cambiaría las cosas. Esta vez quiero asegurarme de que no sufrirás ningún daño.

De modo que el gran bruto tenía conciencia. Por mucho que odiara a los normando por las atrocidades que habían cometido, aquellas palabras resultaron a Caryn extrañamente reconfortantes. Y lo más sorprendente era que no temía al hombre; al menos no de la forma que temía a Malvern.

-¿Y porqué me he suponer que estaré mejor contigo?

-Serás mi esposa.

Esposa. Durante los años transcurridos en el convento apenas se había planteado esa posibilidad, y lo cierto era que de momento no le ilusionaba contraer matrimonio. En esos instantes quería su libertad, tanto como la había ansiado en los últimos tres años. Deseaba estar sola, libre de cualquier hombre, para disfrutar de todas las maravillas que el mundo ofrecía. No sería fácil, pero siempre había creído que encontraría la manera de lograrlo.

Necesitaba tiempo para trazar planes y escapar. Forzó una sonrisa; acababa de ocurrírsele una idea.

-Quizá tengas razón, milord. El pasado no debe interponerse en el presente. Además, al parecer no tengo elección. Así pues, si quieres casarte conmigo, accederé. Madre de Dios, cuánto le costó pronunciar

-Me llamo Ral.

Ral *el Implacable;* el Caballero Negro, el señor de Braxston Keep,

-Yo soy Caryn. -Ya me lo ha dicho Marta. Te ha ayudado mucho esta noche y permanecerá a tu servicio de ahora en adelante. -Se dirigió a la puerta y la abrió para llamar a los criados. Apareció Marta-. Acompaña a la dama a una habitación. -Aunque se dirigía a Marta, estaba mirando a Caryn; sus ojos azules habían perdido su habitual frialdad-. Hay un comerciante en el pueblo. Nos cruzamos con él en el camino, Envía un mensajero mañana para que el hombre traiga su mercancía. Quiero que la señora vista como tal.

Caryn estuvo a punto de protestar, de decirle que no aceptaba nada de los canallas normandos, pero se reprimió a tiempo, Miró la pared donde colgaban un carcaj lleno de flechas y un viejo escudo con la figura de un enorme dragón negro sobre un campo de color rojo sangre. Caryn se estremeció.

Cuando volvió la vista hacia el Caballero Negro, observó que éste tenía la mirada fija en sus senos. Era] casi como si la tocara; no el manoseo brutal de la mano, de Malvern, sino una suave caricia que pasaba sobre su cuerpo como una pluma.

-No salgas de tu habitación hasta que lord Stephen se haya marchado -le advirtió mientras ella se encaminaba hacia la puerta.

Caryn se detuvo y se volvió para mirar aquel hermoso rostro.

Con toda seguridad ya no corro ningún peligro.

-No discutas conmigo, *ma petite.* Si quieres llegar virgen a mi cama, deberás obedecerme.

Caryn se sonrojo. No quería llegar a su cama, pero no se atrevió a decirlo.

-*Como* desees, milord. -y siguió a Marta, que salia apresuradamente de la habitaci6n.

Ral las vio alejarse. Las pequeñas manos de la doncella se aferraban a los restos de su túnica, y el abundante cabello castaño rojizo le caía hasta la cintura. No era tan bella como la hermana de ojos azules, aunque sí muy atractiva. Se había convertido en una joven hermosa. Contemplando su bello rostro, nariz recta, cejas arqueadas y labios carmesíes-, cualquier hombre con sangre en las venas se excitaría. Y había fuego en aquellos ojos marrones de espesas pestañas; un fuego de que carecía: la doncella mayor.

Oyó que se cerraba una puerta en el pasillo; la muchacha se hallaba a salvo en sus aposentos. Se había enfrentado a Stephen sin temor, y luego se había defendido bien frente a él, para después aceptar su destino con la cabeza bien alta. Le obedecería; ya lo había demostrado.

Y aportaría un poco de pasión a su lecho.

El cuerpo de Ral se tensó de deseo al pensarlo, aunque estaba preocupado. Nunca se había acostado con una mujer tan pequeña; siempre lo había evitado. Él era un hombre muy grande y con un buen apetito sexual. Se proponía engendrar unos hijos robustos. ¿Podría ella acogerle en su pequeño cuerpo? ¿Podría darle hijos?

Fueran cuales fueran las respuestas a esas preguntas, el curso de su vida ya había sido trazado. Pronto estarían casados, y ella yacería con él. Su excitación fue en aumento hasta resultar insoportable, al pensar en entrar en su cuerpo, los pálidos muslos abiertos y el cabello resplandeciente como el fuego sobre el lecho.

Ral hizo un gesto con la cabeza tratando de ahuyentar aquella imagen. Maldita sea, hacía tanto tiempo que no gozaba de una mujer. Masculló una maldición. Lynette estaría muy enojada después de lo que había oído, y su humor no mejoraría si decidía visitarla. Sería mejor enfrentarse a ella a la mañana siguiente, aconsejarle que partiera hasta después de la boda y convencerla de que una vez celebrado el matrimonio nada cambiaría entre ellos.

Quizá así solucionaría su problema con la joven doncella. Tratándola con cuidado para no causarle ningún daño, compartiría con ella el lecho hasta que concibiera un hijo y después la apartaría para entregarse de nuevo a su amante. Le gustaba yacer con mujeres tan lascivas como él. Tal vez Caryn fuera apasionada, pero cada vez que la tomara, tendría miedo de hacerle daño.

Ral suspiró y comenzó a pasearse por la estancia. La doncella no era la clase de mujer que él hubiera elegido, pero no podía faltar a su palabra. Protegería a la muchacha y de paso también a su hermana. Además, necesitaba la ayuda de una mujer en la casa y ésa serviría tan bien como cualquier otra.

Ral empezó a sonreír. Llamó a su escudero para que le ayudara a quitarse la pesada cota de malla, salió de la sala y se dirigió a su habitación.

Stephen de Montreale abandonó Braxston Keep dos días después, jurando que regresaría para la boda de lord Raolfe. Por una vez en su vida, Caryn hizo lo que se le ordenó y permaneció en sus aposentos. Temía las aviesas intenciones de Malvern y necesitaba tiempo para planear su huida.

A finales de la semana, vestía de nuevo como una dama, como si nunca hubiera salido de Ivesham Hill. Braxston había insistido en comprar ropas caras. Contradecirle habría significado admitir que no tenía intención de ponérselas, que pronto estaría lejos de allí.

Vestida con una túnica de terciopelo verde sobre una camisa de lino blanca que una faja dorada le ceñía a la cintura, salió de sus aposentos por primera vez en días.

-Lady Caryn -dijo Ral al verla acercarse a la tarima situada al otro extremo de la sala-. Ya era hora de que te reunieras con nosotros. -Luciendo una túnica de terciopelo azul que remarcaba la anchura de sus hombros, se

levantó de la silla de madera tallada y con un gesto le indicó que se sentara junto a él.

-Es un placer, milord. -Casi se atragantó al pronunciar las palabras y esperó que Braxston no se hubiera percatado de ello-. Esperaba con ilusión este encuentro. -Cuando volvió a mirarlo, advirtió que el hombre recelaba.

-La última vez que hablamos no parecía complacerte demasiado mi compañía. Me alegro de que hayas cambiado de opinión.

«Improbable», pensó ella, limitándose a sonreír.

-¿Qué otra opción le queda a una pobre doncella como yo? Pronto estaré casada con un gran caballero normando. Cometí una estupidez al oponerme a tu amable oferta. Haré lo posible para ser digna de ella- Lord Raolfe guardó silencio y la observó con aquellos astutos ojos grises.

-De modo que estás ansiosa por complacerme.

-Por supuesto, milord.

-Me alegro de haber elegido una dulce y dócil mujer como esposa. -Compuso una sonrisa más feroz que amable--. Ya que hoy te muestras tan dispuesta a complacerme, me atreverá a pedirte un favor.

-¿Un favor? ¿Qué favor, milord?

-Que me des un beso.

-¿Que?

-Un beso de prometida para sellar nuestro acuerdo. No creo que sea pedir demasiado a una doncella tan agradecida.

-Puedes besarme... -«el culo, cerdo normando»-la mano, lord Ral. Tendrás que conformarte con eso, hasta que nos casemos.

-¿La mano? -Cogió los pequeños dedos de la mujer entre los suyos y se los llevó a los labios. La boca del hombre era firme y sorprendentemente cálida, más' suave de lo que ella había supuesto. De pie, intentó liberar la mano, pero el normando dio un inesperado tirón, y ella cayó sobre su regazo.

-Un beso de verdad, milady, sería más adecuado para la ocasión. -Ella abrió la boca para protestar, y Ralle cogió la barbilla y le cubrió los labios con los suyos.

Labios duros y suaves; un cálido aliento con sabor a vino. Extrañas sensaciones dominaron los sentidos de Caryn, y un calor se apoderó de sus entrañas. La lengua del hombre se internó en su boca, lo que aumentó su ira. Sin embargo el calor se intensificó, y un pequeño sonido brotó de su garganta.

Caryn consiguió liberarse, temblando y casi perdió el equilibrio. Levantó el brazo para golpearle, pero el normando la detuvo cogiéndole la mano. Ral estaba casi tan enfadado como ella.

-¿A qué estás jugando? -Apartó la silla y se puso en pie-. ¿Crees que no detecto el veneno que destila cada una de tus dulces palabras? Creí que te habías resignado a este matrimonio, pero la expresión de tu rostro demuestra lo contrario. No me trates como un imbécil, *chérie.* N o me gustan los engaños.

De modo que aquel demonio no se había dejado engatusar. Nunca había sido una buena mentirosa, y no resultaba fácil engañar a aquel hombre.

-Si quieres oír la verdad, te diré que no deseo este matrimonio. Ahora que Malvern se ha marchado, te pido que me liberes de mi promesa.

-Un mensajero ha partido ya hacia el castillo de Guillermo. Estoy seguro de que recibiremos su aprobación en cualquier momento. Tu petición llega demasiado tarde. Aunque deseara complacerte, no podría.

-No puedes obligarme a que me case contigo.

-¿No puedo? -La ira confirió a su rostro un aspecto aún más feroz-. ¿Crees que una doncella no más grande que una niña puede contradecirme?

-Yo... yo creo que un día te darás cuenta del error que estás cometiendo. Yo no soy la mujer que deseas como esposa. Tú mismo lo dijiste. Cásate con esa rubia, con Lynette. Ella será más de tu agrado.

-Tú, mi apasionada fierecilla, no me desagradas del todo.

-No me casaré contigo.

La atrajo hacia sí.

-Te casarás conmigo. Si continúas negándote te llevaré a mi cama y te desvirgaré. Plantaré mi semilla tan profundamente en ti que sin duda producirá frutos y no tendrás más remedio que aceptar tu papel de esposa.

-¡Maldito seas! ¡Eres un ogro! ¿No me has causado ya bastante dolor? ¿Es que te propones infligirme aun más?

Al oír aquellas palabras el aspecto feroz del normando se suavizó. Le levantó la barbilla.

Escúchame bien *chérie.* Hago lo que juzgo mejor para ti y para tu hermana. Sin la protección de mi nombre, Malvern no descansará hasta yacer contigo... o quizá hago alga peor. No estarás a salvo en ningún lugar excepto aquí.

-Reclamo mi libertad. Es lo único que he deseado desde el día que entré en el convento, lo único que he anhelado en toda mi vida.

-Una mujer no puede ser libre. Perteneces al hombre al que llamas señor. De niña era tu padre. Si ahora no fuese yo sería Guillermo o algún otro. Harás lo que te diga. Resígnate y acepta tu destino.

-Púdrete en el infierno.

Ral la cogió por el brazo.

-Hasta ahora he sido paciente contigo, Caryn, pero si vuelves a hablarme de esa forma, sentirás el peso de mi mano. -La empujó para que se sentara y le puso delante un plato medio *lleno-.* Come. Vas a necesitar todas tus fuerzas.

Caryn se quedó mirando en silencio el plato, que contenía pan de centeno humedecido con caldo y un trozo de cordero asado. Un paje le sirvió una copa de vino, y la joven tomó un sorbo. El Caballero Negro le dedicó una última mirada amenazadora y la ignoró. Por unos instantes se sintió extrañamente irritada por el hecho de que su presencia significara tan poco para él, ya continuación comenzó a comer.

A su lado, lord Raolfe mantenía con algunos de sus hombres una acalorada discusión acerca de un grupo de malhechores que se escondía en el bosque.

La conversación interesó a Caryn. Sin duda hablaban de rebeldes sajones. El normando y sus hombres planeaban atacarlos. A la mañana siguiente partirían hacia Baylorn, donde, según los rumores, la banda había acampado. Esa gente era de los suyos. Ojalá pudiera ayudarles, pensó Caryn.

Mientras comía, reflexionó sobre cómo podría advertirles.

Seguramente no resultaría difícil, pues la mayor parte de la servidumbre del castillo era sajona. Alguna de las criadas de la cocina podría ir al pueblo y hablar con alguien que supiera cómo contactar con los

rebeldes. Pensó en Marta, pero enseguida desechó la idea, pues la vieja se mostraba leal al señor normando. Además, probablemente no aprobaría su plan. Caryn lo haría sin ella. Era sajona de nacimiento. Haría lo *que* I tenía que hacer.

Cuando terminó de comer, pidió permiso a lord Raolfe para retirarse. Una batalla al día con él era más que suficiente. Además, tenía asuntos más importantes de que ocuparse. Caryn se esforzó por no salir corriendo de la sala.

Ral montaba su gran caballo negro. Con las manos enguantadas convertidas en puños, observaba los restos del campamento de loS proscritos, las brasas de la hoguera.

Es evidente que partieron a toda prisa -dijo Odo-. De haberse enterado de nuestra llegada con tiempo suficiente habrían eliminado todo rastro de su presencia aquí. Acostumbran dejar pocas pistas.

-Manda a Geoffrey junto con diez de nuestros mejores jinetes. Quiero averiguar si todavía podemos seguirles la pista.

-No dejarán rastro alguno; desaparecerán con el viento. Lo sabes tan bien como yo. Han actuado así desde el principio.

-Maldita sea. Asesinan y roban, y sin embargo siempre hay algún sajón imbécil que sale a avisarles.

-La mayoría de los siervos de la gleba desean ver los muertos. Además, nadie conocía nuestros planes. Sólo los presentes en la sala podrían haberse enterado y, a excepción de Richard y tu prometida, nadie habla nuestro idioma.

Ral había tenido la precaución de hablar francés normando al planear el ataque. Richard no se hallaba en la sala; además odiaba a los proscritos casi tanto Como Ral. Encambi01a doncella... No era posible que su enemistad la hubiera impulsado a hacer algo semejante. Sin duda, temía su ira y temblaría de terror por lo que pudiera pasar si él descubría que había ayudado a los forajidos a escapar.

Intentó imaginar a la atrevida dama asustada. No lo consiguió; en lugar de eso la vio desafiante, como un pequeño gatito arrinconado, y de pronto supo quién había sido el sajón traidor.

-Fue la doncella -gruñó, estirando las riendas del caballo-. Dejad de buscar. Los hijos de puta ya estarán muy lejos. Los atraparemos en otra ocasión.

Mientras tanto, se ocuparía de la doncella. La mala pécora no tardaría en pagar el precio de su estupidez.

4

Caryn observó la indómita furia con que el normando cruzaba la sala para dirigirse hacia las escaleras de piedra. Lord Raolfe se había desprendido de la cota de malla y lucía el pesado jubón de piel. Su cara era la máscara de la ira, sus zancadas, enormes y poderosas, los músculos de sus brazos estaban tensos y tenía las manos cerradas en puños.

¡Dulce Virgen Santa! ¿Cómo había podido descubrirlo tan pronto? Caryn observó cómo el normando dictaba breves instrucciones a Richard para no ser molestado una vez hubiera subido por las escaleras. Caryn dio media vuelta y se precipitó hacia su habitación para llegar a ella antes de que él la atrapara. Había subestimado al poderoso hombre.

-¡Déjame en paz! -exclamó la joven cuando Ral le rodeó la cintura con un brazo y la elevó. Abrió la puerta de una patada y la cerró con un violento golpazo. Con brutalidad, dejó a Caryn en el suelo frente a él.

-Fuiste tú, ¿verdad? Advertiste a nuestros enemigos.

-Yo... yo no sé de qué me hablas.

-¿De verdad no lo sabes? Eres una mentirosa.

Caryn volvió la cabeza. Los latidos de su corazón se aceleraron. Dulce María, ¿qué se proponía hacerle? Intentó mantener la calma; le temblaban tanto las manos que las introdujo entre los pliegues de su túnica para disimular su nerviosismo.

-Lo siento mucho, milord; lamento haber hecho algo que no haya sido de su agrado.

Aquellas palabras airaron aún más al normando, de tal manera que sus ojos cobraron el mismo color que las frías y grises piedras de los muros que les rodeaban. La cogió por los hombros, obligándola a ponerse de puntillas, mientras apretaba la mandíbula con tal fuerza que apenas podía hablar.

-¡Ya sabes que has hecho más que desagradarme! ¿Por qué actuaste así? ¿Por qué?

Caryn respiraba con dificultad. No podía defenderse, pero tampoco estaba dispuesta a acobardarse. Volvió la cabeza para mirarlo de frente.

-Porque soy sajona, y porque, en alguna medida, les debo lealtad. Ellos son mi gente; no hacen más que defenderse y luchar por lo que les pertenece.

-¡Pequeña loca! -Cuando Ral la soltó, ella se tambaleó y, de no haberla sostenido a tiempo, habría: caído al suelo-. Esos hombres no son rebeldes, sino asesinos sanguinarios, bandidos extranjeros, procedentes de lejanas y grandes ciudades. Han matado a tantos sajones como normandos, e incluso a más.

-¿Qué?

-¿Acaso lo ignoras? Supongo que sí, pues has pasado estos últimos años encerrada.

-No, mientes.

-¿No? Pregunta a la gente del pueblo que ha acudido a mí en busca de protección. Alejar de aquí a esa chusma beneficia más a ellos que a mí.

-¿Esos hombres no son rebeldes? ¿No mientes?

La mirada de Ral buscó los ojos de la joven. Debió advertir su preocupación, pues su ira pareció desvanecerse.

-Su líder es un hombre apodado el Hurón, un ase- sino y un ladrón; el bandido más despiadado y salvaje que he conocido jamás. La mención de su nombre in- funde terror tanto a los normandos como a los sajones.

A Caryn le temblaban los labios. Dios mío, ¿qué había hecho?

-Yo no creo,.. Yo nunca he... -Irguió la espalda-. Sé que no basta para disculparme, pero de haberlo sabido nada de esto habría ocurrido.

-De haberlo sabido... -repitió él, atusándose la negra y ondulada cabellera-. ¿No temes que te castigue por ello? ¿Acaso no te importa lo que pueda sucederte?

Sorprendida por el tono de su voz, Caryn escudriñó su rostro.

-No pensé en las consecuencias de mi acción. Estaba convencida de que eran de mi sangre y consideré que debía ayudarlos. -Sostuvo la severa mirada del normando-. Para ser sincera, creí que no te enterarías.

-Sólo Richard y tú habláis mi lengua. Caryn le apretó el brazo.

-¿No castigarás a Richard? Él es completamente inocente. Tu senescal no tuvo nada que ver.

-Así pues, en lugar de preocuparte por ti, te inquietas por Richard. -Emitió un sonido áspero-. Richard de Pembroke me ha jurado lealtad. No creo que sea culpable; Tú eres la única que ha cometido traición, la única que merece castigo. ¿Cuál preferirías que te infligiera?

-¿Y... y me lo preguntas a mí?

Ral esbozó una leve sonrisa.

-Si no considero adecuado el castigo que elijas, me encargaré de escoger otro.

Caryn apretó los labios. Como había temido, recibiría una paliza salvaje y cruel.

-En el convento las abades as me obligaban a fregar el suelo. -Lo miró fijamente-. Solía olvidarme de ir a misa.

-Por lo visto, no te gusta obedecer.

-No deseo recibir una paliza, milord.

-No; estoy seguro de que no. Y, aunque no lo creas, yo tampoco disfrutaría dándotela.

-Quizá podría ayunar un tiempo; sería lo adecua- do, ya que los bandidos roban los alimentos a otros.

Ral negó con la cabeza.

-Creo que te convendría engordar un poco. Me gusta sentir la carne de la mujer que está debajo de mí.

Caryn se ruborizó y clavó la mirada en una grieta de la madera del suelo.

-Podría trabajar en la cocina.

-Pronto serás mi esposa. No quisiera que se dijera que me he casado con una fregona.

A pesar de que todas sus propuestas habían sido desestimadas, Caryn comenzó a sugerir algo más. De pronto él alzó la mano para acallarla.

-Permanecerás en tu habitación durante el resto de la semana, y no saldrás de la fortaleza en quince días. -Aquello sentó a Caryn como un jarro de agua fría-. Dado tu carácter y considerando que ignorabas que eran bandoleros, este castigo es más que suficiente.

Ella observó el monótono gris de las paredes, percibiendo por primera vez la insipidez del dormitorio, tan desangelado como el resto del castillo.

-Dios mío -susurró-, hubiera preferido recibir una paliza.

-Quizá la próxima vez recapacites antes de actuar. El castigo ha sido leve porque aún eres nueva aquí, pero no pienso tolerar tu deslealtad. Recuérdalo, Caryn. -y dicho esto, salió de la habitación a grandes zancadas.

-¿Le has pegado? – preguntó Odo en cuanto Ral apareció en la sala-. Sería una pena, es tan frágil Te ruego que no le hagas mucho daño.

-Creyó que eran rebeldes. Ha pasado los últimos tres años en un convento. He ordenado que de momento quede confinada en su habitación.

-Temía que se te ocurriera matarla. Yen lugar de eso sólo la obligas a permanecer en su habitación. Ral, tú no sueles actuar así.

-No acostumbro causar daño a una mujer, y menos aún a una niña.

-¿Una niña? ¿Eso ves cuando la miras? Pues yo veo una mujer completamente formada, una pequeña y fiera lagartija que debe ser domada por un hombre fuerte. Tu Caryn necesita mano dura, alguien que la conduzca con determinación y le enseñe cuáles su lugar. Si no fuera tu prometida yo mismo me encargaría de ello.

Ral sintió un súbito pinchazo de ira. Él y Odo habían sido amigos durante muchos años, y éste debería saber que él nunca abusaría de una mujer; la mera idea le molestaba.

- Esa mujer me pertenece. Yo me ocuparé de que aprenda a obedecer.

-Y cuídate de confiar en ella.

-Puedes estar seguro de que lo haré, -Se encogió de hombros-. En cuanto estemos casados y hayamos yacido juntos, toda su lealtad me pertenecerá. Hasta entonces, sigue siendo una sajona y resulta difícil determinar a quien debe lealtad.

Odo pareció burlarse.

-Creo que la dama ya te ha robado el corazón. Dudo de que hubieras perdonado la paliza a Lynette.

-Lynette hubiera actuado por rencor. Sólo le interesa aquello que le beneficia; sus necesidades son siempre egoístas. Si no fuera porque me proporciona placer en la cama no estaría aquí.

-No permitas que la pequeña te robe el corazón, *mon ami.* Las mujeres son peligrosas cuando consiguen esa clase de poder.

Ral se irguió.

-Hablas como un necio -replicó-; ninguna mujer puede tentarme de ese modo. He conocido a hombres que han perdido la cordura a causa de una mujer y han llegado a extremos insospechados.

Ral pensó en Stephen de Montreale y sintió un escalofrío.

-Estoy convencido de que tienes razón -repuso Odo, mientras con la mirada advertía a su amigo que se anduviera con cuidado.

-No sufras, querida. Mañana quedarás libre y podrás rondar por la casa. -Marta entró en la habitación donde la joven que tenía a su cargo no cesaba de moverse.

El mobiliario de dormitorio consistía en una cama, un baúl reforzado con láminas de hierro, una mesa de madera de encina, sobre la que descansaba una vela medio consumida junto a un cazo de estaño lleno de restos de estofado, y un brasero negro con las cenizas del fuego de la noche anterior.

-Esto es una prisión. Me gustaría ver el sol, oír el canto de los pájaros.

-Deberías sentirte afortunada por haberte librado de una paliza.

-Esto es peor que una paliza.

Marta sonrió e intentó animarla.

-Podrías reanudar tus bordados. Así al menos te dedicarías a algo provechoso.

La niña siempre había sido muy inquieta, como si tuviera el diablo en el cuerpo. Los tres años que había permanecido enclaustrada en el convento no la habían cambiado. Era caprichosa, irresponsable y tenía la cabeza llena de pájaros, pero en el fondo era tierna y cariñosa.

-Sabes cuánto odio esa tarea.

-Sé que preferirías pasear por el campo, observar a 1os insectos o estudiar los distintos diseños de las cortezas de los árboles. Sé que te gustaría perder el tiempo en la cabaña de algún aldeano que te explicara cómo siembra su cosecha o cuándo quema el rastrojo. Te aseguro que todo eso no te servirá de nada. Sería mucho mejor que centraras tus intereses en cómo complacer a tu marido.

-Yo no quiero un marido.

Marta no ocultó su desagrado.

-¿Acaso preferirías seguir en el convento?

-Sabes muy bien que no.

Marta movió la cabeza. La pobre lady Anne había sufrido mucho; siempre intentando proteger a su hija, que continuamente disgustaba a su padre. La señora falleció, víctima de la peste, cuando Caryn apenas contaba siete años. Su padre, en lugar de continuar propinando palizas a la pequeña, como la difunta señora había temido, se limitó a ignorarla. La niña, de carácter inquieto, se tornó más desobediente, aunque seguía mostrándose cariñosa, dispuesta a ayudar y bien despierta para aprender.

-Ya te dije una vez que lord Ral es distinto a los demás hombres. -Marta observó a la pequeña doncella, admirando su hermosura. No era comparable a la de Gweneth, sobre todo porque carecía de aquella belleza etérea difícil de definir. Gweneth, con su cabello negro como el azabache, era una criatura un poco alo- cada que enamoraba a todos. Caryn, por su parte, con sus rebeldes rizos castaños, *sus* enormes ojos marrones con pestañas doradas y ese cuerpo un poco exuberante, podía despertar las fantasías de cualquier hombre y el anhelo de rendirse a todas sus peticiones.

-Él no es diferente -replicó Caryn-. Es un normando.

-Pero está dispuesto a tomarte por esposa. ¿Qué otro normando lo haría? Su intención es protegerte.

-Su intención es salvar su conciencia.

-Ya me contaste lo sucedido en la pradera; el trato salvaje de los soldados, la violación de tu hermana... Me temo que hay veces en que los hombres dejan de ser ellos mismos. Cuando la sed de sangre los mueve, llegan a la guerra, el asesinato; se transforman cuando se sienten próximos a la muerte. Lo he comprobado entre los nuestros. N o debería ser así, pero así es. N o deberías haber pasado por aquello, pero ocurrió. Si el señor desea reparar aquellas atrocidades, está en tus manos cristianas permitir que lo haga.

-¿Cómo? ¿Acostándome con él?

-Aceptando el honor de convertirte en su esposa. No deberías pensar sólo en ti misma, sino en el bien que podrías proporcionar a los demás. Como sajona y mujer de un señor normando, podrías cambiar la actitud de tu marido. Con el tiempo, quizá podrías conseguir que la situación mejore.

Caryn reflexionó. Nunca se había parado a considerar que estaba en sus manos cambiar algo. Convertirse en la esposa de uno de los barones de Guillermo suponía una gran responsabilidad. Tendría que ocuparse del castillo, las cosechas, las despensas, los ropajes, las medicinas, las

provisiones, por no mencionar a la gente del pueblo. Caryn se estremeció al pensarlo.

-No me casaré con él.

-Pero ¿es que no comprendes que ése es tu destino? Desde el momento en que os visteis por primera vez vuestros caminos quedaron unidos. Sin duda tu destino es casarte con él

-Mi destino dependerá de mi voluntad, no de la de un canalla normando. -Caryn se levantó de la cama, a cuyos pies había estado sentada, y se dirigió hacia la ventana, retirando la pieza transparente que impedía la entrada del viento frío -. Déjame, Marta. Necesito estar sola.

Marta se dirigió con rapidez hacia la puerta. Al abrirla se volvió.

-Escúchame bien, hijita. Lord Ral no es un hombre con quien se puede jugar. No cambiará de opinión. No te atrevas a intentar disuadirle.

Caryn aguardó en silencio a que la enorme puerta de madera se cerrara. Al día siguiente podría pasear por toda la casa. Necesitaba inspeccionar la fortaleza, proveerse de un caballo y víveres. En cuanto hubiera conseguido todo, se marcharía.

Observó con ojos llenos de anhelo los campos arados y listos para la siembra. Apenas divisaba los tejados de paja de las cabañas camufladas entre los zarzales. Bajo su ventana, en el interior de la muralla, los perros grises de caza que a menudo entraban en la casa perseguían a un gato rubio que se refugiaba en un almiar.

¡Oh, correr tras ellos, montar el poni que antaño le perteneció por el prado y los páramos! Pronto, se prometió, pronto volvería a ser libre.

A la mañana siguiente Caryn abandonó temprano la habitación. En ese momento, lord Raolfe salía de la capilla, un pequeño recinto situado en un extremo de la gran sala. Seguía al normando un cura robusto y más bien bajito a quien Caryn nunca había visto.

-Lady Caryn - llamó Ral con aquella voz grave y profunda que tanto la molestaba-. Hay alguien que quiero presentarte. -Los soldados, que ya habían acabado de desayunar (un pedazo de pan y una cerveza), se dirigían hacia el recinto amurallado para iniciar sus ejercicios con la espada.

-Como desees, milord -respondió ella con una sonrisa, acercándose a él.

Junto al pequeño hombre, lord Ral parecía más alto y, vestido con una túnica Oscura bordada a mano que resaltaba sus cabellos negros, incluso más guapo.

Volvía a fijarse en su belleza cuando se había pro- puesto evitarlo. Al aproximarse, ataviada con una túnica roja de lana y una suave camisa amarilla, Caryn observó cómo Ralla contemplaba con sus penetrantes ojos de color gris azulado; su mirada se tornaba más amable a medida que ella se acercaba, mientras inspeccionaba sus prendas con aprobación.

-Has demostrado muy buen gusto al escoger tu atuendo. Espero que te encuentres bien.

Las facciones del normando eran impresionantes; la piel suave, los labios carnosos, las pestañas negras, Ella lo vio sonreír y, sin querer, recordó con cuánta calidez la había besado.

-Las ropas son preciosas. Estoy muy agradecida, milord.

-Caryn, éste es el padre Burton. Acaba de llegar de la abadía de St. Marks. Padre, ésta es Caryn de Ivesham, mi prometida.

«Un cuerno», pensó ella, forzando una sonrisa.

-Buenos días, padre. 1 -Ahora que el padre Burton ha regresado al castillo -dijo Ral, con un ligero tono de advertencia-, se celebrará misa cada día, a primera hora.

Caryn se limitó a asentir. No le molestaba tener que asistir a misa, pues la Iglesia era una parte de la vida, ya su manera ella era devota. Lo que ocurría era que se sabía las oraciones de memoria, hablaba con Dios cuando tenía necesidad, y podía dedicar ese tiempo a aprender otras cosas.

-¿Has desayunado? – preguntó Ral -. Hay pan y cerveza. Quizá quede algo de queso.

-Esperaré a la hora de comer.

De pronto se oyó el ruido de una puerta, y ella rió la cabeza. Un rayo de sol le iluminó el rostro al cruzar el umbral uno de los pinches. Suspiró cuando la ida puerta de madera de encina volvió a cerrarse, impidiendo la entrada de la claridad del día.

-¿Estás inquieta esta mañana? -preguntó Ral cuando el cura, tras despedirse, abandonó el lugar.

-Si.

-Es normal que te sientas así.

Caryn volvió a pensar en el error que había cometido al ayudar a los extranjeros.

-Supongo que sí.

Él frunció el entrecejo ante aquella muestra de humor tan apagado.

-Quizá un poco e aire te levante el ánimo. Caryn sonrió sinceramente, alentada por la idea de respirar fuera de aquellas grises paredes.

-Sí, milord. Un poco de aire me sentará bien. -Pasearé un rato contigo; después volverás a tu encierro,

El corazón de Caryn se encogió. El normando, el fiero caballero, la acompañaría. Lamentó verse obligada a pasar más tiempo junto a él, De todas formas, su malhumor se disipó. Al fin y al cabo, ¿qué podía ocurrir? El normando podría enseñarle la fortaleza, y ella aprovecharía la ocasión para estudiar el terreno, incluso para preparar su huida. Desde ese punto de vista, soportar la presencia del normando no le parecía un precio demasiado alto a cambio de su libertad.

Ral tomó el delicado brazo de la mujer, que se tensó de inmediato, y juntos se encaminaron hacia el portón principal. No le resultaba difícil adivinar qué pensaba la joven. Le detestaba, lo culpaba de lo que le había ~ ocurrido a su hermana. A pesar de ello, Ral se proponía casarse con ella. Con el tiempo la domaría, tomaría las riendas de su espíritu indisciplinado, la educaría y la llevaría al lecho con su consentimiento.

Se fijó en las deliciosas curvas femeninas, en sus generosos senos bajo la túnica. Caryn era pequeña, pero estaba bien formada, y después de observarla detenidamente le resultaba, mucho más hermosa: «Será un placer, damisela -pensó, sintiendo cierta exa1tación- realmente será todo un placer.»

Bajaron por las escaleras de madera hacia el terreno húmedo que bordeaba la muralla y pasaron frente a grupos de hombres: caballeros, escuderos y pajes. Como su señor esperaba, los guerreros, armados, se entrenaban para la guerra. Ral quería que los escuderos estuvieran bien

preparados antes de convertirse en caballeros, y que los pajes se convirtieran en buenos escuderos.

-Buenos días, milord -saludó Odo. Su cota de malla tintineaba mientras se desprendía del casco, sus ojos azules brillaban bajo el desordenado pelo rojizo que, a diferencia de Ral, llevaba cortado al estilo normando, afeitado en la nuca, con un mechón que le cala sobre la frente-. Milady -añadió. Odo examinó a la mujer que Ral cogía del brazo y dirigió a su señor una mirada censuradora por lo que consideraba una debilidad; que hubiera levantado momentáneamente el castigo a la joven.

Ral sonrió para sus adentros. Odo no tenía porqué preocuparse; la doncella pronto volvería a su encierro; le estaría agradecida por su indulgencia, lo que representaba otro paso en su estrategia para ganársela.

-Hace un día precioso, ¿no te parece? -dijo Odo a Caryn.

-Sí. Después del frío, se agradece. -La muchacha observó el cielo azul moteado de nubes-. Parece que volverá a haber tormenta.

A Ral le agradaba el sonido de su voz, suave y ligera, dotada de cierta sensualidad, como el movimiento de sus caderas bajo la túnica, casi del mismo color que tu cabello trenzado. Esa misma sensibilidad se percibía en sus labios, cuando sonreía, y en la forma en que sus pestañas cubrían aquellos ojos aterciopelados cuando trataba de ocultar sus pensamientos.

-¿Cómo va el entrenamiento? - preguntó Ral, frunciendo el entrecejo al ver que el más joven de sus caballeros, Geoffrey, recibía un golpe en el hombr*o,* desprevenido como estaba mirando en exceso a Caryn.

-Bastante bien, aunque algunos hombres se muestran demasiado confiados. No les iría mal que les bajaras los humos.

-Mañana iremos de caza, y pasado mañana me uniré a vosotros en el entrenamiento. Premiaré con una bolsa de plata al primero de los diez combatientes que consiga vencerme.

-Sería mejor entregar esas monedas a los hombres que la intenten y fallen -replicó Odo, sonriendo-. Las necesitarán para pagar al cirujano.

- Ral también rió.

-Como no disponemos de uno, procuraré no dejarlos muy malheridos.

-¿Te enfrentarás con los diez? -preguntó Caryn, mirando a Ral con sorpresa-. No dudo de que eres fuerte y dominas las armas, pero diez...

-De uno en uno, *chérie.* No es tan difícil.

-¿Que no es tan...? Milord, creo que el sol debe de ser mucho más cálido en Normandía; no cabe duda de que te ha afectado la cabeza.

-Diez hombres no son nada para tu señor. He sido testigo de ello muchas veces, milady. Quizá debe rían permitirte presenciarlo. ¿Qué te parece, Ral?

-La dama pasará el día en el castillo. La próxima vez que acaezca en público, lo hará como mi esposa.

-¿Que?

-Entonces ¿ya has recibido noticias del rey?-preguntó Odo.

-Esta mañana ha llegado un mensajero. El rey Guillermo manda sus bendiciones y sugiere que, dadas las circunstancias, el enlace se celebre sin demora alguna. Ha enviado una licencia especial. La boda tendrá lugar dentro de seis días. -El beneplácito para el matrimonio había llegado con la misiva, que también incluía la denegación de las tierras situadas entre Braxston y Malvern, las cuales Ral necesitaba con tanta desesperación.

-El rey conoce tan bien como tú el endiablado corazón de Stephen, aunque no se atreva a admitirlo.

Ral se limitó a asentir y continuó reflexionando sobre la inesperada negativa del rey. ¿Por qué? , se preguntaba. Le preocupaba que el motivo fuera Malvern.

A su lado, Caryn se mantenía tensa y se mostraba incapaz de dominar su ira. Con cierta agitación se colocó la gruesa trenza rojiza sobre la espalda.

-Me gustaría ver el resto de lo que pronto será mi hogar -pidió con tono mordaz, con la mirada perdida-. Me convendría conocer los muros más lejanos de: lo que pronto se convertirá en mi prisión.

Ral apretó los dientes. La joven no se resignaba. No importaba, pues la suerte estaba echada, y nadie, y; menos una pequeña doncella obstinada y rebelde, lograría cambiarla. En ese momento, ni siquiera él podía hacer nada, ni siquiera Stephen.

Ral maldijo en silencio. Le contrariaba que la jovencita no se mostrara más agradecida. De nuevo la tomó del brazo y apretó más los dientes. Caryn no *tardaría* demasiado en manifestarle su gratitud; en cuanto su delicioso pequeño cuerpo yaciera bajo él.

-Ven -ordenó el normando con brusquedad, atrayéndola hacia sí-, estamos perdiendo el tiempo.

En cuanto hayamos terminado, te dejare volver a la casa.

*Ca*minando junto al alto y musculoso normando, Caryn intentó moderar su irritación. Estaba decidida a controlarse, apaciguar a su enemigo y lograr que recuperara su buen humor .En esos momentos no le convenía enfrentarse a él ni acrecentar su ira. Además, no debía despertar sospechas, sobre todo cuando, por lo visto, no disponía de mucho tiempo.

Así pues, ocultando su verdadero estado de ánimo, sonrió y poco a poco él fue recuperando su buen humor. Mientras visitaban el granero, los establos, la armería, los hornos y la herrería, Caryn escuchaba con interés sus explicaciones acerca de las obras que había realizado y de las mejoras que se proponía emprender.

-Un día construiré torres para controlar el puente 1evadizo y quizá una gran capilla al otro lado de la muralla. Me gustaría que un pueblo se alzara en este lugar. Braxston está situado en un cruce importante y quisiera convertirlo en un centro para el comercio.

Se percibía Orgullo en su voz y Caryn lo comprendía. Braxston Keep y la muralla que lo rodeaba en nada se parecía a las antiguas y destartaladas estructuras de madera que una vez constituyeron la casa de lvesham.

-Parece que tienes grandes ambiciones, milord. Nunca lo hubiera imaginado.

-Estoy cansado de luchar. Trabajaré cuanto sea preciso por 1o que ahora considero mi hogar.

Parecía una valiente afirmación, sobre todo viniendo de un hombre como él. Caryn lo admiró regañadientes por ello. Aun así, seguía sin tener la intención de convertirse en una parte del vasto plan del Caballero Negro.

Mientras Ralle enseñaba el lugar y hablaba con sus hombres y sirvientes, Caryn estudió el terreno y memorizó dónde se encontraban los objetos que necesitaría para su huida. Cuando regresaron a la casa, ya había elaborado su plan.

Y menos mal que así había sido, porque algo inquietante ocurrió durante su corto paseo.

Cuando el normando comenzó a sonreír, aplacado ya su enojo, Caryn se sorprendió devolviéndole la sonrisa, incluso riendo, o ruborizándose por los

halagos que él le dedicaba. En más de una ocasión, como cuando la fuerte mano del hombre le apretaba el brazo, o cuando la ayudaba a salvar algún obstáculo, se le puso la carne de gallina.

Cerca del mecanismo del puente levadizo, cuando él la tomó por la cintura para protegerla de uno de los grandes perros de caza, Caryn sintió un cosquilleo en el estómago.

Santa María, era peligroso que surgieran semejantes sentimientos. Sabía con qué clase de hombre hablaba, alguien que había participado en lo que le había sucedido a su hermana; pero aun así...

Había llegado el momento de escapar. Con Ral y sus hombres instalados en la casa, la guardia del castillo era mucho más relajada. Además, al parecer nadie conocía las restricciones a que lord Ralla había sometido, y había oído decir que al día siguiente los hombres saldrían de caza.

Su plan era sencillo: se vestiría para montar y pediría a uno de los pajes que ensillara el pequeño poni gris que había visto en el establo con la excusa de que necesitaba ir al pueblo.

Llevaría consigo los dos candelabros de plata que había reconocido como propiedad de la casa de Ivesham y una de las copas con piedras preciosas incrustadas que también habían pertenecido a su padre, y partiría hacia Willingham, la ciudad más próxima, donde vendería el botín robado -recuperado se corrigió-, y luego proseguiría su camino.

Un año y un día; era el tiempo que necesitaría. Un siervo huido se convertía en un hombre libre si no había sido capturado al cabo de un año y un día. Sin duda, para una mujer que pertenecía a un lord la norma sería la misma.

Aún *le* resultaba incierto qué haría con su libertad, pero las posibilidades le parecían infinitas. En las ciudades habla tabernas y mesones; en los caminos encontraría trovadores y mercaderes.

Caryn sonrió. Su corazón se aceleraba al imaginar todo cuanto podría aprender, las aventuras que viviría, los lugares que conocería, las maravillas que el mundo le ofrecería al otro lado de las murallas del castillo. Al día siguiente estaría preparada.

Caryn juró que sería libre.

5

Ral entró en el castillo Con *Caesar,* su halcón de s marrones, posado sobre el hombro. En ese instante comenzó a soplar un viento tempestuoso, y las nubes ocultaron el sol. Por fortuna, Ral ya había disfrutado del día junto a sus hombres. .

-¿Buena caza, milord? -Richard, un hombre de gran honor e inteligencia de quien Ral se sentía orgulloso se acercó-. Has vuelto antes de lo que esperábamos.

-La caza ha sido abundante. -Ral agitó la enorme ave rapaz. Estaba entrenando al halcón macho, una pieza singular entre las de su especie debido a su gran tamaño, ya que normalmente las hembras solían ser más grandes y adecuadas para la cetrería-. Mañana cenaremos estofado de liebre y jabalí rustido.

-¿Y el halcón? ¿Qué tal el adiestramiento?

Ral acarició con la mano enguantada al animal. Acostumbrar al halcón a las conversaciones y los ruidos de la casa también formaba parte de su aprendizaje.

-*Caesar* es el mejor halcón que he tenido, el más rápido. Es precioso. Verlo en acción es todo un placer.

-Me gustaría verlo, milord.

-¿De veras? Entonces te prometo que así será. Nos acompañarás en la próxima cacería.

Por unos instantes Richard sonrió satisfecho, pero enseguida frunció el entrecejo. Era un hombre alto, más bien delgado, aunque con fuertes músculos. Tenía una sonrisa serena y una mirada vagamente cálida en los ojos.

-Hay mucho trabajo aquí, milord. No dispongo de demasiado tiempo para diversiones.

Ral asintió con la cabeza. -Es cierto, pero pronto contarás con ayudantes. Olvidas que tengo novia.

-¿Lady Caryn? ¿Dejarás que ella se encargue de la casa?

-Necesitas que alguien te ayude. Hasta ahora has realizado todo el trabajo tú solo. Supongo que agradecerás que te libere de ciertas obligaciones.

Richard pareció tranquilizarse.

-Sí, milord, desde luego. Lo siento, no pretendía ofenderte.

-No te preocupes, amigo. -Ral miró alrededor-. ¿Dónde se encuentra nuestra dama?

-Creo que en su habitación. He estado muy ocupado con los libros. No la he visto desde esta mañana.

Ral arrugó la frente.

-¿En su habitación? Me extraña. Esa muchacha no soporta permanecer encerrada tanto tiempo.

Pensó que, en cierto modo, la joven era como el ave posada sobre su hombro. Al principio el halcón se había mostrado impaciente por recuperar su libertad. Ral lo había manejado con delicadeza hasta dominarlo; lo mismo haría con la muchacha.

En lugar de reunirse con los hombres que entrechocaban las espaldas amistosamente mientras hablaban de la cacería en la sala principal, Ral subió por las escaleras. Registró los aposentos de la doncella y, al no hallarla en ellos, decidió ir en busca de Marta. La encontró en uno de los pasillos.

-¿Dónde está tu señora? Quisiera hablar con ella.

Marta pareció inquietarse.

-No... no la he visto, milord. Seguramente estará rondando por el castillo. Últimamente la noto muy nerviosa y aburrida. Ya cuando era niña solía escaparse para pasear.

-Le había prohibido salir de su encierro. Me encargaré de que no vuelva a desobedecerme.

Marta se mordió es labio.

-Seguro que no ha pretendido desobedecer, milord. Lo que sucede es que a veces se aleja sin darse cuenta, como un niño tentado por un tesoro imaginario. Si la conocieras, comprenderías que sus intenciones son buenas.

-La muchacha no es estúpida. Debe respetar las normas como todo el mundo. Ordena a los criados que la busquen y que me la traigan.

Marta apretó sus arrugadas manos.

-Dijiste que podía pasear por el castillo. Milord, te ruego que no…

-Te preocupas en exceso, vieja. Sólo quiero hablar con ella sobre la boda.

Marta asintió con la cabeza, intranquila. Ral bajó por las escaleras para tomar una copa de vino, seguro de que los criados la encontrarían. Sin embargo una hora después, todavía no habían conseguido localizarla.

-Parece que la dama no se halla entre nosotros, milord. -Bretta, la criada rubia y algo rolliza con quien Ral había pensado acostarse en alguna ocasión, se acercó a él. Su voz, que antes le despertaba deseo, sólo logró provocarle cierta irritación.

-Seguid buscando. No puede haberse alejado demasiado.

Apretó la mano entorno a la copa de vino que sostenía. De modo que la muchacha le había desobedecido una vez más. La maldijo en silencio. Caryn había vuelto a despreciarlo al incumplir sus órdenes de forma tan descarada.

Mientras se dirigía a su habitación rogó para que dieran con ella.

Caryn se movió en la silla de montar, intentando encontrar una postura más cómoda. Poco acostumbrada a cabalgar después de su estancia en el convento, sus piernas y su trasero se resentían.

La silla, la única disponible, resultaba demasiado grande para su pequeño cuerpo. Pertenecía a Lynette. Etienne, el joven escudero de Geoffrey, un muchacho de mirada profunda y sonrisa encantadora, se la había ofrecido.

Había actuado con cautela al escoger a un normando para que le ayudara a escapar; había preferido elegir a alguien de quien lord Ral nunca sospecharía en lugar de uno de los sirvientes sajones. Lo sentía por Etienne, que se había portado muy bien con ella, pero no había tenido opción.

-Debo ir al pueblo -había dicho Caryn mientras él trabajaba en el establo-. Hay un niño enfermo. Su madre me ha pedido ayuda.

-¿Ayuda, milady? Ella le enseñó la bolsa con las provisiones.

-Son medicamentos y mantas. El niño tiene fiebre; está grave y necesita ayuda.

-Pero lord Ra1… ha salido de caza. ¿Quién te acompañará?

-Richard de Pembroke ha encomendado esa tarea a dos de sus hombres de confianza. Me esperan cerca de la verja. Te ruego que no nos demoremos. Ese niño está moribundo.

-De acuerdo, milady, veré qué puedo hacer. -Etienne volvió con el poni. Caryn tras agradecérselo con una sonrisa, le permitió que la ayudara a montar.

-¿Te acompaño hasta la verja? -preguntó.

-¡No! Quiero decir…, no creo que sea necesario. Ya te he dicho que los hombres me esperan. -La joven sonrió de nuevo, se agachó y le apretó una mano-. Muchas gracias, Etienne.

Él correspondió con una sonrisa mientras ella se alejaba. Al poco. Caryn se detuvo en el puente para contar la misma historia al vigilante de guardia; en esta ocasión dijo que los hombres de Richard la aguardaban en la linde del bosque. Nadie dudó de sus palabras. Lord Ral no les había advertido nada. Incluso él mismo había llegado a creer que la muchacha

aceptaba su situación y que se resignaba con total sumisión, a aquel matrimonio.

¡Virgen Santa! ¡Jamás en la vida!

En cuanto hubo cruzado las murallas del castillo, Caryn se sintió más relajada. El día transcurrió con rapidez. El pequeño poni avanzaba poco a poco por el camino. Cuando se hallaron lo suficientemente lejos del castillo, descansaron un rato y reanudaron la marcha. Cuando el normando reparara en su ausencia, ya habría anochecido, o quizás ya habría amanecido. Para entonces, Caryn estaría ya muy lejos.

Con tal pensamiento la joven obligó a su cabalgadura a aflojar el paso para disfrutar de los alrededores: las montañas llenas de árboles, los cerros cubiertos de helechos, los prados repletos de aneas, amapolas, hierbabuena y retama. Por el estrecho camino se cruzó con un joven vendedor ambulante de aspecto rudo que ofrecía una variopinta mercancía.: mantas de plumas de ganso, cera de abeja, ribetes para telas...

Más tarde, pasó junto a otro buhonero, un hombre muy agradable de Nortwich que, al verla, se quitó el sombrero de fieltro como si fuera un cortesano. También topó con algunos aldeanos y se detuvo a conversar un rato con ellos, segura de que se hallaba lejos del castillo e impaciente por embeberse de todo aquello que ellos pudieran enseñarle.

Según sus cálculos, antes de que cayera la noche ya habría dejado atrás el bosque. Buscaría un lugar para descansar, daría de comer y beber a su caballo y recobraría fuerzas cenando la carne de cordero fría, el pan y el queso que había cogido de la cocina. Dormiría arropada con su capa forrada de piel y, por primera vez, agradecería que el Caballero Negro se la hubiera regalado.

El color grisáceo del cielo la alarmó un poco. El día anterior, desde el castillo, ya había observado la presencia de esas nubes que, oscuras y densas, amenazaban tormenta. Confiaba en llegar a Wtlhngham, donde pernoctaría en una posada, antes de que la tormenta estallara y la sorprendiera en medio del camino.

Caryn sonrió, pues pasar una noche de lluvia a 1a intemperie no le parecía un precio excesivo por su libertad. Además, eso formaba parte de la aventura.

Imprimió mayor velocidad a su poni y prosiguió el camino.

Una doncella conflictiva, imprudente y testaruda. Ral agarró con fuerza las riendas para emprender la marcha a lomos de *Satán* que, nervioso, comenzó a piafar ante la brusquedad de su jinete. El normando procuró tranquilizarse y reanudó la búsqueda siguiendo las huellas de la montura de la muchacha, lo que no resultaba difícil, pues eran de menor tamaño que el resto y el camino era poco transitado. Gracias a Dios, había regresado pronto a casa después de la cacería. Se había enfurecido al enterarse de la ausencia de Caryn. Cuando se descubrió que la joven se había fugado del castillo se maldijo por haber supuesto que ella no se arriesgaría a intentarlo. No le costó mucho reconstruir la forma en que había huido.

-Perdóname, milord -se disculpó el joven Etienne entre lágrimas de remordimiento-; si hubiera sabido que actuaba en contra de tu voluntad...

.-No es culpa tuya, muchacho, sino mía. No te preocupes, la doncella volverá.

Maldijo a la muchacha. Subestimando su terquedad, había juzgado innecesario reforzar el castigo. Había llegado a creer que obedecería sus órdenes.

Ral, irritado, masculló un juramento. Nunca perdonaría esa traición: ¿Acaso esa loca ignoraba que al fugarse estaba arriesgando su vida? Además de los hombres que merodeaban por las colinas y el peligro de los osos y lobos salvajes, estaba Stephen de Montreale con sus soldados. Stephen la apresaría sin dudarlo un instante, la trataría como un animal y luego se desprendería de ella. Quizá incluso llegara a matarla.

Ral sintió un nudo en el estómago. Aunque apenas conocía a la chica, se sentía responsable de ella y no quería que resultara herida. Debía impedir que eso sucediera. La muchacha merecía sufrir un poco, sí pero no a manos de los hombres de Montreale; él mismo se encargaría de ello.

Ral galopaba sobre *Satán* siguiendo el rastro que la doncella había dejado durante su huida por el bosque. Ya comenzaba a anochecer. A cada instante que pasaba, .imaginaba que un terrible peligro amenazaba a Caryn. La pequeña e inquieta era, además de imprudente, más rebelde que la mayoría de sus peores soldados.

Ral apretó la mandíbula. Se prometió que se ocuparía de que ella aprendiera la lección. En cuanto la encontrara y la pusiera a salvo, se encargarla de que pagara por su desobediencia.

Caryn miró alrededor. No había supuesto que las quietas, alargadas y delgadas siluetas de los árboles le resultarían tan lúgubres ni que cada ruido la sobresaltaría tanto, obligándola a mirar hacia atrás, de tal modo que su pequeño caballo se desviaba un poco del camino. No había sospechado que todo podría volverse de pronto tan estremecedor.

No hay razón para tener miedo -se reconfortó hablando en voz alta mientras escuchaba el crujido de alguna rama a sus espaldas-. Es el viento que agita los árboles.

N o podía tratarse del enorme normando que, según había observado, acostumbraba cazar hasta bien entrada la noche. Probablemente aún no habría reparado en su ausencia y, de haberlo hecho, no habría descubierto qué camino había tomado. Por supuesto podría toparse con malhechores, pero Caryn no los temía. Si se encontraba con ellos, les informaría de que había sido ella quien les ayudó. Estaba convencida de que los bandidos, agradecidos, nunca la atacarían.

Le pareció oír otro ruido muy cercano en el sendero, detrás de ella. Pisadas, concluyó con cierto temor.

-Sólo es un compañero de viaje -susurró al poni conduciéndolo hacia un lado del sendero para detenerse detrás de un árbol-. No hay nada que temer.

-No estés tan segura -dijo una voz masculina a su espalda. Cuando vio el pura sangre del Caballero Negro aparecer entre los árboles, Caryn grito -. A mi sí me tienes miedo.

¡Madre de Dios! Caryn dio media vuelta en su pequeña montura y clavó con fuerza los talones en los flancos del animal.

-¡Adelante! -ordenó lord Raolfe en cuanto el poni dio un gran salto hacia adelante. Se inclinó sobre el cuello de *Satan* para imprimirle mayor velocidad. Caryn sentía cómo el viento le azotaba la cara y las ramas de los árboles se enganchaban en sus ropas: A pesar de ello siguió galopando,

recordando los trucos que había aprendido en su infancia y creía haber olvidado.

-¡Detente, maldita sea!

Pero Caryn siguió adelante, temerosa de la furia que dominaba al normando.

Dios mío, ¿cómo la había encontrado? ¿Qué le haría si la alcanzaba? El terror aumentaba su osadía. Cuando se halló cerca de un árbol con las ramas bastante bajas, se inclinó con gran habilidad sobre el cuello del poni para evitarlas; luego cruzó un riachuelo. El viento le hinchaba la capa. El trapalear de los caballos semejaba el redoble de un tambor que resonaba con fuerza en el bosque, al ritmo de los frenéticos latidos de su corazón.

El bosque parecía espesarse ante Caryn. Las zarzas cubrían e sendero que atravesaba, pero nada 1e inspiraba más temor que el hombre que la perseguía. Armándose de valor se inclinó aún más, alentando a su pequeño caballo a correr más deprisa. El animal relinchó y Caryn notó que tropezaba. Por un momento temió caer al suelo, pero de inmediato el normando se acercó a ella y, rodeándole la cintura con un brazo, la atrajo hacia sí y la colocó boca abajo sobre su montura.

-¡Por Cristo santo! ¿Acaso quieres matarte?

Caryn se giró para verle la cara y observó su sombrío semblante. El semental mordía la brida; incluso esa gran bestia sabía que era mejor no contradecir a su dueño.

-¡Suéltame! – exigió Caryn, intentado en vano apartarse.

La joven notó que una gota caía sobre su mejilla, luego otra; estaba lloviendo. Trató de incorporarse otra vez, pero la mano del hombre, apoyada sobre su cintura, se lo impedía. Cuando el normando extendió su capa sobre la cabeza de Caryn el mundo se sumió en la oscuridad.

La doncella permaneció en silencio atisbando tan sólo el suelo enlodado y sintiendo la fuerza de los duros muslos que le presionaban el estómago. Le costaba respirar. Estuvo a punto de hablar en más de una ocasión pero la tensión del cuerpo del hombre se lo desaconsejaba. La lluvia arreció y comenzó a tiritar de frío. Tenía la capa y el vestido empapados, el estómago dolorido y la fría humedad del aire le había calado hasta los huesos.

-¿No podría montar mi propio caballo? -preguntó ella volviendo la cabeza. ¿Tanto había cabalgado aquel día?

-Cabalgarás junto a mí. Creo que cerca de aquí hay una cabaña de un pastor. Nos servirá para pasar la noche. Estás tan helada que dudo de que puedas soportar el viaje de regreso a casa.

Había cierta irritación en su voz y un gesto duro en su rostro. Caryn rogó que el aire de la noche lograra calmar un poco aquella salvaje actitud.

-¿Cómo... cómo has sabido dónde encontrarme?)

Ral soltó las riendas del caballo. Quizá ya habían llegado a la cabaña. Cogió a la doncella entre sus brazos y alzando su larga pierna sobre el cuello del semental, saltó al suelo.

-¿Realmente creías que te desembarazarías de mí? -gruñó él-. No existe ningún lugar donde puedas esconderte de mí.-Se acercó a la puerta, la abrió de una patada y entró en una habitación pequeña y prácticamente vacía-. Que Dios te ayude si se te ocurre moverte.

Caryn tragó saliva. El normando se limitó a mirarla y salió de la cabaña con el cabello empapado y pegado a su grueso cuello y una expresión en los ojos más fiera que la tormenta. Caryn observó con detenimiento

cuanto la rodeaba: un tonel vacío, un taburete de tres patas para ordeñar y un cubo un poco oxidado. Le dio una patada para apartar a un lado y sintió el dolor en el pie entumecido.

Pocos minutos después, 1ord Raolfe volvió de atender a los caballos. Llevaba la bolsa de Caryn, las alforjas colgadas sobre un hombro y un montón de leña que dejó caer frente al hoyo destinado al fuego. Arrodillándose, colocó en el suelo de tierra unas cuantas astillas y usando una piedra de sílex consiguió encender una buena hoguera. Caryn dejó de sentir escalofríos.

-En mi alforja hay una manta. Quítate esas ropas empapadas y cúbrete con ella.

Ella palideció al oír tales palabras. Lo cierto era que no lograría entrar en calor hasta que se despojara de la ropa húmeda.

-No necesito nada tuyo. Tengo mi propia manta.

Buscó su bolsa y observó que el caballero ya la había abierto y había sacado la manta, el queso y el cordero frío.

-Fue una buena idea que robaras todo eso de mi cocina. Al menos no pasarás hambre.

La forma en que pronunció «al menos» la puso en guardia. De espaldas a él, se despojó de la túnica con manos trémulas. Por fortuna la camisa no estaba demasiado húmeda, y por pudor decidió conservar el fino tejido blanco que se ceñía a su cuerpo. Al echarse la manta sobre los hombros, levantó la mirada y observó que los fríos ojos grises del normando examinaban sus pechos y su cara.

-Te has comportado como una estúpida. ¿No comprendes que has corrido un grave peligro? –Él se había desprendido de su túnica y se hallaba ante ella desnudo hasta la cintura con sus ceñidos calzones y las botas de piel que le llegaban hasta la rodilla.

-Tal vez haya actuado así para ponerme a salvo.

Estas palabras irritaron al normando. Los músculos de su abdomen se tensaron cuando tiró de la manta para rodearse con ella la cintura. Caryn nunca había visto a un hombre tan ancho de hombros y tan estrecho de cintura. El vello negro y rizado cubría su pecho. Era una visión que nunca había imaginado, y se sintió hechizada por ella.

-Te ordené que permanecieras en el castillo. -El sonido de su voz la obligó a mirarlo a la cara. Sus gruesas cejas castañas estaban juntas, y sus labios formaban una dura línea.

-En este lugar no puedes dictar órdenes.

-¿En este lugar? Soy tu amo, además de tu prometido. Está claro cuáles son mis derechos. Cuando sea tu marido, ¿seguirás desobedeciéndome?

-No me casaré contigo. No puedes obligarme. -Alzó la barbilla en actitud desafiante. El normando cerró con fuerza la mano, esforzándose por mantener la calma.

-No me tienes miedo, ¿verdad?

-Por supuesto que sí. Después de todo, eres un normando. ¿Cómo no voy a temerte?

-Parece una suposición lógica, sobre todo teniendo en cuenta que eres una mujer... sin embargo ambos sabemos que no es cierto. De haberme

temido, no habrías abandonado el castillo. Por tanto, como huiste, deduzco que no te atemorizan las consecuencias.

Caryn tragó saliva y se aferró a la manta.

-¿Consecuencias, milord?

-¿Creías que no habría?

-La consecuencia de mi fracaso es que me has encontrado, lo que considero un castigo suficiente.

-Estamos discutiendo las consecuencias de tu desobediencia. Tú no me temes, de modo que tampoco te importan mis palabras. Después de esta noche, sabrás exactamente qué significa despertar mi cólera.

Ral hizo rodar el barril hacia sí, le dio la vuelta y se sentó encima.

-Ven aquí, Caryn.

A la muchacha le latía con fuerza el corazón, le palpitaban las sienes. Negó con la cabeza.

-Debes aprender a obedecerme. Te ordeno que vengas aquí.

Caryn retrocedió.

-Estoy lo suficientemente cerca para escuchar cuanto tengas que decirme.

-No se trata de lo que pretendo decirte, sino de lo que me propongo hacer. -Caryn gritó cuando el imponente caballero se puso en pie y, con rápidos movimientos, le agarró la manta. Ella se giró deprisa, dejándolo con la pieza de lana en la mano y con el rostro encendido de ira.

-Tu desafío sólo empeorará la situación.

-Normando, nunca obedeceré tus órdenes.

-Lo harás, pequeña zorra. -Después de estas palabras, avanzó hacia Caryn, que comenzó a retroceder, y de pronto la asió por la muñeca para atraerla hacia sí. Rodeándole la cintura con su fuerte brazo, la levantó del suelo y la llevó hasta el barril puesto del revés. El enorme caballero se sentó y colocó a la muchacha sobre su regazo.

-Hoy ya has cabalgado sobre mis muslos; ahora volverás a hacerlo. Espero que esta vez no lo olvides.

Ralle subió la camisa. Caryn gritó horrorizada; la sangre le hervía de vergüenza. Entonces él comenzó a azotarle el trasero. Al sentir las palmadas, la muchacha continuó chillando. Un golpe, dos, tres... no tardó en perder la cuenta.

-¡Suéltame! -ordenó Caryn, intentando liberarse. La mano de Ral era tan grande que cubría su trasero, y tras cada palmada la joven sentía cómo le ardía la piel. -Te casarás conmigo -dijo él, mientras proseguía con el castigo-. Me aceptarás como tu señor y aprenderás a obedecerme.

-¡Nunca! -Sin embargo, cada vez estaba menos convencida de ello.

-Pequeña Zorra -exclamó él. Las lágrimas ya asomaban a los ojos de Caryn-. Muy pocos hombres se han atrevido a contrariarme como tú. Deberías sentirte afortunada, porque tu castigo aún podría ser peor. -Ella se retorcía sobre *sus* fuertes muslos, pero él la sostenía con firmeza.

Azote, azote, azote. La palma de la mano le ardía ya. Se proponía darle una buena lección. Finalmente, Caryn dejó escapar un sollozo, luego otro. No quería llorar; se negaba a aceptar ante él que la había vencido. No se dio cuenta de que él había dejado de golpearla hasta que notó cómo él le bajaba la camisa para cubrirle las nalgas.

Tomándola entre *sus* brazos, la acunó con cierta delicadeza sobre su regazo.

-No llores, *chérie.* Lo peor ya ha pasado.

Ral le alisó el cabello que caía sobre *sus* húmedas mejillas. Para su Sorpresa, Caryn no sólo no se resistió, sino que posó las manos sobre su pecho y hundió el rostro sobre el hombro masculino para llorar.

-Lo siento, *ma petite.* Hubiera preferido no tener que hacerlo, pero no me has dejado otra opción.

Caryn tampoco se opuso cuando le acarició las mejillas con *los* nudillos, enjugándole las lágrimas. Tanta amabilidad por parte del normando era lo último que esperaba. Con voz entrecortada, preguntó:

-¿No te quedaba más opción que azotarme?

-Ni siquiera ha sido una azotaina. Pretendía darte una lección. Deseo que estés a salvo, Caryn. Lo único que quiero es tu bien.

-Eres un bru... bruto y un tirano.

-Y tú, *ma chere,* eres una doncellita con tanto coraje como falta de sentido común.

Caryn lo miró a través de las lágrimas. Percibía en la voz del normando cierto retintín, y quizá también cierta admiración hacia ella.

Conseguiré mi libertad como siempre he anhelado.- Se puso en pie, sintiendo cómo le escocían las posaderas. Cruzó 1a habitación para recoger la manta y se cubrió con ella.

-No puedo concederte la libertad, Ni siquiera yo soy libre, Debo servir al rey, del mismo modo que tú debes servirme a mí.

-¿Crees que he olvidado lo que le ocurrió a mi hermana? No podré olvidarlo ni perdonarlo jamás.

-Sí, nosotros tenemos la culpa, Los normandos sometimos a tu pueblo adueñándonos de cuanto encontrábamos a nuestro paso. Tu hermana fue una víctima inocente de la guerra. Fue terrible que cayera presa de la barbarie, pero esa guerra ya forma parte del pasado.

-Para mí todavía no ha acabado.

-¿Cómo está tu hermana? "- preguntó ignorando las últimas palabras de Caryn.

Ésta le lanzó una mirada de desprecio. Le sorprendía que el normando se interesara por ella, aunque tal vez no debería extrañarle. En aquel primer encuentro, él quedó hechizado por la eterna hermosura de Gweneth. Caryn sintió una desagradable punzada al recordarlo.

-Mi hermana está bien, considerando las circunstancias. Por fortuna no recuerda nada de lo sucedido. Es feliz en el convento. Quiere a las hermanas y se siente querida por ellas.

Ral asintió con la cabeza.

-Me alegra saberlo. Y precisamente por esa razón, por la seguridad de tu hermana, tú y yo contraeremos matrimonio.

-Creo que sólo puedes protegerla para aliviar tu conciencia, lo que deberías haber hecho en su momento.

Ral tragó saliva.

-Cometí un error; lo reconozco.

Caryn lo miró fijamente, asombrada por tal afirmación. Al fin y al cabo, no tenía ninguna obligación de mantener a las dos sajonas a salvo, aunque hubiera participado en lo ocurrido, lo que ella nunca le perdonaría.

-Haría cualquier cosa por Gweneth, excepto perder el tiempo en tu cama.

Por unos instantes Ral la miró de hito en hito, con expresión reflexiva y el entrecejo fruncido. Ella se rebulló intranquila bajo aquella mirada, preguntándose qué estaría pensando. Cuando por fin habló, su voz sonó fuerte y ronca:

-¿No quieres tener hijos?

Caryn alzó la cabeza, sorprendida por la pregunta.

-Me encantan los niños. Espero tener hijos algún día, pero no con un hombre como tú.

Aquellos ojos fríos y penetrantes se tornaron oscuros, inescrutables.

-¿Estás segura de que no quieres casarte? Caryn sintió un extraño escalofrío. Tuvo la impresión de que estaba perdiendo algo, aunque ignoraba de qué se trataba.

Totalmente, milord.

Ral dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta de la cabaña. La lluvia repiqueteaba sobre el tejado. La doncella oía la sosegada respiración del hombre, que se volvió para mirarla

-Escúchame bien, Caryn. Cuando me convierta en tu marido, no te obligaré a yacer en mi lecho. Si te niegas a casarte conmigo, Malvern os reclamará a ti ya tu hermana como amantes. Abusará de vosotras hasta que se harte, os tratará con brutalidad, y después os compartirá con sus hombres.

Caryn se estremeció.

¿Afirmas que De Montreale me forzaría y que cambio, no me obligarías a soportar tus obscenos deseos?

-¿Obscenos deseos?¿Eso piensas?

-Sí. ¿Acaso no debería?

-No me arrepiento de lo que ha ocurrido esta noche aquí. Si vuelves a contrariamente, actuaré del mismo modo. Sin embargo, jamás te tomaré en contra de tu voluntad. Ya has sufrido bastante.

-¿Y por qué he de creerte?

Los fríos ojos del hombre la miraron de arriba abajo..

-Quizá porque tu pequeño cuerpo no resulta atractivo para un hombre como yo, porque no te deseo - Ral pensó que caería muerto tras la mentira que acababa de decir. ¡Por Cristo! Si a cada instante la anhelaba. Se alegró que de la manta ocultara *su* deseo, sobre todo después de haber visto sus preciosas nalgas y sentido sus suaves curvas.

-Si acepto casarme contigo, ¿seguirás con tu amante?

-Si prefieres evitar mi cama, así será.

La muchacha se mordió el labio inferior y observó al normando bajo las espesas pestañas. Ral reprimió el deseo voraz de acariciar con la lengua los labios de Caryn, de invadir con ella su boca y disfrutar de la dulzura que ya había probado.

-De acuerdo -dijo ella -; entonces acepto.

Ral durmió intranquilo, consciente de la mujer semidesnuda que yacía al otro lado de la habitación. A media noche soñó que acariciaba su pequeño trasero, que lo tomaba entre sus manos y la penetraba.

Despertó bañado en sudor, con el miembro endurecido. Por la sangre de Cristo, había actuado como un loco al prometer que no se acostaría con ella. Quizá era mejor así, pues Caryn era delgada y frágil. No; no tan frágil,

se corrigió al recordar el desafío de la muchacha, su huida del castillo, cómo había cabalgado sobre el poni gris, manejando las riendas como cualquier hombre. Sin embargo, continuaba pensando en el dolor que le causaría si introducía su miembro entre las delgadas piernas femeninas. Con un gemido que delataba su deseo, Ral dio media vuelta e intentó apartar las lascivas imágenes de su mente.

Por la mañana se vistió con rapidez y abandonó la cabaña mientras Caryn se ponía sus ropas. Odo y varias docenas de soldados, acampados en un claro no demasiado alejado de la cabaña, parecían prepararse para regresar al castillo. Habían seguido su rastro y mantenido la vigilancia durante la noche con discreción, a prudente distancia.

-Estábamos preocupados por los malhechores, o las huestes de Stephen. -Odo se acercó para saludarle-. Cuando llegamos nos dimos cuenta de que tenías la situación... bien controlada.

Ral respondió a la sonrisa que afloró a los labios de su amigo con un guiño.

-De manera que después de todo no estabais tan lejos.

-Habrá recibido una buena lección. Seguro que no volverá a desobedecerte.

Ral se limitó a gruñir. ¿Que no lo desobedecería? No le cabía duda de que la doncella continuaría mostrándose testaruda.

-Encargaré a uno de los hombres que la vigile. Tengo demasiados asuntos que atender para ocuparme de una damisela caprichosa.

-Geoffrey es el más joven. Quizá esa tarea sea adecuada para él.

Geoffrey de Clare, un apuesto muchacho de melena rubia y encantadora sonrisa, era el último hombre a quien Ral hubiera encomendado esa misión. Sin embargo, Odo tenía razón; le correspondía realizar ese desagradable trabajo por ser el más joven.

-Infórmale tú mismo y recuérdale las aviesas intenciones de Stephen. Si cree que está protegiéndola, aceptará mejor la misión.

Odo sonrió.

-Sí, será mejor que se considere su salvador en lugar de su carcelero.

-Exactamente

6

Caryn apenas vio a Ral durante los días previos a la boda. Había sobrevivido a la brutal reprimenda con el orgullo más herido que el trasero. Estaba convencida de que precisamente ésa había sido la oscura intención del normando.

Ral había asegurado que el propósito de sus órdenes era protegerla, que fuera de la fortaleza corría peligro. Caryn reflexionó sobre ello con calma y acabó aceptando a regañadientes la posibilidad de que quizá su prometido tenía razón. Sabía que si De Montreale se hubiera cruzado en su camino, la habría atacado, y que los malhechores a quienes había ayudado no habían dudado de abusar de ella.

Reconocía que había actuado como una loca, como el Caballero Negro *le* había recriminado. Sin embargo, había considerado que todos los riesgos

que implicaba su huida merecían la pena. De no haber intervenido el normando ¿habría resultado realmente herida? ¿La habrían matado? ¿No le habría dispensado él un trato tan severo para asegurarse su obediencia y, de ese modo, protegerla? Le irritaba pensar que así fuera,

Sentada frente a la chimenea de la sala principal, Caryn pensaba en su prometido. Desde su regreso al castillo, había intentado, con notable éxito, evitar a Ral. En una ocasión en que se encontraron, él se había mostrado cortés, aunque algo distante, y le había prestado poca atención. Sin embargo, a veces tenía la impresión de que el Caballero Negro la observaba cuando creía que ella estaba distraída.

Para Caryn, el poderoso caballero era un hombre a quien le costaba ignorar. A menudo la mera visión de aquella alta figura le evocaba la imagen de Ral medio desnudo en la cabaña del pastor, cuando la luz del fuego iluminaba su negra cabellera mojada por la lluvia. Recordaba los músculos de su pecho, sus fuertes hombros.

La amante del normando, Lynette de Rouen, había regresado a Braxston Keep, y aunque sus habitaciones se hallaban fuera del edificio, Ral pasaba las noches con ella. Para su sorpresa, Caryn descubrió que aquel hecho le dolía.

-No está bien que exhiba a su amante delante de ti. -Geoffrey, el joven caballero a quien habían asignado la misión de protegerla o, como ella sospechaba, vigilarla, observaba cómo el imponente normando hablaba con la hermosa y alta rubia-. Te aseguro que eso terminará en cuanto lord Ral se haya acostado contigo.

Caryn se ruborizó.

-Puede hacer lo que guste. No me importa en absoluto. -Sin embargo, observaba atentamente a la pareja; Lynette reía con moderación por algo que Ralle había susurrado al oído, al tiempo que éste le acariciaba una pierna.

-¿No te importa? -Geoffrey arqueó sus finas cejas rubias-. La mayoría de las mujeres se irritarían por ello. -El caballero contaba veinte años, dos más que Caryn. Era un joven atractivo, delgado pero fuerte, de ojos grises y brillantes que casi siempre parecían , sonreír-. Lo que molesta a las mujeres -añadió- es que los hombres se crean con el derecho a acostarse con quienes deseen. Me sorprende tu indiferencia ante alguien como él.

-¿Alguien como él? -repitió Caryn, moviendo una pierna con tal brusquedad que la mesa se tambaleó y una de las piezas de ajedrez cayó-. ¿Te refieres a un hombre bruto y egoísta cuyas intrigas sólo buscan su beneficio?

-Él no es así, milady. -Geoffrey se levantó tras ella para acompañarla hasta las escaleras-. Lo único que le interesa a Ral es favorecer a sus hombres y mejorar la situación de los aldeanos, como prometió hace un tiempo.

-¿Una promesa? ¿Qué clase de promesa? -Prometió que, a cambio de los impuestos que les obligó a pagar para la construcción de la fortaleza, recompensaría a cada familia con más tierras.

-¿Y ha mantenido su promesa?

-Ha solicitado al rey Guillermo los terrenos que se extienden desde aquí hasta Malvern. Por desgracia, lord Stephen también reclamó esas tierras.

Caryn se giró al oír una voz grave a su lado:

-Tienes que proteger a la dama -dijo Ral con aspereza-, no contarle historias de infortunios.

-No, por supuesto milord. Lo siento. No pretendía perjudicar a nadie. -Geoffrey agregó-: Acompañaré a lady Caryn a su habitación cuando desee retirarse;

-Esta noche cuidaré yo de ella -dijo Ral tomándola del brazo. Caryn sintió el calor de su mano a pesar de las amplias mangas de la túnica. Tras hacer una reverencia, Geoffrey se marchó precipitadamente.

-Buenas noches, milord. -Había poca calidez en las palabras de Caryn, lo que no pareció importar al normando.

La luz de las antorchas de la sala hacía que los ojos de Ral parecieran más azules que grises y sumía en la sombra los rasgos más agudos de su rostro. ¿Por qué de pronto ella sentía que casi perdía el aliento?

-Ha sido una tarde agradable, aunque me ha disgustado sorprender al joven Geoffrey explicándote esas estúpidas historias.

-Simplemente estábamos charlando. -Se detuvo al pie de las escaleras-. ¿Por qué son tan importantes esas tierras?

Ralla miró reflexivo, y por unos instantes Caryn creyó que no recibiría respuesta. A continuación el caballero se encogió de hombros y se mesó el ondulado cabello negro.

-La construcción del castillo, absolutamente necesaria para proteger la zona, requirió una gran inversión de trabajadores y material. La gente de Braxston hubo de sacrificarse. Se fijaron impuestos más elevados, se vendió el ganado, los almacenes agotaron sus provisiones. Además, durante muchos días se vieron obligados a desatender sus tierras para trabajar en el castillo.

-Lo que significa que el invierno será duro para ellos.

-Sí, y el próximo año será aún peor, a menos que se labren las nuevas tierras para la siembra y se recupere lo perdido.

Normalmente los aldeanos pagaban por el privilegio de limpiar y preparar para el cultivo un pedazo de tierra. Muy pocos podían permitírselo, por lo que la mayoría vivía en pequeñas parcelas dispersas.

-Ésa es la promesa que les hice -dijo él-, y pienso mantenerla.

-Comprendo...

-¿De veras?

-Sí y me sorprende que me hayas contado todo esto.

-Pronto serás mi esposa, *chérie* y entonces, pertenecerás a Braxston tanto Como yo. Tus derechos y privilegios serán los mismos que los de la mujer de cualquier señor normando.

Subieron juntos por las escaleras y recorrieron el pasillo hasta detenerse ante la puerta de la habitación de Caryn.

-¿Y mis obligaciones?

Los penetrantes ojos de Ral le parecieron aun más azules.

-No es demasiado tarde, Caryn. Te aseguro que, si aceptaras ser mi esposa en todos los sentidos, tus obligaciones en el lecho conyugal no te resultarían tan odiosas como crees.

Caryn sintió un súbito escalofrío.

-¿Significa eso que quebrantas la promesa que me hiciste?

-No. Nunca te obligaré a que te acuestes conmigo. -Le acarició la mejilla, y Caryn se estremeció-Pero preferiría un verdadero matrimonio, si tú accedieras.

Algo oprimió el Corazón de Caryn, quien procuró pensar en Gweneth, la violación y aquel terrible día que no había podido olvidar.

-Hicimos un trato.

Él sonrió, pero su voz sonó fría:

-Sí, es cierto, pero fue un pacto amargo, concebido por el diablo. -Había cólera en sus palabras, resentimiento y quizá algo más.

En la penumbra del pasillo el enorme caballero atrajo a la joven hacia sí y acercó su boca a la suya para besarla de manera brutal e inolvidable. Los labios de Ral se posaron sobre los de ella con furia, saboreándolos. Después introdujo la lengua en la boca de la doncella para reclamar una parte más íntima. Fue un beso salvaje, mucho más irresistible de lo que Caryn había supuesto. Sin darse cuenta, se encontró pegada al fuerte pecho masculino correspondiendo a aquella súbita muestra de deseo. La mano del hombre sobre su espalda la animaba a seguir. Sentía los tensos muslos del normando, los músculos de su estómago. Al contacto con su grueso miembro, recuperó el sentido de tal manera que empujó al caballero con todas sus fuerzas para apartarlo de sí.

-¿Es... es que ya has olvidado tu promesa, milord? Los ojos de Ral la examinaron de arriba abajo. La sorpresa por la reacción de Caryn se mezclaba con su desazón.

-Tienes suerte de que el trato ya esté hecho, *ma chere.* De haber conocido la pasión que encierras, jamás habría accedido.

-Pero dijiste que no me deseabas.

Él carraspeó.

-Me gusta que mis mujeres sean lo suficientemente fuertes para engendrar mi semilla y lo bastante lascivas para satisfacer mis necesidades. Eso no significa que no te desee. Yo soy un hombre, tú una mujer; te poseería a la mínima oportunidad que me brindaras. -Tomándola de nuevo entre sus brazos, la besó por última vez antes de dar media vuelta y alejarse.

Caryn siguió con la mirada la enorme figura hasta que desapareció de su vista. Se palpó los labios hinchados. Sentía un hormigueo en el interior y cierta humedad en la entrepierna. Dios Santo, ¿qué le había hecho aquel hombre? Se sentía aturdida, el corazón le latía con fuerza. Aquel robusto normando ejercía sobre ella un poder increíble.

Con las piernas aún temblorosas Caryn entró en su habitación, agradeciendo más que nunca el pacto que había sellado con Ral.

Tres días después; a primera hora de la mañana; Stephen de Montreale y su numeroso séquito llegaron al castillo para asistir a la boda.

Caryn se sentía inquieta por el peligro que representaba De Montreale y la amenaza que se cernía sobre su hermana. Se preguntaba cómo podría soportar todo aquello. Sin embargo, no tenía necesidad de preocuparse, pues en el momento en que descendió por tas escaleras se sumió en tal estado de aturdimiento que las horas pasaron sin que se diera cuenta. Preocupada como estaba por la organización del festejo y los caballeros que atestaban la gran sala, las rígidas paredes grises de su encierro parecieron desaparecer.

El señor de Braxston Keep, ataviado con una capa carmesí y una camisa de seda bordada de oro, la aguardaba al pie de las escaleras. Su abundante cabellera negra peinada hacia atrás y ligeramente rizada a la altura del cuello de la capa realzaba sus bellos ojos. Estaba más atractivo que nunca. Cuando Caryn apareció, Ral permaneció impasible.

-Ha llegado la hora de celebrar nuestro matrimonio -dijo el Normando, como si el enlace le disgustara a él más que a Caryn. Observó el atuendo de

la novia, la capa de terciopelo azul sobre una camisa de seda dorada, y el precioso cinturón de filigranas, su regalo de boda. Sobre la cabeza, una gruesas trenza anudada con un lazo dorado formaba una bella corona. Ofreciéndole su poderoso brazo, añadió-: Milady.

Dedicándole una sonrisa, Caryn posó su mano sobre .el brazo de su prometido, y juntos se encaminaron hacia la pequeña capilla privada. Pronunciaron los votos siguiendo las instrucciones del padre Burton, sin mirarse el uno al otro en ningún momento. Sólo al final; cuando el enérgico y pequeño sacerdote los hubo declarado marido y mujer, Ral se volvió hacia ella para anunciar:

-Ahora ya estás a salvo.

No hacía falta que lo dijera, pues Caryn ya había observado la mirada de odio acérrimo que Stephen de Montreale les había dirigido.

-Parece que debo felicitaros. -Vestido con una capa con adornos en plata, de un color azul más oscuro que el de sus ojos, Stephen forzó una sonrisa. A sus espaldas, los sirvientes preparaban el festín, mientras en el exterior se servía comida y bebida a los aldeanos reunidos-. Parece que al final la dama ha escapado a mis garras.

-Eso parece -apuntó Ral. Lord Stephen volvió a sonreír, pero sus ojos reflejaban cierta amargura.

-La dama te calentará la cama... y durante mucho tiempo... -Clavó su aguda mirada en Lynette, quien acababa de llegar a la sala. Por lo visto no había asistido a la ceremonia-. Ya veremos si la dama ha realizado una buena elección.

Caryn se irguió al reparar en la presencia de Lynette. La mujer de ojos verdes tan encantadores como fríos se acercó a Odo. Desde que Lynette había regresado al castillo, apenas habían intercambiado más de una palabra. No obstante, era evidente que la esbelta rubia sentía mucho más odio hacia Caryn que el que Ral profesaba a De Montreale.

-Hemos escanciado el vino, milord... -Richard guiñó un ojo a Caryn y sonrió a modo de felicitación-. La comida se servirá enseguida.

Ral se limitó a asentir con la cabeza. Cuando observó a Stephen, apretó inconscientemente el brazo de Caryn.

Se presentaron ante la gente del pueblo congregada en el exterior. Después, como Richard había prometido, el banquete se sirvió en el interior de la casa. Los caballetes de las mesas cubiertas con manteles de lino blanco como la nieve soportaban el peso de la generosidad de los anfitriones; un jabalí entero rustido, un pato y un pavo decorados con sus plumas y una enorme barra de pan. Se habían cuidado todos *los* detalles, incluidos los adornos de la muralla y el puente levadizo.

Se sirvieron innumerables bandejas repletas de verduras frescas de primavera, quesos y repostería. Y, por supuesto, las copas y astas de vino permanecieron llenas hasta rebosar.

-Has realizado un buen trabajo, Richard. –Ral le dio unas palmaditas en la espalda mientras se dirigía hacia el estrado con Caryn cogida del brazo.

-Gracias, milord -respondió Richard satisfecho. Desde que el señor había anunciado la boda, el senescal se había dedicado por completo a organizarlos preparativos-. Por favor, acepta mis más sinceras felicitaciones.

Las bandejas llenaban las mesas. Al poco, los juglares aparecieron en la sala, acompañados de músicos que tocaban laúdes, flautas, trompetas y cítaras, mientras los bailarines evolucionaban frente a la mesa principal.

Caryn aceptaba la comida que su esposo le ofrecía. Sin embargo, se sentía inquieta, pues se preguntaba si, una vez casados, él mantendría su palabra o si su promesa sólo había sido una trampa para convencerla de que contrajese matrimonio con él. Ral se inclinó hacia ella para susurrarle algo al oído, y Caryn, cada vez más nerviosa, sintió en su mejilla el cálido aliento del normando impregnado del aroma del vino.

-Pronto habrá terminado. Por la mañana De Montreale ya se habrá marchado.

La doncella ya no temía a lord Stephen, sino lo que le aguardaba cuando la fiesta concluyera. Su semblante se ensombreció cuando pensó que sería desnudada y empujada hacia la cama junto a su marido ante la mirada de todos los presentes, y después... Se negó a seguir imaginando qué ocurriría si el normando quebranta su promesa.

Bien entrada la noche, los recién casados abandonaron el estrado para saludar a los invitados, forzando sonrisas, como si todo fuera perfecto. Caryn rogó Dios que sus temores fueran infundados, Ral la dejó unos instantes para reunirse con ella de inmediato. La joven ya comenzaba a reconocer sus fuertes pisadas.

-Debes relajarte, dulzura; se nos dispensa la obligación de acostarnos públicamente.

-¿Se nos dispensa? ¿Cómo sabías que yo...?

¿Cómo había adivinado sus temores? ¿Y por qué la ayudaba, por qué le facilitaba las cosas? --Teniendo en cuenta que saben lo que te ocurrió en el pasado, no me costó mucho convencerlos.

Mucha gente conocía la historia; lo referente al asalto en el prado y el cruel comportamiento de Stephen de Montreale. Caryn se ruborizó al pensar que su esposo estaba ayudándola a superar su vergüenza, por lo que siempre le estaría agradecida.

-Gracias, milord.

-Será mejor que abandonemos el festejo antes de que cambien de opinión.

-Por supuesto. -¿Adónde irían?, se preguntó ella, muy tensa. ¿Pasaría Ral la noche en su habitación... en su cama? Santa María, rogó para que no fuera así.

-Tus pertenencias han sido trasladadas a mi habitación. Desde esta noche dormirás allí.

-¿Y tú, milord? ¿Dónde dormirás?

Él advirtió el reto que contenían sus palabras, aunque optó por ignorarlo. Decidió esperar a que se hallaran en la habitación. Una vez allí, despidió a Marta con un leve movimiento de la mano y cerró la puerta.

-Fuiste tú, milady, quien dispuso estas horribles normas. Te equivocas si crees que incumpliré mi promesa. Esta noche, como todas las demás, Lynette se ocupará de mis necesidades. -Abrió la mano para mostrarle un pequeño frasco cerrado y se lo entregó.

-¿*Q*ué qué es esto?

-Sangre de paloma. Servirá para manchar las sábanas. No nos conviene que por 1a mañana los sirvientes se den cuenta de que te conservas v1rgen.

Caryn se limitó a asentir con la cabeza. ¿Por qué sentía de pronto tan desesperada?

-Me quedaré contigo un par de horas, el tiempo .necesario para hacer creer que el acto ha sido consumado. Mientras tanto, me ayudarás a desvestirme, y yo te ayudaré a ti.

Caryn obedeció, sumisa. Le quitó la capa carmesí y, mientras él se despojaba de la camisa bordada en oro le desató las calzas y le quitó las botas de piel blanda.

Desnudo hasta 1a cintura, el vello de color de ébano de su pecho resplandeció a la luz de la vela, su piel parecía más oscura que la madera pulida e incluso más suave. Al pasarse por la cabeza una túnica de lana para cubrirse el torso, se le tensaron los músculos.

-Si lo que ves es de tu agrado -dijo él advirtiendo que ella lo observaba-, para mí sería un placer quedarme.

Caryn se ruborizó.

-Lo que ocurre es que nunca había visto a un hombre tan robusto como tú. Eres un poco especial, nada más.

Los ojos grises de Ral la examinaron, reflejando el rencor que sentía en su interior.

-Si no fueras una dama tan diminuta, te enseñaría mi verdadero tamaño. Esta misma noche te cabalgaría con fuerza, y mañana estarías bien domesticada. -Con las mejillas encendidas Caryn, retrocedió, Con una sonrisa dibujada en los labios, Ral añadió-: No tienes nada que temer, *chérie.* Sólo pretendo ayudarte a despojarte de tu atuendo.

La joven comenzó a protestar. El normando se sentó en el borde de la cama y la agarró por las piernas.

-Estate quieta. Ya resulta bastante difícil desnudar a alguien tan pequeño.

Con movimientos decididos y eficaces, Ral le arrancó la túnica, dejándole el blusón. Le desprendió las horquillas que sujetaban la trenza y se la desató, de mane que su abundante melena castaña quedó suelta. La acarició con delicadeza.

-Es tan suave y sedosa como había imagina -dijo él con una voz muy cálida. Se puso en pie para apartar la colcha de la cama-. Al menos uno de nosotros descansará. Ha sido un día muy largo. No tendrás que levantarte temprano mañana. Intentaré estar vuelta antes de que los demás despierten, pero si no he regresado, no te olvides de la sangre.

-No me olvidaré.

El caballero esperó a que ella se acostara y la arropó con la colcha en un gesto lleno de ternura. Caryn cerró los ojos y fingió dormir. Observó cómo su esposo dirigía a la silla, junto al brasero, para sentarse y estiró un poco las piernas. Al final durmió un rato, y cuan despertó Ral estaba junto a la puerta.

-¿Ya te vas? -preguntó. Las palabras brotar espontáneamente antes de que pudiera reprimirlas.

-Si deseas que me quede, sólo tienes que pedírmelo.

Caryn guardó silencio mientras el corazón le la con fuerza.

-Recuerda que eres tú quien ha establecido normas. De ti depende cambiarlas.

Caryn permaneció callada y, cuando Ral hubo salido y cerrado la puerta, se preguntó porqué se había esforzado tanto para acabar quedándose sola.

Ral miró el pasillo, donde yacían numerosos hombres tan borrachos que ni siquiera despertaron. Bajó por las escaleras, cruzo el salón y salió del castillo.

Mientras se dirigía en busca de Lynette, dos de los guardas vislumbraron su figura en la oscuridad. Ral había confiado en que nadie se percatara de que abandonaba a su esposa la noche de boda, pero sabía que se enterarían. Suspiró. Su conducta desataría chismorreos; dirían que la pequeña doncella no era lo suficiente mujer para mantenerlo junto a ella en la cama. Se pregunto si eso sería realmente cierto. Había conocido la pasión escondida de la joven hacía tan sólo unas noches. Sin duda se mostraría muy apasionada en cuanto alcanzara el amor supremo.

En la oscuridad lanzó un silencioso juramento. De haber sido posible, habría evitado a Caryn la humillación de que su esposo pasara la noche de boda con su amante. De todas formas ella había impuesto1as condiciones...

Llamó al portón de madera. Tras él apareció Lynette.

-De manera que... has hecho lo que dijiste. La has desvirgado para luego abandonarla.

Ral no estaba dispuesto a contarle la verdad, pues la muchacha no estaría a salvo si se sabía que su matrimonio no había sido consumado.

-Ella no tiene fuego, cariño. He venido para satisfacer una acuciante necesidad. -Por supuesto, no mentía. La sangre le corría veloz al recordara su pequeña esposa, casi desnuda, tendida en la enorme cama.

Lynette le rodeó el cuello con los brazos.

-No temas. Te complaceré como siempre- Era una mujer alta; le llegaba casi hasta la barbilla. Su rubia melena le caía hasta la cintura.

-No lo dudo. -Tal como se sentía esa noche no sería muy difícil. Tiró del lazo de la túnica de su amante y la deslizó por sus hombros para contemplar su desnudez a la luz del fuego.

-Supongo que te habrás lavado la sangre de su virginidad. -Lynette se inclinó en actitud desafiante, frotando sus generosos senos contra el torso del hombre.

Ral se limitó a asentir, intranquilo por la mentirá pero consciente de que no tenía elección.

-Te aseguré que mi matrimonio no afectaría nuestra relación.

Deslizando un brazo por la cintura de la mujer, la atrajo con fuerza hacia sí, acercando su boca para besarla y recorrer con la lengua sus fríos y finos labios.

También los dedos de Lynette, largos y delgados estaban fríos cuando los introdujo bajo su túnica para acariciar el vello del pecho de Ral.

-Cierto, dijiste que nada cambiaría en absoluto y parece que así es.

Lynette le mordisqueó la oreja, y él lanzó un suspiro. De pronto Ral lamentó haber visto aquel par de lujuriosos senos al recordar unas pequeñas y cálidas manos y unos labios tan dulces como las fresas.

Furioso por el hecho de que la imagen de su esposa hubiera acudido a su mente en un momento como ese, Ral se apartó y comenzó a desvestirse.

-Métete en la cama -dijo con gran aspereza-. Te poseeré ahora mismo... quiero poseerte para quitarme, del cuerpo la sensación que me ha dejado mi mujer.

-Si, milord. Sera un placer.

Tendiéndose en la cama, Lynette abrió los brazos y separó los muslos para darle la bienvenida. Ral la penetro. Sin embargo, continuaba deseando yacer con su delgadita doncella. De hecho, durante las largas y amargas horas de su noche de bodas no dejó de evocar la imagen de su esposa.

7

Caryn caminó con indolencia por los pasillos del castillo. Nunca se había sentido sola en Braxston Keep, pues le rodeaban rostros familiares; los de los criados que antaño habían sido leales servidores de su padre, Richard y Marta, además de las nuevas amistades que había trabado, como el joven escudero, Etienne, quien amaba a los caballos tanto como ella y la había perdonado por haberlo uti1izado para que colaborara en su fuga.

Desde el piso superior, observó a la gente que se movía por la sala principal. Nunca hasta entonces se había sentido sola. Había comenzado a experimentar esa sensación el día después de su boda. Por la mañana, Marta y *los* demás al entrar en su habitación, vieron las sábanas manchadas de sangre, y descubrieron que su señor se había marchado.

No tardó en averiguarse el paradero de lord RaI, y empezaron a correr rumores al respecto; Caryn percibía cierta intranquilidad ante su presencia y en ella identificó una actitud de condena, como si, al haber fallado a su señor, hubiera decepcionado a todos.

Así pues, todos pensaban que la doncella sajona que el señor había tomado por esposa había fracasado de forma tan evidente que él se había visto obligado a recurrir a su antigua amante. Le irritaba sobremanera el hecho de que la mayoría de ellos, a pesar de ser sajones, estuvieran del lado de Ral en lugar de apoyarla a ella. ¿Cómo podían solidarizarse con aquel salvaje guerrero?

Ella tenía parte de la culpa por guardar silencio, sobre lo ocurrido. A excepción de Marta, nadie sabía de la presencia del Caballero Negro aquella terrible noche de hacía tres años cuando violaron a su hermana. A pesar de que muchos habían oído historias sobre los asaltos de aquellos crueles soldados, pocos sabían en realidad las atrocidades que eran capaces de cometer.

Aquella noche Caryn fue azotada con tal dureza que enseguida perdió la conciencia. No le gustaba recordar lo sucedido, y en el convento incluso había prohibido mencionar el incidente.

Aun así, nunca olvidaría la cara del normando, la penetrante mirada de *sus* grandes ojos grises mientras ella se sumía en la inconsciencia. Él no había acompañado a los primeros soldados que las atacaron como perros salvajes, pero había estado entre ellos al final.

Quizá si contara la historia, la gente la comprendería y acabaría rebelándose contra el poder supremo de su señor y elogiándola por haberse negado a acostarse con él. Quizá fuera así, y...

Caryn suspiró; nunca relataría aquel desagradable incidente. Como Marta había dicho, la guerra ya había terminado, y como el resto de la gente de Braxston, Caryn estaba vinculada al castillo ya su señor. Ofender al normando significaba ofender a toda su gente e incluso a sí misma. Con tiempo, los demás aceptarían que la relación entre ella y el robusto

normando tenía que ser así. Caryn sólo esperaba que ella misma fuera capaz de aceptarlo.

Se encaminó hacia la puerta principal, todavía inquieta. Ansiaba respirar un poco de aire fresco. Poco antes de llegar a la puerta un ruido suave, como un lloriqueo, llamó su atención, Segura de que el sonido procedía de la despensa, recorrió el estrecho pasillo que conducía a ella. En una esquina, tras un saco de grano, descubrió una cesta que contenía gatitos recién nacidos; unos pequeños seres adorables, tan pequeños que uno de ellos cabía en la palma de su mano. Cuando se agachó para acariciarlos, uno comenzó a chuparle la punta del dedo.

Caryn sonrió con ternura.

-Pequeñuelos, parece que estáis hambrientos. Pobrecitos. ¿Dónde está vuestra madre?

Un ruido proveniente del pasillo la sobresaltó. Ante la súbita aparición del alto normando el corazón le dio un vuelco.

-Menos mal que al fin te he encontrado. Empezaba a temer que hubieras decidido fugarte de nuevo. -En su voz se percibía censura y algo de preocupación. A excepción de las horas de las comidas y de las escasas y breves conversaciones que habían mantenido ésa era la primera vez que su marido se acercaba a ella desde la noche de la boda.

-Ya pronunciamos nuestros juramentos. La hora de mi fuga ya ha pasado. –Sacudiéndose el polvo de la capa, Caryn se aproximó a Ral.

-Me alegra que lo hayas comprendido. Él tendió la mano para mostrarle un grueso manojo de llaves-. Había olvidado entregarte esto- añadió depositándolo sobre la palma de la mano de Caryn.

-¿De dónde son? Preguntó inspeccionando las brillantes llaves de metal.

-Son del castillo. Abren las despensas y todas las puertas de la fortaleza. *¿Tu* madre no guardaba tantas?

-Sí, pero... -Caryn fijó la mirada en el manojo de llaves con una creciente sensación de pánico-. Yo... yo pensaba que Richard se encargaba de estos asuntos.

-Tú eres mi esposa. Ahora debes ocuparte tú. Caryn sintió que se le revolvía el estómago.

-Pero... pero Richard realiza su trabajo a la perfección. Seguro que le molestará que yo interfiera en su tarea. No me gustaría herir sus sentimientos.

-Richard ya sabe cómo son las cosas. Ahora las llaves son tuyas.

Era normal que la señora se ocupara de la casa y actuara como un senescal, supervisando los asuntos domésticos. Pero Caryn no tenía la más mínima noción de cómo hacerlo... y ni siquiera quería aprender.

Se esforzó por sonreír.

-Gracias, milord.

A diferencia de otras muchachas de alta cuna, ella nunca había sido preparada para cumplir las obligaciones propias de una esposa. Tras la muerte de su madre, su padre consideró que su educación ya estaba completa, y después de su fallecimiento su tío asumió la tutela de Caryn y de su hermana. Gwéneth siempre se había ocupado de las tareas domésticas, hasta que llegaron los normandos y estalló la guerra.

Caryn nunca se había enfrentado a una situación semejante. Detestaba las labores femeninas, odiaba permanecer encerrada en casa. Incluso en esos momentos, cuando se hallaba frente a su marido, le apetecía

pasar el día cabalgando, quizá hasta llegar al pueblo. Aunque la gente del castillo creía que ella les había fallado, los aldeanos, a quienes conocía desde la infancia, no rían igual.

-Richard colaborará contigo en la medida en que le sea posible -concluyó Ral-, pero ahora tú tienes la autoridad.

«Y la responsabilidad», pensó Caryn, reprimiendo un suspiro.

-Hablaré con él inmediatamente. -Ella rogó para que Richard, a quien conocía bien, se hiciera cargo de la situación y la ayudara a solucionar el problema.

-Veo que estás vestida para montar. ¿Puedo preguntarte adónde piensas ir?

-Al pueblo. Visitaré a algunos aldeanos.

-Supongo que Geoffrey te acompañará.

De pronto reparó en la capa que Ral lucía; era de terciopelo, de corte muy elaborado. La camisa de seda gris que vestía debajo estaba bordada con un hilo que conjuntaba con el color de la capa, y su calzado era de piel negra de muy buena calidad.

-¿Y tu, milord?

-Hoy hay audiencia, aunque antes debo solucionar unos asuntos.

Cuando se disponía a marcharse, Caryn lo cogió del brazo.

-¿Has visto, milord, a una gata rubia a rayas? Parece que ha olvidado sus deberes, y sus pequeños están hambrientos.

Con el entrecejo fruncido, Ral miró hacia la esquina de donde procedían los sonidos lastimeros.

-La gata está muerta. Ocurrió ayer por la mañana durante el torneo. Uno de los hombres la encontró y se dedicó a practicar el tiro al blanco con ella en lugar de proseguir con sus obligaciones. -El tono de su voz se tornó grave. No creo que vuelva a entretenerse de ese modo -Su expresión daba a entender que el hombre recibiría su merecido, de manera que nunca olvidaría el incidente.

-¿Y qué hay de las crías? milord?

-La madre debió de haberlos traído aquí desde los establos. -Su dura mirada se suavizó-. Son demasiado pequeños, *chérie,* para sobrevivir sin el1a. Me encargaré de los gatitos.

-¿T e encargarás? ¿No pretenderás ahogarlos?

-No queda otra opción. Caryn le apretó la mano.

-Te ruego, milord, que no ordenes matarlos. Yo cuidaré de ellos.

-No puedes hacer nada para salvarlos. Son tan pequeños que sólo pueden nutrirse de la teta de su madre.

La joven se abochornó por la palabra que el hombre había empleado. Sin soltarle la mano, afirmó:

-Encontraré un modo de alimentarlos.

Ral pareció sopesar sus palabras; Caryn contuvo la respiración.

-Te concedo una oportunidad hasta mañana por la mañana. Si para entonces aún no son capaces de comer, nos libraremos de ellos. No quiero que sufran.

Caryn le soltó la mano, sin demasiadas ganas de hacerlo en realidad.

-Gracias, milord.

La mirada de Ral recorrió el rostro de la doncella hasta posarse en sus labios. Había algo muy íntimo en el cálido modo en que la contemplaba. De pronto, Caryn se encontró correspondiéndole, con las mejillas encendidas.

Tras mover la cabeza en un gesto de asentimiento, Ral se dio la vuelta para marcharse, y la despensa pareció tornarse mucho más oscura.

Caryn se sentía abrumada por las dulces sensaciones que la habían embargado con sólo mirarlo y extrañada por la compasión que su esposo había mostrado. Le resultaba difícil conciliar la imagen que había ofrecido hacía unos minutos con la del brutal caballero que había participado con los soldados en el terrible asalto que tuvo lugar en el bosque.

No debía engañarse; ya sabía cómo era. Y lord Ral nunca había negado su intervención. A menudo Caryn se preguntaba de qué calaña era en realidad y si él había violado realmente a su hermana. Últimamente le preocupaba que la respuesta pudiera ser afirmativa.

Vio a Ral detenerse en la puerta de la fortaleza para hablar con alguien que entraba en el castillo. Caryn reconoció la voz ronca de Lynette y el brillo dorado de su cabello. Pasando por alto la repentina ira que en el fondo no tenía derecho a sentir, decidió olvidar a la pareja para buscarla forma de alimentar a los pequeños gatos.

Caryn se echó el pelo hacia atrás; Se alegraba de que Ral continuase su relación con Lynette, se dijo. No obstante, no conseguía ignorar el desasosiego que la había invadido, ni la sensación de soledad que la embargaba cada vez con mayor intensidad.

-¿Vas a montar a caballo? -preguntó la rubia con cierto retintín-. Es un mal día para cabalgar. Está completamente nublado, y sopla un viento muy frío del norte. -Lynette se apresuró a entrar en la casa, con su resplandeciente melena rubia., su proporcionada figura y su pálida tez, ligeramente pecosa, como la de Caryn.

-Simplemente hace un poco de fresco -replicó Caryn-. Además, no me importa el tiempo. En todo caso, no creo que a ti te concierna en absoluto lo que yo haga.

Lynette rió, pero sus carcajadas eran muy distintas a aquellas risitas que había brindado a Ral.

-Parece que eres una buena amazona. -Arqueó rubias y perfectas cejas-. Yo en cambio prefiero a corceles de dos patas. Sin duda proporcionan mayor placer. Tú apenas puedes saberlo, pues de lo contrario, tu marido no hubiera abandonado tu cama.

-Ya es suficiente, Lynette. -Richard se interpuso entre ambas cuando su señora avanzaba hacia la mujer alta-. Como ha dicho milady, sus asuntos no te conciernen.

Caryn suavizó su expresión. Nunca se le hubiera ocurrido que acabaría teniendo celos de la amante de Ral, pero no era tan estúpida como para no advertir que realmente los sentía.

-Hace tiempo que se sirvió la comida -dijo el senescal a Lynette-. ¿Qué quieres?

-Estaba aburrida, y como Ral sigue ocupado con sus hombres... Sólo buscaba un poco de diversión. -Sonrió a Richard y lo miró fijamente, recorriendo con la vista su pelo marrón, sus ojos castaños y su ancho pecho, que, aunque no era tan formidable como el de Ral, parecía tan firme y fuerte como el de éste-. Quizá dispongas de un rato libre para jugar a algo conmigo.

-Estoy ocupado. Hoy lord Ral concede audiencias. Te aconsejo que te marches.

Lynette suspiró.

-Eres siempre tan serio, Richard. Es una pena que no tengas una mujer que te aleje de vez en cuando del trabajo. -Deslizó uno de sus largos y delgados dedos por la capa del senescal, quien la cogió por la muñeca.

-Dudo de que a lord Ral le gusten tus travesuras. Te repito que te marches.

-Lord Ral está más que contento conmigo, Richard -replicó, lanzando una mirada llena de intención a Caryn. Con una sonrisa de satisfacción, dio me vuelta y se dirigió hacia el portalón de madera.

Caryn la siguió con la mirada, furiosa consigo misma por la ira que Lynette despertaba en ella. Se preguntó qué había en esa mujer que su marido encontraba tan seductor. Por supuesto, no había más que echar un vistazo a su exuberante belleza. Y el hecho de que hermosa amante de Ral proporcionara tanto placer normando, dejaba a Caryn muy mal sabor de boca.

-No permitas que te zahiera-dijo Richard -. No merece la pena.

-No creo que Ral piense lo mismo.

Richard se sonrojó y clavó la mirada en el suelo. Era un hombre encantador, más preocupado por los demás que por sí mismo.

-Lo siento, Richard. No deberíamos hablar de Linette, sino de las nuevas ocupaciones que me han asignadas en Braxston; -Las llaves tintineaban en su mano.

-El señor ya me lo ha comentado. Confiaba en que lord Ral recobrara el sentido común. -Richard se ruborizó aún más-. Te pido pedón, lady Caryn. No quería decir eso.

-N o tienes por qué disculparte, Richard. Estoy de acuerdo contigo. Desconozco por completo las tareas que se me han encomendado y sólo conseguiría cometer torpezas. Richard, ¿qué te parece si seguimos tal y como estamos?

El senescal se mostró aliviado.

-Creo que es una buena solución.

De hecho, Caryn consideraba que deberían introducirse ciertas mejorías en el castillo; adornar las paredes con tapices, airear más a menudo la ropa de cama... Sin embargo, la casa estaba bastante bien atendida y Ral y sus hombres parecían contentos. Caryn sonrió y tendió la mano al senescal.

-Entonces, ¿estamos de acuerdo?

Richard le devolvió la sonrisa.

-Felizmente, milady, estamos de acuerdo.

Mucho más tranquila ya, Caryn se volvió para observar al joven escudero, Geoffrey, que avanzaba hacia ella con paso firme. Se sentía muy responsable de su trabajo de cuidara Caryn, quien no olvidaba que era un vigilante impuesto por su marido.

-Lord Ral me ha anunciado que piensas cabalgar hasta el pueblo. Ya he ensillado tu caballo. Podemos partir en cuanto lo desees.

Caryn observó a los sirvientes que trajinaban alrededor, preparando la casa para la asamblea feudal que iba a celebrarse. Estaban disponiendo mesas y bancos. Acompañado de Richard, el señor de Braxston Keep impartiría justicia desde el estrado.

-Voy a buscar mi capa. –La joven se encaminó hacia las escaleras para subir a su .habitación. Una de las doncellas se interpuso en su camino.

-Disculpa, lady Caryn. Soy sajona; una vez tuve el honor de servir a tu padre. Te suplico que me concedas unos minutos.

Tras observarla detenidamente, Caryn concluyó que se trataba de una aldeana, no de una sirviente de la casa. Era delgada y vestía una túnica de lana basta con la que jugueteaba, demostrando así su nerviosismo.

-Por supuesto. ¿Que deseas?

-Me llamo Nelda, milady. Siento molestarte pero... -Se interrumpió para observar alrededor. Su mirada preocupada se fijó en el estrado y luego en Geoffrey, quien se hallaba a escasos metros ella.

-Será mejor que hablemos con más ca1ma -sugirió Caryn, haciéndose cargo de la desolación de la mujer. Volviéndose hacia Geoffrey, agregó-: Me reuniré contigo enseguida; luego partiremos hacia el pueblo.

-Como quieras, milady. Pediré que traigan los caballos.

El escudero se retiró. Caryn observó la delgada mujer mientras la conducía por el pasillo, y algo en su rostro le indicó que al final no irían al pueblo.

Agotado por los numerosos casos que le habían sido expuestos, Ral se frotó los ojos y se recostó contra el alto respaldo del trono. El padre Burton, sentado a su derecha en el estrado, jugueteaba con la larga cadena colgada del cuello, mientras Richard, sentado a la izquierda del señor, tomaba notas en una pequeña tabla de cera para que después fueran transcritas. En calidad de senescal Richard se encargaba de anotar cuanto procedía, así como de leer en un rollo de pergamino, cada una de las peticiones.

En el caso que los ocupaba en esos momentos era la solicitud del porquero de que su hija se casara con el hijo del apicultor.

-Permiso concedido - dijo Ral, exigiendo como pago tres cochinillos que debía ser llevados al castillo cuando estuvieran lo suficientemente desarrollados-. Trasmite mis mejores deseos a tu hija.

-Si milord. Te doy ras gracias con toda humildad.

Al dar la vuelta para retirarse, el hombre lucía una amplia sonrisa. El antiguo señor habría impuesto unos honorarios más elevados.

-¿Qué viene ahora, Richard?

-La solicitud de un permiso para recibir una herencia. A1fred, un campesino ha fallecido. Su único hijo con vida reclama hacerse cargo de las tierras.

-Permiso concedido. Espero recibir una oveja de cabeza negra. ¿Padre Burton?

El enérgico y pequeño sacerdote se irguió en su asiento. Tratándose de una herencia, el también recibía el honorario dictado por el señor.

-Yo preferiría bueyes. ¿Tienes más de uno, hijo?

-Sólo puedo ofrecer una oveja, padre. El buey murió la semana pasada.

Entonces una oveja. Te bendigo hijo, y que el te brinde su bondad.

Se leyeron y despacharon las siguientes peticiones para a continuación dar paso a los casos de hombres que habían violado la ley.

Richard se aclaró la garganta antes de comenzar a leer el pergamino:

-El mercader Gervais está acusado de vender falsas reliquias. -Se refería a un hombre de mediana edad, algo cargado de espaldas, que se hallaba frente al estrado, con un sombrero de fieltro marrón entre las manos. Richard prosiguió con los detalles del caso y concluyó-: El hombre ha admitido su crimen y solicita su perdón.

Ral se dirigió al sacerdote:

-Padre Burton, me gustaría consultar este asunto contigo. -En algunas cuestiones había que contar con la opinión de los representantes de la Iglesia, institución que gozaba de gran autoridad. Los consejos del padre Burton solían afinar las sentencias dictadas por Ral.

Frunciendo el entrecejo, el pequeño sacerdote examinó al hombre con cierta gravedad.

-Hijo mío, has cometido un pecado contra el señor. ¿No sabes que has arriesgado la salvación de tu alma? -Se inclinó en su asiento-. Vender a un pobre desgraciado una costilla de san Martín que en realidad no era más que el hueso de un buey es una blasfemia. -El cura miró a Ral-. De no haber admitido su delito, sometería a este hombre a la tortura del agua.

El castigo consistía en sumergir la mano y el antebrazo del sospechoso en agua hirviendo y vendar la zona afectada, que al cabo de tres días era examinada. Si la quemadura había sanado, el hombre era declarado inocente y liberado, lo que, por supuesto, jamás había sucedido.

Tras la intervención del clérigo, el acusado palideció.

-Desde el momento en que has reconocido tu pecado -prosiguió el sacerdote-, el arrepentimiento depende de ti. Así pues, debes sentirte satisfecho por tu absolución. –El padre Burton miró de nuevo a Ral-. Milord sugeriría que este hombre pasara un tiempo en la picota pública para que reflexionara sobre su crimen. Cuando acabe la Semana deberá restituir los bienes de todos aquellos que fueron timados y presentarse ante mí. Hay mucho trabajo que hacer en nombre de Dios.

Ral asintió con la cabeza.

-Que así sea – Ral se volvió hacia Hugo, un musculoso guarda, haciendo sonar la cota de malla con el movimiento. A pesar de haber caído en desgracia por su delito, el acusado salió de la sala alegre por el leve castigo que le habían impuesto.

Transcurrió otra hora. De pronto Ral se distrajo al advertir entre las sombras situadas a su izquierda un movimiento y atisbar una prenda de lana de color verde. Se dio cuenta, de que Caryn se hallaba en la sala y pensó que había permanecido un buen rato atenta a los casos que se planteaban. Mientras la sesión proseguía, Ral no podía evitar desviar la vista hacia el lugar donde se escondía su esposa. El rostro de la joven mostraba una expresión preocupada.

El normando se preguntó si Caryn estaba juzgándolo, como él juzgaba a los hombres que habían sido conducido a su presencia.

-¿Richard?

-¿Si milord? Aún quedan tres más.

Ral asintió, contento de que pronto concluyera la audiencia. Se condenó a un falsificador de monedas, uno de los peores crímenes, a la amputación de una mano, el mismo castigo que recibió un viejo ladrón que había robado los ahorros de un pobre hombre. La ley establecía que un ladrón debía perder los ojos codiciosos o las manos hurtadoras. A los adúlteros se les cercenaba un testículo, y a un desertor se le arrancaba la lengua o las orejas.

Ral siempre se había caracterizado por mantener firmes las estrictas normas dictadas por la justicia, los confinamientos, las multas, las palizas, los encarcelamientos, las marcas de hierro candente sobre la piel e incluso alguna ejecución ocasional, a pesar de que la mayoría de las veces los casos más graves eran tramitados por la corte real. Como barón y señor de

Braxston Keep, era su deber mantener la ley, aunque en ocasiones deseaba que alguien se encargara de ello en su nombre.

Como en el caso que ahora se le presentaba.

-El chico, Leofric, milord, está acusado de cazar furtivamente en los bosques del rey Guillermo. El soberano había cedido a Ral el uso de las tierras situadas al norte del país, por lo que a éste le correspondía protegerlas.

-¿Y qué dices tú, muchacho? ¿Cazaste furtivamente los animales del rey?

El muchacho, de aspecto sucio y harapiento, no debía de contar más de diez años. Sin embargo, la piel de su rostro, manchado de carbón, ya estaba curtida.

-No cacé más que una liebre, milord. Mi madre está enferma. Tenía el estómago vacío. Cada día adelgazaba más, y no teníamos comida.

-¿Dónde está tu padre?

-Murió hace dos años milord.

-¿Y por qué no me pediste ayuda entonces?

-¿A ti, milord? Tú eres normando.

-Sí, lo soy. Y también soy tu señor. -Ral se inclinó-. Me habría ocupado de atender tanto las necesidades de tu madre como las tuyas. En lugar de recurrir a mí, optaste por violar la ley.

El chico no despegó los labios. Las manos comenzaron a temblarle.

-Las penas por desafiar a tu rey son muy graves. Los cazadores furtivos acaban ahorcados o con las piernas amputadas. La ley es muy estricta, sobre todo con delitos como éste. La enfermedad de tu madre no es una excusa.

El chico se tambaleó, como si fuera a caer desmayado. Se aferró al borde de la mesa para mantenerse en pie.

-Sí, milord.

-¿Estás preparado, Leofric, para afrontar las consecuencias de tu crimen?

El niño movió los labios para responder, pero durante unos minutos no logró articular palabra.

-Sí, milord -contestó finalmente-. Pero si tu sentencia implica convertirme en un lisiado, prefiero morir. No quiero ser una carga para mi madre.

Se oyó un ligero jadeo procedente de la zona en penumbra. De reojo, Ral vio a Caryn avanzar por la sala, seguida por una mujer de rostro delgado y pálido como la muerte. El normando se inquietó al percatarse de que su esposa se acercaba al estrado. Maldita mujer, ¿es que nunca sabría permanecer en su puesto?

-Te pido disculpas, milord -dijo ella, aproximándose.

Ral la miró, cada vez más indignado.

-Disculpas denegadas. Te ruego que vuelvas a tu sitio.

Caryn se detuvo al instante. La parte inferior de su capa se agitó ligeramente alrededor de sus pies. Tras mirar a la mujer que se hallaba a su espalda, avanzó hasta situarse entre Ral y el chiquillo.

-Te suplico, milord, que me escuches. Conozco a este niño, Leofric. Vivió entre nosotros cuando las tierras pertenecían a mi tío. Es un buen muchacho, milord, y muy buen trabajador. Es cierto que obró mal, pero no cabe duda de que deberían considerarse las circunstancias y la tierna edad del muchacho. Te pido que…

Ral golpeó con el puño la mesa de madera.

-¡Tú no tienes derecho a pedir nada! -Al ver que el rostro de Caryn se demudaba, Ral se sintió satisfecho. Un hombre no podía aceptar que su esposa pretendiera darle consejos. El comportamiento de Caryn, sobre todo durante una asamblea tan importante, representaba una gran ofensa a su señor-. Me sorprende que intentes de nuevo poner a prueba mi paciencia, cuando ya has sufrido las consecuencias de mi ira -dijo con un tono de fría amenaza-. ¿Tan deprisa has olvidado la lección?

Ante tan humillante escena, las mejillas de Caryn recuperaron el color.

-No milord.

-Ven aquí Caryn.

-Sí, milord.

En lugar de ascender por la escalera de madera y situarse frente a él, se aproximó al estrado, para colocarse a la derecha de la mesa de madera. Ambos sabían que eso no era lo que él había querido decir. De no haberse enfadado tanto, se hubiera echado a reír.

-¿Con qué derecho te atreves a darme consejo? ¿Acaso tu inteligencia es superior a la mía? ¿Es por la sabiduría que has adquirido a lo largo de tus numerosos años de vida? ¿O tal vez por el hecho de ser sajona? Me gustaría saber , Caryn por qué has considerado que debías ayudarme.

-No pretendía eso, milord. Hoy has demostrado tu gran sabiduría al impartir justicia. Yo sólo deseo implorar clemencia en el caso del muchacho, ya que él apenas ha sido capaz de argumentar nada en su defensa.

-Arriesgas mucho, Caryn.

Ella tragó saliva presa de una gran inquietud. Ral clavó la vista en el niño, que contenía la respiración. Había mencionado la posibilidad de mutilar- lo para tantear el valor del muchacho. Por supuesto, Caryn no podía saberlo y, a causa de su inoportuna intervención, estaba colocando al muchacho en una difícil posición que podía incluso conducir al pequeño al infierno.

-Ya que el chico significa tanto para ti, me gustaría saber si estarías dispuesta a sufrir una parte de su castigo.

Caryn se mordió el labio inferior; suave y carnoso, tenía el mismo matiz que una puesta de sol.

Ral sintió cierta excitación.

-Sí, milord, si así lo deseas.

-Me esperarás en tu habitación. Se te impondrá el mismo castigo que se decida para el muchacho.

-Pero que hay del niño, milord, ¿Qué…?

-Acompaña a mi esposa a la salida de la sala - murmuró a Hugh. Dirigiendo una malévola mirada a Caryn, agregó: -Me reuniré contigo dentro de poco. Te aconsejo que reflexiones sobre las consecuencias de tu intervención.

Por un instante el miedo oscureció *los* hermosos ojos marrones de la doncella.

-Como gustes, milord.

Caryn posó la mirada de incertidumbre en el niño, quien la observó a su vez con expresión preocupada por el castigo que también ella debía

afrontar. Tras una nerviosa reverencia, que hizo que su abundante melena castaña se deslizara sobre su hombro, Caryn levantó la barbilla para seguir a Hugh;

«Dios santo» suspiró Ral en silencio. ¿Acaso aquella jovencita jamás dejaría de irritarlo? Maldijo su terquedad. Sin embargo, sentía cierta admiración, pues nunca había conocido a una mujer con el coraje suficiente para hablar como ella lo había hecho. De todas formas, aquél no era el lugar más adecuado para su intervención, y debía aprender a no cometer errores de esa clase.

Al oír que la puerta de la habitación de Caryn se cerraba, Ral volvió a dedicar su atención al muchacho.

-Leofric, te has presentado en la asamblea con valentía y has admitido tu crimen -dijo Ral-. Pero debe impartirse justicia. Leofric de Braxston, pasarás los dos próximos meses al servicio de las mujeres del castillo. Trabajarás en las cocinas, fregando los suelos, desollando reses muertas, ayudando a preparar las comidas y realizando cualquier otra tarea que te encomienden. Transcurrido ese tiempo, si has cumplido bien con todas estas ocupaciones, te convertirás en mi paje. -Ral se arrellanó en su asiento, permitiéndose una sonrisa-. Siempre hay sitio para un joven valeroso en mi servicio.

El muchacho se mostraba tan perplejo como aliviado.

-Marta -llamó Ral, temiendo que el muchacho cayera desmayado-, busca un lugar donde el muchacho pueda dormir, entrega algo de comida a su madre y vigila que él no eluda sus responsabilidades.

-Oh no, milord -repuso Leo-. Realizaré las tareas que se me han encargado. Te doy mi palabra.

Ral asintió con la cabeza, seguro de que el mozalbete había aprendido la lección y se ganaría el sustento. Cuando el muchacho hubo salido de la sala, Nelda su madre, se apresuró a demostrar su gratitud al señor. A continuación Ral se levantó de su asiento y dio por concluida la asamblea.

Por fin habían terminado. «Casi terminado», se corrigió, dirigiendo una mirada a las escaleras. Hacia ellas encaminó sus pasos.

8

Tras entrar en su habitación, Caryn se sentó a los pies de la cama. Ral se había enfadado con ella otra vez, pero había merecido la pena. ¡Leofric se había salvado!

Caryn había escuchado el relato de Nelda, su madre, en el pasillo situado tras la gran sala; una historia interrumpida por desesperadas súplicas y desconsolados sollozos. La mujer había pedido ayuda a Caryn, y ésta se la había denegado argumentando que, con su intervención, sólo conseguiría enfurecer a su marido, por lo que la situación empeoraría. Se había resignado a permanecer en silencio, con la esperanza de que su marido actuara con justicia. Sin embargo, al oír las palabras de Ral y conocer el castigo que el muchacho podría recibir, no pudo evitar irrumpir en la asamblea.

Inquieta, fijó la vista en la puerta. Oía el alboroto de los hombres en la sala inferior y el sonido de las pisadas del normando que subía por las

escaleras. El caballero se había enojado mucho. Caryn nunca lo había visto tan irritado. Madre de Dios, ¿qué se proponía hacerle?

Cuando él entró en la habitación con pasos decididos, tensos los músculos de los brazos y los hombros bajo su capa, Caryn se levantó. El hombre se detuvo frente a ella para lanzarle una sombría mirada.

-Así pues, mi querida esposa, me has esperado como te ordené. Apuesto a que ésta es la primera vez que me obedeces.

Caryn no respondió.

-¿Qué tienes que decir al respecto? -Muy poco, milord.

-Te concedo una oportunidad. Me has desafiado una vez más.

-Yo... No era ésa mi intención, milord. Yo sólo...

-No te basta con contradecirme en privado; ahora también te atreves a hacerlo en público.

-Lo siento, milord. La madre del muchacho estaba tan abatida y preocupada temiendo que castigaran al niño con una mutilación... Me rogó que intercediera y...

-Y así lo hiciste, a pesar de que no era el lugar adecuado para ello.

-Sí, milord.

-¿Tú también creíste que yo le impondría ese castigo?

Caryn bajó la mirada...

-No estaba segura.

-Supongo que ya estás enterada de lo que le sucederá al chico.

Caryn sonrió; no pudo evitarlo.

-Sí, milord. Gracias.

-No creo que debas agradecérmelo tan pronto. -Abriendo el broche dorado y granate de su hombro derecho, se despojó de la capa para arrojarla sobre la cama.

-¿Qué... qué vas a hacer?

-Exactamente lo que dije; encargarme de impartir justicia.

Caryn permaneció inmóvil. Sabía que si el normando había decidido golpearla, cumpliría su propósito sin vacilar. De hecho, Caryn ya sabía a qué se exponía si intercedía por el muchacho, pero no por ello se había acobardado.

-A veces hay discrepancias sobre lo que es justo -afirmó la doncella con tono suave-. La justicia es vista de manera distinta por quien la prescribe y quien la padece.

Ral esbozó una sonrisa.

-Es cierto. Pero te recuerdo que fuiste tú quien aceptó sufrir una parte del castigo del muchacho. -¿Me ordenarás trabajar con él en la cocina? –Ya te dije en cierta ocasión que no quiero escuchar murmuraciones sobre que estoy casado con una fregona.

-Entonces... ¿qué castigo me impondrás, milord?

-Desde que llegaste al castillo te has comportado demasiadas veces como un hombre; te fugaste corriendo un grave peligro, has hablado cuando deberías mantener la boca cerrada... Ya que pareces disfrutar con ese papel, te brindaré la oportunidad de desempeñarlo de verdad.

Ella lo miró alarmada, incapaz de adivinar por su expresión cuáles eran sus intenciones.

-Mañana saldremos de caza -añadió él-. Me acompañarás en calidad de paje.

Caryn continuaba observándolo. Por un instante creyó que bromeaba, pero en su semblante no había la más mínima señal de ello. Sonrió una vez más, y preguntó:

-¿Tu paje, milord? ¿Quieres decir tu paje de verdad? ¿Es cierto que me permitirás ir contigo?

Ral arqueó las cejas sorprendido.

-¿Te parece bien? ¿Estás contenta?

-Por supuesto que sí, milord.

El normando golpeó con el puño uno de los pilares de la cama.

-¡Por la sangre de Cristo! -exclamó-. Eres totalmente distinta a todas las mujeres que he conocido. Se suponía que esto era un castigo, y sin embargo, lo recibes como si te hubiera regalado la luna.

-Sería maravilloso, milord, cabalgar por los bosques. Soy bastante buena en el manejo del arco... si me permites llevar uno, claro está, aunque hace mucho tiempo que no practico. Me enseñó un caballero que sirvió a mi padre.

-Una buena tiradora de... -Ral se maldijo para sus adentros.

Durante el largo e incómodo silencio que siguió, Caryn se reprendió por no haber reprimido su alegría.

-Lo siento, milord. No pretendía molestarte. Él continuó sin despegar los labios.

-En realidad no soy tan buena tiradora. Seguro que no poseo la habilidad de tus arqueros; el placer está en aprender.

-Y ahora -dijo él, refunfuñando-, tendrás la oportunidad de disfrutar aprendiendo las tareas de un paje.

-Si así lo deseas, milord.

Él la observó unos instantes, y una sonrisa se dibujó en sus labios.

-Ya que te ha complacido tanto la idea, no creo que sea necesario esperar hasta mañana. Será mejor que comencemos ahora mismo.

-¿Aquí, milord?

-Mis músculos están tensos después de tantas horas en el estrado. He ordenado que me preparen un baño. Como paje, tendrás que atenderme.

-¿Un baño, milord? ¿Eso es todo? Ral cerró las manos con rabia.

-¿Te sentirías mejor servida con una paliza?

-No... no, por supuesto que no. Siendo, como soy tu esposa, podrías haberme pedido que te ayudara.

-Tú no eres mi esposa. Si de verdad lo fueras, te acostarías en mi cama, y el castigo a tu osadía consistiría en pasar una noche siendo montada por mí. -Caryn se sonrojó-. En realidad no eres más que una impostora. Harás lo que yo te ordene.

Caryn consideró que no había ninguna respuesta que mereciera la pena pronunciar. En silencio, esperó la llegada de los sirvientes. Éstos aparecieron por fin portando una enorme tina de agua. Cuando los dos pajes salieron de la habitación, Ral se sentó en el borde de la amplia cama.

-Tienes que quitarme las botas.

Caryn sonrió.

-Como desees, milord.

Se arrodilló para realizar su tarea, sintiéndose afortunada por tener que pagar su imprudencia de una manera tan sencilla. Al menos así le pareció, hasta que su marido le ordenó que le despojara de la capa y la ropa que llevaba debajo. Caryn obedeció concierta desgana y, como él era tan alto, tuvo que subirse a la enorme cama. Cuando Ral quedó prácticamente desnudo ante ella, miró *sus* calzones, pensando que también debería quitárselos. Con las mejillas encendidas, Caryn no pudo evitar observar aquel cuerpo tan fuerte.

-Me miras como si nunca antes hubieras visto a un hombre.

-Por... por supuesto que sí. Bañaba a mi padre ya mi tío. -En realidad nunca tos había visto completamente desnudos, y aunque los hubiera visto, estaba segura de que sus cuerpos no tendrían nada que ver con la fuerte constitución del normando.

-¿Ya nadie más? Como hija de un señor sajón, era posible que le hubieran asignado la tarea de bañar a sus familiares.

-No, milord. Caryn recorrió con la vista el cuerpo de Ral, maravilloso en cada uno de sus detalles y perfectamente proporcionado, desde la formidable anchura de sus hombros hasta su sólido pecho y los poderosos músculos de su vientre. Al bajar la mirada reparó en otro músculo que sobresalía bajo los calzones. La expresión de Caryn reflejó su sorpresa.

-Trae el jabón -ordenó Ral, en un intento por suavizar la vergüenza de Caryn, dándose la vuelta para despojarse del resto de la ropa.

Cuando ella regresó con el jabón, lo encontró sentado en la tina, con la espalda apoyada contra el borde, los ojos cerrados y el cabello húmedo, pegado a la nuca. Sus musculosos brazos reposaban, relajados, a ambos lados del barreño.

-Frótame la espalda -pidió él, sin abrir los ojos. Se inclinó ligeramente, de tal modo que el agua se desbordó y se derramó sobre el suelo de planchas de madera de roble.

-Sí, milord. -Caryn alcanzó el jabón y procedió a lavarle los hombros; era como frotar acero pulido.

-Ahora el pecho. -Volvió a recostar la espalda, y Caryn se inclinó sobre él. Movió con cautela los dedos tratando de no prestar atención a la textura de su piel ni a la cálida respiración del hombre contra su oreja.

De pronto Ral le cogió la muñeca. -Hoy has cometido una gran imprudencia, *ma chérie* -dijo con suavidad-. Quiero que esa gente siga respetándome. No permitiré que nada destruya la reputación que tanto esfuerzo me ha costado conseguir.

A Caryn le tembló la mano.

-No era ésa mi intención, milord.

-Si hubiera creído que pretendías eso, lo habrías pagado mucho más caro.

Caryn posó la mirada en el rostro de Ral. Había algo en su expresión que le comunicaba más de1o que sus palabras decían.

-*Me* temo que he cometido una injusticia contigo.

Ral arqueó una ceja.

-¿A que te refieres?

-Creo que aunque yo no hubiera intercedido a favor del muchacho, te habrías mostrado benevolente con él. ¿No es así, milord?

-Ral pareció relajarse y sonrió.

-Así es, Caryn.

Caryn también sonrió.

-Me alegro, milord.

Así permanecieron unos instantes; la mirada de Ral fija en el rostro de Caryn, y la de ella clavada en los preciosos labios de su esposo. Finalmente la muchacha comenzó a levantarse. De pronto Ral la cogió del brazo, tirando de él, hasta que Caryn cayó dentro de la tina.

-Santa María, ¿qué haces? ¿Es que has perdido el juicio? – exclamó.

El reía entre dientes.

-Quizá lo he perdido.

Los vanos esfuerzos de su esposa por liberarse hicieron reír aún más al normando.

-Ya que te has librado una vez más de un fuerte castigo, espero que la próxima vez que encuentres un motivo para dudar de mi juicio, lo discutas conmigo a solas.

Ella dejó de forcejear.

-Eres mi esposa, Caryn. Sólo por eso mereces cierto respeto.

Apoyándose en el pecho del hombre, Caryn lo miró a la cara.

-De hecho, milord, hoy te has ganado mi respeto.

Ral contempló la estrecha franja de cielo azul que se veía al otro lado de la ventana. Caryn notó que Ral le apretaba aún más la cintura y sintió los tensos músculos de sus brazos. El hombre le acarició el mentón, inclinó la cabeza y posó su boca sobre la de ella.

Caryn gimió al sentir el calor que desprendía el cuerpo de Ral. Sus labios eran cálidos, exigentes y tiernos. Ella entreabrió los suyos para permitir que le introdujera la lengua en la boca, mientras el normando le acariciaba un pecho sobre el tejido de la túnica. Cada vez más excitada, sintió el miembro de Ral contra sus caderas. En lugar de sentir miedo por lo que podía su- ceder, la doncella dejó que las ardorosas sensaciones se intensificaran hasta que rodeó el cuello del caballero con los brazos.

En ese instante le asaltó la culpa. ¿Qué estaba haciendo? Sabía adónde conduciría aquel comportamiento; debía detenerse de inmediato. Apoyando las manos en el pecho de Ral, se separó.

-Por favor, milord, yo... te ruego que me sueltes. Él sonrió.

-Parece una petición inoportuna, considerando... -Cubrió con la mano un seno de Caryn, quien se estremeció al contacto.

-Por favor, milord. ¿Acaso debo recordarte la promesa que hiciste?

-La recuerdo siempre que pienso en el lugar que yo debería ocupar en tu cama. -Se levantó en la tina, con Caryn en brazos; el suelo quedó encharcado de agua-. Si deseas que te suelte, milady... -dijo, saliendo del barreño para a continuación arrojar a Caryn en el agua-, entonces ya está.

-¡Maldito seas! -exclamó furiosa e indignada, limpiándose la espuma que le cubría la cara.

-Vigila tu lengua, mujer. -Sin importarle en absoluto su desnudez, Ral se dirigió hacia la cama para coger una toalla de lino blanco. Sonrió cínicamente-. Esas palabras no son tan dulces como tus besos.

Caryn se ruborizó. Maldiciéndolo en silencio y de espaldas a él, salió del agua. Sus ropajes empapados encharcaron aún más el suelo.

-Es a Lynettea quien deberías besar, no a mí -espetó agriamente-. Seguro que estará esperándote.

Ral clavó en ella su fría mirada gris.

-Te agradezco que me lo recuerdes, querida esposa. Caryn trató de ignorarlo mientras el hombre se vestía. Su corazón continuaba palpitando a gran velocidad, y ella sabía por qué.

Dispuesta a disfrutar de la jornada que Ralle había prometido, la doncella se levantó antes del amanecer para dirigirse a los establos, Todavía brillaban las *es*trellas en el cielo, y soplaba una brisa fresca; todo preludiaba un buen día.

Empujó con el mayor sigilo la puerta del establo y avanzó por el suelo de tierra, respirando el fuerte olor de los caballos, el heno y el cuero. Pasó ante algunos hombres dormidos, hasta que encontró a quien buscaba. Etienne dormía sobre un espeso jergón de helechos. Le tocó el hombro y lo llamó.

-¡Por la sangre de Cristo, mujer! -Se apresuró a agarrar su manta de lana para cubrirse el pecho, mientras escudriñaba la oscuridad para averiguar qué mujer lo molestaba. De pronto reconoció a Caryn-. Te ruego que me perdones, milady se disculpó, abriendo del todo sus ojos somnoliento.¿Qué ocurre? No ha amanecido aún.

-No pasa nada. Necesito que me ayudes.

El joven la observó alarmado.

-¿No planearás fugarte otra vez?

-No seas necio. –Caryn se arrodilló sobre un montón de paja para explicarle que lord Ra1 había dispuesto que ella se convirtiera en su paje ese día.

Etienne se rascó la cabeza.

-Debe estar muy enfadado para exigir algo semejante a su propia esposa.

Caryn sonrió.

-Podría ser peor. Creo que puede resultar incluso una aventura divertida. ¿Podrías prestarme tu ropa?

-¿No se tratará de otro de su engaños?

-Es una orden del señor; lo juro.

Él asintió con la cabeza.

-No tengo nada que pueda sentarte bien, pero hay un paje, Osbern, de aproximadamente tu complexión. Permite que me vista y lo localice. Me encargaré de que dispongas de todo lo necesario.

Etienne no tardó en regresar con un fardo de ropa. Caryn estaba cerca de la puerta del establo, acariciando el hocico de una pequeña yegua.

-Te lo agradezco, Etienne, y estoy segura de que el señor también te lo agradecerá. -Con una generosa sonrisa, se despidió de él, decidida a prepararse para la jornada.

Volvió a su habitación, procurando no despertar a las personas que dormían y no ser vista por los sirvientes. Una vez en su dormitorio, se vistió con las ropas prestadas y esperó cerca del brasero, ataviada con unos calzones negros y estrechos de montar y una túnica gris que le llegaba hasta un poco más abajo de las rodillas, y calzada con unas botas de piel blanda.

Su marido no tardó en aparecer. Como era habitual en él, no llamó a la puerta y entró en la habitación como un huracán. Se encaminó hacia la cama, corrió las colgaduras y se inclinó con la intención de despertar a su esposa.

-¿Milord?

Al oír su voz, se dio la vuelta, buscando a la joven con la mirada. No la vio hasta que ella se acercó a la luz parpadeante de una vela colocada sobre la mesa situada junto a la puerta.

Después de tomar aire ,Ral soltó un gran silbido.

-¡Esto es increíble!

-Milord, ya estoy lista.

La observó en silencio, examinándola de arriba a abajo.

-Me he vestido para servirte como paje, milord.

-Ya lo veo, ya... - Avanzó un paso hacia ella-. He venido a... a comunicarte que anoche ya pagaste por tu imprudencia. -Era la primera vez que tartamudeaba ante Caryn.

-Oh, no, milord. EI castigo que me impusiste es totalmente justo. Considero que debo servirte tal y como ordenaste. Si necesitas mi ayuda antes de que partamos, será todo un placer poder prestártela.

Él se llevó las manos a la cara, observándola con expresión tensa. Luego dijo:

-Si por un momento has llegado a creer que permitiré que salgas de esta habitación vestida con esas ropas...

-Pero dijiste...

-Sé perfectamente qué dije. - La examinó de nuevo, fijándose en la esbelta silueta de sus piernas embutidas en esos calzones tan estrechos.

-Por favor, milord, me hacía tanta ilusión pasar día en el campo.

-No.

-Te prometo que no te decepcionaré.

Ral sopesó estas palabras, un poco sorprendido por la desafiante expresión de Caryn, consciente de qué significaba para ella un día al aire libre. Reflexionó sobre cómo podría acabar con la situación que él mismo había creado. No podía apartar la vista de las piernas perfectamente torneadas de la joven, que suspiraba con suavidad. Debajo del ala de su sombrero de fieltro marrón, asomaban brillantes mechones castaños. Cuando ella se inclinó, la sangre de Ral corrió ardiente por sus venas.

Quería que Caryn se despojara de aquellas harapientas ropas de chico, deseaba tenderla en el suelo y penetrarla, poseerla allí mismo, hacerle el amor una y otra vez. ¡Por Cristo!, debía de haber estado completamente loco cuando prometió que no se acostaría con ella.

Ral observó el rostro de la doncella a la luz de la vela; la expectación que reflejaba añadía un nuevo brillo a cada uno de sus rasgos.

-No es... no es habitual que una mujer de tu posición acompañe a su marido a una cacería. -Ella lo miraba con tanta esperanza que acabó compadeciéndose de ella.

-Voy a comprobar los preparativos... mientras tú te cambias de ropa.

-Pero...

-De lo contrario permanecerás en tu habitación. Tú eliges.

Caryn tragó saliva.

-Sí, milord. Si eso significa que puedo acompañarte, haré lo que me pidas.

-No te demores. Cuando estés lista, reúnete conmigo.

Ral, disgustado por haber transigido, se apresuró a salir de la habitación. Cuando llegó a la sala principal, se dio cuenta de que su

malhumor se había disipado y de que él también abrigaba cierta ilusión por la jornada que lo aguardaba. Ordenó que los acompañaran uno de los guardas y un cocinero, que se encargaría de la comida del mediodía. Convertiría aquél en un día especial que su pequeña esposa jamás olvidaría.

Además, todos habían trabajado de firme Última- mente y merecían un poco de diversión.

Al cabo de una hora, cuando el sol asomó por el horizonte, tiñendo el cielo de tonos dorados y anaranjados, Odo, Hugh, Lambert, Geoffrey y una docena más de los mejores hombres de Ral salieron del castillo cabalgando tras su señor. Caryn, ataviada con una modesta túnica de color azul oscuro bajo su capa, montaba el poni gris. También Richard los acompañaba en esta ocasión.

Ral llevaba consigo su mejor halcón, *Caesar maj*estuosamente posado sobre el hombro protegido con piel. Cuando atravesaron las praderas para adentrarse en las montañas, Ral dedicó una mirada a Caryn, quien sonreía de un modo aún más radiante cuando abandonaron el castillo.

-Gracias Milord - dijo.

Ral esbozo una sonrisa.

-Será un la muy largo. Tal vez llegues a arrepentirte de haber venido.

-Nunca, milord.

Al final de la mañana, Caryn no mostraba síntomas de cansancio y disfrutaba con su aventura. *Al* menos eso le pareció a Ral. Su joven esposa podía ser menuda, pero era también una mujer juguetona y llena de pasión… como esperaba no tardar en comprobar.

-Hace un día maravilloso, ¿verdad? – Mientras Ral encabezaba el grupo, Caryn cabalgaba junto a Odo.

-Sopla una brisa húmeda - dijo el amigo de su esposo con cierta aspereza.

Caryn miró alrededor, admirando la belleza del campo y las fértiles tierras que acababan de dejar atrás, escuchando el rumor de un riachuelo. El viento silbaba a través de los arbustos habitados por ardillas y pájaros.

-Me pasaría toda la vida aquí - dijo ella-, si pudiera. Rodeada de alisos, hayas y tejos, con el azul del cielo como techo y los helechos y la tierra bajo mis pies. –Odo emitió un brusco sonido -Mira allá. - Caryn señaló hacia un riachuelo poco profundo-. Los castores han levantado una especie de tabique. Han construido su madriguera debajo de aquel montón de ramas. Mira; uno se dirige hacia la ribera.

-Impiden que el agua llegue a las tierras de las granjas -refunfuñó Odo-. Ordenaré a uno de los aldeanos que destruya la presa para que el agua siga su curso.

-Así es la naturaleza. Seguro que también hace algún bien.

Odo frunció el entrecejo, y Caryn lo observó reflexiva.

-No simpatizas conmigo, ¿verdad?

El caballero pelirrojo no apartó la vista del camino.

-Estás casada con mi amigo y señor. Es lo único que Importa.

-¿Qué he hecho para disgustarte?

Odo tiró de las riendas de su caballo y miró a Caryn a la cara.

-No creo que sea el momento adecuado para hablar de ello, pero ya que lo has preguntado, te lo diré. -Se acomodó en su silla-. Si no me caes

demasiado bien, no se debe a lo que has hecho, sino a lo que no haces. ¿O acaso crees que ignoro cómo van las cosas entre tú y lord Ral?

-Él ya tiene una mujer que lo satisface -replicó ella, algo turbada-. Si él acepta la situación, ¿por qué te resulta tan difícil a ti?

-Eres sajona y por tanto no mereces confianza alguna; ésa es una razón más que suficiente. Por otra parte, lord Ral necesitas hijos, herederos, y sólo tú puedes dárselos. El hecho de que te niegues a cumplir tu cometido es un motivo más que justificado para que no simpatice contigo. -De manera inconsciente, agarró con más fuerza las riendas-. Si fueras mi mujer, me acostaría contigo y plantaría mi semilla en ti. Ral ha cometido un error al aceptar tus condiciones

Con las mejillas encendidas de ira, Caryn replicó:

-Supongo que a ti, como normando, no te importa violar mujeres. Es una práctica habitual en vosotros. -Tratando de controlar su irritación. Caryn hizo que su poni aflojara el paso hasta situarse junto a Geoffrey.

¿Era cierto que había eludido sus obligaciones como mujer de Ral? Sabía que así era, pero no podía hacer otra cosa. Debía lealtad a su hermana. El matrimonio con el normando ya había supuesto una traición y le impedía regresar al convento.

Caryn no quería enfrentarse a la hermosa Gweneth, no deseaba recordar lo que había ocurrido aquella noche de hacía tres años ni admitir las vergonzosas sensaciones que el Caballero Negro despertaba en su cuerpo.

-Es hora de acampar. -Ral cabalgó junto a la joven, cuyo corazón comenzó a latir con fuerza. El caballero montaba un purasangre muy veloz y mucho más ágil que su poderoso caballo negro de guerra-. El cocinero ya habrá preparado la comida. Y seguro que los hombres están hambrientos.

-¿Qué viste antes?

-Seguimos el rastro de un jabalí. Los perros han perdido la pista, pero seguramente volveremos a toparnos con él. Nos detendremos un momento para descansar y dejar que los caballos abreven.

Caryn y Ral se reunieron con los demás en la falda de la montaña, donde fluía un arroyo cuyas transparentes aguas producían espuma al chocar contra las rocas. El guarda había preparado el campamento junto a la orilla en un lugar resguardado del sol.

Comieron pan frito, cordero frío y empanada de carne. Ral bebió de una bota, riendo mientras el chorro de vino tinto le caía por la barbilla. De postre tomaron manzanas cocidas al horno. La comida exquisita para una cacería, produjo a Caryn cierto sopor.

-¿Estás listo para seguir, milord? -La muchacha se levantó del tronco en que estaba sentada en cuanto Ral se acercó a ella.

-Mis hombres y yo reanudaremos la cacería. Preferiría que te quedaras aquí.

-Yo creí que...

-Los jabalíes salvajes pueden ser peligrosos. Hemos visto rastros de sangre, lo que significa que la bestia está herida. No tardaremos mucho. Si no encontramos la pista, buscaremos otra presa. Luego vendré a j recogerte.

Caryn sonrió.

-De acuerdo; me conformo con haber llegado hasta aquí. El día me ha resultado muy grato. Ral deslizó un dedo por la mejilla de su esposa. -Y para mí ha sido un placer disfrutar de tu compañía.

Estremecida por la caricia, Caryn sintió que su cuerpo se encendía. El alboroto que armaban los caballeros al prepararse para continuar con la cacería interrumpió esos instantes de intimidad.

-No levantaremos el campamento hasta que yo regrese. Además de los sirvientes y dos de mis hombres, Girart se quedará contigo. Pídele cualquier cosa que necesites.

-No te preocupes; estaré bien.

La contempló durante unos segundos más y luego, tras un ligero movimiento de la cabeza, se volvió para reunirse con los caballeros. El ruido de los caballos y los hombres, las guarniciones y las armas, junto con los ladridos de los perros de caza se apagaba a medida que Ral y los demás ascendían por la montaña.

Caryn conversó brevemente con Girart, un hombre de treinta años, pelo castaño oscuro y sonrisa pronta, que había servido a Ral durante años. Mientras los sirvientes recogían las provisiones y Girart buscaba un tejo para fabricar un arco, Caryn paseó por la orilla del riachuelo.

Se adentró en el bosque, asegurándose de marcar el camino con hojas y pequeñas ramas, para hacer sus necesidades. Cuando hubo terminado, continuó caminando, atraída por unos azafranes amarillos que crecían en un claro. Se arrodilló entre las flores para descansar.

Debajo de las enredadas ramas de un arbusto, un pequeño cervatillo con el hocico negro la observaba entre las hojas moteadas por el sol.

-¿Qué haces aquí, pequeño cervatillo?

Hablando con suavidad, se dirigió hacia el animal para examinarlo de cerca. Éste levantó la cabeza; tenía unos grandes ojos de color marrón oscuro, y parecía temblar de miedo. Movió sus delgadas patas, intentando levantarse para huir, pero sólo consiguió volver a caer.

-¿Dónde está tu madre, cervatillo?

Caryn se acercó aún más para acariciar el escaso pelo del animal. Supuso que el pequeño ciervo estaba débil por falta de alimento, que quizás había sido abandonado; tal vez, como les había ocurrido a los gatitos del castillo, su madre había muerto.

Al rascarle el cuello, el animal puso el hocico en la mano de Caryn.

-¡Qué suerte que te haya encontrado! Pareces hambriento; no te dejaré... -Caryn se inclinó para cogerlo entre sus brazos. De pronto una especie de gruñido la sobresaltó. Alarmada, dirigió la vista hacia el lugar de donde había procedido el sonido.

Un lobo gris, con el pelo del cuello erizado, mostró los colmillos y corrió hacia la doncella y el cervatillo. A Caryn se le cortó la respiración. Cogió una piedra del suelo, la primera que encontró, y la lanzó en dirección a la enorme bestia. El animal esquivó la pedrada y continuó avanzando hacia ella.

-No hagas daño a mi ciervo -dijo ella, decidida a proteger a la indefensa criatura, buscando con desesperación cualquier cosa que pudiera utilizar como arma. En el instante en que palpaba una rama caída en el suelo, apareció otro lobo-. Santo Cristo... hay más de uno.

Y más de dos, pues de pronto se presentó otra fiera amenazadora. Con manos trémulas y sudorosas, agarró la gruesa rama y se agachó, interponiéndose entre los lobos y el asustado cervatillo.

Con el corazón a punto de estallarle en el pecho, volvió la cabeza para mirar en dirección al campamento. Pidió ayuda, a voz en cuello, hasta que su intuición le indicó que nadie podría oírla y que sus gritos acabarían inquietando a los animales. Así pues, optó por coger otra piedra y arrojarla contra el lobo que se hallaba más cerca. Esta vez acertó. Lanzando un gran aullido, la fiera se retiró unos pocos metros para, al cabo de unos instantes, avanzar de nuevo hacia Caryn.

De pronto apareció un cuarto lobo bajo un aliso. Con el corazón encogido, Caryn miró hacia atrás, al cervatillo; en estos momentos la vida de ambos corría un grave peligro.

Considerando que si echaba a correr los animales la perseguirían, decidió enfrentarse a ellos, intentar matar a uno con la esperanza de que los otros se dieran un festín con el cadáver de su compañero. Caryn había oído alguna historia semejante, aunque el protagonista había contado con un arma adecuada para conseguir su propósito.

Caryn se colocó la rama del árbol sobre el hombro. Detrás de ella, el ciervo emitió un apagado sonido de pánico. Caryn estaba tan asustada como el animal. Santo Dios, ojalá no se hubiera alejado tanto del campamento...

Ral, agazapado entre las sombras, observaba aterrorizado a Caryn, quien no había reparado en su presencia. Entre ambos se hallaban las amenazadoras garras de los cuatro lobos grises.

Con el mayor sigilo, el normando desenvainó la espada y apretó los dedos alrededor de la empuñadura de piel mientras observaba cómo Caryn mantenía la gruesa rama del árbol apoyada en el hombro. Al ver al cervatillo tras la joven, adivinó qué había sucedido: su mujer había encontrado al animalillo, y los lobos la habían acorralado. Ralla maldijo para sus adentros por haber provocado una situación tan peligrosa.

-Intenta alejarte del ciervo, *chérie.*

-Diciendo estas palabras, Ral avanzó un paso hacia ella.

-Ra1... -susurró la doncella. Era la primera vez que él la oía pronunciar su nombre, lo que le hizo pensar que la joven estaba realmente aterrada.

-Camina hacia la izquierda, hasta llegar a los árboles.

-Pero el ciervo...

-Haz lo que te digo. Mantén la rama frente a ti. Camina despacio. No hagas nada que pueda excitarlos.

Ella miró hacia el cervatillo, y por un momento el caballero pensó que no obedecería. A continuación la muchacha se dirigió hacia la izquierda. Uno de los lobos aguzó las orejas, mostró los colmillos y, con la lengua fuera, avanzó hacia el ciervo, mientras otra bestia, una hembra negra, se disponía a abalanzarse sobre el animalillo emitiendo un gran aullido. Las fieras ya habían escogido a su presa, y Caryn habría podido escapar si no hubiera gritado ni lanzado la rama para proteger al indefenso cervatillo. Su arma cayó con tal fuerza sobre el lomo de uno de los poderosos lobos, que éste se desplomó.

-¡Por la sangre de Cristo!-exclamó Ral. En apenas un instante el lobo había conseguido levantarse, dispuesto a atacar de nuevo, mientras los otros se movilizaban para disfrutar de la matanza que iba a tener lugar.

Ral blandió su espada contra uno de los machos, el de color gris más oscuro, alcanzándole en la cabeza. Luego se dio la vuelta para golpear a otro y continuó manejando su espada hasta acabar con otra de las fieras, cuya sangre le manchó el pecho. De pronto, otros dos lobos, cuya presencia no

había advertido, se precipitaron sobre él. Oyendo los alaridos de Caryn, agitó su espada una vez más e introdujo el acero entre los huesos y la carne de otro lobo.

Con el rabillo del *ojo* vio que Caryn cogía de nuevo la rama y asestaba un fuerte golpe a un lobo macho. Herido superficialmente, el animal logró sobreponerse, decidido a seguir combatiendo. Ral dio un salto hacia adelante y clavó su espada en las costillas de otro lobo. Antes de que hubiera extraído el acero otro animal feroz lo sorprendió por la espalda.

-¡Ral! -exclamó Caryn al ver que su esposo caía al suelo junto a la fiera, a la que cogía por el cuello mientras intentaba mantenerse alejado de sus colmillos.

Ral consiguió esquivar las garras que lo amenazaban y, dando media vuelta le rompió el cuello. De inmediato saltó al ataque otra alimaña, que le hundió las zarpas en el hombro. Haciendo acopio de toda la furia que sentía, el normando agarró la boca del lobo, que a su vez se defendió clavándole sus afilados dientes en la mano.

-¡Corre! -ordenó a Caryn, distinguiendo la negra silueta de otra bestia feroz.

-¡Ral! ¡Dios mío, Ral!

-¡Corre, maldita sea!

En lugar de huir, Caryn se acercó a él, llevando consigo la rama, y golpeó en la cabeza a otro animal que se precipitaba sobre ella. Tras un aullido, el lobo se desplomó. Caryn no cesaba de asestarle golpes con la rama mientras Ral luchaba con el lobo que lo había atacado, hasta que consiguió estrangularlo.

Sangrando por la herida que tenía en el hombro, Ral se puso en pie. Caryn corrió hacia él y, al arrojarse a sus brazos, echó a llorar.

-¡Ral! -Las lágrimas se deslizaban por las mejillas de la joven mientras la pareja se fundía en un abrazo.

-Ya está, Cara; todo ha acabado. Ya no hay nada que temer.

Ella continuó llorando, repitiendo el nombre de Ral mientras su pequeño cuerpo se convulsionaba, presa todavía del miedo. Ralle acariciaba la espalda con la mano ensangrentada, temblando también.

-Ya no hay por qué llorar -susurró él -. Estás a salvo, y también el ciervo.

Caryn, se separó un poco para observar al animalillo. Se le había deshecho la trenza, y su abundante melena de color castaño rojizo caía sobre su espalda como una llama de fuego. El normando le enjugó las lágrimas, maravillándose de la suavidad de su piel. De pronto Caryn reparó en la herida que Ral tenía en el hombro.

-¡Dios mío, estás herido!

-No es más que un rasguño.

-Caryn examinó la ensangrentada y desgarrada capa de Ral, y observó que las manos le sangraban.

-Tus preciosas manos. ¿Qué te han hecho esas bestias salvajes?

Las palabras de Caryn le conmovieron.

-No es grave, no temas.

Cogiéndole las manos con cuidado, la muchacha comenzó a restañar la sangre ayudándose del dobladillo de su camisa. A continuación se ocupó de la herida del hombro.

He pasado tanto miedo -dijo-. Temí que te mataran. No podía soportarlo, Ral, yo…

-Cara... -Los ojos de la doncella reflejaban tanto temor como los del cervatillo. Ral tomó su barbilla, inclinó la cabeza y depositó en sus labios un beso suave, de agradecimiento por su preocupación. Enseguida algo despertó en su interior, y la rodeó con los brazos, estrechándola contra sí, besándola con mayor vehemencia.

En el beso ya no había comedimiento, sino pasión y urgencia. La mujer no rechazó a Ral en esta ocasión sino que demostró una pasión semejante a la de él, .además de una gran alegría por el hecho de que ambos siguieran vivos.

Con un suave gemido de rendición, Caryn rodeó el cuello de su esposo y separó los labios para permitir que le introdujera la lengua, que al instante se encontró con la de ella. Mientras la muchacha le acariciaba la barbilla, Ral deslizó la mano bajo su capa para sentir el tacto de sus senos. Notó cómo ella se excitaba y poco a poco le desabrochó la camisa para besarle los pezones.

Caryn gimió. Cada beso de Ral parecía encender una hoguera en su interior. Sumergiendo los dedos en la negra cabellera del normando, arqueó la espalda para al instante inclinarse de nuevo hacia él, deleitándose con cada una de las ardientes sensaciones que la invadían.

-Ra1... -gimió, mientras la boca de él jugueteaba sobre uno de sus pechos, empapándolo en saliva, succionándolo suavemente e incluso mordisqueándolo hasta dejarlo duro y encendido.

Cuando Caryn quedó tumbada en el suelo, el normando no dudó en colocarse sobre ella y abrazarla sobre la verde hierba. Continuó besándola mientras su mano le acariciaba un seno para después descender y subirle la túnica hasta descubrirle los muslos.

Ella arqueó su cuerpo, como rogándole que continuara, que no cesara, sin importarle el lugar en que se hallaban, sin importarle nada en absoluto.

Él se había apoyado sobre un codo, el cuerpo tenso. A continuación se acomodó sobre Catyn, que notó su miembro, y de pronto se detuvo.

-Alguien viene –exclamó él y luego masculló una maldición. Extendió la túnica de Caryn con manos temblorosas.

-¿Qué... qué ocurre? –preguntó Caryn confusa y aturdida. Su cuerpo aún se hallaba bajo los efectos del ardor. Él la ayudó a ponerse en pie.

-Toda va bien, *chérie.*

Los gemidos de su pasión habían apagado el eco de la voz de Girart.

-Lo siento, milord. Como la señora no volvía, comencé a preocuparme... -Por primera vez, Girartse percató del caos que se había desplegado en el claro; reparó en la sangre y los cadáveres de los lobos, en las ropas de Caryn y de Ral, sucias y desgarradas -. ¡Por los clavos de Cristo!, ¿qué ha sucedido aquí?

-Mi esposa pretendía rescatara un pequeño ciervo indefenso, y al final me ha salvado también a mí.

Caryn miró fijamente a su esposo, percibiendo en sus ojos una tenue luz, un leve matiz de aprobación.

-No es cierto. Como ya sabes, lord Raolfe es un hombre de gran coraje. De no haber sido por su oportuna aparición, los lobos hubieran acabado conmigo.

Girart se arrodilló.

-Te he fallado, milord. Debía haber buscado ala dama mucho antes. Tu mujer me pidió que le permitiera pasar un rato a solas, pero no debía consentir que se alejara tanto del campamento.

-Levántate, Girart. No ha sido culpa tuya. Mi mujer tiene una facultad especial para meterse en líos.

-A pesar de que estas palabras censuraban la actitud de Caryn, en la voz de Ral no había resentimiento.

Girart se puso en pie.

-No sabía que ya habías vuelto -dijo con la mirada baja.

-Los perros recuperaron la pista y cazamos al jabalí. Opté por volver antes que los demás.

Ral había querido regresar el primero para explicar su éxito a Caryn. Al llegar al campamento descubrió que ella no estaba. Había echado de menos la gracia y la sonrisa que estaban convirtiendo esa jornada en un día tan entrañable.

-Por fonuna la señora fue marcando el camino. Ral asintió con la cabeza.

-Al ver que no estaba, seguí su rastro. No resultó muy difícil, pero comencé a preocuparme al ver que se había alejado demasiado. Después vi a los lobos.

Caryn se estremeció al recordar a las fieras, pero se esforzó por mostrarse sonriente.

-Gracias por venir, milord. -«Pero no por lo que ha sucedido después», se calló la mujer.

Una vez recuperado el sentido común, al cobrar conciencia de lo que había sucedido, no pudo evitar sentirse un poco aturdida. En un momento de debilidad, había permitido al normando que la besara. Y ella había deseado ese beso, lo había necesitado como un ser sediento precisa del agua. El beso había dado paso a algo más, y ella también había ansiado que eso se produjera. ¿Cómo había podido ella ceder a sus deseos, sabiendo lo que Ral había hecho en el pasado? En realidad no lo sabía, se corrigió. No recordaba qué había sucedido aquella noche de hacía tres años, y lo cierto era que tampoco se había molestado en averiguarlo.

Sin embargo, de pronto deseaba conocer cada uno de los amargos detalles de aquel incidente, quería que la memoria resplandeciera tanto como su pasión. Se había propuesto mantenerse leal a su hermana, no a un guerrero normando capaz de tratar brutalmente tanto a ella como a los habitantes de aquellas tierras.

-¿Cara?

Esta palabra, pronunciada con tono suave, la sacó de sus reflexiones. Miró a su marido a los ojos. De pronto él se mostraba algo severo, como si hubiera cambiado súbitamente de humor. Santa María, ¿qué podía decir ella?

-Sé que la cacería aún no ha acabado, pero yo...

-Regresaremos juntos a casa. -Le acarició las mejillas con los nudillos-. Al menos en el castillo tendré la seguridad de que estás a salvo.

Caryn miró a lo lejos. ¿A salvo? Acababa de comprobar que en compañía de su marido no estaría más a salvo que cuando se había encontrado con los lobos.

9

Caryn cabalgó eh silencio durante el camino de regreso al castillo. Todavía tenía los labios algo inflamados por los apasionados besos de Ral, y el cuerpo aún le ardía por las caricias. Uno de los caballeros había cura- do las heridas de Ral. Durante un momento éste cabalgó junto a su esposa, pero ante el solemne silencio de Caryn, acabó por alejarse de ella para unirse de nuevo a sus hombres.

Cuando enfilaron hacia el camino principal que conducía al castillo, Ral detuvo la comitiva. Entre los caballos y jinetes, Caryn vislumbró un carro volcado. Agitó las riendas para que su poni gris avanzara y se percató de que el sendero estaba cubierto de los restos de la carga del carro.

De un barril volcado salían arenques ahumados que caían sobre el polvo, varios toneles vertían vino, y la miel de un recipiente que se había roto había dejado la lona del carro hecha un desastre. El vendedor ambulante debía de haber transportado muchas más mercancías: mantequilla, cerveza, resinas, hierbas medicinales, quesos, sidras y velas, pero todos esos artículos, junto con los bueyes que habían tirado del carromato, habían desaparecido.

El buhonero, apoyado contra el tronco de uno de los árboles que flanqueaban el camino, tenía la cabeza entre las manos, y un hilillo de sangre brotaba de su sien.

-Ha sido ese canalla, el Hurón -dijo Geoffrey, que se hallaba junto a Caryn-; El vendedor ha tenido suerte de haber salido con vida.

El Hurón. Se trataba de aquel forajido a quien una vez Caryn había ayudado. La joven sintió un nudo en el estómago.

-¿Qué hará lord Raolfe?

-Sin duda lo perseguirá, pero te garantizo que no servirá de nada. El sanguinario Hurón conoce estos bosques tan bien como el animal del que ha tomado el nombre, e incluso cada uno de los malditos caminos que discurren por estas montañas.

Caryn no pudo evitar sentirse culpable. Si no hubiera interferido y esos bandidos hubieran sido capturados aquello no habría sucedido.

-Quizá en esta ocasión lord Ral los atrape; La doncella rogó para que así fuera. Por la expresión dé Geoffrey dedujo que éste albergaba pocas esperanzas al respecto.

-Quizá. Nuestro señor ya está reuniendo a los hombres. Acerquémonos.

Se aproximaron al guerrero normando para escuchar sus órdenes. Los caballos levantaron una nube de polvo alrededor. Cuando acabó su arenga, RaI cabalgó hacia Caryn.

-Geofrey, te encargarás de que mi mujer llegue sin contratiempos al castillo.

-Me gustaría acompañarte, milord. Otro puede ocuparse de escoltarla hasta el castillo.

-Pero no confío en ningún otro. Richard y algunos sirvientes irán con vosotros. -Se volvió hacia su senescal - Regresaremos en cuanto hayamos perdido el rastro o cuando tengamos a los enemigos en nuestras manos.

-Sí, milord – dijo Richard.

-Estarás a salvo con ellos – aseguró Ral a Caryn con una mirada tierna-.Hablaremos cuando regrese. – Sonrió, y la expresión de su rostro se

suavizó. A Caryn le pareció que sus ojos brillaban como nunca-, Al menos por esta vez, intenta mantenerte a1 margen de cualquier problema.

Ral se inclinó hacia ella para besarla. De pronto la doncella se puso rígida y desvió la mirada y él optó por espolear su alazán y alejarse.

Et grupo de hombres. Encabezado por el jefe normando, desapareció tras un cúmulo de polvo,en dirección a las montañas.

-Sube al carro del cocinero – ordenó Geoffrey al vendedor ambulante, un hombre de1gaducho, de apariencia frágil y ojos azules como el agua.

-Sí señor, y gracias por su amabilidad.

No tardaron en llegar al castillo. Caryn, que se sentía cansada, además de preocupada por lo ocurrido, logró distraerse un poco cuidando del cervatillo. Uno de los sirvientes vio al escuálido animalillo en un rincón del establo, muy cerca del lugar donde la joven había dejado a los gatitos.

Valiéndose del mismo método con que había conseguido que los mininos sobrevivieran, Caryn pidió un recipiente con leche de cabra caliente y un trapo limpio de lino. Enrolló el paño por una de las esquinas para utilizarlo como tetilla, lo sumergió en la leche y lo acercó a la hambrienta boca del cervatillo.

Había tardado muchas horas en 1ograr que los gatitos aceptaran esos cuidados que debían de resultarles tan extraños; en cambio el cervatillo enseguida perdió el temor y aceptó el trapo empapado para mamar el nutritivo líquido. Al cabo de un rato, saciado ya, quedó dormido sobre un confortable montón de heno, mientras Caryn lo acariciaba con cariño.

Se sentía satisfecha, convencida de que el cervatillo sobreviviría. Como comenzara a oscurecer, decidió retirarse a la casa para pasar una noche de merecido descanso.

En lugar de reposar, sin embargo, la asaltaron cálidos y turbadores sueños de los salvajes besos de su marido. Además le torturó el doloroso recuerdo de aquella noche, tres años atrás, en que los normandos forzaron a su hermana.

Despertó invadida por un fuerte sentimiento de culpa y otras confusas emociones. Estaba enfadada consigo misma por haber respondido a las caricias de Ral. Se alegró de que su marido no hubiera regresado, pues aprovecharía su ausencia para recuperarse, alimentar su odio hacia él y cubrirse de una coraza protectora. Por fortuna Lynette la había dejado en paz, optando por no molestarla al ver en qué estado de ánimo se hallaba al llegar al castillo.

A medida que las horas transcurrían, el malhumor de Caryn iba en aumento. Se propuso invocar sus más amargos recuerdos y cada una de las duras palabras que el Caballero Negro había pronunciado. Recordó el cruel trato que los normandos dispensaban a su gente; Una y otra vez revivió la escena de la pradera, evocando los momentos más dolorosos de aquella trágica noche.

Cuando Ral regresó, bastantes días después, la ira de Caryn se había enfriado y convertido en una actitud tanto más tensa como calculada. Su marido llegó cubierto de polvo y cansado por los días de persecución. La joven le saludó con sequedad, mostrando la mínima educación, y se interesó por la expedición. Le informaron de que todos los hombres habían vuelto sanos y que los enemigos seguían libres.

-Ha sido un día muy largo –dijo ella en cuanto él se sentó sobre el estrado y le sirvieron la comida. Si necesitas cualquier cosa, pídesela a Marta.

–Esperaba que compartiéramos la cena, o al menos tomáramos una copa de vino. –Ral le cogió la mano. Estos últimos días he pensado mucho en ti.

-Estoy cansada. - Caryn 1iberó su mano-.Te pido permiso para retirarme.

Aquello enfureció a Ral. Sin embargo, en lugar de imponer su deseo por la fuerza, acabó por concederle el permiso. Caryn dio media vuelta y abandonó el estrado, mientras el normando, con semblante sombrío, la observaba cruzar la sala y subir por las escaleras.

Esa noche Caryn durmió muy profundamente, segura de la resolución que había tomado, más decidida que nunca a reconstruir el muro que una vez existió entre ambos.

Al día siguiente, durante el almuerzo en la sala principal, la muchacha advirtió la mirada desaprobatoria de él. Era exactamente lo que quería. Después de lavarse las manos, esperó a que el paje se llevara la palangana y se las secó con una toalla de lino. Forzando una sonrisa, pregunto:

-Ahora que estás en casa, milord. ¿Te quedarás a reposar o partirás de nuevo a la caza del Hurón?

Un paje colocó un bol de yogur sobre la mesa, junto a un plato de pies de cerdo en gelatina de mantequilla.

-Tengo a hombres distribuidos por todos los puntos de las montañas. Tarde o temprano sabremos algo de él y cuando eso ocurra, estaremos preparados.

-Estoy segura de que así será -repuso Caryn-. Es una pena que los bandidos continúen burlándote. Esta claro que la culpa ya no es mía, sino de tus hombres, que no consiguen dar con él.

Si Ral se percató de la ironía que encerraba el comentario, prefirió ignorarla.

-Es como seguir la pista del humo a través de los bosques. De todas formas, te garantizo que algún día la cabeza del Hurón lucirá sobre una pica situada en un cruce de caminos. Entonces los viajeros sabrán que pueden vivir en paz.

-Quizá confíen más en la habilidad de lord Stephen. Se comenta que está buscando al Hurón con mayor diligencia que tú.

Ral endureció la mirada. -¿Pretendes provocarme otra vez, pequeña esposa? Me pregunto por qué.

-Sólo intento charlar un poco.

-¿Y qué me dices de lo de anoche? Tienes una lengua tan afilada como un hacha de guerra. Dejaste claro que rechazabas mi compañía. Y eso que después de lo que sucedió en el bosque, pensé que…

-Fuera lo que fuera lo que hubieras pensado, ten por seguro que te equivocabas. Tú y yo sellamos un trato, y me gustaría que lo cumpliéramos.

Sonriendo fríamente, el normando pinchó un trozo de carne con la punta de su cuchillo de empuñadura de hueso.

-Lynette se mostró muy comprensiva. Me ofreció lo mejor de sí para aliviar la excitación que me provocaste, pero debo confesar que imaginaba que eras tú quien yacía debajo de mí. -Caryn se ruborizó-. Los pechos que tocaba eran de Lynette, pero en mi ensoñación creía que eran los tuyos, mucho más redondos y con pezones oscuros.

Airada, la doncella replicó.

-Quizá debería informar de esto a Lynette. Sería interesante descubrir cuán comprensiva se muestra entonces.

-Tal vez deberías explicárselo -repuso Ral con tono burlón-, si estás segura de que te creerá.

Desde luego, Lynette no la creería y sospecharía que Caryn estaba celosa. Ésta apartó la silla y se puso de pie.

Tengo cosas que hacer. Marta me necesita en la sala de costura.

Ral la obligó a permanecer a su lado unos instantes. Finalmente asintió con 1a cabeza.

-Vete. Tu ausencia me producirá más placer que tu conversación de mujer gruñona.

Caryn se sintió ofendida y molesta a su pesar; Durante el resto del día, cada vez que se cruzaba con su marido, se enzarzaban en una desconcertante conversación entre lenguas afiladas que sólo contribuía a reforzar el muro que Caryn se había empeñado en reconstruir , a pesar de que tras él se sintiera extrañamente vacía.

Al anochecer, Caryn tenía los nervios tan a flor de piel que cada una de las miradas burlonas que Ral le dedicaba le irritaba sobremanera. Trató de concentrarse en la banda que amenizaba la cena, en las atentas conversaciones que Richard, sentado a su derecha, iniciaba, pero no conseguía dejar de pensar en el hombre que, a su izquierda, permanecía sumido en un solemne silencio.

-Apenas tengo apetito, milord –dijo al fin-. Me gustaría retirarme.

Él la miró fijamente a la cara.

-Es la segunda vez hoy que te quedas sin probar bocado; Desearía conocer, pequeña esposa, el motivo.

-Quizá la comida no sea del todo de mi agrado, o talvez se e a la compañía.

-¡Ya basta! -Ral arrastró hacia atrás su silla; el chirriante sonido quedó disimulado por las notas de la cítara y el laúd. Agarrando a Caryn del brazo, la levantó y la condujo hasta el final del estrado- Milady, me gustaría saber qué te ocurre, por qué aceptas mis besos con tanto ardor para después negarme la más elemental cortesía.

Ral la empujó hacia las escaleras. Los caballeros y sirvientes se apartaban a medida que Caryn avanzaba a trompicones, procurando no caer. Dios santo, no debía haber llegado tan lejos. Santa María, ¿qué le haría él? La doncella intentó apaciguar el descontrolado ritmo de los latidos de su corazón. El hombre continuó empujándola a lo largo del pasillo y, tras abrir la puerta de la habitación, la arrojó al interior. Cerró de un portazo y exclamó:

-Vas a decirme a qué viene todo esto.

Caryn se irguió; de pronto sentía mucho temor.

-No sé a qué te refieres.

-Te has comportado con muy mala educación. Desde que regresé al castillo, no has dejado de zaherirme. ¿Te atreves a negarlo?

-Lamento haberte contrariado.

-Caryn, buscas problemas. Me gustaría saber por qué.

«Porque es mejor enfrentarse a tu ira que a tu pasión, porque prefiero recibir unos azotes a sucumbir a tu seducción», pensó ella.

-Te repito que no sé a qué te refieres.

-¿No lo sabes? Oh, yo creo que sí. Creo que ambos lo sabemos.

Caryn sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Guardó silencio.

-Es por lo que sucedió en el bosque, ¿verdad?

-No, por supuesto que no.

-Es porque te besé y te gustó que lo hiciera, porque te acaricié y me animaste a que siguiera.

-No, tampoco es eso.

Ral se acercó.

Sabes que es cierto. Me deseas tanto como yo a ti. ¿Quieres que te lo demuestre, Cara? ¿Quieres volver a experimentar ese deseo?

-¡No!

Él ya estaba rodeándole la cintura con sus musculosos brazos, mientras la joven intentaba en vano escapar. Poniéndole la mano en la barbilla, Ralla obligó a echar hacia atrás la cabeza y posó su boca en los labios de ella.

Por unos instantes Caryn se revolvió, decidida a luchar, a ignorar el calor que ya invadía su interior. Entonces él la besó con mayor ternura, instándola a separar los labios para introducir cálidamente la lengua en su boca.

Al sentir el contacto de la lengua de Ral, la fuerza de su poderoso cuerpo, Caryn gimió. De nuevo se encontró correspondiéndole, besándolo, entreabriendo su túnica y abandonándose a sus caricias. Le hervía la sangre. Cuando sus lenguas se tocaron deseó aún más.

Fue Ral quien puso fin al beso, apartándose de ella con delicadeza, besándola en la mejilla antes de soltarla cortésmente.

-No es pecado que me desees, Cara. Soy tu marido. Es normal que sea así.

Caryn lo observó; aquel hombre tan alto y apuesto ejercía sobre ella una irresistible atracción. Anheló estrecharlo entre sus brazos. Le temblaba el labio inferior. Desvió la vista.

-¿Tan difícil te resulta entenderlo? No está bien que yo te desee... sobre todo después de lo que hiciste. -Cuando se volvió para mirarlo a la cara, sus ojos reflejaban dolor-. No puedo olvidar lo que ocurrió hace tres años. -Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas-. No puedo olvidar... ni perdonar.

Cuando se disponía a darse la vuelta, él la cogió del brazo.

-Lamento muchísimo lo de tu hermana. El recuerdo de aquella noche me persigue. Tu hermana era preciosa, una criatura muy hermosa. Si aquello volviera a repetirse tendría mucho más cuidado.

-¿Más cuidado? -El horror de aquella noche sacudió a la joven, desempolvando todos los recuerdos, como si los hechos acabaran de producirse--. ¿Violaste a mi hermana y te atreves a decir que deberías haber tenido más cuidado?

-¿Violación? -Apretó aún más el brazo de Caryn mientras la miraba con cierta inquietud-. ¿Crees que yo fui uno de los hombres que forzaron a tu hermana?

-¡Sí, tú estabas allí! Yo te vi. Nunca lo olvidaré.

El desconcierto ensombreció el rostro de Ral, que frunció el entrecejo.

-No se trata de lo que recuerdas, *chérie,* sino de lo que quizás has olvidado.

-¿Olvidado? No... no te entiendo.

-Rememora esa noche de hace tres años. Aparte de la violación de tu hermana y la paliza que te dieron, ¿no guardas ningún recuerdo del hombre que acudió en vuestra ayuda y os cogió para poneros a salvo?

Caryn se humedeció los labios. Sí, conservaba aquel recuerdo. Había permanecido latente en su memoria, pero nunca había aflorado. Hasta entonces había atribuido a su imaginación las palabras de consuelo, los fuertes brazos que tomaron su cuerpo apaleado.

Él le acarició la mejilla.

-¿Nadie te ha hablado de los soldados que te trasladaron al convento?

-Me llevaron los normandos. Supuse que habían sido los mismos que nos maltrataron. Luego prohibí que se comentara el incidente, de modo que nunca hablábamos de ello.

-¿No te has preguntado por qué seguiste siendo virgen?

Caryn sacudió la cabeza.

-Gweneth era muy hermosa. Creí que yo no interesaba a los soldados.

-Fue porque nosotros los sorprendimos e impedimos que continuaran atacándoos. Fueron mis hombres quienes os llevaron al convento para poneros a salvo.

-Pero... pero ¿cómo es posible? Dijiste que eras culpable. Lo has repetido más de una vez.

-Culpable por negligencia, sí, culpable por anteponer mis obligaciones hacia mis hombres al deseo de protegeros a ti ya tu hermana.

Caryn tragó saliva. Alejándose de él, con la mirada perdida, se dirigió hacia el estrecho hueco de la ventana. Una vez allí, se volvió para mirarlo a la cara.

-¿No mientes?

-No soy un farsante, Cara.

Caryn vacilo, desconcertada, hasta que al fin se convenció de que Ral había dicho la verdad.

-Si esta es tu culpa, milord,no mereces sufrir más. – Se dio la vuelta hacia la ventana -. Fui yo quien actuó con negligencia. Debí haber cuidado de mi hermana, y no supe hacerlo. Nos aconsejaste que regresáramos a casa, y no te obedecí. ¿Crees que no he sufrido cada día por lo que provoqué con mi comportamiento?

Las lágrimas rodaron de nuevo por *sus* mejillas. Con el cuerpo agitado por *los* sollozos, apoyó la cabeza contra la fría piedra de la pared. Sintió las manos de Ral sobre sus hombros, acariciándolos tiernamente.

-Tanto tú como yo hemos de aceptar la parte de culpa que nos corresponde. Es la cruz que debemos soportar. -Las caricias de Ral la confortaban y ayudaban a recuperar los ánimos -. Es cierto que ambos fallamos a tu hermana, pero no es justo que ese fracaso se interponga entre nosotros.

Algo floreció en el interior de Caryn. Los remordimientos que la habían torturado comenzaron a disiparse, liberándola de aquella carga. Ral la obligó a que volviera la cabeza para mirarla de frente.

-¿Me crees?

Ella sonrió con los ojos anegados en lágrimas.

-Sí, te creo. Éste es el mejor regalo que podías hacerme. -Le cogió la mano y se la llevó a los labios-. Te doy las gracias, milord.

Al suave contacto de sus labios, Ral sintió que algo le oprimía el pecho. De haberlo sabido antes, habría ayudado a su esposa a aplacar sus preocupaciones. Podría haberle aclarado las cosas, instaurando así el vínculo que debía existir entre ambos. Al mirarla en esos momentos, veía sus dulces ojos empañados, advertía el alivio que sentía. La blancura de la pequeña mano de Caryn contrastaba con la oscura piel de Ral; sus senos se

elevaban y bajaban al compás de su respiración y su cuello estaba ligeramente arqueado. Esa imagen de Caryn resultaba encantadoramente femenina. Desde que la había conocido, el normando no había deseado a otra mujer.

Él le acarició el mentón antes de depositar un suave beso en sus labios.

-Descansa, Cara, y, por favor, reflexiona sobre qué deseas realmente. -Tras una última mirada, se dirigió hacia la puerta.

Mientras bajaba por las escaleras, el Caballero Negro suspiró al pensar en lo que había sucedido y se preguntó cómo debía actuar a partir de entonces. Al llegar a la sala principal, ordenó a un sirviente que le trajera una copa de vino y se acomodó en su asiento, frente a la chimenea, para contemplar las llamas.

-¿Problemas con tu esposa, milord? -Lynette se acercó por la espalda y posó una mano en el hombro de Ral-. Es una vergüenza que alguien tan pequeño te cause tantos disgustos.

Ral optó por guardar silencio. Lynette hundió los dedos en la cabellera de su amante.

-Quizá yo pueda hacer algo para relajarte. -Se inclinó sobre él, de tal modo que uno de sus pechos le rozó el brazo y su melena dorada coqueteó con su mejilla-. ¿Te apetece una partida de ajedrez? ¿O prefieres jugar a otra cosa?

Ral detestaba jugar con Lynette. Carecía de habilidad y, para colmo, siempre le dejaba ganar

-No. Es tarde y estoy muy cansado.

-Lynette le dedicó una sonrisa.

-Yo también estoy rendida. Tal vez sea mejor que nos acostemos. ¿Qué te parece, milord, vamos juntos a la habitaci6n, o voy primero y te espero?

-Ve tú primero. Debo discutir con Richard un asunto que nos ocupará un buen rato. No es necesario que me esperes.

-Pero no…

-Retírate, Lynette.

-Como quieras, milord. Recogiéndose su preciosa melena rubia, le lanz6 un beso y sealej6 con cierta desgana.

En el pasado Ral había considerado muy femeninos y seductores los gestos de Lynette. En ocasiones, hasta dos veces en pleno día, había ido a buscarla a sus aposentos para desvestirla rápidamente y poseerla sin quitarse la ropa. Eso no ocurriría esa noche.

-Está irritada por las atenciones que prodigas a tu esposa, -Odo se sentó en un banco junto a é1-.Y es 16gico; desea conservar su puesto' en esta casa.

-No es Lynette quien me preocupa,

-Ah… entonces la historia que Girart cuenta sobre lo que sucedi6 en el bosque es cierta -El relato de la matanza de la manada de lobos había corrido de boca en boca. Pero no era a los lobos a lo que Odo se refería-. Afirma que la dama no se mostr6 tan gélida como muchos la consideran.

-Puedes estar seguro de que no lo es.

-Entonces, t6mala, *mon ami.* Planta tu semilla en su vientre. Amigo, un hombre necesita herederos.

Ral suspir6 y se reclin6 en el asiento.

-Tal vez tengas razón. Lo consideraré. -Santo Cristo, si no había hecho más que pensar en ella. La pequeña y rebelde dama estaba a punto de

enloquecerlo. Ahora que por fin sabía por qué había sido rechazado, su deseo por ella había aumentado. Pero la elección seguía dependiendo de Caryn. Él había formulado la promesa; por tanto, no la poseería hasta que ella consintiera.

Ral se llevó una mano a la cabeza. De hecho, quizá fuera mejor que eso nunca sucediera. Ella era tan menuda, y él tan robusto, que sin duda la lastimaría. Y aunque él obtuviera un gran placer, ella, desconocedora de las maneras de los hombres, probablemente no disfrutaría. Estaba seguro que le dolería.

De todas formas eso no importaba. Lynette ya se encargaba de calentarle la cama. Podía aliviarlo como cualquier otra, incluso mucho mejor que la mayoría de las mujeres que había conocido. Lynette estaría esperándolo, y sin embargo...

Se despidió de Odo y subió por las escaleras hacia el piso superior, donde ordenó a su sirviente le preparara la cama. Tras despojarse de sus vestiduras, ayuda- do por el muchacho, se acostó.

Lynette se enfadaría, pero ¿qué importaba? No era a Lynette a quien deseaba. Ral reflexionó con cierta preocupación; pensó en Caryn y se preguntó cómo se atrevía a considerar la posibilidad de yacer con una doncella tan pequeña.

Caryn recorrió el dormitorio que Ral acababa abandonar. De pronto le parecía vacío, inhóspito, frío. Nunca había reparado realmente en la amplitud la cama, ni en el gran tamaño de la habitación ni el hecho de que ésta estaba decorada con objetos masculinos: arcos, escudos y espadas.

Ésa era la habitación del señor, del fuerte y moreno normando, de su esposo. Pero él no estaba al1í.

Se le revolvió el estómago. Una vez más, Ral pasaría la noche con su amante por haber sido expulsado del lugar en que, como marido, le correspondía estar, y todo a causa de una promesa que él mismo se hubiera impuesto y que, por lo visto, estaba dispuesto a mantener.

¿O acaso estaría él conforme con1a situación? La esbelta rubia era mucho más hermosa que Caryn; su belleza era muy semejante a la de Gweneth. Pero ¿a cuál de las dos quería Ral? ¿a su amante?, ¿a su esposa?, ¿o incluso ala aún mucho más hermosa hermana de su mujer? Caryn nunca olvidaría la penetrante mirada del Caballero Negro al contemplar los maravi11osos ojos azules de Gweneth aquel día en el prado.

Precisamente Ral se había casado con ella a causa de Gweneth, de los remordimientos que sentía por lo que le había sucedido. Ral sabía que su hermana nunca abandonaría el convento, pero quizá su corazón latía por ella. Con su elegancia, su belleza, su dulzura y su serenidad, Gweneth era tan distinta a Caryn como la noche del día.

Y si no amaba a Gweneth,¿sería a Lynette? Su gracia y su hermosura despertaban la admiración de los hombres. El normando había yacido con ella durante los últimos dos años, la había trasladado al castillo desde Francia. ¿Estaría dispuesto a abandonarla? Por supuesto, Caryn no podía saberlo y en el fondo temía la respuesta.

En cualquier caso, como su esposa, a ella le correspondía compartir con él la cama de matrimonio.

Caryn recordó las veces que la había besado, las caricias que le había dedicado. «¿No quieres tener hijos?», le había preguntado en cierta ocasión. De hecho, Caryn apenas se había planteado esa cuestión. Ahora le preocupaba; tener hijos implicaba una gran responsabilidad... y perder la

libertad que siempre había anhelado. Le costaba imaginarse en el papel de madre, a pesar de que la vida sin formar una familia le parecía vacía y desangelada.

De pronto sintió un escalofrío. Decidió cerrar la ventana. Quizá su marido no la amaba, pero sí la deseaba. Si Ral se lo pidiera, accedería a compartir con él el lecho para ser su esposa de verdad y consumar su matrimonio de una vez por todas.

Sí, decidió tras un súbito instante de claridad, quería que Ral asumiera por completo su papel de marido, pero no sabía cómo pedírselo. ¿Qué debía decir una mujer en tales ocasiones? ¿Qué debía hacer? Ella no era como Lynette; no sabía mostrarse coqueta ni lanzar miradas seductoras. Aunque lo intentara, seguramente fracasaría.

¿Y qué sucedería si Ral la rechazaba? Caryn dudaba de que eso llegara a ocurrir, pero quería de él algo más que una sola noche de pasión. ¿y qué sucedería si él aceptaba su proposición, si la llevaba a la cama y ella no sabía cómo satisfacerlo? ¿y si luego Ral volvía junto a su amante, como los sirvientes creían había hecho durante la noche de bodas?

Concluyó que su decisión representaba un riesgo que debía correr, pues de ella dependían su felicidad y su futuro.

Caryn sonrió. Siempre había sido una alumna voluntariosa. Le encantaba aprender y tenía facilidad para memorizar las lecciones que le enseñaban. Recurriría a su amiga Bretta, la cocinera. Seguramente la rolliza doncella conocería las artimañas para proporcionar placer a un hombre, y no le importaría compartir esos conocimientos con ella.

También la ayudaría Marta, quien desde la noche de su boda había aconsejado a Caryn que se apresurara a cerrar la brecha abierta entre ella y su marido. Y también estaba Isolda, la curandera del pueblo, una anciana que se enorgullecía de los filtros de amor, los hechizos y los afrodisíacos que preparaba. Con la ayuda de lsolda, Marta y los conocimientos que Bretta le transmitiría, conseguiría que Ral enloqueciera por ella.

Caryn se alejó de la ventana y se tendió en la cama, sonriente. Si Lynette había aprendido a satisfacer a Ral, también ella podría. Al día siguiente iniciaría sus lecciones. Tendería la trampa y esperaría a que el alto normando cayera en ella.

10

-¿Has preguntado por mí, Hugh? -Ral señaló el asiento que se hallaba delante de la chimenea.

El musculoso caballero, con una sonrisa que mostraba su dentadura algo estropeada, se acerco.

-Será todo un placer, milord -dijo, acomodándose en el banco de madera de encina, frente a Ral. Hugh estiró sus largas piernas-. Hace mucho que no nos sentamos a conversar. Me acuerdo de los días que pasamos juntos en Normandía.

Un paje sirvió una bandeja con dos copas de vino. Tras brindar, los caballeros tomaron el primer trago.

-Normandía... sí -dijo Ral-. Nos conocemos desde hace mucho tiempo.

- Tú nunca me has traicionado.

Hugh le lanzó una sagaz mirada.

-Aunque me arrancaran el corazón, jamás revelaría tus secretos.

-Precisamente por eso, viejo amigo, te pido ayuda. -Ral se inclinó, y Hugh hizo lo mismo, con una expresión expectante en su curtido rostro.

-¿Guardas un secreto de gran importancia, milord?

-Como ya te he dicho, debes saber que aunque me...

-No es nada de eso, amigo. De hecho, quiero consultarte un asunto personal. -Frente a él, el caballero enarcó sus gruesas cejas grises, expresando así la gran curiosidad que sentía-. Como eres un hombre más o menos de mi talla, he pensado que quizá podrías aconsejarme. Eres mayor que yo, y nadie ignora que te has acostado con numerosas mujeres.

Hugh rió.

-He disfrutado de muchas. y creo que no mentiría si dijera lo mismo de ti.

Ralf frunció e entrecejo.

-Es cierto, pero en este asunto soy novato.

Hugh cruzó los brazos sobre su considerable barriga.

-¿A qué te refieres, milord?

-Tal vez sea mejor comenzar por el principio. -No cabía duda de que su secreto estaba a salvo con Hugh, de manera que Ralle contó la verdad sobre su matrimonio, le explicó por qué se había comportado de ese modo y le recordó aquella noche de hacía tres años, cuando encontraron a las dos hermanas en el prado. Le habló de Stephen de Montreale y la amenaza que representaba, dando a entender así que se había casado con la joven muchacha para protegerla.

-Así pues, todavía no te has acostado con ella -concluyó el gran caballero.

-No, no me he acostado con ella. Debes guardar el secreto.

Hugh asintió con la cabeza.

-Y ahora que parece que la situación pronto cambiará, te preocupa que ella sea demasiado pequeña.

-Lo que introduciré en su cuerpo es proporcional a1 al resto del mío. Quizá la parta en dos.

Hugh sonrió. Sus ojos verdes brillaban de picardía.

-No creo que tu Caryn se desmonte. Es pequeña pero sólida. ¿Acaso no te has fijado en sus caderas? Desde luego son lo suficientemente anchas para traer al mundo hijos bien sanos.

-Sí, ya me he dado cuenta.-Por la sangre de Cristo, claro que había visto las preciosas curvas de su cuerpo, e incluso sus dedos habían sentido la deliciosa firmeza de sus nalgas.

-Y sus pechos -prosiguió Hugh- son lo bastante generosos para llenar la palma de la mano de un hombre, por muy grande que ésta sea. Seguro que tampoco se te ha escapado ese detalle.

-Claro que no. ¡Por el amor de Dios, hombre, que soy ciego!

Hugh sonrió.

-Ya lo sé. Sólo pretendía que te tranquilizaras un poco. -Hugh se inclinó hacia Ral, apoyando los brazos, largos y musculosos, sobre las rodillas-. Tu pequeña esposa es delgadita, de acuerdo, pero debes saber que cualquier mujer está hecha para aceptar a cualquier hombre, al margen de lo grande o lo pequeño que éste rfi1 sea. El cuerpo de tu Caryn se adaptará

al tuyo. Puedes 11 estar seguro de que soportará que la penetres. -Hugh sonrió y fijó la mirada en el fuego, evocando un recuerdo lascivo-. Me acuerdo ahora de una mujer pequeña con quien me acosté y de lo difícil que me parecía poseerla. Sin embargo, me resultó fácil dominarla y colocarla en la posición adecuada. ¿Es que no eres capaz de imaginar la de cosas que puedes hacer con una mujer de su tamaño?

Claro qué podía imaginarlo, En ese instante desfilaban por su mente un sinfín de imágenes eróticas que le provocaban comprometedoras sensaciones.

-Amigo, si nunca has penetrado a una mujer tan delgada -dijo Hugh, con un tono algo irónico -es como si aún no supieras que es la vida.

Ral golpeó sin querer la base de su copa, y se derramó un poco de vino.

-Entonces me aseguras que no le causaré ningún daño.

-Sólo la primera vez. Trátala con delicadeza al principio, y su cuerpo no tardará en acostumbrarse al tuyo.

Ral asintió con la cabeza, recreándose en las imágenes que Hugh le había ayudado a crear, deseando que cuanto le había dicho fuera cierto.

-Te lo agradezco mucho, Hugh.

Dando por sentado que la conversación había llegado a su fin, Hugh dejó la copa y se levantó.

-Esta charla sobre las mujeres me ha puesto como un jabalí en celo. Creo que iré en busca de Bretta.

Cuando el caballero se hubo alejado, Ral sonrió y a continuación hizo una mueca al sentir la excitación de su cuerpo; tenía los músculos tensos, y el corazón le latía con fuerza. Pensó en Lynette, que ya se había retirado. Si acudía a sus aposentos, la mujer lo recibiría gustosa en su cama.

Ral se sintió tentado, bastante tentado. Sin embargo, algo le refrenó y, en lugar de dirigirse a la puerta de salida, se encaminó hacia las escaleras para subir a su habitación. En realidad no le apetecía en absoluto pasar otra noche solo, pero algo le decía que eso era lo que debía hacer.

Sobre esto reflexionaba cuando, al llegar al pie de 1 las escaleras, oyó un alboroto y vio a varios pajes que se j acercaban a él.

-Ha llegado un correo - milord. -Geoffrey corrió hacia Ral-. Trae un mensaje del rey.

Ral asintió y siguió al joven caballero rubio, que lo condujo hasta donde se hallaba el correo, cuya indumentaria no era la de rigor. Se trataba de un hombre alto y bastante flaco, que llevaba un bastón de madera para ayudarse a pasar los arroyos y un pequeño cilindro que contenía el mensaje. De uno de los extremos del cilindro, extrajo un rollo de pergamino lacrado con el sello real. Tras responder al saludo del emisario, Ral tomó la misiva y se aproximó a Richard.

-Ocúpate de que el hombre coma algo y descanse -ordenó a un sirviente, mientras entregaba a su senescal el rollo de pergamino.

Richard rompió el sello y comenzó a leer:

-Guillermo te envía sus más cordiales saludos. Espera que todo vaya bien, y expresa sus más sinceros deseos de felicidad para vuestro fructífero matrimonio.

-Al grano -espetó Ral.

-Una vez más te han sido denegadas las tierras que has solicitado. De Montreale también ha presionado, y Guillermo afirma que su deber es mantenerse imparcial. -Richard apartó la mirada del pergamino; tenía el

entrecejo fruncido-. El rey ha ofrecido las tierras L como premio, milord, a aquel que corte la cabeza al Hurón.

-¡Maldición!

Ral dio un fuerte puñetazo sobre la mesa, que se tambaleó.

-Guillermo sabe cuánto me interesan esas tierras. Stephen las reclama tan sólo porque yo las quiero para alimentar a la gente de Braxston. Por Cristo, de ellas depende la supervivencia de este pueblo.

Richard lo miró a los ojos.

Entonces atrapa al Hurón antes de que lo haga De Montreale. -Sonrió-. Estoy seguro de que puedes lograrlo.

al se calmó un poco.

Eres un buen hombre, Richard, y sin duda tienes razón. Rastrearemos el bosque hasta que capturemos al Hurón. -Ral dio una palmada en la espalda a su senescal-. No podemos fallar; tenemos que conseguirlo.

Inclinada sobre el mortero que descansaba en la mesa, Caryn comenzó a machacar con la mano de almirez hierbabuena seca, mostaza, dientes de ajo, un capullo de rosa y puerro hasta convertirlos en un fino polvo negro que vertió en un pequeño frasco. Acababa de preparar un poderoso filtro de amor al que Ral no podría resistirse.

Se trataba de otra de las pociones de Iso1da, una pócima que actuaba como un eficaz afrodisíaco y despertaba la lujuria. Caryn había recogido a escondidas pelo de la cabellera de Ral, algún resto de tela, y sangre seca rascada del hombro de su capa; con todo ello la curandera había modelado una figura de arcilla que había enterrado en un cruce de caminos a la luz de la luna.

Caryn suspiró. Hasta el momento las pócimas y los encantamientos de Isolda no habían surtido efecto. Tampoco la habían ayudado demasiado las lecciones de seducción de Bretta. Marta los había dejado a solas siempre que había podido, pero Ral pasaba la mayor parte del tiempo fuera del castillo, buscando con ahínco a los enemigos. Cuando regresaba, estaba tan cansado que caía exhausto frente a la chimenea y se quedaba profundamente dormido sin apenas probar bocado. Incluso había dejado de visitar a su amante, prefiriendo descansar solo en su habitación. Caryn suponía que se debía a su agotamiento y se preguntaba qué posibilidades tendría ella con sus pequeñas artes de seducción cuando incluso la vasta experiencia de Lynette fallaba.

Caryn cogió el frasco y se dirigió a la puerta. Ral había regresado aquella tarde algo decepcionado y deprimido porque de nuevo había fracasado en su intento por capturar a los forajidos. La joven habría preferido escoger otro momento más favorable, pero Ral podría tardar meses en atrapar a los proscritos. No podía esperar hasta entonces para despertar, en él el apetito sexual.

Ya en el pasillo la doncella dijo unas palabras a Marta y recibió una sonrisa de ánimo. Cuando llegara al estrado, vertería la poción que había preparado en el vino de Ral, conversaría con él durante la comida y trataría de seducirlo siguiendo las instrucciones de Bretta. Quizá en esta ocasión tuviera éxito y lograra excitar su deseo. Tal vez él la llevara escaleras arriba y…

Se ruborizó al recordar la que la regordeta cocinera le había explicado que ocurriría en la cama matrimonial. Caryn había intentado disimular su turbación, pero Bretta la había advertido y se había echado a reír.

-No debes preocuparte, milady, Es un regalo para una mujer, no una carga. No hay horas más placenteras que las que se pasa bajo un hombre musculoso al que se ama.

-Caryn se irguió. Nunca se le había ocurrido pensar que Berta pudiera conocer a Ral de ese modo.

-¿Quieres decir lo que…creo haber entendido?

-No, milady; no me refiero a tu hombre, sino al acto en sí. -Pestañeó e hizo una mueca algo obscena que dejó al descubierto sus grandes dientes-. Si no fuera por el miedo a los embarazos me recogería las faldas mucho más a menudo.

A Caryn se le encendieron las mejillas. En lugar de preguntar que ocurriría una vez hubiera conquistado a su esposo, interrogó a Bretta sobre las artes de seducción. Escuchó con atención cuando ésta le explicó sobre las sonrisas y los contactos, sobre cómo caminar de forma insinuante y sobre el uso de sutiles indirectas para indicar al varón las intenciones de la mujer. Como todo el mundo creía que Ral había desdeñado a su esposa por su amante, Bretta comprendió enseguida las motivaciones de Caryn y las aprobó de corazón.

-Tu marido debe estar en tu lecho, milady, y no en el de otra mujer.

Ral, sentado junto a Caryn en el estrado, se deleitaba oyendo sus suaves risas femeninas, sintiendo el roce de sus hombros cuando le susurraba algo al oído. Ella sonreía con dulzura, divertida por algo que el norman- do había comentado, al tiempo que se esforzaba por responder con una frase ingeniosa.

Sus movimientos eran femeninos y seductores. En los últimos días Ral había observado que su esposa empleaba muy a menudo aquellos gestos insinuantes con la intención de complacerlo, lo que había despertado en él un deseo que apenas podía contener.

Cuando los senos de Caryn le rozaron el brazo, Ral sintió que la sangre comenzaba a correr deprisa por sus venas y que el corazón le latía con tal fuerza que temió se le paralizara. Si Caryn hubiera sido la experta seductora que pretendía ser, habría visto a través de la máscara de indiferencia que Ral lucía el deseo que lo consumía y tan desesperadamente trataba de disimular.

-Esta noche llevas un vestido nuevo -dijo él con tono suave, deseoso de que la comida llegara a su fin. Se preguntaba si por fin esa noche se entregaría a la pasión que lo devoraba y llegaría a poseer a su esposa.

-¿Te gusta, milord? -La túnica granate sobre una camisa de seda de color alabastro resaltaba el brillo de su melena.

-El color te favorece mucho. Has tenido muy buen gusto al escogerlo.

Ella sonrió.

-¿Más vino, milord? -Caryn le había llenado varias veces la copa; él se preguntó si emborracharlo entraba en sus planes.

-Tiene un gusto un poco amargo. De todos modos, ya he bebido bastante. Mañana me espera un día muy largo. -Ral no tenía intención de poseerla estando ebrio y sin control. Se había prometido no lastimarla, y para ello debía actuar con delicadeza.

-Como ya has terminado de comer-dijo ella- quizá me brindes el placer de una partida de ajedrez.

Él arqueó una ceja.

-No sabía que jugabas.

-Hay muchas cosas de mí que ignoras, milord. - Esbozó una pícara sonrisa, mostrando una perfecta hilera de pequeños dientes blancos.

Ral apretó las mandíbulas al sentir una comezón en la parte del cuerpo que quedaba bajo la mesa. Trató de mantener la calma.

-Tal vez una partida me ayude a dormir.

-Por Cristo, ¡qué gran mentira acababa de decir! Nada, excepto despojar a su esposa de sus vestiduras, podía asegurarle una noche de paz.

Ral sonrió para sus adentros dispuesto a disfrutar del juego a pesar de1a desazón que sentía. Quería que la partida acabara en tablas para que ninguno de los dos perdiera.

Se sentaron frente al tablero de ajedrez, Caryn hizo avanzar un peón dos casillas. Ral estaba seguro de que no le costaría demasiado ganarla, pues aquél era un juego de estrategia, semejante a una batalla, y todavía no había conocido a una mujer capaz de comprender el concepto de guerra lo suficientemente; bien como para representar un reto para él.

El normando ya no diría lo mismo varias horas después, cuando un buen número de piezas habían sido desterradas del tablero, y su rey negro estaba tan lejos de vencer al blanco como cuando habían comenzado. Por supuesto, tampoco ella estaba más cerca de la victoria.

-Eres un enemigo difícil, milord. –Caryn avanzó su alfil, bloqueando así el movimiento con el que él pretendía matar a su reina.

Él sonrió.

-Puedes dejarme ganar.

Caryn lo miró sorprendida y frunció el entrecejo.

-No creía que quisieras eso. -Ella puso cara de haber fallado en algo. Al verla, Ral pensó que la persona que le había enseñado el arte de la seducción había olvidado explicarle esa artimaña que utilizaban algunas mujeres.

-Me agrada jugar contra un buen adversario:, Realmente he disfrutado mucho con la partida de esta noche, más de lo que había supuesto.

Caryn se animó al oír esas palabras. A la luz del fuego, su rostro joven irradiaba toda su belleza. Sin duda era preciosa, y su hermosura iba en aumento cada día.

-Me alegro de que haya sido de tu agrado. -y aún me hubiera complacido más derrotarte; sin que tú me hubieras permitido ganar, por supuesto. Satisfecha al comprender que había actuado bien,

Caryn decidió jugar con más entusiasmo aún. Al fin, quedaron en tablas. Sonriente, Ral aseguró que la próxima partida vencería; Caryn, por su parte, prometió que sería ella quien obtendría la victoria.

El normando pensó que estaba dispuesto a perder* propósito si así conseguía yacer con su hermosa esposa.

-Es hora de acostarse. -Con expresión imperturbable, miró a Caryn. Apreció un ligero destello en sus ojos.

«Dímelo -pidió Ral en silencio-, dime que soy bienvenido en tu cama.» Podía proponerle que durmieran juntos, pues era obvio que ella aceptaría. Sin embargo, prefería que la joven lo invitara. Quería que ella admitiera que estaba preparada para un matrimonio de verdad, que lo deseara con una pasión tan ardorosa como a suya

-¿Estás cansado milord?

-Él se encogió de hombros.

-Como no hay rastro de los forajidos, mañana iremos de caza para abastecer las despensas. Debo estar en forma. -Tomándola del brazo, la acompañó escaleras arriba.

-Has decidido dormir en a casa –dijo ella con voz suave - ¿Crees que podrás descansar en esa cama? , «Seguro que estaría mejor entre tus delgaditas piernas», pensó él.

-Creo que de momento estaré bien.

Ral nunca había utilizado esa técnica para atraer a una mujer, pero intuía que en el caso de Caryn la indiferencia daría resultado. Cuanto más displicente se mostraba él, más se esforzaría ella por seducirlo.

A Caryn no le gustaba perder, fuera cual fuera el juego que se disputara.

Se detuvieron ante la puerta de la habitación de Caryn. Ral cogió a la joven entre sus brazos y depositó en sus labios un beso tierno, tratando de controlar el deseo que ardía en su interior. Confiaba en que pronto, en un par de días no hubiera necesidad de tanta contención.

-Que pases una buena noche, milady.

-Que… que pases una buena noche milord. Caryn asió el picaporte con mano trémula, abrió la puerta y entró.

Ral sorió para sus adentros la darse la vuelta para retirarse. Caryn de Ivesharn no era 1a única a quien le gustaba ganar.

-¿Milady? Milady, ¿dónde estás? Traigo un mensaje urgente del pueblo.

-Aquí, Leofric …-respondió Caryn desde el rincón del establo donde se hallaba cuidando del cervatillo que cada día crecía más-. ¿De qué se trata?

El muchacho se acercó a ella jadeando.

-De los bandidos, milady. Mi madre ha estado intentando descubrir dónde habían acampado. Quiere agradecer a lord Ral su indulgencia.

Caryn apartó con cuidado al cervatillo de su regazo y se puso en pie, se sacudió la túnica y se atusó la abundante melena.

-Lord Ral ha salido de caza. No regresará antes del anochecer.

-Le llevaré el mensaje.

-No sé dónde se encuentra. Dímelo a mí, Leofric, y me encargaré de comunicarle las noticias en cuanto llegue.

-Mi madre afirma que han acampado cerca del paso de Chevrey, en un meandro del río Edén, y esperan la aparición del recaudador de impuestos del rey. Nadie sabe exactamente cuándo llegará, pero el Hurón pretende capturarlo para robar el dinero del rey Guillermo.

-Seguro que el dinero estará bien protegido.

-Mi madre dice que la banda de forajidos está compuesta por casi cincuenta hombres.

¡Cincuenta hombres! Eran muchos, los suficientes para poner en peligro a los hombres de Guillermo… y a su marido. A Caryn se le revolvió el estómago.

-Son asesinos, milady .Una docena de caballeros m diestros con las armas fueron vencidos por la espada del Hurón.

-*Quizá Lord* Ral lo atrape.

-Sí, milady, seguro que el señor lo logrará.

Sin duda, un hombre tan astuto como su marido no corría peligro alguno. De todas formas, las palabras de Leo resonaban en el interior de la joven.

-Transmitiré a lord Ral el mensaje de tu madre en cuanto regrese al castillo.

-Desearía ir con él.

«Me alegro de que no puedas», pensó Caryn cada vez más preocupada por su marido.

En la sala principal, Caryn paseaba frente a la chimenea. Ral ya debería haber regresado. Richard había preparado una buena cena, que seguía intacta en la cocina. Caryn se volvió en cuanto la puerta se abrió y Girart entró. La mayoría de los hombres de Ral se encontraban ese día en el castillo, descansando, pues ala mañana siguiente reanudarían la persecución de los proscritos.

Al oír unos ruidos procedentes de la entrada, Caryn caminó presurosa en esa dirección.

-¿Es lord Ral?

-No, milady.

Richard apareció tras él, visiblemente preocupado.

-Es Stephende Montreale.

¡Malvern!

-Santo Dios. -Lord Stephen era la última persona quien Caryn deseaba recibir, sobre todo en ausencia de su marido-. ¿Debemos permitirle la entrada?

-Es obligada cortesía. Lo acompaña un grupo de hombres. No podemos negarles comida ni cobijo.

Caryn asintió con la cabeza. –

-Al menos hay suficiente comida. -Además, había bastantes hombres vigilando el castillo-. Hazlo pasar, Richard. -Caryn se dispuso a desempeñar el papel de señora de la casa y descubrió, con cierta sorpresa, que disfrutaba con la tarea. Y dale la bienvenida de mi parte.

Malvern entró con la gracia que le caracterizaba, con largos y ágiles pasos. No se había quitado la cota de malla y sus vestiduras estaban algo sucias después de haber cabalgado durante horas; su ondulada melena le Caía, brillante, por la espalda.

-Milady. -Se inclinó para rozar los dedos de Caryn con sus labios. Ella reprimió el impulso de retirar la mano.

-Milord - Ella hizo una reverencia y forzó una sonrisa. Observó al recién llegado y concluyó, como la primera vez que lo vio, que era un hombre muy atractivo, salvo por la crueldad que reflejaban sus ojos.

-Parece que he adquirido la costumbre de venir al castillo cuando tu marido no está. -Observó detenidamente a la muchacha; su túnica de color zafiro, su cinto dorado y la camisa bordada de seda que lucía debajo-. Ahora que he podido contemplar la joya que se ocultaba bajo las prendas del convento, debo reconocer que no me siento decepcionado.

Caryn hizo caso omiso del comentario y procuró disimular la aversión que aquel hombre le inspiraba.

-Mi esposo no tardará en regresar. He ordenado que preparen una habitación para que puedas asearte y descansar antes de la cena.

Él asintió con la cabeza.

-Ha sido un día muy largo. Me sentiré en deuda contigo por el baño y una copa de vino, milady.

La doncella llamó a uno de los sirvientes y se dispuso a retirarse, pero lord Stephen la retuvo cogiéndola del brazo.

-Quizá puedas atenderme personalmente.

Ella esbozó una tímida sonrisa.

-Por supuesto. -Sin embargo, no tenía la más mínima intención de hacerlo. Acompañado por su escudero, lord Stephen subió por las escaleras arriba mientras el resto de sus hombres llenaban los cuernos de cerveza o saboreaban una copa de vino.

Caryn se dirigió a la cocina, confiando en encontrar a alguna criada dispuesta a atender a su huésped.

-Yo me ocuparé de él, milady. -Bretta detuvo a la señora frente al horno. El aroma del pan de cebada recién cocido impregnaba la cocina.

-No tienes por qué hacerlo. No sé qué pretende. Nunca obligaré a una criada a...

-No te preocupes, milady -repuso ella-. Me apetece frotar la espalda de lord Stephen.

Caryn sonrió.

-Ve con cuidado.

No tardaré en conseguir que ronronee como un gatito.

Cuando Stephen bajó de nuevo a la sala principal, Ral no había regresado aún. Vestido con una elegante túnica de color púrpura y una camisa platea- da, se mostraba sereno y relajado; no se parecía en absoluto al brutal y salvaje caballero que ella había conocido.

-Muy buenas noches, milord. -La dama sonrió cuando se acercó al estrado.

-¿Me permites acompañarte?

-Por supuesto.

Él se acomodó junto a ella sobre la plataforma, mientras los hombres, sentados a las mesas colocadas en la parte inferior, aguardaban la llegada de su señor. Caryn y Stephen Conversaron sobre temas banales; el tiempo, las cosechas, algunos acontecimientos del pueblo, Braxston y Malvern.

-Mi hermana me visitará dentro de poco -anunció él-. Hace mucho que no la veo. Quizá lleguéis a conoceros.

-Quizá. Me gustaría disfrutar de la compañía de una amiga -dijo Caryn, dando por sentado que la mujer no sería tan ruda como Stephen.

-Eliana es un tesoro; una muchacha alta, de tez clara... muy hermosa, de verdad. ¿Sabías que una vez estuvo comprometida con tu marido?

-Caryn levantó la cabeza.

-¿Tu hermana y lord Ral?

-Fue mucho antes de que te conociera a ti. Nuestros padres concertaron el compromiso cuando Ral y mi hermana eran unos niños.

-No lo sabía.

-No me sorprende que tu esposo no te lo haya comentado, ya que la deshonró al negarse a contraer matrimonio.

Entonces ¿por ese motivo se odiaban los dos normandos?

-Seguramente tendría una buena razón.

-Tal vez -replicó Stephen, muy serio-. Yo sólo sé que mi hermana sufrió mucho por su causa. -Sonrió levemente-. Quizá algún día Ral se anime a contártelo.

Caryn deseaba que así fuera, aunque dudaba de que su esposo se lo explicara.

-¿Vienes del sur? -preguntó para cambiar de tema.

-Sí. He visitado mis tierras de Grennel.

Viajas con muy pocos hombres. ¿Has visto algún rastro del Hurón y sus secuaces?

-No. Se comenta que se dirigen hacia el norte.

También he oído decir que tu marido los persigue para vengarse de ellos. -Curvó los labios en una mueca-. Si Ral llega a descubrir dónde se ocultan no me importaría echarle una mano.

Caryn se rebulló inquieta en su asiento. Por mucho que detestara a lord Stephen, estaba convencida de que el peligro que lord Ral corría sería menor si contaba con la ayuda de Malvern y sus huestes.

-Sin embargo -prosiguió Stephen-, me temo que rechazará mi colaboración.

Caryn suspiró, consciente de que su esposo jamás la aceptaría. De pronto se le ocurrió una idea.

-Si conocieras el paradero de los forajidos, ¿irías en su busca? -Lord Stephen era cruel y, como Ral, estaba siempre dispuesto a luchar. ¿Qué importaba cuál de los dos atrapara a los bandidos?

Él se reclinó en su asiento, observando a la doncella con renovado interés.

-Si han acampado en algún lugar del norte, tal y como se asegura, podría enviar un mensaje a mis hombres de Malvern. Cuento con fuerzas suficientes allí para acabar con los proscritos.

-Lord Raolfe jamás aprobaría lo que voy a decirte. Me gustaría que no se enterara de esto.- De todas formas estaba dispuesta a asumir el riesgo si así conseguía salvar a su esposo y sus hombres.

-¿Sabes dónde se encuentran?

-Me han informado de su paradero esta misma noche. .Me han llegado noticias procedentes del pueblo.

-¿Y por qué has decidido revelármelo?

Deseo que esos forajidos sean atrapados.-«Deseo ver a mi marido a salvo en casa», pensó-. Cuantos más hombres participen en la persecución más posibilidades habrá de capturar a *esos* bandidos.

Él sonrió.

-Me complacerá hacer cuanto esté de mi manó.

Tras vacilar un instante, Caryn dijo:

-Están acampados cerca del paso hacia Chevrey, a orillas del río Eden.

-¿Estás segura?

Me han informado fuentes fidedignas; lo que no puedo decirte es cuánto tiempo permanecerán allí.

Stephen se volvió para llamar a uno de sus hombres. De entre las sombras surgió un robusto caballero que, tras escucha lo que Stephen le susurró al oído, asintió con la cabeza y se apresuró a abandonar el castillo.

Durand partirá de inmediato hacia Malvern. Reunirá un número suficiente de hombres y se dirigirá hacia Chevrey. Yo saldré al amanecer como ya he anunciado. Con un poco de suerte, el Hurón y sus hombres habrán sido capturados antes de que yo llegue al paso de Chvrey.

Carey sonrió.

-Gracias milord.

Gracias a ti, lady Caryn.

El normando se mostraba tan complacido que Caryn se arrepintió de haberle revelado el paradero de los bandidos. Rogó para sus adentros que lo que acababa de hacer fuera lo correcto.

11

Montado en su enorme caballo negro, Ral oteó desde lo alto de la colina lo que parecía haber sido uno de los campamentos del Hurón.

-¡Por la sangre de Cristo! -exclamó Odo!-. Otra vez hemos llegado demasiado tarde.

-Sí, eso parece. Aunque no puede decirse lo mismo de Malvern. -Tras lanzar una maldición, urgió a su caballo a descender por la colina. Sus hombres lo siguieron.

En el campamento sólo quedaban desechos: cazos de cocina, botas de vino vacías, camastros, armas y ropas. Aún salía una ligera humareda de las hogueras recién apagadas... y por todo el claro yacían esparcidos los cuerpos de al menos treinta hombres.

Ral cabalgó en busca del cadáver del Hurón, compungido por haber fallado a su gente. Quizá si hubiera abandonado la cacería unas horas antes, si lord Stephen no hubiera estado en Braxston cuando regresó al castillo, y si esa noche hubiera cabalgado en lugar de esperar a que su odiado enemigo se marchara... Ral apretó la mandíbula. El Hurón ya no les causaría problemas, pero no habría nuevas tierras que cultivar y, sin ellas, ninguna posibilidad de reponer las provisiones que había agotado al construir la fortaleza.

Tarde o temprano, los habitantes de Braxston sufrirían las consecuencias. Ral sintió un escalofrío al pensar en el futuro que deparaba a aquella pobre gente. Rodeó a un grupo de hombres de Malvern. Abriéndose camino entre los caballeros y escuderos que despojaban de sus bienes a los cadáveres, creyó reconocer a lo lejos a un caballero robusto, un tal Durand, uno de los jefes de los guerreros de Stephen; se acerco a él.

-Al parecer has hecho un buen trabajo, Durand.

-Gracias, milord.

-¿Tiene lord Stephen intención de reunirse contigo?

-Creo que ya se dirige hacia aquí.

-¿Y qué hay del Hurón? -preguntó Ral-. No he visto su cuerpo.

Durand vaciló. Se quitó el casco de forma cónica y movió la cabeza.

-Ha escapado, milord, junto con veinte de sus hombres.

-Ral dejó escapar un suspiro. Hubiera debido lamentar que el hijo de puta siguiera vivo, pero, como necesitaba tanto las tierras, se alegró. A continuación su cuerpo se tensó de ira. Si él y sus hombres hubieran llegado antes, todo habría sido distinto.

-¿Qué ha sucedido? -preguntó Ral.

-Los bandidos habían apostado guardias en todos los puntos. Esperábamos sorprenderlos, pero advirtieron nuestra presencia. Había arqueros encaramados en los árboles y en esas rocas de ahí. Hemos logrado acabar con bastantes, pero hemos perdido a cinco de nuestros mejores hombres.

-¿Cómo os enterasteis de dónde se encontraban?

-Lord Stephen envió un mensaje.

Rál frunció el entrecejo. La noche anterior había cenado con Malvern, quien ya debía de conocer el paradero de los forajidos. Stephen se había cuidado de decírselo… En realidad, él habría actuado del mismo modo.

Es una pena que el hijo de perra haya escapado. Ahora se mantendrá oculto durante un tiempo y, tan pronto como reclute a mis hombres, volverá a la carga -«Y entonces no habrá nada sobre la tierra que me impida cortarle la cabeza.»

-Sí milord. El bastardo continuará cometiendo fechorías.

Ral reunió a sus hombres para reanudar la marcha. Odo, habiendo advertido la decepción de su señor, apenas despegó los labios durante el camino de regreso.

-Lo encontrarás. Mon ami: La próxima vez no fallarás.

Ral no respondió. Tenía la mirada fija en la línea de hombres armados que cabalgaban hacia ellos.

-Viene Malvern -dijo Odo-. A lord Stephen no le gustará nada que Durand no haya podido cazar al Hurón.

-Durand ya le habrá mandado un mensaje para explicarle lo sucedido. Stephen estará enfadado, pero para él capturar al Hurón no es tan importante como para mi.

Avanzaron hacia los hombres de Malvern y Ral tiró de las riendas de su inquieto purasangre negro para acercarse al caballo gris de Stéphen.

-El realidad no puedo felicitaros del todo – dijo Ral -, pero os agradezco que hayáis conseguido eliminar a unos cuantos bandidos.

-Así que los viajeros se sentirán más seguros, aunque la batalla contra el Hurón aún no ha concluido.

-Sí, eso parece.

-Quizá la próxima vez lo encuentres antes que nosotros.

Ral forzó una sonrisa.

-Puedes estar seguro de ello, Stephen.

-Esta vez has estado a punto de vencerme, ¿sabes? De hecho lo habrías logrado... si tu bonita esposa, en lugar de revelarme a mí el paradero del Hurón, te hubiera informado a ti.

Ante la súbita expresión de desconcierto de Ral, Stephen sonrió satisfecho.

-Fue un regalo inesperado, pero muy bien recibido, te lo aseguro. -Sonrió de nuevo mientras ordenaba a sus hombres que se pusieran en marcha para a continuación encabezar el grupo. Ral, furioso, clavó la mirada en su espalda-. Dale recuerdos de mi parte, ¿lo harás? -añadió, volviendo la cabeza.

Ral observó a los hombres que pasaban a su lado haciendo ruido con las armas y dejando tras de sí una nube de polvo sobre el camino. Cerró una de sus manos enguantadas mientras sentía cómo crecía la rabia en su interior.

-Tal vez ha mentido -aventuró Odo.

-No, ha dicho la verdad; lo intuyo.

-Ella es sajona. Te advertí que no te fiaras de ella.

-Pero es mi mujer. -Tenía las mandíbulas tan apretadas que apenas podía pronunciar las palabras. Tiró con tal fuerza de las riendas que *Satán,* su purasangre, se encabritó. A continuación fijó la mirada en el camino que conducía al castillo. Tras echar un último vistazo a Malvern, inició el trote sobre su robusta montura.

Stephen de Montreale se reunió con el resto de sus fuerzas en el claro en que se había alzado el campamento del Hurón. Cabalgó hacia Durand, el robusto caballero de mandíbula grande y pelo lacio que se había ganado la confianza de su señor, por lo cual era bien recompensado.

-¿Has capturado al Hurón?

-Lo tenemos atado y bien vigilado. Lo hemos escondido en el bosque.

-¿Estás seguro de que Braxston no lo sabe?

-Sí, milord. He seguido tus instrucciones.

-Bien. Entonces tendrás tu recompensa.

Durand sonrió, mostrando su amarillenta dentadura. Stephen se alejó de él para dirigirse hacia el lugar donde sus soldados custodiaban al Hurón, a quien habían atado contra un tronco. El bandido tenía la cabeza hundida sobre el pecho, de modo que su larga melena negra *le* caía sobre la frente. Era un hombre delgado, de mirada inquieta, que hacía honor a su apelativo, aunque *lo* cierto era que el Hurón no era un imbécil.

-Dejadnos solos -ordenó Stephen a sus hombres.

-Sí, milord. -Los guardas se internaron en el bosque.

El Hurón alzó la vista lentamente y examinó a Stephen mientras esperaba sus palabras.

De Montreale sonrió.

-Afirman que eres el diablo en *persona.*

-Yo he oído lo mismo de ti – murmuró el proscrito.

Stephen esbozó una sonrisa. Rodeó al Hurón estudiándolo. Rompió el extremo de una rama de árbol y la dobló.

-¿Tienes miedo de mi?

-Soy tu prisionero.

-No has respondido a la pregunta.

-Sería un idiota si no te temiera.

Stephen sonrió.

-Eso está bien. El temor es siempre un buen comienzo.

El Hurón lo miró con recelo.

-¿Un buen comienzo para qué?

Stephen lo azotó ligeramente; después arrojó la rama.

Caryn estaba sentada ante el tablero de ajedrez, frente a Richard. Aunque ya era bastante tarde, no se sentía demasiado cansada.

-Jaque a tu rey -dijo ella, sonriendo a su adversario, quien se quedó perplejo.

-Juegas al ajedrez mejor que muchos hombres. ¿Te enseñó lord Harold?

Ella negó con la cabeza.-Apenas veía a mi tío.

-¿Tal vez tu padre?

-No. Él casi nunca estaba con nosotros. Me enseñó Edwin de Bedford, un amigo de mi tío.

Richard sonrió.

-Sí, me acuerdo de él.

-Creo que aún vive. Me pregunto qué habrá sido de él.

Richard se disponía a responder cuando se oyeron unos ruidos procedentes de la entrada de la casa. El senescal se levantó.

-Lord Ral ha llegado.

Caryn también se puso en pie.

-Imposible. Sólo hace tres días que partió. No creo que regrese tan pronto.

-Es él-confirmó Richard al ver a Odo, Hugh y los demás hombres-. Estará agotado. Ordenaré que sirvan comida para él y el resto de los hombres.

Caryn, preocupada por la causa del repentino regreso, se dirigió a la entrada para recibir a Ral. Su joven escudero, Aubrey, estaba ayudándole a despojarse de la cota de malla. En cuanto vio el atractivo y algo rudo rostro de su marido el corazón comenzó a latirle más deprisa; le pareció alto e imponente. Caryn sonrió, pensando en lo mucho que lo había añorado durante su ausencia.

Cuando Aubrey se inclinó para quitarle las espuelas, el normando avanzó un paso y su sombra se proyectó en las paredes de la estancia iluminada por las antorchas. Caryn se percató enseguida de su severo semblante y de la tensión que dominaba cada uno de sus movimientos. Ral se acercó a su esposa apretando los puños.

Santo Dios, no cabía duda de que estaba enfadado, muy furioso. Con el corazón encogido, Caryn caminó hacia él para darle la bienvenida con una sonrisa, mientras rogaba que el normando no descargara su ira contra ella.

-Has regresado muy pronto, milord. ¿No estarás herido?

Ral se detuvo frente a ella; sus ojos grises parecían de acero.

-¿Cómo podría estar herido? Los hombres del Hurón ya habían sido capturados antes de que nosotros localizáramos su refugio.

Caryn pensó en Stephen y se sintió aliviada al comprender que su plan había obtenido el resultado inesperado.

-Entonces tú y tus hombres estáis a salvo.

-Sí, así es. ¿Y no preguntas por qué razón los hombres de lord Stephen descubrieron el campamento del Hurón antes que nosotros?

-Yo... me alegro tanto de que todo haya ido bien. Por supuesto, me gustaría saber cómo ha sido.

Ral esbozo una fría sonrisa.

.-Al parecer, lord Stephep averiguó dónde se ocultaban los bandidos y envió un mensaje a sus caballeros de Malvern.

-Eso está muy bien, ¿no te parece? Por fin transitar por los caminos de esta región dejará de ser peligroso.

-¿Y no preguntas cómo descubrió lord Stephen dónde se hallaba el campamento?

-*Yo...* yo supongo que tendrá informadores, como tú.

.-Sí, así es. Hombres leales y gente capaz de traicionarme.

-¿Traicionarte? -Sintió un escalofrío-. No acabo de comprender por qué consideras una traición algo que te ha ayudado a librarte del Hurón.

Los caballeros y los sirvientes permanecían en silencio por la tensión que se respiraba en la sala.

-¿Eso hiciste, Caryn? ¿Ayudarme?

-Yo... yo no sé qué quieres decir.

Él la cogió por los hombros y la atrajo hacia sí.

-Estoy harto de jugar. Los dos sabemos que explicaste a Malvern dónde se hallaba el campamento del Hurón. ¡Ambos sabemos que me has traicionado una vez más!

Caryn jadeó.

-¡No es cierto!

-Es la verdad ante los ojos de Dios, Caryn. Lo que no entiendo es por qué has ayudado a un hombre como Stephen.

-No pretendía ayudarle a él.

Ral clavó los dedos en los hombros de Caryn.

-¡Por Cristo, Caryn! ¡Eres mi esposa! Me debes lealtad.

-Yo no soy tu esposa, ¡tú mismo lo dijiste! Lynette es más esposa que yo.

Tras un prolongado silencio, Ral rió Con amargura y dijo:

-Tienes razón. Pronunciar los votos no basta para formar un matrimonio; lo que cuenta es el resto, lo que tú y yo aún no hemos hecho. Pero está misma noche lo solucionaremos.

-Pero yo no…

Él la soltó.

-Sube a tu habitación. Prepárate para recibirme en la cama.

-¿Qué?

-Ya me has oído. Obedece.

-Pero tú hiciste una promesa.

-Sólo los idiotas no tratan de corregir sus errores.

-Pero…

-¡Vete, maldita sea!

Recogiéndose las faldas, Caryn se apresuró a cruzar la sala y subir por las escaleras. Tras recorrer el pasillo, entró en su habitación y cerró la puerta con fuerza. Se apoyó contra ella, esperando que no se abriera.

Fijó la mirada en la cama, temblando. De pronto oyó el sonido de los pasos de Ral, que subía por las escaleras. Creyó que se le cortaba la respiración; se le humedecieron las palmas de las manos y el corazón comenzó a latirle con fuerza.

«Virgen Santa, ¿qué puedo hacer?», pensó, desesperada.

Se sobresaltó al oír que alguien llamaba a la puerta. Era Marta. La anciana parecía algo agitada, pero no tan abatida como Carvn;

-Lord Ral me ha enviado para que te ayude.

-Marta… gracias a Dios que has venido. -Se arrojó a los pequeños brazos de la mujer. -Tengo miedo. Nunca lo habla visto tan enfadado.

Marta intentó apartarla.

-Es lógico que se haya enojado. Le has hecho parecer un imbécil.

-No era ésa mi intención. Yo quería…

Marta la interrumpió.

-Date la vuelta.

La criada procedió a desnudar a Caryn, quitándole la túnica y la camisa hasta dejarla en ropa interior.

-Cometiste una estupidez -le reprochó-. Pero al menos servirá para solucionar tu problema.

Caryn levantó la cabeza.

-¿Mi problema? ¿A qué te refieres?

La criada esbozó una sonrisa que hizo más pronunciadas las arrugas que le rodeaban los labios.

-¿No deseabas ser la esposa de lord Ral en todos los aspectos?

-Sí, pero…

-Esta noche se cumplirá tu deseo.

Caryn guardó silencio unos instantes. De hecho quería que eso ocurriera.

-Pero está tan furioso...

-Es el precio que debes pagar por tu tontería. Por supuesto, la anciana tenía razón. Al trazar su plan, Caryn no se había planteado como se sentiría Ral, pues de hecho había confiado en que nunca se enteraría.

-Te dolerá un poco -avisó Marta-. Lord Ral es un hombre muy grande.

Caryn sintió un escalofrío.

-Bretta me ha explicado qué ocurrirá.

-Procura aplacar su ira. Entonces resultará más agradable. Él sabrá comportarse de forma adecuada.

Caryn asintió con la cabeza, aunque sabía que suavizar el malhumor del normando no sería tarea fácil.

-Lo intentaré.

Marta la condujo hasta la mesa, cogió el cepillo de cerdas de jabalí comenzó a deslizarlo por su larga melena castaña. El suave roce del cepillo calmó un poco a la doncella, tal y como la anciana pretendía. Cuando hubo finalizado, Marta dijo:

-Haciéndolo esperar demasiado, sólo conseguirás que aumente su enfado.

Caryn asintió, inquieta. Se humedeció los labios y procuró no pensar en lo que sucedería cuando Marta se hubiera marchado.

-Es un buen hombre -dijo la criada-, no lo olvides.

Cuando Marta hubo salido del dormitorio, Caryn se sintió aún más preocupada. De pronto se abrió la puerta y entró su robusto marido. Se dio cuenta de que había tomado un baño porque tenía el cabello húmedo. Le pareció tan atractivo, poderoso y decidido como siempre. Y observó que su rabia parecía haberse disipado.

-Me preguntaba si intentarías escapar. Si lo hubieras hecho, te habría cogido y arrastrado por la melena hasta aquí.

Caryn tragó saliva.

-No deseo escapar.

-¿Oh? -Ral arqueó una ceja-. Pensé que lo último que deseaba una mujer capaz de traicionar a su marido era acostarse con él.

Caryn se entristeció.

-No era mi intención traicionarte.

Ral ignoró sus palabras.

-En mi país tenemos la costumbre de dormir desnudos. Desvístete para que te vea.

Asustada, la joven observaba a su esposo, en cuyo rostro se había instalado una expresión maliciosa. De pronto Ral se levantó y se acercó a ella.

-¡He dicho que te desnudes! -exclamó.

Ella obedeció. Con dedos trémulos se despojó de la ropa interior, que dejó caer suavemente al suelo, hasta quedarse desnuda. Se esforzó por mantener la cabeza erguida y reprimir el llanto.

-Date la vuelta lentamente. Quiero ver lo que me has ocultado durante tanto tiempo.

Ella se volvió, guardándose de mirarlo. Deseaba que Ral no la ofendiera, que la tratara con la ternura y la pasión que había imaginado.

-Quiero saber por qué me has traicionado -dijo él, retándola con la mirada-. Eres la puta de Stephen, ¿verdad?

- En lugar de enfurecerla, aquella acusación la entristeció aun mas.

-No.

-Métete en la cama y ábrete de piernas.

Aquello le desgarró el corazón. Aunque se había esforzado por reprimir el llanto, se le empañaron los ojos, y una lágrima rodó por su mejilla.

-Haré cuanto ordenes, milord, pero quiero que sepas que no pretendía traicionarte. Leofric me explicó que el Hurón era un asesino despiadado y que ni los mejores soldados habían conseguido atraparlo. Estaba preocupada por ti y por tus hombres. Creí que no importaba quién de vosotros eliminara al Hurón.

Ral, que estaba desvistiéndose, se detuvo. Arrojó su túnica a un lado y se acercó a la doncella.

-¿Significa eso que no sabías nada de la recompensa?

-¿Qué recompensa?

Ral la miró a la cara, observando sus grandes ojos negros y sus suaves labios temblorosos. Percibió el dolor y la congoja que reflejaba su semblante. No todo el mundo sabía que se había ofrecido una recompensa, aunque tampoco era un secreto. Él no había mencionado la importancia de su misión; nunca se había molestado en explicárselo. La ira comenzó a disminuir, permitiéndole pensar con más claridad.

-El rey ha ofrecido las tierras que median entre Braxston y Malvern a cambio de la cabeza del Hurón.

Caryn se estremeció.

-¿Las tierras que prometiste a la gente del pueblo?

-Sí.

-Dios mío.

-¿No lo sabías?

-No, yo sólo pretendía ayudarte -susurró ella- Prefería ver muertos a los hombres de Malvern ante que a los de Braxston.

-¿Por qué he de creerte? -ÉI quería creerla por la sangre de Cristo, era lo único que deseaba.

-Porque detesto a Stephen de Montreale mucho mas que tú; porque aprecio a los aldeanos y jamás le desearía ningún mal, y porque tú eres mi marido y quería que regresaras a casa sano y salvo.

¿Realmente decía la verdad? ¿Se atrevería Ral confiar de nuevo en sus palabras? La mirada de la joven parecía indicar que había sido sincera. El normando suspiró aliviado.

Ral se acercó mas a ella, deslizó los nudillos por las mejillas de su esposa, advirtió la incertidumbre que invadía y la esperanza que parecía avivar ligeramente su inquieta expresión.

-Acuéstate en la cama. Tu explicación no alterar lo que tiene que suceder esta noche. -Apartó la colcha-. Sólo alterara el modo en que te trataré.

La delicadeza de los modales del hombre consiguió mitigar en parte el temor que sentía Caryn.

-Sí, milord. Obediente, la joven se tendió bajo las sabanas observó cómo el normando se dirigía a la puerta: y le ordenaba a un sirviente que sirviera un poco de vino. *A* poco apareció un paje con una jarra y dos copas altas estrechas. Ral esperó a que el muchacho se hubiera *re* tirado para llenar las copas y llevarlas ala cama.

-Bebe, te ayudará a relajarte.

Ella aceptó la copa con manos trémulas y tomó un pequeño sorbo, mientras, él vaciaba la suya de un trago. A continuación el caballero acabó de desnudarse y se acostó en la cama.

Caryn mantenía la mirada fija en la colcha, la cabeza vuelta hacia un lado. Él la tomó por la barbilla y la obligó a mirarlo a la cara.

-Se ha producido otro malentendido entre nosotros. No me gustaría que volviera a suceder. -Ella asintió con humildad, agradecida-. De ahora en adelante serás mi esposa. Me deberás lealtad.

-Siempre te he sido leal, desde el día en que me enteré de que no habías participado en la violación de mi hermana.

-Stephen de Montreale es mi enemigo acérrimo. Consideraré cualquier ayuda que le prestes una traición contra mí. ¿Lo entiendes?

-Sí, milord.

Él inclinó la cabeza y la besó; sintió la suavidad de sus labios trémulos debajo de los suyos.

-Intentaré no hacerte daño.

Tras otro tierno beso, ella entreabrió los labios, aceptando la invasión de su lengua. Ral quería embriagarse de ella, recorrer con la lengua cada uno de los dulces recovecos de su cuerpo, acariciar sus pechos hasta que sus pezones se endurecieran para luego abrirle las piernas y poseerla.

Ral se acordó de que debía tratarla con delicadeza y de que, por ser la primera vez, tal vez ella no le respondiera. De hecho, él sentía el ligero temor que agitaba el pequeño cuerpo de su mujer.

Ral se apartó para observarla.

-¿Tanto miedo tienes de que te haga daño? Ella lo sorprendió al negar con la cabeza.

-No, milord, no es el miedo lo queme provoca los temblores, sino tus caricias.

Ral sonrió aliviado.

-Esto es 'sólo el principio, *chérie.*

Y así fue. Ralla besó de nuevo. Poco a poco sus húmedos labios se mostraron más posesivos. Su lengua tocó cada rincón de la boca de la muchacha, se deslizó sobre su labio superior, mientras transmitía a su esposa el calor que lo invadía. La lengua de Caryn se encontró con la de Ral, vacilante al principio, como probando el contacto que le despertaba los sentidos. Caryn se abandonó ala excitación que la dominaba, estrechándose cada vez más contra el cuerpo del hombre, decidida a aprender cómo complacerle.

Sintió cómo las manos de Ral, fuertes y hábiles, le recorrían el cuerpo, le acariciaban los senos; notó cómo le pellizcaba un pezón hasta endurecerlo. Luego las manos masculinas descendieron hasta detenerse en el ombligo para despertarlo con suaves caricias que le provocaban corrientes de fuego en el vientre.

Con la esperanza de complacerlo, Caryn movió sus .pequeñas manos de la misma forma, recorriendo su piel sumergiendo los dedos en el negro vello de su pecho, palpando los músculos de su estómago.

Cuando él gimió, Caryn se detuvo temerosa de haber hecho algo mal.

-Está bien, *ma chere.* Siempre has sido rápida aprendiendo -susurró con voz ronca. Inclinó la cabeza para besarla-. Ya debería saber que no te cuesta nada asimilar lo que te enseñan.

Ella sonrió al comprender que le había gustado y jadeó al sentir que él deslizaba la mano por su vientre hasta demorarse en el vello que le cubría el pubis.

-Tranquila - murmuró Ral cuando ella se estremeció.

La besó de nuevo y ella pareció relajarse, abandonada a la excitación que la consumía, deseosa de que el fuego continuara ardiendo. Caryn se mordió el labio al notar que él le introducía un dedo, sintiendo que viajaba por los límites del deseo. Instintivamente se arqueó contra su mano, urgiéndole a que prosiguiera mientras él posaba su cabeza en su cuerpo.

Caryn hervía de pasión; con el cuerpo arqueado sobre la cama, presionaba su firme seno contra la boca de Ral. Los húmedos labios masculinos jugueteaban con el pezón endurecido, la lengua lo circundaba, los saboreaba. Caryn hundió los dedos en la melena de Ral, cada vez más enardecida.

Ral le acariciaba las nalgas al tiempo que movía un dedo en el interior de su sexo Ella estaba húmeda, su cuerpo reaccionaba del modo en que Bretta le había explicado; estaba preparada para aceptar el miembro de su marido

-*Mon dieu* -le oyó susurrar. El cuerpo de Ral estaba tan tenso como el de ella-. Nunca he visto a una mujer tan dispuesta para recibir a un hombre como tú. Si el modo como se sentía indicaba algo, estaba segura de que Ral tenía razón. Caryn temblaba de la cabeza a los pies, los pechos parecían palpitarle, al igual que el sexo. Ralle introdujo otro dedo, y la joven deseó que no se entretuviera

-No quiero hacerte daño.

-No… no, milord, no es el dolor lo que siento sino algo… -Se humedeció los labios, incapaz de encontrar la palabra adecuada.

-Pronto sabrás qué es.

Ral volvió a concentrarse en el placer que estaba proporcionando a la mujer con las manos y los labios. Cuando ella pensaba que ya había alcanzado el máximo placer de que podía gozar, él le separó las piernas con la rodilla y se colocó sobre ella. Caryn sintió el miembro viril, largo y duro, ya erecto, tanteando la entrada, deslizándose por su cálida y resbaladiza humedad Ral, al alcanzar la última y delicada barrera que era la prueba de su virginidad, se detuvo.

-Éste es el tesoro más maravilloso que posees, y se arqueó yen ese instante él la penetró.

La boca de Rál sobre la de Caryn acogió su gemido. Ella ya sabía que el sexo de su esposo sería grande, que la colmaría, pero no esperaba aquel dolor que la desgarró. Se quedó tensa e inmóvil debajo de él, esperando el siguiente azote brutal, la siguiente acometida que la consumiera. Sin embargo, él permaneció quieto sobre ella, algo tenso, apoyado sobre los codos.

-Lo lamento. No creí que,.. -Estaba bañado en sudor, tenía los músculos de la cara rígidos, tensos. Su preocupación era evidente.

-Todo va bien, milord.

-Ral – murmuró él – Quiero oírte pronunciar mi nombre.

-El dolor ya ha pasado, Ral.

Él apretó los dientes; ella sintió cómo le recorría un escalofrío a pesar de sus esfuerzos por controlarse.

-Ya no puedo demorarlo más. Te he deseado durante demasiado tiempo.

Estas últimas palabras reavivaron algo en el interior de Caryn, algo muy femenino y pasional. Dejó escapa un gran suspiro y procuró relajarse. Ral salió de ella con cuidado para volver a introducir el miembro una y otra vez, ¿Dónde estaba el dolor?, se preguntó ella. Acabó olvidándose del dolor, como si jamás hubiera existido; olvidó todo excepto las sensaciones que experimentaba mientras la penetraba, todo excepto su 1argo, duro y poderoso miembro viril.

De manera intuitiva, Caryn movió las caderas y arqueó para que él pudiera penetrarla más profundamente, urgiéndolo casi a continuar hasta el final,

-Santo Cristo -susurró él, sobrecogido por la energía, la furia y el calor de la reacción de Caryn.

Ella flotaba, había abandonado tras de sí el mundo, cabalgaba entre las estrellas sobre un salvaje purasangre que la conducía hacia un lugar en que sólo existía la ternura. Se sentía consumida por unos rayos de sol de un rojo ardiente, por unas chispas de placer intenso. Cuando él la penetró una vez más, pronunció su nombre, «Ral»; sintió cómo él se corría en su interior y, en ese mismo instante, supo que nada en el mundo podía ser tan dulce como aquello.

12

Ral se acomodó a su lado, apretándose contra las delicadas curvas del cuerpo de su mujer. Al darse cuenta de que ella dormía, cerró los ojos y se sumió en un plácido sueño, acaso el más relajado de que había disfrutado en las últimas semanas. Cuando despertó, oyó que Caryn lloraba.

-Te he hecho daño -se lamentó él, incorporándose hasta quedar apoyado sobre un codo, demostrando claramente la preocupación que sentía por lo que acababa de hacer-. Temí que esto sucediera.

Caryn sonrió con los ojos anegados en lágrimas.

-No me has hecho daño, RaI. Ha sido maravilloso... como cabalgar sobre una estrella hacia la luna.

-Entonces ¿por qué lloras?

-Pensaba en la gente del pueblo. Por mi culpa no conseguirán las tierras.

Él la besó con delicadeza en los labios.

-No te preocupes, Cara. Por suerte tu plan fracasó en parte, pues el Hurón logró huir con varios de sus hombres.

-¿Consiguió escapar?

Él asintió con la cabeza.

-¿De verdad?

-De verdad. Pero no por mucho tiempo. La próxima vez daré con él, obtendré su cabeza,

-Te ayudaré -aseguró ella-. Descubriré dónde se esconde y....

-Tú no harás nada, ¿me oyes? Ya has hecho suficiente.

Caryn se dio la vuelta para ahogar en la almohada un gemido.

-No ha sido sólo culpa mía, ¿sabes? Si hubieras confiado antes en mí, nada de esto habría sucedido.

Él frunció el entrecejo.

-Un hombre no tiene la obligación de explicar todo a su mujer.

-Tal vez sea así. De todas formas, si hubieras confiado en mí, habrías capturado al Hurón.

Ral dejó escapar un suspiro.

-Intentaré mantenerte al corriente de los asuntos que considere importantes. -Le rodeó la cintura con un brazo, la atrajo hacia sí y se colocó sobre ella. Y no harás nada sin mi aprobación, ¿está claro?

Ella rió.

-¿Debo pedir tu aprobación para darte un beso?

Ral sonrió.

-No, mujercita, puedes hacerlo siempre que quieras.

Entonces Caryn le abrazó, posó sus suaves labios sobre los de él y le introdujo la lengua en la boca. Para Ral, todo en ella era curvas suaves y esencia de tierna mujer, de tal modo que se encontró deseándola de nuevo. Comenzó a acariciarle un seno, endureció el pezón y luego su mano descendió lentamente por su cuerpo para abrir los pétalos de su sexo y volver a despertar aquella dulce humedad.

Dios la había hecho pequeña, pero la había compensado proporcionándole una flor húmeda para recibirlo. Sonrió al pensarlo, mientras separaba de nuevo sus piernas con su rodilla. Se deslizó dentro de ella con una certera acometida.

-¿Estás segura de que no te duele?

-Me siento llena de ti, eso es todo. Es una sensación turbadora y muy placentera.

Ral sonrió entre dientes.

-Eso espero.

Él se movió en su interior mientras sentía bajo su mano cuan rápido le palpitaba el corazón. También a él se le acelero el pulso. Se propuso moverse con mayor lentitud, recordándose que era una nueva experiencia para ella, pesar de que parecía haber aprendido muy deprisa. La besó apasionadamente mientras le abarcaba un seno con la mano para a continuación inclinar la cabeza y lamérselo con delicadeza. El contacto de su lengua excitaba a Caryn, cuyo cuerpo se estremecía bajo el de Ral. Éste recorrió su suave piel con los dedos, que se deleitaron con la esbeltez de su cintura, descendió pro sus caderas y gozó de las pequeñas esferas de sus nalgas.

Tras un gemido de derrota, perdió todo control y se dejó arrastrar por la más cruda lujuria de sus pasiones. Comenzó a moverse con más rapidez y urgencia. Caryn gemía y *le* ofrecía sus labios, deseosa de que él estallara en ella como una ola. Ral se corrió en su interior, consumiendo así toda la ternura, enfriando al fin la ardiente necesidad que hasta entonces lo había dominado.

Él sonrió en la oscuridad. Si alguna vez había dudado de que una mujer del tamaño de Caryn pudiera proporcionarle placer, a partir de ese momento jamás volvería a ponerlo en tela de juicio.

Caryn se incorporó en la cama; su marido dormía junto a ella. Ese día se sentía distinta, más abierta, en cierto sentido, a cuanto acontecía en el mundo, y mucho más femenina; más mujer en definitiva. Se preguntó si eso se reflejaría en su rostro. Ral abrió los ojos, y Caryn comprendió que no había estado durmiendo, sino observándola bajo sus oscuras pestañas.

-¿En qué piensas? -preguntó él.

Caryn se colocó un mechón de su caballo tras la oreja.

-Me gustaría saber, Ral, qué les ocurrirá a los aldeanos si no obtienen las tierras.

El normando hizo una mueca y se reclinó contra el cabezal de madera. Los primeros rayos del amanecer penetraban por la estrecha ventana.

-Todavía se debe dinero por la construcción de la fortaleza, por lo que me veré obligado a aumentar los impuestos. La gente del pueblo apenas tendrá lo suficiente para pasar el invierno. Había previsto que cultivaran la tierra durante la primavera para lograr una buena cosecha, pero ya es demasiado tarde. Sobreviviremos al invierno, que se anuncia muy crudo, aunque la mayoría de los aldeanos pasará hambre.

Caryn se estremeció.

-¿Y el rey no puede ofrecer otras tierras?

-No posee otras adecuadas para la labranza; este terreno es tan abrupto y pedregoso.

-¿Y en otro condado?

-No valdría la pena; se requeriría una inversión mayor que el beneficio que de esas tierras se obtendría.

Caryn guardó silencio, observando cómo su esposo se levantaba de la cama, se cubría con la túnica y se dirigía a la ventana.

-Si te hubieras casado con una mujer con propiedades -dijo con tono suave-, tendrías todas las tierras que necesitases.

-Pero me he casado contigo. Es lo único que importa.

-Podías haberte desposado con Eliana de Montreale. - Es mucho más rica que...

-¿Qué sabes tú de Eliana? -preguntó él. Volviéndose furioso para mirarla a la cara.

Caryn se arrepintió de haber pronunciado aquellas palabras.

-Nada, sólo que en una ocasión fue tu prometida.

-¿Quién te lo ha explicado?

Ella se humedeció los labios.

-Su hermano, lord Stephen. Dijo que pronto 1o visitaría.

-¿Y qué más te contó?

La joven vaciló antes de responder:

-Que tú la deshonraste al rechazar el matrimonio.

El normando frunció el entrecejo.

-¿Y quién es él para hablar de honor?

-¿Es que ella no te importaba nada?

-Claro que me importaba... y aunque no me hubiera interesado, me habría casado con ella si... si todo hubiera sido distinto.

-¿A qué te refieres...?

-¡Dejémoslo ya! No quiero hablar de Eliana, y menos aquí, ahora...

Ella se esforzó por no desviar la vista.

-Como gustes. milord.

El severo semblante de Ral se suavizó. Cruzó la habitación para acercarse a la cama.

-No pretendía ser tan brusco. -Inclinó la cabeza para besarla-. De no ser porque tu primera noche de pasión está demasiado reciente ahora mismo te poseería para que olvidaras todas esas tonterías. Ya vuelvo a desearte.

-Caryn notó que las mejillas se le encendían.

-Como has dicho, quizá sea mejor que esperemos.

Mañana reanudarás tus obligaciones como esposa.

-¿Obligaciones...? Resulta una palabra un tanto inadecuada para describir los placeres que me has enseñado.

Ral sonrió con ternura.

-No me sorprendería, Cara, descubrir que vales mucho más que cualquier otra mujer con quien hubiera podido casarme.

Tras tomar un baño y vestirse la pareja descendió por las escaleras hasta la sala principal, donde los sirvientes y los caballeros parecían esperar a sus señores para descubrir cómo les había ido.

Ruborizada, Caryn les dedicó una amable sonrisa, en tanto Rallos saludaba con la mano mientras avanzaba hacia el estrado, donde les aguardaban una buena porción de carne y una jarra de cerveza. Caryn y Ral conversaron durante la comida, sonriendo de vez en cuando y prodigándose caricias como nunca hasta entonces habían hecho en público.

Ral comentó algo a Odo, y la joven supuso que estaba explicándole que ella sólo había pretendido ayudarlos al revelar a lord Stephen el paradero del Hurón. Odo se limitó a fruncir el entrecejo y abandonó la sala.

-Ya que por fin nos comportamos como un verdadero matrimonio -dijo Ral a su esposa-, te concedo un deseo. ¿Hay algo especial que te gustaría hacer?

Caryn se sorprendió.

-Desearía visitar a mi hermana, Ral. Hace tanto tiempo que no la veo... Quizá Gweneth me haya olvidado, pero yo me acuerdo de ella cada día y la echo de menos. Últimamente he pensado mucho en ella y quisiera saber cómo se encuentra.

-Tu hermana podría vivir aquí, con nosotros.

Caryn negó con la cabeza.

-Me encantaría, pero ella nunca aceptaría. Es feliz en el convento, donde ha encontrado la paz. Jamás conseguiría convencerla de que saliera de allí.

-Entonces te acompañaré al convento. Partiremos a finales de esta semana.

Durante esos días, hicieron a menudo el amor, a veces con desenfreno, a veces con una tremenda ternura. Ral era un amante apasionado y atento que gozaba con el placer que brindaba a su esposa. Aquellos momentos de intimidad que compartían mostraban a Caryn un maravilloso aspecto de la vida.

Cuando llegó el día de partir hacia el convento, Caryn se debatía entre la excitación de ver a su hermana y 1a pena por tener que abandonar las horas de pasión que había disfrutado en el lecho conyugal. Al pensar en esos tiernos momentos mientras se vestía y se preparaba para el viaje, Caryn sonreía.

El viaje hacia el convento no era demasiado largo. Los hombres de Ral acamparon junto a la gran construcción de piedra, mientras que él y su mujer se alojaron en una de las celdas del piso superior, una habitación estrecha; y algo agobiante, demasiado pequeña para la enorme constitución de Ral. Al caer la noche, ambos durmieron abrazados. Él la deseaba; ella lo adivinó por el modo en que la miraba, pero no hicieron el amor. Par Caryn

ese1ugar era como un paraíso de Dios, y Ral era consciente de que los recuerdos de los días que su esposa había pasado allá no lo incluían a él.

Gwe:neth estaba tal y como Caryn la había dejado; lozana y sonriente con su melena negra bien cepillada y recogida, La amiga de Caryn, la hermana Beatrice, parecía haber asumido el papel de protectora de Gweneth, lo que en cierto modo entristeció a la recién llegada, quien siempre había cuidado de su hermana. De todas formas, debía aceptar el hecho de que ella tenía su propia vida, al igual que Gweneth.

-¿Es feliz? -preguntó Caryn.

La hermana Beatrice asintió.

-Siempre lo ha sido. y ya sabes cuánto la quieren todas las hermanas. Creo que si se marchara, una luz se apagaría en nuestras vidas. -La monja observó a Caryn, tratando de averiguar si ésta pretendía llevarse a su hermana.

-Ella pertenece a este lugar. No me la llevaré -dijo, sonriendo.

Más aliviada, Beatrice preguntó:

-¿Y qué hay de ti, Caryn? ¿Has encontrado el lugar al que perteneces?

Ella fijó la mirada en la pequeña y frágil monja que había llegado a ser su mejor amiga.

-Quizá, no estoy segura. En cualquier caso, me alegro de haber regresado al que fue mi hogar.

-Yo creía que Ivesham estaba en ruinas.

-La casa ha desaparecido, pero no el pueblo. Braxston Keep se halla en la cima de la colina. Estoy rodeada de rostros conocidos del pasado.

-¿Y tu marido?-preguntó Beatrice con tono de confidencia.

Caryn se sonrojó.

-A pesar de que pronunciamos los votos matrimoniales hace algún tiempo, de hecho soy una recién desposada. -Las mejillas se le encendieron aún más-. Después de lo sucedido, estoy convencida de que no sirvo para la vida religiosa.

La hermana Beatrice rió.

-Yo siempre lo creí.

Al día siguiente, Ral habló con Gweneth. Ésta, que no recordaba quien era él ni lo que había ocurrido hacía tres años, lo acogió con una cálida sonrisa y el ofreció un trozo de pan recién cocido. Ral lo aceptó devolviéndole la sonrisa, sin reflejar en su mirada el anhelo que Caryn había temido hallar.

Durante el viaje desde Braxston Keep, la joven había intentado prepararse por si su marido mostraba ciertos sentimientos hacia Gweneth. Desde el momento en que ésta y Ral se encontraron, Caryn tuvo la seguridad de que él no estaba enamorado de su hermana.

-Tiene la gracia y la belleza de un cisne -dijo él-. Lo que sucedió fue horrible, pero, como tú dices, parece contenta.

-Sí, milord. Creo que es feliz.

-¿Cómo ocurrió aquel accidente que sufrió cuando era pequeña?

-Íbamos a visitara los parientes de nuestra madre. Gweneth, que nunca fue muy amazona, perdió el control de su montura y cayó al suelo. Se dio un golpe contra una roca. Durante un tiempo creíamos que no sobreviviría. Cuando por fin recuperó la conciencia, estaba como ahora.

-Es una pena, pero al menos es feliz.

-Habría sido una buena esposa -dijo Caryn mientras la observaba.

-De un hombre más cariñoso que yo -replicó su esposo. - Yo prefiero las mujeres con fuego en las venas.

Ra1 inclinó la cabeza para besarla; fue un prolongado beso que transmitió a la mujer los pensamientos del normando, confirmándole que era a ella, no a su hermana a quien amaba. Caryn suspiró aliviada.

Tras despedirse de Gweneth con esperanzas renovadas y el corazón apaciguado, Caryn emprendió, junto con su marido y los hombres de éste, el camino de regreso al castillo.

La lluvia caía sobre las piedras grises de Braxston Keep, y soplaba un viento gélido. Los hombres se paseaban inquietos por la casa. Richard temía que se enzarzaran en una discusión si el tiempo no mejoraba, tan encrespados estaban los ánimos.

El almuerzo, en que se había servido cordero y conejo rustidos, acababa de finalizar. Lord Ral seguía en el estrado, conversando con Odo sobre el próximo viaje a Francia que el caballero pelirrojo pronto emprendería, sobre el Hurón y los problemas que éste causaba. Richard se retiró para ocuparse de sus muchos quehaceres. Antes de que bajara del estrado, Geoffrey se acercó a él y señaló con el dedo al mensajero que aguardaba en la entrada.

El senescal siguió a Geoffrey hasta la puerta, algo inquieto porque intuía que el hombre portaba una mala noticia. Tras saludar al correo, cogió el mensaje y regresó a la sala principal. Se detuvo frente a Ral.

-El mensajero real, milord. -Richard subió a la plataforma, bajo la atenta mirada de los presentes, para entregar la misiva lacrada a su señor-. El emisario no ha querido quedarse. Tenía orden de partir tan pronto hubiera cumplido su misión.

-Ábrelo -dijo Ral.

Richard obedeció y leyó el texto en silencio. Adquirió conciencia de la gravedad del asunto a media que leía.

-Se ha producido un grave conflicto en el norte del país, milord. Guillermo solicita que tú y cuantos hombres puedas reunir os incorporéis a su ejército, que en estos momentos tiene sitiado el castillo de Caanan.

-Lord Arnaut. Hace mucho tiempo que se comenta que no es hombre de fiar. -El normando dio un puñetazo en la mesa-. Por la sangre de Cristo, ¿es que esta guerra nunca acabará?

A pesar de que lord Ral nunca había eludido sus responsabilidades ni pagado la cuota para librarse de combatir, Richard sabía lo mucho que detestaba tener que enviar a sus hombres al campo de batalla.

-Al parecer ése es el destino de los hombres -dijo el senescal -. Hasta que aprenden cuán amargo es el precio de la guerra, están dispuestos a dar su sangre a cambio de una victoria.

-Tienes toda la razón.-Tragó saliva y fijó la mirada en las escaleras-. Confío en que sabrás ocuparte de todo durante mi ausencia.

-Por supuesto, milord -aseguró el senescal con una sonrisa-. Creo que ella te echará de menos.

Ral sonrió a su vez. Era obvio que eso le complacía.

-Eso espero. -Echó su silla hacia atrás y se levantó. Dijo algo a Odo, quien en su momento transmitiría sus palabras al resto de los hombres, y cruzó la sala para dirigirse alas escaleras.

Richard lo siguí con la mirada, con cierta envidia. Lady Caryn lo amaba; sus ojos la delataban cada vez que miraba al normando. El senescal pensó que debía plantearse buscar una esposa, Incluso Odo había mencionado la posibilidad de casarse, Richard frunció el entrecejo al pensar que, si contrajera matrimonio, apenas podría atender a su mujer, Él estaba

siempre muy atareado y apenas disponía de tiempo libre. De todas formas, ¿qué importaba?, se dijo. Nunca se había sentido excesivamente atraído por una mujer -salvo en ocasionales momentos de placer- y tampoco tenía tiempo para buscar una doncella apropiada.

Richard decidió desterrar de su mente tales pensamientos. Cruzó1a sala principal para dirigirse a la habitación en que se hallaban los libros de contabilidad. Lord Ral necesitaba dinero para saldar las deudas que había contraído, y el trabajo de Richard consistía en buscar la forma de conseguirlo. Por supuesto, también se encargaba de la limpieza, tarea bastante laboriosa, además del aprovisionamiento de las despensas, el arreglo del jardín y... y la lista seguía y seguía.

Sin embargo no se quejaba. Se sentía útil en el castillo y lo consideraba su hogar.

Richard se acercó a la maciza mesa de madera sobre la que descansaban los libros de contabilidad abiertos y, tras un suspiro de cansancio, se sentó para retomar el trabajo.

Tres días después de la partida de Ral, el aburrimiento y la preocupación impulsaron a Caryn a salir de su habitación para ver al senescal.

-Me gustaría hablar contigo, Richard -le dijo desde la puerta entornada de la sala en que el hombre se hallaba.

-Por supuesto, lady Caryn. -Se levantó del asiento ante el escritorio abarrotado de libros de contabilidad y documentos oficiales-. ¿De qué se trata, milady?

La joven se sentó en una silla de respaldo alto.

-¿Crees que la batalla irá bien?

Richard volvió a sentarse ante el escritorio.

-Creo que el rey tiene refuerzos suficientes. No sólo cuenta con el apoyo de Ral, sino también con el de Stephen de Montreale.

Las palabras del senescal no consiguieron tranquilizar a Caryn.

-Estoy harta de este tiempo.

-Yo también -dijo Richard. Tras observarla discretamente, preguntó-: ¿a qué se debe tu visita, milady? ¿Necesitas algo?

Caryn se esforzó por sonreír.

-Es muy sencillo, Richard. Ahora que soy realmente la esposa de Ral; quisiera que me instruyeras en los deberes del castillo.

Richard arqueó una ceja.

-Pero tú odias esas tareas. Desde la infancia has rehuido las labores domésticas.

-Es cierto. De hecho, ese trabajo no me agrada, pero considero que debo encargarme del cuidado del castillo. Dispongo de mucho tiempo y...- se le sonrojaron las mejillas.

-¿Y...?

-Y creo que de ese modo mi marido se sentirá más orgulloso de mí.

-¿Estás segura?

-¿Acaso no aprendo rápido? Me conoces muy bien desde hace mucho tiempo, Richard. Sé leer y escribir, aprendí latín y francés, y también me enseñaron a sembrar y cazar. Tengo conocimientos sobre las plantas y los animales. Me enseñaron a cuidar y tratar a los caballos. No hay nada que no pueda aprender si me lo propongo.

Por primera vez, Richard sonrió, y unos hoyuelos aparecieron en sus mejillas. Sin embargo, Caryn advirtió que el senescal estaba preocupado.

-Todo lo que has dicho es cierto – dijo él-. Nunca te ha costado aprender lo que te ha interesado. Te enseñaré todo cuanto considere debes saber. -Se inclinó sobre su escritorio-. Me alegro de que hayas decidido asumir esta tarea.

Ese mismo día, algo más tarde, comenzaron. Caryn se vistió con una túnica de lino marrón y se recogió la melena en la nuca con un lazo.

-En términos generales -comenzó Richard-, la tarea consiste en ocuparse de todo lo relacionado con la organización de la casa. Hace tiempo que debería haberse iniciado la limpieza. También hay que cambiar las alfombras y hacer antorchas y teas.

En el pasado, Caryn había ayudado a su madre ya Marta a elaborar antorchas introduciendo en un junco lino remojado en sebo ya confeccionar teas con pajas untadas de sebo, de modo que no necesitaría los consejos de Richard en esa tarea.

-Si decoráramos algunas paredes quizá la casa mejoraría -opinó ella, mientras observaba los grises muros de piedra-. Podríamos encargar a un artista del pueblo, un tal Morcai, que pintara un cuadro del bosque y en el almacén he visto tapices. Ral debió traerlos de Francia.

Richard se sonrojó.

-Yo había decidido colgarlos, milady, pero nunca he tenido tiempo para dedicarme a ello.

-No te disculpes, Richard. He sido yo quien ha descuidado sus obligaciones. De ahora en adelante cambiaré de actitud.

Él esbozó una sonrisa que pareció rejuvenecerlo. Caryn pensó que no era mucho mayor que ella, aunque aparentaba más edad.

-Hay mucho trabajo -dijo él-, y por fortuna sirvientes dispuestos a ayudarte. Sin embargo, deberás ocuparte de controlar todo, lo que implica dedicar mucho tiempo. Si cambias de parecer, no te apures...

-Estoy segura de que no cambiaré de opinión, Richard.

Y así fue. Desde el alba hasta el anochecer Caryn trabajaba en la casa junto a los sirvientes. Al principio, a pesar de sus esfuerzos, apenas se apreciaba alguna mejora. Dedicarse a las labores domésticas la ayudó a apartar durante unas horas la preocupación que sentía por Ral, ya medida que las semanas avanzaban, los cambios comenzaron a hacerse más visibles.

-Tu marido se enorgullecerá de ti -dijo Marta, mientras admiraba los tapices que acababan de colgar en la habitación del lord-. Aunque quizá se disguste **un poco cuando se** entere de lo **mucho que has trabajado.**

-Quiero que todo esté arreglado cuando regrese. Y hasta entonces, seguiré trabajando tanto como ahora.

Marta murmuró.

-Después de haber aborrecido tanto estas tareas, parece que al fin has sentado la cabeza;

Transcurrió otra semana y otra más. Los caballetes de las mesas fueron reparados, las ropas de cama se remendaron y almidonaron y los hombres se dedicaron a tallar bandejas y cucharones de madera, o a trenzar mimbres y juncos para confeccionar cestas.

Desde la mañana hasta la noche, la sala principal rebosaba de actividad, de tal modo que todos se animaban a colaborar en esta o aquella tarea; todos excepto Lynette, quien apenas aparecía por el castillo. Desde

que se había hecho público que lord Ral dormía con su esposa, la esbelta rubia se mantenía apartada. Caryn deseó que la mujer abandonara el lugar, pero sabía que no tenía adónde ir. Y tampoco tenía ninguna esperanza de recuperar a Ral.

A pesar de haber adelgazado un poco debido a tanta actividad, Caryn prosiguió con las largas jornadas de trabajo hasta que se concluyeron las tareas que se había propuesto realizar. Al siguiente día apareció un mensajero para anunciar la inminente llegada de Ral.

-

-¡El guarda ha divisado el estandarte! - Caryn bajó presurosa por las escaleras para reunirse con Marta en la sala principal-. ¿Tengo buen aspecto? Quizá debería cambiarme esta túnica de color ámbar por una verde.

Marta rió divertida, agitando *sus* delgados hombros.

-Este color te favorece, querida, tanto como el peinado.-Se había recogido el cabello con un lazo de color ámbar bordado con hilo dorado. - Lord Ral estará encantado.

Santo Dios, ése era su deseo. Se había preparado durante semanas para ese momento, se sentía impaciente por observar la expresión de Ral cuando viera todo lo que había hecho en el castillo.

Braxston entero brillaba como la joya que real- mente era; lucía unas preciosas cortinas, el hollín ya no ensombrecía las paredes y las manchas del suelo habían sido eliminadas con salvia.

Esperó cerca de la muralla, donde se hallaban los caballeros que habían permanecido en la fortaleza para protegerla y los sirvientes. Todos observaron en silencio cómo el Caballero Negro cedía el paso a sus hombres ante el puente levadizo. Lo acompañaba una pequeña escolta, pues el resto de los hombres se habían quedado en Caanan con el rey.

Ral no llevaba el casco, pero sí la cota de malla, que brillaba bajo el sol, y lucía su escudo con el dragón rojo y negro. Quizá se había detenido para refrescarse en el riachuelo, porque su cara parecía limpia y su pelo estaba algo húmedo.

Mientras avanzaba buscaba a su esposa con la mi- rada hasta que la localizó. Obligó a su negro purasangre a detenerse en medio de la fortaleza, alzó una pierna para saltar al suelo y entregó las riendas a un paje. Se aproximó a él su escudero, y Ral se arrodilló para que el joven le despojara de la pesada cota de malla y las polvorientas espuelas. Su mirada seguía fija en Caryn.

Una vez hubo concluido su tarea el escudero, Ral se encaminó hacia la joven. Ésta esperaba que se detuviera, quizá para hablar con Richard o para intercambiar alguna palabra con el sacerdote; en lugar de eso, él continuó avanzando a grandes zancadas para salvar cuanto antes la distancia que los separaba, hasta que al fin se encontró ante ella. Él sonrió con picardía, le deslizó una mano por la cintura y la tomó entre sus brazos.

-¡Virgen Santa, Ral! ¿Qué haces?

El se limitó a sonreir e inclinó la cabeza para besarla apasionadamente. Momentos después, ella observó atenta la reacción de su marido cuando entró por la puerta recién restaurada de la casa. Se sintió decepcionada al ver que él cruzaba la sala principal sin reparar en los limpios manteles que cubrían las mesas y subía por las por las impecables escaleras de piedra sin hacer ningún comentario.

-¿Y qué hay de tus hombres? – preguntó Caryn, a quien su esposo llevaba el brazos mientras recorrían el pasillo recién encalado. - Seguro que están muertos de hambre. Seguro que tú también tienes apetito.

-Sí, ma chere, así es -replicó Ral, que no parecía referirse a algo de comer. Abrió la puerta de 1ª habitación de una patada, de modo que su bota ensució la superficie recién barnizada, y a continuación la cerró de un codazo -. En las últimas semanas sólo he pensado en poseer tu dulce cuerpo.

La soltó en el suelo.

-He estado muy preocupada.

-La batalla ha terminado. El castillo ha sido tomado.

-Gracias a Dios.

Entonces Caryn notó el miembro del hombre duro bajo su túnica, y se humedeció de deseo. La boca de Ral se posó en la de ella, que se olvidó de cuanto les rodeaba y se estremeció indefensa. Se encontró agarrándose a los hombros del normado, abriéndose a la insistencia de su lengua, anhelando que sus manos frotaran sus pechos.

Como si hubiera leído sus pensamientos, Ral la despojó de la túnica y la camisa para llevarla desnuda hasta el borde de la cama, donde se sentó. Colocó a

Caryn sobre su regazo y, sin dejar de besarla, tanteó el cordón de sus calzones hasta conseguir desanudarlo.

-He deseado tanto este momento... Sólo pensaba en acostarme contigo.

Desató el lazo ámbar y dorado que recogía la melena de su esposa y acarició sus cabellos hasta despeinarlos. Luego la levantó un poco para separarle las piernas y colocarla en la posición adecuada para colmar sus deseos.

Caryn lo abrazó por el cuello, sintió las manos de Ral en sus nalgas, apretándolas, frotándolas, calentándolas hasta hacerlas arder. Cuando él le introdujo un dedo en el interior, Caryn gimió mientras su cuerpo se tensaba para a continuación relajarse de nuevo.

-Como siempre, estás preparada -susurró él-. Es un milagro. -Volvió a besarla larga y profunda- mente-. Rodéame con tus piernas.

-Pero no podremos...

-Confía en mí, *chérie* y los dos obtendremos un gran placer.

La boca de Ral volvió a cubrir la de Caryn; la besó apasionadamente mientas le acariciaba los senos, endurecía los pezones, jugueteaba y trataba de abarcarlos con la palma de la mano. Al poco la levantó y se deslizó en su interior, arrastrándola de ese modo a la cima del deseo de una certera acometida.

Caryn se sentía plácidamente bañada en olas de calor purificador. Se estremecía mientras llamas de fuego invadían su sexo. Él estaba penetrándola, agarrándola y tratando de mantenerla inmóvil, levantándola para luego volver a bajar, reclamando una respuesta.

-Ral..., Santo Dios..., Ral. Caryn inclinó la cabeza hacia atrás, dejando que su melena cayera sobre los músculos de Ral. Éste tomó su boca salvajemente mientras le apretaba las nalgas y continuaba poseyéndola. El mundo se desvaneció, la excitación la envolvía, hasta que por fin sucumbió al placer que anuló todo pensamiento. Se sentía bañada de ternura, en una orilla de abrasadora arena roja. Cuando él se corrió, siguiéndola a esa remota orilla en que creía hallarse, pronunció el nombre de su esposo. Al poco, los movimientos de Ral se tornaron más lentos,

Él apoyó la cabeza sobre el hombro de Caryn, Con dedos trémulos, ella le retiró el cabello de la cara para palparle las mejillas, los labios.

Cuando por fin se hubo recuperado, Caryn se percató de que Ral con las prisas, sólo se había bajado los calzones, y no se había molestado en desnudarse del todo. Ella quería que se desvistiese para sentir el vello de su torso y los duros músculos de su estómago, Deseaba que la penetrara de nuevo, sin que ninguna prenda se interpusiera entre sus cuerpos.

La mujer se arrodilló para quitarle las botas de piel. Ral, sorprendido, arqueó las cejas y luego sonrió, agradeciéndole así su gesto, adivinando por qué lo hacía. Ral se desabrochó la túnica y se despojó de ella.

-Por lo visto tú también me has echado de menos – dijo él de pronto.

--*Si,* milord; así *es.*

-Eso me gusta… mucho más de lo que crees.

La joven comenzó a explicarle lo que, con la ayuda de los demás, había hecho para sorprenderlo cuando llegara, Ral la acalló con un beso y la cogió en brazos para llevarla a la cama. Se tumbó sobre ella para acariciarla, estrecharla contra sus caderas, de manera que Caryn no tardó en estar húmeda, preparada para recibirlo de nuevo.

Entrada ya la noche, ambos durmieron durante un rato y, al despertar de nuevo, volvieron a amarse.

Un poco más tarde, fatigados ya, se sumieron en un profundo sueño. Cuando Caryn despertó por la mañana y se dio la vuelta en la cama y descubrió que Ral se había marchado.

13

Caryn se vistió deprisa y salió de la habitación para í»'dirigirse a la sala principal. Después de una noche de pasión tan salvaje, se sentía algo agotada, y también alegre y dichosa.

Se detuvo en lo alto de las escaleras.

-¿Dónde está Ral? -preguntó a Marta -. Estaba tan profundamente dormida que no enteré de cuando se marchó.

-Se ha ido, querida.

-¿Se ha ido? ¿Adónde?

-Salió del castillo con unos cuantos hombres. Richard se ocupó de prepararles buenos manjares y luego partieron hacia Caanan. Lord Ral debe reunirse con el resto de sus hombres.

-Pero la batalla ha terminado… ¡el rey Guillermo obtuvo la victoria!

-El señor dijo que prefirió no despertarte. Afirmó que regresará tan pronto pueda.

-Pero no puede haberse marchado... ¡después de todas las molestias que nos tomamos para arreglarlo todo! Seguro que comentó algo sobre el castillo.

Marta emitió una especie de gruñido.

-¿Qué significa eso? ¿Por qué me miras así?

Antes de que la anciana respondiera, Caryn dio una vuelta y echó un vistazo hacia la sala principal desde lo alto de las escaleras. Observó que los bancos estaban volcados, y que los pocos manteles que quedaban sobre las mesas tenían manchas de vino, salpicaduras de grasa, restos de comida y migas de pan, al igual que el suelo, aunque al parecer los perros lo habían limpiado un poco; de hecho, todavía había alguno royendo un hueso encontrado entre tanta basura.

-¡No puedo creerlo!

-Los hombres tenían los ánimos subidos -explicó Marta-. Celebraron su triunfo y su regreso a casa.

-¡Los ánimos subidos! -repitió Caryn-. ¿Y ni siquiera se dieron cuenta de los cambios que hemos introducido, de lo limpia que estaba la sala? ¿Ni siquiera alabaron la comida?

Marta se encogió de hombros.

-Sin duda el plato que más gustó fueron las lampreas.

-¿Es eso todo? ¿No dijeron nada más? ¿Y que hay de lord Ral? Braxston Keep es suyo. Seguro percatado de cuánto han mejorado las paredes con los tapices y de que el castillo ya no huele tanto a humedad.

-Me temo que no comentó nada.

-¿Y tampoco dijo nada de las maravillosas pinturas de Morcai?

-No, querida. Caryn recordó las interminables e inútiles horas que había invertido en el acondicionamiento del castillo. Pensó en Leofric, Berta, Marta y la docena de personas que habían colaborado, trabajando de firme durante todo el día. Recordó que cada noche de había tendido en la cama exhausta, con el único fin de descansar y recuperar fuerzas para el día siguiente.

-Así pues, lord Ral ni siquiera se ha fijado. -Con las manos apoyadas en las caderas, contemplaba los desperdicios esparcidos por toda la sala-. Te prometo que en cuanto regrese se dará cuenta. -*Se* volvió hacia Marta-. ¡Verá algo que nunca podrá olvidar!

-Te ruego, lady Caryn, que abandones esta locura antes de que lord Ral vuelva-suplicó Richard, arqueando las cejas.

-Te he repetido una docena de veces: Richard, que sólo se hará lo estrictamente necesario para nuestro bienestar.

-Richard tiene razón, milady.- Geoffrey también había intentado disuadirla-. Así no ganarás nada; sólo recibirás una paliza.

-Tal vez; Pero al menos conseguiré que Ral se dé cuenta de algo.

Durante semanas, en la casa sólo se realizaba el trabajo necesario, y apenas se cuidaba el terreno que rodeaba al castillo. Richard y Geoffrey, convencidos de que lord Ral acabaría adoptando severas medidas contra todos ellos, habían criticado el proceder de Caryn. Marta había juntado sus arrugadas manos y rezado para que su señora recuperara el sentido común; incluso los sirvientes se habían mostrado preocupa- dos, Sin embargo,

Caryn creía que, después de los esfuerzos que habían realizado, en el fondo agradecían su actitud.

-Al menos permite que retiremos las cenizas de la chimenea -dijo Richard-. El suelo está repleto de huesos y excrementos de los halcones que han entrado en la sala; apenas se puede soportar el olor de los perros que dejaste dormir en el interior.

-Tenemos que reponerlas despensas -rogó Marta – Cuando Lord Ral y sus hombres lleguen, querrán que se les sirva una buena comida. Regresarán en menos de una semana.

-La última vez que estuvieron aquí recibieron una comida abundante; sin embargo no se molestaron en agradecer nuestros desvelos.

-Los manteles están sucios -dijo Richard-, todos excepto el que utilizamos en nuestra mesa. Permite que los lavemos.

-Nada de eso, Richard. El día que lord Ral regrese, las mesas seguirán con los manteles sucios. No se preparará ninguna comida, y las despensas estarán va- cías. Los perros rondarán por la sala, y ni siquiera encenderemos el fuego. Tal vez así la próxima vez lord Ral se digne a reparar en el trabajo que se ha realizado en su ausencia.

-Milady, por favor... -Geoffrey se interrumpió al observar la obstinada expresión de Caryn que daba por zanjado el asunto.

-Y ni se os ocurra arrancar las malas hierbas del jardín, retirar el estiércol de los establos o limpiar la pocilga. -Caryn sonrió-. De hecho, podrías comunicar a los sirvientes que les concedo unos días de descanso.

Satisfecha, la joven levantó la barbilla con cierta arrogancia y dio media vuelta para marcharse. Sus tres amigos la siguieron con la mirada, en silencio, convencidos de que no escucharía sus advertencias y de que la actitud de la joven acarrearía muy malas consecuencias.

A su vez, Caryn estaba segura de que los criados no serían castigados. En ausencia de Ral, el castillo quedaba en sus manos; la palabra de la señora era la ley, y lo sabía. Sólo ella tendría que pagar por su locura.

Caryn suspiró al pensar en el robusto normando poseído por uno de sus salvajes ataques de ira. Quizá la batalla que creía que ambos librarían debería atemorizarla, pero ella estaba convencida de que vencería.

Deseoso de volver a Braxston Keep y de recibir el abrazo de bienvenida de su preciosa esposa, Ral obligó a sus hombres a apresurarse. El viaje desde Caanan duró menos de cuatro días, ya pesar del agotamiento ninguno de los caballeros se quejó, pues, al igual que su señor ansiaban llegar a casa.

-¿Son tus propiedades las que te llaman? -preguntó Odo, que cabalgaba junto a él-, ¿o es tu doncellita sajona?

-No me atosigues, Odo. No debe sorprenderte que anhele yacer con mi atractiva esposa. Hace semanas que no disfruto de una mujer.

-En Caanan, en el pueblo, había prostitutas. Podías haberte acostado con cuantas quisieras.

-Pero todavía no me he saciado de la que me aguarda en casa.

-Quizá nunca te sacies.

Ral emitió un gruñido.

-No seas estúpido.

-¿Insinúas que algún día volverás a buscar a Lynette o a otra?

-Jamás seré víctima de la seducción de una mujer, y tú, que me conoces mejor que nadie, deberías saberlo. -Recordó a Eliana, cómo lo había

traicionado, y adivinó que los pensamientos de Odo iban en la misma dirección.

El caballero pelirrojo lo miró con cierta amargura.

-Me alegra oírte decir eso. Entregando totalmente el corazón no se consigue nada bueno.

-Y en particular si se trata dé una sajona. A eso te referías, ¿verdad?

–Odo no respondió; al fin y al cabo no era necesario-. Ella no te gusta, ¿verdad?

-Es sajona. Por culpa de un asqueroso sajón perdí a mi padre y un hermano; una experiencia que marca a cualquier hombre. De todas formas, esa muchacha es un bocado exquisito. No te culpo por desear acostarte con ella.

Ral aceleró el trote de su caballo. Aunque él y Odo eran viejos amigos, cada vez que hablaban de Caryn, Ral acababa deseando que el pelirrojo cayera de su montura. Era una sensación extraña que no acertaba a comprender. De todas formas, tampoco le afectaba demasiado. No podía negar que deseaba a Caryn y que consideraba su compañía uno de los mejores placeres. Pero ella era sólo una de entre las numerosas mujeres con que se había cruzado. Y sin duda conocería a muchas más.

-¿Se divisa ya el castillo, milord? -preguntó Aubrey, uno de sus escuderos.

-Braxston se halla detrás de la próxima curva -respondió él-. Si miras hacia aquellos árboles, vislumbrarás parte de la muralla.

Aubrey estiró el cuello hasta que por fin atisbó las distantes piedras grises de la fortaleza. Luego se acomodó en la silla y, con una sonrisa, dijo a Ral:

-Estoy encantado de volver a casa, milord.

Ral sonrió a su vez.

-Yo también.

Imaginaba la bienvenida que les dispensarían los caballeros que se habían quedado y los sirvientes, todos ellos ataviados con sus mejores galas, aguardando en la entrada para verlos llegar; les ofrecerían exquisitos y abundantes manjares, que, entre el jolgorio de las conversaciones, saborearían junto a un sinfín de copas de vino. Y sobre todo imaginaba el abrazo con que Caryn lo acogería, sus suaves y dulces besos, su ardiente pasión y, al fin, el contacto de su cuerpo en cuanto ella le rodeara con sus muslos para permitir que la poseyera.

Tras este pensamiento, Ral sintió una comezón en la entrepierna y dejó escapar un suspiro.

-¿Por qué no ha sido bajado el puente levadizo? -preguntó Aubrey cuando ya se hallaban cerca del castillo.

-No lo sé. Sin duda recibieron mi mensaje.

Ral se inclinó sobre el caballo para llamar al centinela apostado en lo alto de la muralla, y por fin se bajó el puente levadizo. Seguido por sus hombres, el Caballero Negro cruzó el foso y entró en la fortaleza. De pronto se detuvo, atónito ante la escena que se le ofrecía.

Las tierras situadas frente al establo, antaño muy bien cuidadas, aparecían llenas de paja, estiércol, barriles tirados, y otros cacharros. Los cerdos hozaban en un montón de basura, y los perros habían cavado agujeros enormes frente al granero; en esos momentos un par de ellos se afanaban en desenterrar un hueso.

Perplejo Ral miró hacia las escaleras que conducían a la casa. Sus vasallos deberían estar aguardándolo allí. Si había esperado una cálida bienvenida por parte de su esposa, sus sirvientes y soldados, sólo recibió una acogida tan turbia como el del humo que sale de una hoguera recién apagada.

Allí estaban sus hombres, moviéndose nerviosos, lanzándole miradas avergonzadas e inquietas. Allí estaban sus sirvientes, con vestiduras descuidadas y sucias, caras pálidas y expresiones tensas. Y allí estaba su mujer, muy cerca de Richard, al pie de las escaleras; al menos le pareció que ésa era su esposa, aunque,... no estaba seguro.

Tiró de las riendas, se apeó del caballo y se encaminó hacia aquella mujer de aspecto desaliñado, que lo miraba con una sonrisa en los labios. Tenía el cabello sucio, la cara tiznada; y llevaba la túnica marrón con desgarrones, manchada de grasa, bastante arrugada, y los zapatos impresentables.

¿Qué ocurre aquí? -se apresuró a preguntar Ral en cuanto se halló a un paso de su mujer.

-Caryn se limitó a sonreír.

-Bienvenido a casa, milord. Es maravilloso que hayas regresado.

Ral echó un vistazo alrededor, fijándose en los asquerosos cerdos y los montones de desperdicios dispersos, intentando averiguar si lo que veía era cierto o si se trataba de una terrible pesadilla de la que debía despertar.

-Explícame qué ha pasado aquí -ordenó a voz en grito.

-No ha ocurrido nada, milord. Puedes comprobarlo por ti mismo.

Él apretó la mandíbula y echó a andar. Pasó al lado de Caryn y subió los escalones de dos en dos para entrar en la casa sin molestarse en cerrar tras de sí el pesado portalón de madera de encina.

Caryn lo siguió y observó con cierta satisfacción la perplejidad que reflejaba el rostro de Ral cuando vio el desorden y la suciedad que reinaban en la sala; se le había puesto el cuello rojo, tenía los labios apretados. El normando se volvió hacia su esposa, y en ese momento entraron en la sala Richard, Geoffrey y otros hombres.

-¿Por qué? -preguntó con tono amenazador-. ¿Por qué has hecho esto?

Ella fingió sorpresa.

-Pero si no he hecho nada, milord. Creo que salta a la vista.

Él caminó hacia la joven y, cogiéndola por los hombros, la alzó hasta que ella quedó de puntillas.

-Vas a explicarme qué significa esto y por qué lo has hecho. -Ral volvió a mirar alrededor para comprobar que lo que veía era cierto; observó la suciedad adherida al suelo y percibió el nauseabundo olor de todos los desechos-. Y luego te humillaré como tú me has humillado. Te colocaré sobre el estrado frente a todos los hombres y soldados, te despojaré de tus vestiduras y te azotaré hasta que quedes sin aliento.

Se alejó de ella dedicándole una mirada llena de rabia que no hizo más que confirmar cada una de las palabras que acababa de pronunciar.

Caryn se humedeció los labios. Ya sabía el riesgo que corría, pero no pensaba darse por vencida.

-Me sorprende que te desagrade, milord. De hecho, me asombra que te hayas dignado a mirar cómo está todo. La última vez que te ausentaste, todos los sirvientes trabajaron de la mañana a la noche sólo para intentar complacerte, y cuando tú llegaste no notaste nada especial.

Ral frunció el entrecejo.

-La última vez que estuve en casa, Braxston Keep estaba más brillante que nunca.

Caryn arqueó una ceja.

-¿Significa eso que te diste cuenta de todo lo que habíamos hecho?

-Por supuesto. Debisteis pasar varias semanas trabajando de firme para convertir el castillo en un lugar del que cualquier hombre se sentiría orgulloso.

-Entonces ¿por qué no dijiste nada? ¿Por qué permitiste que tus hombres destrozaran con tanta rapidez el fruto de nuestros esfuerzos? ¿Por qué entraste aquí, como siempre, y te marchaste sin hacer ningún comentario?

Por primera vez, Ral se mostró algo molesto.

-No lo pensé. Supongo que fue una actitud egoísta por mi parte... y desconsiderada. Tenía muchas preocupaciones... los hombres que se habían quedado en Caanant lord Arnaut, el rey...

-¿Tienes idea de cuánto detesto estas tareas? ¿Acaso no sabes que prefiero cabalgar por el campo, o visitara los aldeanos? -Eso era cierto, aunque, para su sorpresa, había descubierto que las tareas domésticas no eran tan desagradables. De hecho, había necesitado una voluntad de hierro para mantener su promesa de no adecentar el castillo.

Él la miraba algo extrañado.

-Si tanto odias esas tareas, ¿por qué te dedicaste a ellas con tanto empeño?

Caryn notó que se le sonrojaban las mejillas bajo el hollín que le cubría la cara. Se preguntó si Ral lo advertiría.

-Lo hice sólo por ti.

Él la observó cautelosamente.

Caryn se encogió de hombros.

-Quería asegurarme de que te dabas cuenta de lo mucho que trabaja la gente para complacer a su señor. ¿Y qué mejor modo que a través de la comparación? Ral echó un nuevo vistazo a la sala mientras Caryn contenía la respiración. Examinó cada esquina, se fijó en las preciosas pinturas y los tapices colgados con esmero para luego posar la vista en los manteles sucios. El hedor de los restos de comida había sustituido a aquellas fragancias de hierbas secas y flores que una vez inundaron la sala.

Ral esbozó una ligera sonrisa. Le aparecieron unas arrugas alrededor de los ojos, y al poco mostró su blanca y perfecta dentadura. Su sonrisa dio pasa a una risa que se convirtió en una estruendosa carcajada. Pegó un puñetazo en la mesa y siguió riendo, cada vez más fuerte. Detrás de él, Richard comenzó a reír entre dientes, luego Odo, y después Geoffrey. Al poco, Hugh y Lambert prorrumpieron en carcajadas, al igual que Aubrey y Leo que trataba de ahogarlas llevándose una mano a la boca.

La hilaridad dominaba la sala principal. Bretta, riendo, propinó un codazo a Odo en las costillas. E incluso Marta, según le pareció a Caryn, reía disimuladamente más aliviada que divertida.

-Puedes sentirte muy afortunada, *ma petite* -dijo Ral a su esposa, con los ojos brillantes por las lágrimas de la risa- de que no me dé por retorcer tu frágil cuello.

Caryn sonrió.

-No era por mi cuello por lo que temía, milord.

Ral curvó los labios.

-Ahora que el asunto parece haberse aclarado, supongo que volverás a ocuparte de que todo esté en orden.

Los sirvientes ya están acondicionando la sala -Habían recibido órdenes de antemano, de manera que ya estaban recogiendo los manteles sucios y barriendo el suelo. Y desde la cocina llegaba un olor a carne asada -. Cuando acabe la semana, recordaremos todo esto como un mal sueño.

Ral llevó su mano ala barbilla de Caryn.

-¿Y qué hay de nuestra habitación? ¿También ha sido uno de los escenarios víctimas de este mal sueño?

Caryn se ruborizó.

-No, milord. El resto de la casa no ha sufrido tanto como esta sala. Y confiaba en que nuestros problemas se resolverían antes de que nos retirásemos para acostarnos.

Ral rió.

-¿Cómo es posible que en lugar de enfurecerme, todo esto me haya resultado divertido? Supongo que es porque tu, mi pequeña esposa, siempre me diviertes.

-Y yo, mi marido y señor, me siento más que encantada de tenerte aquí. Si me permites que tome un baño y me cambie de ropa, te brindaré una bienvenida mucho más adecuada.

-Quizá pueda bañarte yo mismo. Así me aseguraré de que lo haces.

-Sí, podrías, pero sólo si tu permites que te atienda de la misma manera.

Ral recorrió el cuerpo de su esposa con una mirada anhelante. Caryn le cogió la mano, y él enlazó sus dedos entre los de ella. Mientras los sirvientes se apresuraban a adecentar la sala, la pareja subió por las escaleras.

Ral despertó antes del amanecer algo inquieto y desasosegado. Abandonando a su esposa, que dormía a su lado, se vistió y se dirigió hacia las escaleras. Para entonces la sala principal ya había recobrado gran parte de su aspecto habitual. Ese día, sin embargo, en lugar de una sonrisa, la visión del conjunto le obligó a fruncir el entrecejo.

Precisamente las imágenes de la confusión de la sala y de lo que había sucedido allí mismo con Caryn le habían hecho despertar tan temprano y le habían impulsado a abandonar la comodidad del lecho matrimonial. Reflexionó sobre el modo en que ella había logrado aplacar su ira, el modo en que había conseguido encandilarlo para que acabara haciendo lo que ella quería.

Ral apretó la mandíbula. Ninguna de las mujeres que había conocido lo había dominado tanto como Caryn, y lo sucedido el día anterior así lo demostraba. Él debería haberla castigado por su conducta, sin permitir que lo convenciera con sus justificaciones, pero la valentía de su esposa le había divertido, le había gustado tanto como el placer que le había proporcionado en la cama cuando hicieron el amor con tanta pasión.

Ral atravesó la sala principal, entre los ronquidos de los hombres que dormían, para salir de la casa; Se encaminó hacia el establo y ordenó a un mozo de cuadras que preparara el purasangre. A continuación se dirigió a las caballerizas, donde cogió con su guante de piel a su apreciado halcón, *Caesar,* para posarlo sobre su muñeca.

-Hoy iremos de caza, amigo -dijo suavemente-. Así podré reflexionar con calma.

Ral casi nunca salía solo. Los bosques eran un poco peligrosos, especialmente para el señor del castillo. Aun así, decidió arriesgarse. Necesitaba alejarse un poco de Caryn, necesitaba tiempo para meditar sobre los sentimientos que la joven había despertado en él.

Había tomado una decisión aquella misma noche, después de haber hecho el amor, después de' haberla poseído con tanta fuerza salvaje. No debía sentirse alarmado, pues al fin y al cabo ella no era más que un vasallo, alguien que le pertenecía.

Lo que le preocupaba era ese sentimiento de que, a su vez, él le pertenecía a ella.

Ral cruzó el puente levadizo a lomos de su caballo y se adentró en el bosque, disfrutando del frescor de las sombras de la mañana y del canto de los pájaros. Cuando llegó a la pradera detuvo a su montura para contemplar el paisaje. Retiró la pequeña capucha de piel que cubría los ojos del halcón para dejar libre a la enorme ave. Ésta alzó el vuelo, agitando sus alas para elevarse hacia el cielo. Ral sabía que volvería, atraído por un vínculo invisible que los unía. Había domado al halcón hasta convertirlo en su cautivo. Pensó que si él no aprendía a controlar sus emociones, acabaría siendo un cautivo de Caryn.

Ral observó cómo el halcón, al ver una presa, descendía hacia la pradera para capturarla. Durante esos breves instantes, el ave controlaba por completo su destino, aunque pronto se posaría de nuevo en su muñeca para someterse a la voluntad de su amo.

Ral se prometió que jamás sucumbiría a la fatalidad de convertirse en el servidor de Caryn.

-Casi todo está listo ya. Será una maravillosa celebración de bienvenida a nuestro señor. -Caryn sonrió a Richard. Había planeado esa noche desde el regreso de Ral. Aunque el día en que llegaron no se les dispensó un gran recibimiento, esa noche su marido y sus hombres disfrutarían de una estupenda fiesta.

-Estoy seguro que tu esposo estará encantado -dijo Richard.

Caryn y el senescal habían organizado hasta el último detalle de la celebración y colaborado en los arreglos de la sala principal. El día que llegó, Ral discutió con Richard las responsabilidades de su mujer en calidad de senescal para al fin llegar a un acuerdo. Ella se encargaría del mantenimiento de la casa, pero sólo dentro de ciertos límites, para así disponer de tiempo libre. No era necesario, afirmó el señor, que la joven trabajara de la mañana a la noche.

Caryn aceptó con agrado lo acordado, ya que de ese modo tendría la oportunidad de visitar a los aldeanos o cabalgar por el bosque. Aun así, cuando finalizaba las tareas domésticas y la casa se le presentaba perfectamente cuidada, experimentaba una extraña sensación.

-Sí, será una bienvenida perfecta -dijo Caryn-. Pero aún sería mejor si no acudieran Stephen de Montreale y sus hombres. -Lord Stephen acababa de enviar un mensaje para anunciar su llegada. Él y su séquito (sirvientes personales, caballeros y soldados) se presentarían en Braxston antes de la puesta del sol.

-Le acompaña el recaudador de impuestos del rey. Tenemos la obligación de recibirlos con los brazos abiertos.

-Y los cofres abiertos también. No habrá más remedio que aumentar los impuestos a la gente del pueblo. Lord Ral ya está preocupado por lo que ocurrirá el próximo invierno.

-Es el rey quien establece los impuestos. Nada tienen que ver con lord Stephen. No son excesivos, y permiten cubrir los gastos de la construcción de la fortaleza.

-Si se hubiera casado con la hermana de Malvern lord Ral quedaría dispensado de esa carga – caryn dirigió a Richard una mirada de inquietud - ¿Sabes si Eliana viaja con ellos?

Sí.

-¿Cómo le sentará a Ral?

Richard se encogió de hombros.

-Yo sólo sé que en una ocasión estuvieron prometidos. Eso fue hace mucho tiempo. Tú eres la esposa de lord Ral, no lady Eliana.

Caryn era su mujer, desde luego, pero apenas conocía los sentimientos de su marido. La palabra «amor» nunca había sido mencionada. Se estremeció al pensarlo. En los últimos días, Ral se había mostrado muy distante, adoptando una actitud reflexiva. Desde que había regresado de Caanan, aparte de las apasiona- das horas que compartían en la cama, él procuraba evitarla.

Caryn ignoraba por qué actuaba así, pero temía que se debiera a la llegada de la hermana de lord Stephen.

-Los trovadores no tardarán en presentarse -dijo a Richard, decidida a borrar de sus pensamientos a Ral para concentrarse en la fiesta que se celebraría-. Se comenta que son muy buenos.

-También vendrán músicos y volatineros. Será una noche inolvidable.

La joven estaba segura de ello. La única duda que le asaltaba se refería al comportamiento de Ral con la mujer con quien una vez había estado prometido. Él le había dicho que llegó a sentir algo por ella. Entonces, *¿por* qué rechazó el matrimonio? ¿Y qué sentiría ahora *por* ella?

Horas después de haber dado comienzo la fiesta, Caryn continuaba sin saberlo. Desde que había entrado en la sala principal, Ral se mostraba distante, lacónico y algo apático. Lord Stephen y su hermana habían llegado con François Balmain, el recaudador de impuestos real quien se había sentado junto a ellos en estrado. Caryn se había esmerado en su atuendo; había escogido una túnica de color rubí que le sentaba muy bien y una camisa de seda blanca. Ral, por su parte, lucía una camisa de color zafiro bordada con hilo de oro. - Se había mostrado amable con Caryn, al igual que con los invitados, pero su mirada parecía triste. Sonreía pero se percibía algo extrañó en sus gestos, algo que acabó por apagar el placer que ella podría haber sentido en una celebración planeada con tanto cuidado.

En otra ocasión ella habría disfrutado de la abundante comida; del pavo que se sirvió acompañado de vistoso plumaje, el jabalí rustido con setas, las perdices, el cerdo y los arenques, la variedad de verduras frescas, frutos secos, nueces e higos. También se habría deleitado con la música de laúdes y cítaras, flautas, trompetas y cornetas.

Los trovadores, que demostraron poseer tanto talento como se había anunciado, entretuvieron a los comensales con una *chanson de gesté,* historias de valor y caballería. La mayoría de ellas referían las batallas de Carlomagno contra 1os vascos, y hablaban de Roland y Oliver, sus hombres

más leales. La historia contaba que Roland era fiero, pero que Oliver era sabio en la guerra contra los sarracenos.

A continuación relataron un cuento que narraba las gestas del Caballero Negro. El protagonista era Raolfe de Gere, un guerrero incansable que había merecido el nombre por su coraje en las batallas. Cantaron su valentía, sus hazañas contra los sajones en las tierras de Senlac y explicaron cómo había recibido el golpe de sable para salvar la vida del rey.

A pesar de que la gente de Caryn había sido derrotada, la historia sobre la gran valentía de su marido le llenó de orgullo y amor. Amor, sí; habría sido una estupidez no reconocerlo. Y ahora que Caryn lo admitía, anhelaba que Ral albergase el mismo sentimiento.

Ral continuó mostrándose ausente. A menudo miraba a Eliana y fruncía el entrecejo como si su presencia le molestara al tiempo que le atraía. Caryn observó con cierta turbación que se trataba de una mujer muy hermosa. Tenía el cabello negro, los ojos azules, y su tez era tan blanca como la de lord Stephen.

También se parecía a su hermano en otros aspectos, como en la delicada constitución, aunque su nariz no eran tan afilada como la de él. Era alta, muy bien proporcionada y tenía unos pechos generosos, firmes, y unos labios como rubíes. Su risa resonaba como una música por toda la sala, captando sin duda la atención de todos los caballeros.

-Es encantadora -comentó Caryn a Ral mientras compartían un trozo de carne.

-Una cosa es la apariencia, y otra el interior. -Al parecer lord Stephen la encuentra divertida. Ral dirigió una mirada a la pareja sentada al otro extremo de la mesa.

-Stephen ha estado encandilado por ella desde que era un niño.

-¿Cuál de ellos es mayor? -Eliana; sólo por un año. Ejerce un gran poder sobre Malvern, pero no por la edad, sino por su modo de ser. Y es posible que ella sea la única persona del mundo con el talento suficiente para dominarlo.

Caryn oyó las carcajadas que soltó Stephen por algún comentario que acababa de hacer su hermana. Le brillaban los ojos, tenía el rostro encendido, y lucía la sonrisa más tierna que jamás le había visto. Caryn observó que su esposo fruncía el entrecejo.

-Por la sangre de Cristo, esa mujer es capaz de hechizar a cualquiera. Ya ha sobrevivido a un marido. Me compadezco del próximo estúpido que se case con ella. -Ral se echó hacia atrás y dirigió su atención hacia François de Balmain, el recaudador de impuestos del rey.

El hombre cano le susurró disimuladamente algo mordaz sobre su amante, una mujer llamada Tayte. Ambos rieron abiertamente. Al poco, los dos abandonaron el estrado y se mezclaron con los hombres que bebían y creaban un gran jolgorio en la sala.

Al ver que se marchaban, Caryn sintió un nudo en el estómago. Ral hablaba rudamente sobre lady Eliana, pero desde la llegada de la mujer se comportaba de un modo extraño y se mostraba muy distante con ella. Se fijó en cómo miraba a la amante de Balmain, una mujer encantadora y con una larga melena color castaño claro. Ral pasó un buen rato admirando con descaro sus curvas y sonriendo sin cesar por algo que ella había dicho. Poco después, Ral se unió a Odo, quien también parecía encontrar divertida a la puta del recaudador de impuestos. Ambos rieron juntos, llenaron sus copas

de vino y se acercaron a la chimenea. Cuando Tayte tomó del brazo a François, Caryn se sintió algo aliviada.

De pronto Lynette se aproximó a Ral. Cuando comenzaron a hablar entre susurros, Caryn volvió a sentir un nudo en el estómago. «Dios Santo, ¿qué ocurre aquí?», pensó. Nunca lo había visto comportarse de ese modo, ni siquiera antes de estar casados. Era como si ella no estuviera allí, como si se hubiera propuesto ignorarla por completo. Cuando Ral se separó de Lynette y cruzó la sala en busca de Richard, Caryn sintió de nuevo cierto alivio.

«No seas estúpida -se reprendió procurando apartar sus temores-. Ral es tu marido.» Caryn recordó los momentos que había pasado entre sus brazos, el gentil modo en que él la cogía, la pasión que demostraba. «Lo que ocurre es que le irrita la presencia de Malvern y su hermana. En cuanto se hayan marchado, todo volverá a ser como antes.»

Tras recuperar la confianza, Caryn se esforzó por desempeñar el papel de señora de la casa, dedicando cuantas sonrisas le eran requeridas. Horas después, se hartó. Eliana y lord Stephen se retiraron. La joven harta de la actitud de su esposo, que la había ignorado durante toda la velada, se acercó a él, que se encontraba cerca de las escaleras.

-Quisiera retirarme, milord. La mayoría de los invitados ya se han marchado. Seguro que ninguno de los que quedan notará mi ausencia.

-Ral se limitó a asentir.

-¿Seguirás mucho tiempo aquí, milord?

-No lo sé. Será mejor que no me esperes.

Por un instante ella se sintió turbada; pero, cuando él sonrió, se animó un poco y olvidó cuanto le había preocupado.

-Buenas noches, milord.

Cuando se dirigía hacia las escaleras, Caryn buscó con la mirada a Lynette, y al comprobar que no se hallaba en al sala, se tranquilizó aún más.

14

-Marta, ¿has visto a lord Ral?

A pesar de que el sol apenas había salido, Caryn se vistió apresuradamente. Eligió una bonita túnica de color verde manzana y una camisa amarilla.

La anciana se giró para mirarla y se acercó a ella. Con sus viejas y algo temblorosas manos le retiró un mechón de la cara.

-No tardará mucho. No debes preocuparte, querida.

La expresión algo desconcertada de Marta no hizo más que aumentar la inquietud de la joven.

-No ha pasado la noche conmigo. Debió quedarse dormido en la sala.

-Seguramente -- dijo la criada, cuyo semblante preocupado alarmó a la muchacha.

-Dímelo. Marta. Tú te enteras de cuanto ocurre el castillo. Si sabes algo de mi marido, tienes que decírmelo.

-No soy quién para contar chismorreos.

-Te lo suplico -murmuró Caryn, apretando la mano de la anciana.

Ésta dejó caer sus delgados hombros, como si éstos llevaran una gran carga. Agitó las manos y dejó escapar un suspiro de desesperación.

-¿Marta?

-Creí que él era distinto, que no te haría daño.

Pero me equivoqué…

-¡Dímelo!

-Tu marido ha vuelto con su amante.

-¡No! ¡No lo creo! Ral no haría una cosa así.

-Así son los hombres. Yo esperaba que lord Ral fuera distinto.

-Él es distinto -replicó Caryn-. Es fuerte, valiente y gentil. -Se le quebró la voz. Se arrojó a los brazos de Marta y comenzó a llorar. A continuación se apartó de la anciana para dirigirse a la puerta. Con la melena suelta, Caryn se recogió las faldas y salió presurosa de la habitación mientras la criada la llamaba.

El corazón, repleto de temores, le palpitaba con fuerza. Bajó a toda prisa por las escaleras, pasó ante unos hombres que dormían en la sala, y abrió el pesado portalón de la entrada y, descalza, echó a correr por el suelo embarrado.

-¡Vuelve! -Marta la llamó desde la entrada-. ¡No debes hacer esto!

Caryn siguió corriendo. Jadeando, sintiendo el frío y el entumecimiento de sus pies, corrió a lo largo de las tierras que rodeaban el castillo. Con las piernas temblorosas, subió por las escaleras hasta la habitación donde solía dormir Lynette. Agarró las cortinas y las descorrió; permaneció inmóvil, petrificada, en la entrada.

Su marido yacía en la cama, los muslos apenas cubiertos con un trozo de sábana, con el pecho al descubierto y la mandíbula ya oscura por la barba incipiente.

A su lado dormía Lynette, con la cabeza apoyada en su brazo y la melena rubia sobre el cuello del hombre.

Caryn se sintió desvanecer. Por unos instantes permaneció paralizada, con la vista nublada; el corazón le latía muy deprisa. Entonces las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas. Intentó tomar aire, pero el dolor que le laceraba el pecho resultaba desgarrador. De pronto el normando se movió en la cama para acariciar los pechos de Lynette. Al abrir los ojos, vio el rostro de su mujer.

-Caryn… -balbuceó.

La muchacha dejó escapar un sollozo y se llevó la mano a la boca. Deseó manifestar su angustia a gritos, arrojarse al suelo, agitar los puños y llorar hasta que no le quedaran lágrimas. En lugar de eso, se volvió para dejar atrás la desoladora escena y bajó por las escaleras con tal rapidez que su melena volaba con el viento.

-¡Por la sangre de Cristo! -exclamó Ral.

Retiró los mechones del cabello de Lynette que le cubrían el cuello, incorporándose para coger la túnica. Con las prisas y los nervios, les costó mucho calzarse y vestirse.

-Maldita sea -masculló.

Nunca se le había ocurrido que eso podía suceder, que Caryn lo buscaría fuera del castillo. Y jamás había imaginado la expresión de su rostro, que casi le había hecho llorar.

Observó a la mujer que continuaba durmiendo en la cama. La había poseído rápidamente, sólo para conseguir un breve instante de placer. Lo había hecho a propósito, con la intención de olvidar, convencido de que así se sentiría más libre respecto a Caryn.

Sin embargo, no se sintió libre, sino miserable, y aún más solo de lo que jamás había estado.

Con grandes y rápidas zancadas, salió de la habitación con la finalidad de encontrar a su mujer y explicarle…

¿Explicarle qué?, se preguntó, deteniéndose de repente frente a los establos. ¿Que cualquier hombre hubiera actuado como él? ¿Que por ser el señor tenía derecho a hacer lo que había hecho? Por Cristo, no había ninguna explicación.

Ral apretó la mandíbula y apartó la vista del portalón del castillo. Al fin y al cabo, había querido que sucediera eso, ¿no? Se había liberado del poder que su esposa ejercía sobre él. Había reclamado su virilidad.

Cerró las manos en puños al sentir un peso en el pecho y un ligero calor en el vientre. Aún podía ver el abatimiento que había reflejado el rostro de Caryn, las lágrimas habían brotado de sus ojos y rodado por sus mejillas. Había visto demasiado claro el dolor que le había provocado encontrar a su esposo en la cama de otra mujer.

Si ella no hubiera salido de la casa, si no los hubiera visto, si no hubiera sido tan inocente como para creer que él jamás desearía a otra. Se enfadó consigo mismo. Él no quería a Lynette, ni a Tayte, ni siquiera a Eliana; amaba a Caryn. Mientras había poseído a su amante, había imaginado que era Caryn quien yacía bajo él.

Por la sangre de Cristo, había tenido que actuar así para protegerse. Sabía perfectamente qué sucedía cuando un hombre perdía la cabeza por una mujer. Sólo debía recordar cómo se sintió cuando descubrió a Eliana con su hermano, cuando comprendió que había sido embaucado, cuando había proclamado su intención de casarse con ella ya punto estuvo de dejar que jugaran con él como si fuera un completo estúpido.

Lo que no esperaba era sentirse culpable, ni ese dolor tan punzante que lo desgarraba. ¿Quién podría creer que la angustia que había causado a Caryn también le afectaría a él?

Caryn lloró hasta que se le agotaron las lágrimas, negando la entrada a su habitación a todo el mundo, excepto a Marta. Tenía la garganta irritada, los ojos enrojecidos y el corazón destrozado.

Lo había amado tanto… y había llegado a ser tan estúpida como para creer que él la correspondía.

«Dios Santo-pensó-, qué ingenua he sido.» Debería haberlo sospechado. Él era como todos los hombres; como Odo o François de Balmain. Y tampoco era muy distinto a Stephen de Montreale. De hecho, también su padre había frecuentado la compañía de otras mujeres. Debería haber estado preparada.

Por la tarde se sentía tan abatida y exhausta que apenas podía reflexionar. Se había negado a comer; no le importaba que sus invitados advirtieran su ausencia, ni que posiblemente Lynette se pavoneara ante ellos, confirmando así las sospechas de todos. Incapaz de presentarse en la sala, pasó la tarde encerrada: en su habitación alegando que estaba enferma.

Al anochecer recuperó su orgullo sajón. El robusto normando podía seguir siendo su marido, pero, después de su conducta, nunca volvería a ser el dueño de su corazón. Ella había sido ingenua y estúpida al amarlo, pero a partir de ese momento su amor por él se había extinguido. Demostraría a su esposo ya todo el mundo que no le importaba en absoluto que prefiriera a su amante. Se propuso mantener la cabeza bien alta para que sus compatriotas sajones se enorgullecieran de ella

Caryn escogió con esmero el atuendo que luciría para la cena; y se lavó la cara con agua fría para que no se notara que había llorado. Los invitados, al igual que los trovadores y los músicos, los bufones y los juglares, se reunirían en la sala. Esa noche disfrutaría del espectáculo que los artistas ofrecieran y les rogaría que la entretuvieran hasta hacerla reír. Así demostraría a su marido que era tan fuerte que él no podía herirla. Le demostraría que él no le importaba en absoluto.

Cuando Marta llamó a la puerta, Caryn, ya acicalada, le franqueó la entrada con una sonrisa forzada. Había recogido su brillante melena castaña con una redecilla de seda.

Marta le dio su aprobación.

-Confiaba en que no te dejarías vencer.

-Él se ha vencido a sí mismo.

Marta sonrió.

-Aún queda tiempo antes de la cena. Lord Ral ha regresado tarde de la cacería.

-¿Y dónde está ahora? -preguntó Caryn cor tono despreocupado.

-Está tomando un baño, al igual que lord Stepher y François de Balmain. Cuando acaben, se servirá la cena.

La joven asintió.

-Pasearé un rato mientras tanto. -Le ayudaría a relajarse, y estaba ansiosa por abandonar la habitación.

Marta le acarició la mejilla antes de que saliera del dormitorio. Ya en lo alto de las escaleras, la muchacha se detuvo al ver a Lynette sentada frente a la chimenea. No pudo evitar que le temblara el labio inferior y que las lágrimas asomaran a sus ojos. Se dio la vuelta y recorrió de nuevo el pasillo, pasando de largo ante su habitación, hasta llegar a las escaleras situadas al otro extremo, que conducían a la parte superior de las murallas, donde los arqueros se apostaban para proteger la fortaleza durante los asedios.

Permaneció un rato fuera de la torre, apoyada contra las piedras grises. Corría una suave brisa que producía un ruido extraño al pasar por las aspilleras, los huecos desde donde solían lanzarse las flechas. Agradeció la brisa que le ayudaría a aclarar sus pensamientos.

Al cabo de unos minutos oyó un portazo. Al darse la vuelta, se encontró con un joven con la cara pintada con vivos colores y vestido con el típico traje de color blanco y negro de 1os bufones. Al verla, el recién llegado dio un salto.

-Lo siento, milady. No sabía que estaba aquí. -El cascabel colgado en la punta de su gorro negro tintineaba, y cuando se movía sonaban las campanitas que pendían de su cuello.

-¿Cómo conocías este lugar?

-Lo descubrí anoche, después de la fiesta. La mayoría de las fortalezas tienen un lugar como éste. Me gusta la tranquilidad que se respira aquí.

-A mí también.

Había algo de sabiduría en los brillantes ojos verdes del joven, y algo de rudeza en sus maneras a pesar de su afinada voz. Aparentaba más edad de la que tenía.

-Está preciosa esta noche - dijo él -, pero la noto un poco triste. - Sonrió y a continuación le dedicó un rápido paso de baile que hizo sonar las campanillas. Mi trabajo consiste en alegrarla.

Caryn apenas pudo sonreír.

-¿Es que tú nunca estás triste, bufón?

-Sí, señora. A veces añoro mi casa, mis amigos y mi familia, a aquellos que nunca más podré volver a ver. Pero llevo la cara pintada para esconder mi tristeza.

Yo sólo dispongo de mi fuerza de voluntad. El bufón se acercó a ella y le cogió una mano para saludarla cortésmente; Caryn sintió lo fina y suave que era su piel.

-Pues yo juraría que posee mucha fuerza.- Él tenía unos rasgos muy finos, y su atractivo rostro aún sería más bello si no fuera por ese par de pequeña orejas un poco separadas-. Y siempre hay un mañana. ¿Quién sabe qué nos deparará el futuro?

-Sí, ¿quién lo sabe? -repitió Caryn, esforzándose por sonreír, aunque el futuro que ella vislumbraba era sombrío. Podía habérselo dicho al bufón, ya que parecía dispuesto a escuchar, pero cuando se volvió él había desaparecido.

Caryn pensó unos instantes en el bufón, en sus suaves manos y su radiante sonrisa. De pronto recordó que su marido ya debía estar en la sala. Quizá ya se hubiera sentado a la mesa. Y ni siquiera había mandado buscarla... Ral estaba dándole tiempo para que aceptara lo que otra esposa hubiera sabido desde el principio, que la única finalidad del matrimonio era proporcionar herederos, y que un marido obtenía su placer sin entregar nada a cambio.

No necesitaba más tiempo para aceptar eso. Acababa de aprender, con gran amargura, esa lección.

Desde lo alto de las escaleras, se esforzó por sonreír. Vestía como una verdadera dama; quizá no era tan hermosa como Lynette o Eliana, pero sí lo suficiente para que los hombres volvieran la cabeza a su paso. También su marido la miraba mientras ella avanzaba por la sala. La expresión de sus ojos azules conmovió a la mujer, que tuvo que realizar un gran esfuerzo para continuar caminando.

Caryn mantuvo la cabeza alta y la espalda erguida, sonrió y se detuvo para hacer algún comentario. Cuando llegó al estrado, Ral se levantó y aguardó a que ella se sentara en su puesto.

-Me preguntaba si te reunirías con nosotros. Tú doncella nos ha dicho que estabas indispuesta. -Le dirigió una mirada para comunicarle que él no lo había creído, que le sorprendía que se hubiera presentado, y que le molestaba su presencia en la sala.

Por lo visto a él le apetecía tan poco verla como ella a él.

-Espero que te sientas mejor -dijo lord Stephen-. Mi hermana ha preguntado por ti.

-Ahora me encuentro bien. Sufrí un ligero mareo,

-Lanzó a su marido una mirada retadora. No creo que vuelva a ocurrirme.

A su lado, Ral frunció el entrecejo.

-¿Disfrutaste de la caza? -preguntó la mujer a François de Balmain. Le sonrió con mucha más calidez de lo que debería, y se dio cuenta de que su esposo apretaba la mandíbula.

-Ha sido un día inolvidable, milady. Tu marido es muy valiente. Ha matado a un ciervo con la espada.

Caryn se volvió hacia él.

-¿Es eso cierto, milord? Después del... jolgorio... de anoche... temí que no estuvieras en muy buenas condiciones. -Ignorando la sombría mirada

que él le dedicó, se dirigió a lady Eliana-: Espero que estés disfrutando de tu estancia.

La bella invitada sonrió.

-Tengo pensado pasar el verano en Malvern. Tal vez desees acompañarme unos días.

-Mi mujer estará muy ocupada…- intervino Ral.

-Me gustaría conocer el lugar -interrumpió Caryn-. Estoy segura de que mi marido podrá sobrevivir unos cuantos días sin mí.

-Ya lo discutiremos -replicó Ral con una mirada de advertencia. Para cambiar de tema, añadió: Quiero presentarte a alguien.

Por primera vez Caryn reparó en un hombre de tez oscura sentado en un extremo de la mesa. Cuando Ral se acercó a él, se levantó e inclinó la cabeza, sobre la que llevaba una amplia tela que le llegaba hasta los hombros, sujeta por una cinta.

-Hassan es cirujano -explicó Rah. Una vez sirvió al rey Guillermo. Y me salvó1a vida en la batalla de Senlac.

Caryn había visto la cicatriz que Ral tenía en las costillas; era larga, pero no demasiado marcada.

-Entonces supongo que debo estarle agradecida, Hassan, puesto que hubiéramos lamentado terriblemente su pérdida. -Echó una ojeada a las mesas que llenaban la sala, bajo el estrado, y vio la rubia melena de Lynette-. Sí, unos más que otros…

-Hassan volverá a Braxston dentro de unas semanas -dijo Ral, ignorando el tono cínico de sus palabras-. Quizá pueda enseñarte la utilización de algunas hierbas.

-Sería capaz de sobornarlo para que lo hiciera. -Caryn sonrió-. ¿Quién sabe la clase de pociones que uno debería sabe preparar?

Ral la miró a los ojos y advirtió la amargura que transparentaban. Maldijo en voz baja, y ella creyó percibir un destello de admiración.

Durante la velada disfrutaron de diversos espectáculos. Caryn fingió divertirse; sonrió, rió y habló animadamente con Eliana, lo que, como descubrió, no resultaba nada fácil. La hermana de Stephen era diferente, inquietante de alguna manera, y había en ella algo oscuro que la cubría como una neblina nocturna, lo que desasosegaba aún más a Caryn, que hizo todo lo posible por disimularlo.

También se esforzaba por ocultar sus sentimientos hacia Ral, aunque cada vez que él la miraba algo se agitaba en su interior.

Caryn no deseaba estar ahí, no quería ver su atractivo rostro, ni la sonrisa de su amante. Quería levantarse y alejarse corriendo de la mesa para encerrarse en su habitación y no salir jamás. Deseaba insultarlo, llorar, gemir y golpear las paredes con toda la fuerza de sus puños.

En lugar de eso, Caryn siguió dedicando dulces sonrisas al bufón, que en esos momentos actuaba. En el suelo, bajo el entarimado, el joven realizó con esmero unas cabriolas, de tal modo que sonaron las campanillas que pendían de su cuello y el cascabel de su gorro, para luego recitar unos versos:

Un viejo amante en el bello Mort
de fuertes y cortos brazos,
cuando elegía a las doncellas,
se veía obligado a escoger
de entre las más bajas y estrechas.

Los hombres rieron a carcajadas y le animaron a proseguir. El bufón, con la cara mitad blanca y mitad negra, se preparó para corresponder a su petición.

Había un Joven y algo perverso muchacho en Travatt
con quien las doncellas gozaban de esto y de lo otro
Un roce y un beso
eran su «esto»
¡Ya pueden adivinar que era su otro!

El bufón saltaba y daba brincos para ganarse el aplauso de los presentes. Por primera vez en semanas, Richard rió divertido, y más tarde Caryn lo vio charlar con el bufón junto a la chimenea. Los observó unos instantes, con cierta envidia por las risas que compartían, entristecida aunque mostraba una radiante sonrisa. Fingir alegría, requería tal concentración que apenas oyó las fuertes pisadas de su marido cuando se acercó a ella.

-Esta noche pareces más feliz que nunca -dijo él-. No imaginaba que estarías así.

-¿Por lo que ha ocurrido esta mañana?

-Sí. Creo que eran lágrimas lo que vi en tus mejillas.

-Eran las últimas de esa clase que me veras verter, te lo aseguro. Eran lágrimas de una estúpida ingenua. Esta noche soy una mujer que por fin ha abierto los ojos.

-No pretendía herirte.

-No es culpa tuya que yo fuera tan necia.

Ral permaneció en silencio. Luego, cogiéndola del brazo, la llevó hacia las escaleras.

-¿Qué haces? -Caryn trataba de liberarse.

-Es tarde. Es hora de que nos retiremos.

La joven fijó la mirada en el atractivo rostro de su marido.

-Como esta noche tenemos invitados en la casa, puedes acompañarme. Pero si piensas reunirte conmigo en nuestra habitación, no serás bien recibido.

Ral apretó la mandíbula.

-Tú eres mi esposa. Tienes el deber de aceptarme en tu cama siempre que yo lo desee.

Caryn rió con desprecio.

-Si por un momento has llegado a creer, milord, que volverás a obtener de mí lo que te ofrecí en el pasado, vas muy desencaminado. Escogiste dormir con tu zorra. Su habitación será el único lugar donde podrás descansar.

Ella comenzó a subir por las escaleras, seguida por su marido. Cuando llegaron a la puerta de su habitación, a Caryn le latía muy deprisa el corazón. Podía forzarla, pues era lo suficientemente fuerte. Ella había hablado en serio. Sentiría amargura, no pasión; Ral buscaría placer, y ella alimentaría su odio hacia él.

-Te concederé un poco de tiempo. Pronto aprenderás que acostarse con diversas mujeres forma parte de la manera de ser de los hombres.

Por un instante, Caryn vaciló; su fría fachada se desmoronó. Sus ojos expresaron el dolor que sentía mediante el brillo de las lágrimas.

-Nunca me ha costado aprender, milord. Puedes estar seguro de que no olvidaré con facilidad esta lección.

Algo destelló en los ojos del normando. Caryn se dio la vuelta para entrar en la habitación, cerrando la puerta a su marido ya sus sueños.

Preocupado e incapaz de dormir. Ral pasó la noche en la sala. Lo mismo ocurrió las dos noches siguientes. El recaudador de impuestos y su amigo Hassan, el cirujano. ya habían partido con Stephen hacia Grennel el castillo de Malvern en el sur, donde él y sus hombres permanecerían una temporada.

La tranquilidad volvía a reinar en la sala principal. Era una quietud inaudita y algo incómoda. Daba la impresión de que todas las paredes estaban sumidas en el peso de las penumbras. ¿O tan sólo se trataba de un reflejo de la pesadumbre que Ral sentía?

El normando cambió de postura en el camastro, intentando ponerse cómodo. «ya pasará -se decía-. El dolor no tardará en desaparecer.» Se preguntaba cuánto duraría y por qué la pérdida del afecto de su pequeña mujer le causaba tal desasosiego.

Ral masculló un juramento y apartó las mantas. Era mejor controlar desde ese momento sus sentimientos que permitir que ella lo dominara. La visita de Stephen y Eliana se lo había recordado.

Aun así, reconoció que echaba de menos la risa y el cariño de Caryn, sus cuidados y su humor, el calor de su cuerpo cuando dormían juntos. Añoraba la pasión que había compartido y la suave expresión e sus ojos tras alcanzar el placer máximo,

-¡Ya basta! -.exclamó-. Es completamente estúpido que un hombre esté tan poseído por una mujer.

Estaba convencido de que con el tiempo se liberaría de aquel enamoramiento. Con el tiempo ella volvería a aceptarlo como su señor y le permitiría acostarse con ella.

Incluso en esos momentos, si lo deseaba, podía Ir hasta la puerta, abrirla de golpe y exigir que ella se sometiera a su voluntad. Podía hacerlo... tenía todo el derecho como señor y marido. Sin embargo, sabía que Caryn se resistiría, y él nunca forzaría a una dama. Su esposa era pequeña, podía causarle mucho daño.

Y aunque se empeñaba en negarlo, en el fondo no quería perderla aún más de lo que ya la había perdido.

Ral se atusó su despeinada cabellera. Los pensamientos sobre Caryn lo habían dejado abatido y excitado. La deseaba más que nunca, pero ella ya no lo amaba.

Ral ignoró el hilo de temor que había empezado a tejerse alrededor de su corazón.

-¿Qué te preocupa, Richard? ¿Por qué nunca sonríes? El bufón apareció de pronto, como llegado de ninguna parte. Ya no llevaba la cara pintada, pero sí el gorro de fieltro, que le ocultaba parte de su brillante pelo rubio. De no haber sido por sus pequeñas orejas algo separadas, habría sido

un joven muy agraciado, incluso atractivo. Además sabía cómo tratar a la gente.

-Últimamente no puedo, Ancil. Estoy preocupado por lady Caryn. -Richard se preguntó por qué contaba tan abiertamente sus preocupaciones y sentimientos al bufón, aunque se sentía seguro de que podía confiar en él.

-Ella ríe alegremente, pero en su interior gime. Se lamenta de la pérdida de su marido como si estuviera muerto y enterrado.

-Me sorprende que lo sepas -dijo el senescal-. Es un secreto que ella guarda con celo.

-Un bufón conoce los secretos de todo el mundo. La risa es la única poción que libera los malos pensamientos.

-Sí, pero tus secretos están a salvo.

-¿Mis secretos? -El bufón se limitó a asentir. La brisa hizo que unos mechones cayeran sobre las mejillas del muchacho, y Richard se fijó en la tersura de su piel-. Tus acertijos te han nublado la mente. Yo no tengo secretos.

-¿De verdad? Sé que trabajas mucho y te preocupas en exceso por todo.

-Eso no es ningún secreto. Además, mis responsabilidades han disminuido desde que lady Caryn se prestó a ocuparse de las tareas del castillo.

-Sé que te gustaría tener hijos.

Richard alzó de pronto la mirada.

-¿Cómo... cómo lo sabes?-Ancil soltó una carcajada; a Richard le gustó su sonido.

-Sé que te casarías, si dispusieras de1 tiempo para buscar a la mujer adecuada.

-Me parece que eres un brujo camuflado en la piel de un bufón. Yo nunca he dicho eso a nadie. -¿O sí lo había dicho? La noche de la fiesta había bebido. Después había conversado con el bufón, manifestándole el orgullo que sentía por el trabajo que él y lady Caryn habían realizado para que la celebración tuviera éxito. En definitiva, por primera vez en mucho tiempo, se había relajado y divertido un poco.

-Entonces ¿es cierto que te gustaría casarte?

Richard se encogió de hombros.

-Sí, supongo que sí.

-¿Qué buscas en una mujer?

Richard sonrió.

-Es muy sencillo. Buenas maneras y simpatía. Ternura... y que sea una trabajadora incansable.

El bufón gruñó.

-¿Y qué hay del fuego, Richard? ¿Qué me dices del amor y la pasión? ¿Por qué no mencionas nada de eso? Yo creo que es lo más importante.

¿Amor y pasión? Inconscientemente Richard había fijado la mirada en las piernas del bufón; embutidas en las ceñidas ropas elásticas, eran largas, delgadas y bien formadas, de aspecto femenino. Al darse cuenta, Richard desvió la vista.

-Supongo que sería una ventaja que la mujer que eligiera también me brindara pasión. Pero preferiría que fuera dócil y sumisa y que no tardara en darme un hijo.

El bufón entornó sus verdes ojos. Era la primera vez que el senescal veía a Ancil algo enfadado.

-¡Hombres -espetó el muchacho, frunciendo el entrecejo-, no sois más que un hatajo de estúpidos!

Algo incómodo porque sus palabras habían molestado tanto al muchacho, Richard vio desaparecer al bufón. Lo observó más de lo que debería, fijándose en su gracia juvenil. Cuando se dio cuenta de qué estaba haciendo, suspiró y apartó de él la mirada.

Él no era de la clase de hombres que buscaban la compañía de jóvenes atractivos. Simplemente, había pasado demasiado tiempo sin una mujer. Se propuso ocuparse de sus necesidades antes que acabara la semana.

15

Durante dos largas semanas, Ral toleró la frialdad con que le trataba su esposa. Ésta se mostraba educada, aunque siempre procuraba mantener cierta distancia y evitaba su compañía a menos que fuera estrictamente necesario.

Y como Ral también había dejado de visitar el lecho de su amante, Lynette tampoco le dirigía la palabra, lo que, en el fondo, él agradecía de todo corazón.

Maldiciendo en voz baja, Ral tomó asiento frente al fuego que ardía en la sala principal. El rojo intenso de las llamas le recordó el color del cabello de Caryn, que estaba sentada frente a Geoffrey, el joven caballero, al otro lado del hogar, totalmente absorta en una partida de ajedrez. Al inclinarse sobre el tablero, la túnica que llevaba se le ciñó aún más al pecho, que rozó la mano del joven. Una risa masculina llegó entonces a oídos de Ral, quien, al sentir que su esposa se sumaba a ella alegremente, notó un peso en el estómago.

«Santo Dios, ¿qué está sucediendo entre esos dos?>> En los últimos tiempos, su mujer había demostrado muy poco interés por él; en cambio no dudaba en mostrarse atenta con el joven caballero, a quien Ral había encomendado la protección de su esposa. Si por un momento creyese que... si albergara la más mínima sospecha de que Geoffrey se había extralimitado en sus funciones... Al contemplarlos, sus dedos se clavaron en el brazo de la silla en que estaba sentado. No parecía existir ninguna intención oculta en el comportamiento del muchacho; sin embargo, al verlos juntos sentía unos celos inevitables que aumentaban por momentos.

Por todos los santos, ¿tan abrumador era el poder que ella ejercía sobre él, hasta el punto de hacerle sentir así? En su interior brotaba el deseo de golpearla con furia y alzar el puño contra Geoffrey. Todo eso ratificaba su convicción de que había obrado correctamente pero, a la vez, le hacía sentirse más inseguro.

Lo único que sabía era que ella le pertenecía a él, no a Geoffrey. De lo único que estaba convencido era de que ella debía volver a su lecho. Por la

sangre de Cristo, como esposo y señor tenía todo el derecho a exigir a Caryn que se sometiera a sus deseos, que se entregara a él y le diera hijos.

Ral se puso en pie con tanta brusquedad que volcó la silla, que produjo un ruido sordo al caer sobre las esteras que despedían un aroma a hierbas. Se apartó de la chimenea, avanzó en dirección a la pareja con gesto amenazador y, deteniéndose ante el tablero en actitud airada y resuelta, cogió a Caryn por la muñeca.

-¿Mi señor? -Levantó la vista del tablero y de la jugada que había pensado realizar con la reina.

-Me temo que vuestro juego ha acabado. Nos vamos a la cama. - Ral advirtió que se ponía tensa y dirigía la mirada a Geoffrey, lo que no hizo más que aumentar la rabia que sentía.

-Estoy seguro de que habrías ganado – dijo el joven rubio con una sonrisa.

Caryn volvió a mirar a Ral, pero, contrariamente a lo que él había supuesto, no emitió queja alguna. En lugar de eso, levantó la barbilla y dijo:

-Como gustes, milord.

Subieron por las escaleras en silencio. Ral tenía la vista fija en el resplandor que producía la luz de las al reflejarse en la abundante cabellera cobriza de su esposa, fascinado por el vaivén seductor de sus caderas. Lo consumía la ansiedad y el deseo de poseerla.

Al llegar ante la puerta del dormitorio, ella se detuvo.

-He actuado conforme a tus deseos y he accedido a subir, pero has de saber que no te quiero en mi lecho.

Ral apretó la mandíbula.

-Lo que tú puedas desear carece de importancia. Eres mi esposa; eso es lo único que cuenta.

Dicho esto, abrió la puerta y empujó a la joven ha cia el interior de la habitación. Una vez dentro, la obligó a volverse hacia él y la estrechó entre sus brazos Caryn no opuso resistencia, pero tampoco se mostró dulce ni correspondió a su abrazo.

-Te he echado de menos, Caryn. Le levantó la barbilla para inclinarle la cabeza hacia atrás y depositó un beso en sus labios. Le parecieron más fríos de lo que recordaba, más rígidos y faltos de ternura. Los separó con la lengua, que a continuación introdujo en su boca, pero siguió sin sentir el calor que solía surgir de su cuerpo. Se apartó de ella sin moverse de donde estaba.

-¿Me rechazas?

-Como mi esposo, tienes derecho a poseerme. Si ése es tu deseo, no me opondré.

Ral enarcó una ceja mientras sentía crecer la rabia en su interior y un frío desasosiego se instalaba en su pecho.

-Una sumisión carente de todo entusiasmo, ¿a eso te refieres?

-Si prefieres que finja…

-No me atormentes, Caryn.

-No es lo que pretendo. Simplemente, mis sentimientos han cambiado.

Los ojos del normando formularon una pregunta sin que mediaran palabras.

-Una vez te deseé, pero ahora es distinto -dijo Caryn.

La ira se apoderó de Ral.

-Eres una mujer apasionada. No creo que tu ardor se enfríe con tanta facilidad.

La atrajo hacia sí violentamente, al tiempo que la besaba de nuevo, introduciendo la lengua, en su boca, abarcando sus pechos con las manos, acariciándole los pezones. Deslizó las manos por el cuerpo de la mujer sin que ésta demostrara el menor asomo de pasión; el ritmo de los latidos de su corazón no se había alterado en absoluto.

-Hubo un tiempo en que me deseabas -dijo, alejándose de ella, con el corazón dividido entre la furia, la frustración y un miedo que aumentaba por momentos-. ¿Y ahora afirmas no sentir nada?

Caryn no contestó.

-Si estás pensando en meter a Geoffrey en tu lecho, estás muy equivocada.

-¿Geoffrey? Si apenas es un niño.

-Es un hombre, y muy ambicioso. Nada le causaría más satisfacción que el poder que le proporcionaría ser el dueño de vuestro corazón.

-No siento nada por Geoffrey. No le quiero en mi cama; ni a él ni a ningún otro.

Ral sintió un gran alivio, que se esforzó por disimular.

Entonces ¿qué quieres?

Caryn sostuvo la mirada de su esposo.

-Mi libertad. Es lo único que he deseado desde el día que nos conocimos.

Ral apretó los dientes.

-Eres mi esposa. La única libertad de que puedes gozar es la que yo te conceda. Tengo derecho a obligarte a acatar mis órdenes igual que lo tengo a acostarme contigo.

Sin embargo, en lugar de obligarla a aceptarle por la fuerza como había pensado hacer, se sorprendió a sí mismo girando sobre sus talones, dirigiéndose hacia la puerta con gesto airado sin volver la vista atrás para, finalmente, cerrar de golpe la pesada puerta.

Caryn siguió sus pasos con la mirada y, de repente, sintió que las piernas le fallaban. No la había forzado, aunque podía muy bien haberlo hecho de haber adivinado lo mucho que a ella le había costado ocultar lo que sentía. Había necesitado hasta el último rastro de voluntad, hasta el último gramo de determinación para permanecer indiferente a la hoguera que ardía en su interior. Aquella victoria inesperada la llenaba de asombro. Era la prueba inequívoca de la sangre sajona que circulaba por sus venas.

Miró una vez más hacia la puerta. Ral se había marchado, y una parte de ella se regocijaba con el éxito que acababa de conseguir. Pero la parte más íntima de su ser deseaba que él le hubiera desgarrado las ropas y la hubiera llevado en brazos a aquel enorme lecho; que la hubiera besado hasta que las piernas le flaquearan; que le hubiera acariciado los senos y se hubiera introducido con fuerza dentro de su cuerpo. Le habría gustado que él hubiese susurrado dulces palabras en francés, que la hubiese abrazado y acariciado; que la hubiese enloquecido con el roce de su cuerpo musculoso.

Y lo que más deseaba era que la amase del mismo modo que ella seguía amándolo. Aquella noche el desasosiego se apoderó del sueño de Ral. Imaginó a Caryn en brazos de Geoffrey, el atractivo caballero de cabellos rubios, y recordó el dolor que había asomado al rostro de su esposa la

mañana que lo descubrió desnudo en la cama de su amante. Despertó, bañado en sudor, y sus entrañas se retorcían en un nudo frío y doloroso.

Profirió unas maldiciones en voz baja, sintiendo que la frustración era como una bilis que le subía a la garganta. Hizo una mueca al ver la rigidez de sus músculos y la palpitación que notaba en la entrepierna. Apartó las mantas y saltó de la cama. «Caryn, siempre Caryn.» la deseaba con una pasión que le aturdía y, por ese mismo motivo, se resistía a ceder a sus impulsos y tomarla.

Decidió olvidar por un momento aquellos sentimientos que le llenaban de incertidumbre y concentrarse en sus obligaciones. Se vistió como lo haría para ir a una batalla, con una túnica de color marrón y calzas, y se ajustó las altas y flexibles botas de cuero. Cogió la espada y el escudo y bajó por las escaleras. Fuera, en el patio, su escudero le ayudó a ponerse la armadura y ceñirse el cinto de la espada, preparándole de ese modo para una mañana de prácticas en compañía de sus hombres.

Éstos listos ya, lo aguardaban pertrechados con la espada, el escudo y la cota de malla. Vio a Odo, que conversaba con lambert y Hugh, y después se fijó en Geoffrey, rubio, viril y henchido de la arrogancia de la juventud.

Volvió la vista hacia los altos muros de la torre, hacia la estrecha hendidura de la ventana de su habitación. ¿Estaría su esposa contemplando a los caballeros y hombres de armas que se hallaban en la explanada? ¿Posaría la mirada en él, o en el joven y hermoso caballero rubio? Enfundado en un justillo acolchado y una polvorienta cota de malla, Geoffrey practicaba en solitario, alzando la espada para después descargarla trazando un arco furioso, como si se enfrentara a un et migo real en lugar de a su propia sombra.

Ral sonrió con malicia y desenvainó su pesada es} da. Examinó el estado de la hoja con el pulgar y comprobó que su escudero la había afilado bIen. A continuación atravesó el patio con paso decidido y se detuvo ante Geoffrey y Odo.

-Pareces en forma esta mañana, Geoffrey.

-Así es exactamente como me siento, milord.

-Y, según parece, empuñas la espada con gran fuerza. Veamos si las prácticas te han servido para ser más hábil con ella.

Ral se puso el casco cónico y se lo ajustó de forma que la barra nasal quedara situada en la posición adecuada.

Geoffrey sonrió.

-Como gustes, milord.

Mirándose fijamente, levantaron primero los escudos y después las espadas. Los hombres los rodearon en silencio, aprovechando la oportunidad para descansar, dispuestos a observar el combate, a pesar de que ninguno de ellos albergaba la menor duda sobre quién sería el vencedor.

Ral se acercó a Geoffrey para dirigirle unas palabras con la intención de provocar su ira, mientras esperaba con ansia que fuera el joven quien asestara el primer golpe. Cuando lo hizo, la hoja de su espada cayó de lleno sobre la de Ral, produciendo un sonido metálico seco y un fuerte temblor que se extendió por su brazo. Ral apenas lo notó. Los recuerdos del sueño galopaban por sus venas... imágenes de Geoffrey y Caryn Juntos.

Esquivó tres fuertes golpes y permitió que algunos más cayeran sobre él antes de pararlos y pasar a la ofensiva. Geoffrey fingió disponerse a atacar por el lado derecho y embistió hacia la izquierda, detuvo un pesado mandoble y luego pasó a la defensiva. En un principio consiguió evitar los

golpes más duros del fulminante ataque de Ral, pero el cansancio pronto hizo mella en él.

Ral no tardó en advertir el agotamiento del joven. Entonces descargó con fuerza su espada contra el lado izquierdo de Geoffrey, una vez, dos veces; contrarrestó los débiles ataques con que el muchacho trataba de recuperar el control del combate y continuó arremetiendo contra él hasta que el joven cayó de rodillas. Ni siquiera eso detuvo a Ral, quien no dudó en asestar dos sonoros cimbranazos sobre el casco de Geoffrey y su cota de malla.

-¡Me rindo, milord! -exclamó Geoffrey.

Sus palabras tardaron unos instantes en penetrar la capa de ira que dominaba a Ral. Al bajar la espada, éste notó que *sus* manos temblaban y que la sangre corría furiosa por *sus* venas.

Cuando el joven caballero se puso en pie, Ral se percató de que su casco estaba tan abollado que requeriría una gran labor de martillo y yunque para recobrar su forma primitiva.

Ral sintió una punzada de remordimiento.

Salvo en lo que se refería a Caryn, el comporta- miento del muchacho había sido siempre irreprochable. y en realidad no era culpa de Geoffrey que su es- posa lo encontrara tan atractivo.

No podía culparle, en efecto, y la rabia que esa certeza le provocó brotó de su interior a borbotones, abrasándole por dentro e impidiéndole todo sosiego.

-¡Richard! ¡Ven, pronto!

El senescal vio cómo el bufón se acercaba a él a toda prisa. Desde la noche del banquete reinaba tal tensión en la casa que lord Ral había ordenado a los trovadores que se quedaran.

-¿Qué sucede, Ancil? –Richard lanzó una mirada llena de preocupación al joven.

-Los arrendatarios del pueblo. Han venido a ver a lord Ral. Afirman que por lo menos la mitad de su ganado padece de morriña.

La morriña, una enfermedad que destruía rebaños enteros dejando tras de sí una estela de hambre.

-¿Dónde están ahora? -Apartando a un lado la lista que había estado elaborando, Richard echó a correr hacia el muchacho.

-Al otro lado del puente levadizo. Los hombres cuyo ganado aún no está afectado exigen que lord Ral sacrifique a los animales infectados.

-Si de verdad se trata de la morriña, no se quedará otra opción. Tendremos que eliminar a los animales enfermos si queremos conservar los sanos.

En dos zancadas, Richard salió de la casa y atravesó el patio. Ancil caminaba a su lado, con pasos no tan largos, pero igualmente decididos. Para su extrañeza, Richard descubrió que le gustaba que el muchacho hubiera decidido acompañarlo.

-Allí. -El bufón señaló hacia los árboles.

El senescal asintió. Casi había llegado al lugar en que se encontraban los aldeanos cuando oyó a sus espaldas una vez grave y el sonido de fuertes pisadas.

-¿Qué ocurre aquí, Richard?-Ral se acercó a él. -Es la morriña, milord. Los colonos afirman que puede convertirse en una epidemia.

La morriña. La noticia sentó a Ral como un golpe en el estómago. Sin el ganado no habría mantequilla, ni queso ni carne para el invierno. Lo último que podía permitirse en aquel momento era perder el ganado.

Habló con los hombres que permanecían a la espera al otro lado del puente levadizo y después volvió a la fortaleza para coger su caballo; eligió un magro alazán en lugar del poderoso corcel negro que solía montar. En compañía de Richard, siguió a los aldeanos hacia el pueblo, deteniéndose con ellos en cada choza de cañas y barro que encontraban al paso. A la vista del elevado número de animales enfermos, el abatimiento se apoderaba paulatinamente del ánimo de Ral. Los síntomas de la morriña resultaban inequívocos. Y lo que era peor: no la mitad, sino la práctica totalidad del ganado del pueblo estaba infectado.

-Por la sangre de Cristo -murmuró-, ¿qué maldición ha caído sobre nosotros?

-Así son las cosas, milord -dijo Richard-. Al parecer, la mala suerte reafirma su presencia en lugar de desvanecerse.

-Cierto, amigo mío, y no se me ocurre otra adversidad peor que ésta.

-Sin duda esto contribuirá a hacer más pesada la dura carga del invierno.

Cuando hubieron acabado de inspeccionar el pueblo y las cabañas de los alrededores, Ral se sintió derrotado y exánime. Deseaba tener a alguien con quien hablar, alguien que le ayudara a levantar el ánimo.

Pensó en Caryn, en cómo le habría reconfortado que ella estuviera allí, rodeándole el cuello con sus suaves brazos, se imaginó perdiéndose en su interior para olvidar por unos instantes los problemas que le atenazaban. Recordaba que, hacía muy poco tiempo, ella habría compartido la carga que ahora le tocaba soportar.

-Habrá que sacrificarlos -dijo a Richard.

-Sí, milord, y lo antes posible.

-Ordena que claven unas cabezas en lo alto de unos postes y que los coloquen en los cruces de caminos.

Era una señal conocida por todos que advertía a aquel que poseyera ganado permaneciera lejos del lugar. En muchos kilómetros a la redonda estaría prohibido cualquier clase de intercambio comercial.

-Richard asintió.

-Sí milord.

Con un estado de ánimo cada vez más sombrío, Ral hizo dar la vuelta al caballo. Ya de regreso al castillo, reparó en el pequeño bufón, de pie junto al guardián que custodiaba el puente levadizo.

-¿Que haces aquí fuera, muchacho?

-Nada –respondió el bufón -. Me limitaba a dejar pasar el tiempo.

No cabía duda de que estaba esperando a Richard. Ral frunció el entrecejo. El interés de su senescal no parecía haber ido nunca en aquella dirección, pero no podía asegurarlo. Por otro lado, los había visto conversar a menudo.

Ral se encogió de hombros. Lo que Richatd hiciese no era asunto suyo. No obstante, le habría gustado verlo casado y convertido en padre de, varios hijos robustos.

Caryn pasó el día en el pueblo, intentando consolar a quienes sólo podían sentir una amarga desesperación.

-Lord Ral no permitirá que mueras de hambre -prometió a Nelda, viuda y madre de Leofric- Tiene suficiente grano almacenado para hacer frente a situaciones como ésta. Te garantizo que él te proporcionará lo que necesites.

-Pero el señor está muy lejos de ser rico. Y aunque lográramos sobrevivir a este invierno ¿Qué será de nosotros el que viene?

-Mi esposo encontrará una solución. Confía en él, Nelda.

Sin embargo, incluso Caryn albergaba ciertas dudas al respecto, que aumentaron aquella noche al encontrar a su marido en la sala, absorto en sus tristes pensamientos. Sentado ante la maciza mesa de roble, con los codos apoyados en ella, sostenía la cabeza entre las manos. Tenía los dedos hundidos en su oscuro cabello, en que se reflejaba la luz de una vela cuya cera, al derretirse, se había deslizado hasta formar un charco. La vista de aquellos hombros contraídos por la tensión produjo a Caryn una punzada de dolor.

-Buenas noches, milord -dijo con suavidad, mientras sentía cómo la compasión crecía en su interior a pesar de haber hecho todo lo posible por sofocarla-. Se os ha echado de menos durante la cena.

-¿De verdad? -preguntó él, alzando la cabeza-. ¿Quién me ha echado de menos? ¿Tú, Caryn?

«Sí -pensó ella-. Cada día te echo más de menos.»

-Odo ha preguntado por ti, también Richard. Y todos los demás.

-Después de tomar la decisión de sacrificar a todos los animales de Braxston, no me apetece comer nada.

A decir verdad, tampoco ella tenía apetito.

-He estado en el pueblo. He hablado con la gente y les he dicho que no les dejarás morir de hambre.

Ral suspiró.

-La epidemia no podía haber llegado en un momento peor.

-¿Crees que podrás alimentarlos a todos?

-Más o menos. Construir la fortaleza resultó caro. Aunque no soy precisamente un indigente, tampoco soy un hombre extremadamente rico.

-Puedes cazar, y aún tenemos grano almacenado. Quizá haya bastante con eso.

-Sea como sea, tendrá que haber bastante. -Se le dibujaron en la frente unas profundas arrugas de preocupación-. Desearía que todo hubiera sido diferente, que los aldeanos no hubieran tenido que soportar una carga tan onerosa. Pero era indispensable levantar la fortaleza para protegernos de los ataques de los invasores. Es básico en el sistema defensivo de Guillermo.

-Se dice que el rey Guillermo te concedió estas tierras porque le salvaste la vida.

-Así es. -Eres un hombre valiente en la batalla. Ésta es sólo otra batalla más que debes librar.

Ral se inclinó en su silla. .- ¿Y tú, Caryn? ¿Lucharás en ella a mi lado? La incertidumbre había sustituido a la tristeza en la expresión de su rostro. Fue entonces cuando ella advirtió el deseo reflejado en su mirada.

-Sí, milord. Haré cuanto esté en mi mano para ayudar a mi gente.

Sabía que no era eso lo que él quería que dijese. Lo que él ansiaba era que volviese a su lecho, pero ella conocía muy bien el peligro que entrañaba

seguir aquel camino y por eso motivo no se atrevía a entregarle de nuevo su corazón.

Durante unos minutos que a ella le parecieron eternos, Ral guardó silencio, limitándose a mirarla de aquella manera que la hacía sentir incómoda y le traía recuerdos de las sensaciones que había experimentado entre sus brazos. Entonces apartó la silla y se puso en pie, llenando la habitación con el imponente armazón de su cuerpo. Cuando rodeó la mesa y en pocas zanca- das llegó a donde ella se hallaba, Caryn retrocedió.

-Te deseo, Caryn. -Extendió los brazos y la aprisionó entre ellos-. Te necesito.

La joven sentía su fuerza, la potencia de los músculos que se ondulaban contra sus pechos y sus muslos. Su boca reclamaba la de ella, y Caryn percibió su calor, aquella increíble y cálida sensualidad. Sus caricias encerraban tanta pasión, tanta entrega, que por un momento la muchacha se abandonó, apoyándose contra su poderoso cuerpo.

Entonces se dio cuenta de lo que hacía, recobró la cordura y se apartó de él.

-Te... te pido que me sueltes, milord.

Le temblaban las manos, *por lo* que las apretó contra la túnica de color rojizo que llevaba puesta.

-Eres mi esposa -dijo él-. Esto ya ha durado bastante.

Se acercó a ella, la tomó entre sus brazos y la atrajo con fuerza contra su amplio torso. Caryn protestó hasta que comprendió que el vigor de sus brazos hacían inútil cualquier clase de lucha.

Él la besó mientras atravesaba la gran sala en dirección a sus aposentos; un beso intenso y vehemente. Después abrió la puerta con la punta de la bota y la llevó hasta el lecho. Para entonces, Caryn ya estaba ardiendo; las llamas de la pasión recorrían sus venas. Consciente de adónde conducía todo aquello, se revistió de frialdad.

Cuando él procedió a despojarla de la ropa, no trató de impedírselo, pero tampoco procuró ayudarle. Se limitó a permanecer inmóvil, en actitud ausente, mientras él luchaba con las cintas e intentaba deslizarle la prenda por la cabeza. Ral parecía no haberse percatado de su pasividad; aunque lo hubiera hecho, no le habría importado en absoluto. *En* pocos minutos, la había desnudado, se había desembarazado de sus prendas, y la había tumbado sobre el enorme lecho.

-Eres como un fuego que me quema la sangre -dijo, tendiéndose sobre ella, hundiéndola en el colchón-. Nunca he deseado a otra mujer como te deseo a ti.

La deseaba en esos momentos tanto como la había deseado antes. Y, sin embargo, unos días atrás había yacido con su amante.

«Entonces era a Lynettea quien querías. ¿A quién desearás mañana?» Este simple pensamiento bastó para sofocar su ardor, a pesar de que el calor de sus caricias le abrasaba la piel.

-Por favor, te lo ruego, Ral – susurró entre besos apasionados-. No me pidas que la haga.

La mano de Ral se detuvo para después posarse sobre su corazón.

-Incluso ahora siento el latido de tu sangre. ¿Todavía eres capaz de negar queme deseas?

Un quejido de dolor escapó de los labios de la mujer.

-Es posible que mi cuerpo te desee, pero no mi corazón.

Él profirió una maldición llena de rabia;

-Entonces tendré que conformarme con saquear tu cuerpo.

Con estas crudas palabras, se puso manos a la obra, asediando su cuerpo como si se tratase de un castillo de muros infranqueables.

La boca de Ral apresó la de la mujer en un ardiente beso que la llevó al borde del desmayo. Las manos masculinas moldearon sus senos, los amasaron y dieron forma hasta notar cómo las rosadas cumbres que los coronaban se endurecían al contacto de sus palmas. Ella sintió el roce de su bigote, el áspero vello que cubría su torso y la dureza de su miembro viril. Y, aunque su voluntad se oponía con todas sus fuerzas, su cuerpo se tornaba cada vez más lánguido y receptivo bajo sus hábiles caricias, su corazón latía salvajemente, y la sangre corría cada vez más deprisa por sus venas. Sin embargo, una parte de ella permanecía ajena a la escena, como si contemplase lo que ocurría sin participar en ello. Desde aquella distancia se sentía segura y con fuerzas suficientes para recibir sus apasionadas caricias sin entregarle a cambio su alma como había hecho en el pasado.

Ral le separó las piernas con la rodilla e introdujo un dedo en su interior. La acarició allí hasta despertar en Caryn un deseo que la hizo quedar bañada en humedad y ardiente anhelo. Entonces él hundió su miembro en su cuerpo hasta el fondo.

-Que delicia – murmuró -. Cuanto he echado de menos esto.

Caryn se arqueó contra él para que penetrara en su interior en todo su grosor y longitud, notando aquel roce sensual, estremeciéndose con su calidez y percibiendo la profunda urgencia del deseo masculino. En pocos minutos, su cuerpo se había adaptado al de RAl y aceptaba sus poderosos embates. Sin embargo…

Tenía la impresión de que algo faltaba, algo elemental que en otros tiempos había brotado en su interior y que en esos momentos se negaba a aparecer.

-Ya no puedo contenerme más – susurró él mientras se deslizaba profundamente dentro de ella, penetrándola con fuerza -. Lo he demorado demasiado.

La determinación dominaba sus actos, y la poseyó con movimientos furiosos. En cualquier otro momento, ella hubiera respondido y se hubiera dejado arrastrar por la marea de placer; en otro dulce momento del pasado…

Aunque su cuerpo estaba encendido y empapado, aunque toda ella temblaba a causa de la excitación, Caryn no llegó a alcanzar la brillante cumbre. Notó la progresiva rigidez de Ral y la salida impetuosa de su semen. A continuación el hombre quedó sobre ella, apagado e inmóvil, bañado en sudor, mientras los latidos apagados de su corazón comenzaban a apaciguarse. Cuando por fin se apartó de su esposa, su rostro mostraba una expresión sombría.

Caryn no despegó los labios consciente de que Ral se había dado cuenta de que esta vez no había gozado.

Percibiendo su sentimiento de derrota, quiso tocarlo, mitigar de alguna manera su dolor. Pero no lo hizo.

-Siento mucho no haberte complacido.

Ral no contestó. Se levantó de la cama y se vistió con movimientos bruscos y crispados. Finalmente se dirigió a la puerta sin volver la vista atrás, la abrió y se apresuró a salir al pasillo. Ella lo oyó moverse en la habitación contigua; oyó cómo descorchaba una botella de vino y se servía una copa. Entonces supo que pasaría sola esa noche.

Sintiéndose abandonada en el amplio lecho, cuyas sábanas aún conservaban el calor del cuerpo de su marido, acarició el lugar que él había ocupado y que, al quedar vacío, no tardaría mucho en enfriarse. Entonces rompió a llorar.

-¿Qué deseas, anciana?

Marta entró en la habitación de retiro.

-¿Podría hablar contigo un momento, lord Ral?

-¿Es que no ves que estoy ocupado? Di lo que tengas que decir y déjame en paz.

Ella sabía que no estaba ocupado. Se sentaba en la habitación de retiro en actitud meditabunda, contestaba con brusquedad a los criados y sólo en contadas ocasiones hacía acto de presencia en la gran sala.

-No es propio de ti estar tan malhumorado. Según parece, no te conviene distanciarte tanto de tu esposa.

El normando alzó la cabeza.

-¿Y qué puedes tú saber de lo que me conviene o no?

-Sé que, desde el día que se celebró el banquete, tanto tú como ella habéis sido infelices. Sé que visitaste a tu amante y que Caryn no te lo ha perdonado; y también se porqué lo hiciste.

-Tu no sabes nada.

Marta se acercó a él, situándose delante de la mesa.

-Conozco toda la verdad sobre tu compromiso. Al otro lado de la pesada superficie de roble, lord

Ral se incorporó en la silla.

-¿Qué verdad?

-Sólo hay una cosa positiva en el hecho de envejecer y perder las fuerzas: la sabiduría.

-Hablas con acertijos, anciana, igual que el bufón.

-Nadie hace caso a alguien como yo. Mis huesos son viejos y quebradizos. No me queda más remedio que andar despacio, ser discreta y moverme entre las sombras.

-Ve al grano -apremió él con brusquedad.

-Conozco el vínculo antinatural que existe entre lord Stephen y su hermana. Lo vi entrar en la habitación de lady Eliana.

Lord Ral la miró fríamente, con expresión impasible.

-Lo que Stephen haga no me interesa en absoluto.

-Tal vez ahora no, pero hubo un tiempo en que te importó mucho.

El Caballero Negro guardó silencio.

-Por ese motivo rompiste tu compromiso. -Dio un tímido paso al frente-. Descubriste su secreto, igual que yo. Te produjo asco y terror. No podías concebir que un hombre tan fuerte y poderoso como Stephen pudiera sucumbir al dominio de una mujer.

-Ha perdido su alma. -Al menos una docena de veces desde entonces. -Marta estudió los rasgos de su señor con mirada sagaz, advirtiendo las huellas que la fatiga había dejado en su rostro-. Es posible que tales aberraciones sucedan, como tú mismo comprobaste, pero Caryn no es como Eliana; no alberga maldad alguna ni tiene intención de someter vuestra

voluntad. Lo único que desea es transmitirte un poco de su fortaleza, como haría cualquier buena esposa.

El normando echó hacia atrás su silla que rechinó en el silencio de la habitación. Se encaminó hacia la estrecha franja de la ventana.

-Tengo derecho a acostarme con mi amante. He hecho lo que cualquier otro hombre hubiera hecho.

-Tú no eres cualquier otro hombre, y ella no es una mujer cualquiera.

Lord Ral se paseó de un lado a otro con inquietud mientras se atusaba el cabello.

-Tú no lo entiendes.

-Entiendo que sientes algo especial por tu esposa que esos sentimientos te asustan. Y estoy segura de Le no existe ninguna razón por la que debas estar asustado.

-Pocas cosas me asustan,

-Lo sé, señor. Eres fuerte y valeroso. Por ese motiv*o* debes enfrentarte a tu destino y aceptarlo.

El alto normando de cabello oscuro miró un momento a través de la ventana hacia la explanada. El sonido metálico que producían las espadas y los escudos al entrechocar llegaba hasta él desde el campo de prácticas. Se apartó de la ventana y cruzó la estancia hasta situarse ante la anciana.

-Pensaré lo que me has dicho. Es lo único que puedo prometerte. Pero dudo que eso sirva de algo.

Marta carraspeó.

-Estoy segura de que servirá, lord Ral. -Giró sobre sus talones y salió de la habitación.

16

Caryn salió del establo y atravesó el patio en dirección al castillo. En compañía de Leo, había ido a ver cómo se encontraban el cervatillo y los gatitos. Estos últimos estaban lo bastante crecidos para empezar a cazar ratones, y Leo había decidido adoptar al cervatillo, que lo seguía a todas partes siempre que el chiquillo entraba en los establos.

Caryn pasaba largos ratos con los animales. Esta ocupación, junto con los deberes que se derivaban de su condición de señora del castillo, la distraían de los problemas de los aldeanos y del dolor que sentía cuando pensaba en Ral.

Aquello le brindaba la oportunidad de olvidar sus absurdos sueños. .

Eso mismo pretendía cuando se dirigió a una de las despensas con el objeto de comprobar las provisiones. Abrió la puerta de una habitación y entró, y algo la hizo detenerse en seco.

-Ancil. ¿Qué haces aquí?

El bufón dio media vuelta y fue a su encuentro.

-¡Lady Caryn!

No llevaba puesto el sombrero, y el cabello, largo y dorado, le caía en desorden hasta más abajo de los hombros. Una de las pequeñas orejas le sobresalía un tanto de la cabeza, mientras que la otra estaba correctamente colocada en su sitio; era delicada, con forma de concha y armonizaba perfectamente con su rostro ovalado.

-¡Virgen Santa! Anci1… ¡eres una mujer!

La mirada asustada del bufón se encontró con la de la señora. Un sonido escapó de los labios de la muchacha, que hizo una genuflexión en señal de respeto.

-Te ruego, lady Caryn, que me guardes el secreto. -La voz del bufón había perdido su acento masculino para adquirir un tono decididamente femenino y de una armoniosa dulzura-. Se trata de una cuestión de vida o muerte.

-¿Cómo has conseguido hacer eso con tus orejas? -preguntó Caryn, que tenía la vista fija en la inusual imagen de una oreja que sobresalía mientras la otra permanecía en su sitio.

-¿Cómo? Oh, es sólo un pedazo de barro. -Se lo quitó, de modo que la oreja recuperó su posición natural-. Por favor, señora, te ruego que no se lo cuentes a nadie.

Caryn observó a la encantadora, dulce y hermosa muchacha, que era algo mayor que ella; no tendría más de veintidós años.

-Sin duda, los demás conocen tu secreto; me refiero a quienes viajan contigo.

-Mis amigos sí, pero nadie más. Te pido que no se lo digas a lord Ral.

Una docena de pensamientos cruzaron por la mente de Caryn.

-¿Lo sabe Richard?

La muchacha negó con la cabeza, y el reflejo de la luz arrancó destellos a su pelo. Sus labios se contrajeron en un rictus que revelaba tristeza que la embargaba en aquel momento.

-A veces me mira de forma extraña, y creo que lo sospecha. Se lo explicaría si pudiera. - La muchacha se mordió el labio inferior, atormentada por las dudas, suspiró y se puso en pie-. No me llamo Ancil. Soy lady Ambra, hija de Edward de York.

-He oído hablar de él. Creía que tu padre había muerto.

-Así es, milady. Antes de escapar, vivía en Mortlon, con Charles, el hermano de mi padre.

-¿Por qué te fugaste?

-Me prometieron en matrimonio con lord Beltar *el Cruel,* un hombre rico y poderoso. El hermano de mi madre, en cambio es pobre. Beltar estaba dispuesto a casarse conmigo a pesar de la escasa cuantía de mi dote, y a mi tío le gustaba la idea de emparentar con un hombre rico.

Caryn trato e recordar algo que había oído comentar sobre Beltar.

-Sí, ya me acuerdo. Lord Beltar afirmó que habías sido raptada. Ofrece una recompensa a quien te devuelva a tu casa. -«Dios Santo, más problemas para Ral si Beltar la encuentra aquí.»

-Es feo y mezquino. Una vez trató de forzarme. Os aseguro que me repugna. –Irguió la espalda – No me desposaré con él. Juro que sólo me casaré por amor.

Caryn notó que se le hacía un nudo en el estómago.

-Eso es difícil de conseguir a veces. De todas maneras, es un propósito muy noble.

-Entonces ¿guardarás el secreto?

Caryn se preguntó que haría Ral si se enterara.

-Sí. ¿No añoras tu hogar? ¿Te gusta viajar haciéndote pasar por un hombre?

-Durante un tiempo me gustó.

-¿Y ahora?

-Ahora he conocido a alguien.

«Richard.»

-Te ayudaré, lady Ambra. Quizá seáis la única mujer que tenga la suerte de encontrar el amor.

Caryn se rebulló en la silla que ocupaba frente a la chimenea. Estaba bordando unas exquisitas orlas en 1as mangas de una camisola de seda blanca. Hizo pasar él hilo a través de la tela, al tiempo que se preguntaba sí Ral apreciaría el cuidado que había puesto en la realización de la labor y pensaba en lo mucho que una sencilla tarea como aquélla conseguía distraerla de sus preocupaciones. En otros tiempos había odiado aquellas tareas. Sin embargo, últimamente, el trabajo la llenaba de una extraña tranquilidad.

-¿Por qué no vas a verlo? No hay duda de que lo deseas.

Caryn alzó la cabeza y vio a Odo a su lado. Los ojos azules del hombre escrutaban sus reacciones. La pregunta que había formulado agitaba en su mente pensamientos que ella había procurado apartar.

-No importa lo que yo deseo sino lo que él desea. - Caryn observó al caballero normando, que tomó asiento en un sólido banco de madera. Las llamas que ardían en el hogar hicieron brillar aún más su cabello rojizo-. De momento me desea a mí. ¿A quién deseará mañana, o la semana que viene?

-Lo que ocurra mañana carece de importancia. El te ama, del mismo modo que tú lo amas a él; es lo que cuenta.

-Si eso crees, ignoras por completo qué es importante realmente.

-Es como si sufrieras por su causa – dijo Odo en tono de mofa.

Los ojos de Caryn escudriñaron el rostro del hombre, que frunció el entrecejo mientras hacía grandes esfuerzos por entender la situación.

-¿No has estado nunca enamorado, Odo?

-No. El amor es para los necios.

-Hubo un tiempo en que tuviste una familia. ¿No querías a tu padre y tu madre, a tus hermanos y hermanas?

-Sí, los quería -respondió con aspereza.

-Y cuando murieron, ¿no te sentiste lleno de pena y de desolación?

-Si, mas que en ningún otro momento en mi vida.

-Pues es el mismo dolor que se siente cuando se pierde a alguien a quien se ha entregado el corazón.

La imposibilidad de comprender lo que la mujer le explicaba hizo que se formara una profunda arruga en la frente del caballero.

-Pero tú no le has perdido. Sólo tienes que cruzar la habitación y…

-Jamás lo entenderías.

Caryn se levantó de la silla y dejó a un lado el bordado. Odo la observó mientras trataba de descifrar el fondo de las palabras de Caryn.

-Es tan simple como eso – dijo con tristeza - Para amar a alguien sin sufrir, hay que ser correspondido.

Odo la contempló mientras ella se alejaba lentamente, sin el entusiasmo que hasta entonces había animado todos sus gestos. Aunque caminaba con la cabeza alta, daba la impresión de que el peso de la aflicción la abrumaba. Odo miró a Ral y vio que *éste* clavaba la vista en la figura menuda que salía de la habitación; su mirada estaba cargada de tristeza, incertidumbre y algo que no acertaba a nombrar y que se había instalado la noche en que yació con su amante. Odo desconocía los sentimientos de su amigo pero estaba convencido de que Ral también sufría.

El caballero pelirrojo se puso en pie repentinamente. N o le importaba demasiado lo que le ocurriera a Caryn, puesto que no era más que una mujer y, por añadidura, sajona; pero sí le preocupaba su amigo.

-La miras como jamás te había visto mirar a otra mujer.- Se acercó al estrado, donde se encontraba Ral-. Es evidente que la deseas. ¿Por qué no te limitas a tomarla?

Ral apartó la vista de las escaleras por donde Caryn había desaparecido. Le dolía el pecho al pensar en ella; pero no podía evitar hacerlo.

-Nuestra unión sólo produce amargura. El placer que proporciona es muy escaso.

-¿Todavía no ha aceptado que debe compartirte? Un día comprenderá que tienes necesidad de otras mujeres, como le ocurre a cualquier hombre.

Ral le dedicó una mirada sombría.

-¿Tú crees? ¿Y por qué ya no encuentro placer en las demás mujeres? ¿Por qué, a pesar de desearla, muro que se interpone entre los dos me impide experimentar placer al poseerla? -Un débil quejido escapó de su interior- ¿Por qué siento el dolor de mi esposa como si fuera mío?

-No puedo responderte. Tan sólo diré que…

-¿Puedes explicarme por qué debo continuar negando mis sentimientos cuando todo el mundo en el castillo está al tanto de ellos?

-No seas necio. Si le entregas tu corazón…

-¿Qué ocurriría entonces? ¿Qué terrible desgracia caería sobre mí? No sería peor que las que han sucedido. -Ral cerró las manos alrededor de los brazos de la silla y se puso en pie-. Sé que dice lo que piensas, pero sólo el tiempo dirá cual de los dos necios tiene razón.

Sin volver la vista atrás, se alejó de Odo a grandes pasos, mientras su amigo reflexionaba sobre las palabras que acababa de pronunciar.

-Por la sangre de Cristo -murmuró Ral con tono sombrío, profundamente cansado de que hasta el ultimo sirviente del castillo le diera consejos que no necesitaba.

Subió los escalones de dos en dos. De lo que no cabía duda era de que deseaba a Caryn, y creía que ella lo deseaba a él.

Aquella misma noche la había sorprendido mirándolo del mismo modo que solía hacerlo antes. Se había percatado de que tenía la vista fija en su cuerpo, de que el rubor se extendía por sus mejillas, mientras se humedecía los labios de forma inconsciente. Había visto esa misma mirada antes en los ojos de una mujer y, por *Dios,* no era un tonto.

Caryn era una criatura apasionada. Aunque se empeñaba en negar que lo deseaba, él sabía que el deseo estaba oculto en algún lugar de su interior. Si ella lo amaba profundamente, quizá podría perdonarlo. Tal vez podía recuperar su cariño e incluso hacer que aumentase.

Ral recorrió el pasillo y dejó atrás la sala de retiro. Al llegar a sus aposentos, llamó a la puerta y entró sin esperar respuesta.

-¿Señor? -Caryn estaba de pie frente a la llama vacilante de una vela. Ataviada sólo con un fino camisón, el cabello suelto le caía sobre los hombros como una hoguera rojiza y brillante. Las sombras danzaban en los toscos muros grises que se alzaban a su espalda, evocando a Ral las sombras del pasado que pretendía derrotar.

-Ya es hora que solucionemos el problema que existe entre ambos y de que vuelvas a dar calor a mi lecho.

Ella se puso rígida, y el normando se maldijo por haber elegido aquellas palabras. Sin embargo, la decisión estaba tomada, y el objetivo trazado. Estaba dispuesto a seguir adelante hasta haberlo alcanzado.

-¿No te importa que no te desee?

-Si creyera eso no estaría aquí.

-He cedido en otras ocasiones, pero esta vez me resistiré.

Él la miró fijamente y con determinación durante largo rato.

-Eres mi esposa. Si opones resistencia, te desnudare y te atare a la cama. - Por un instante, un fulgor destelló en los ojos castaños oscuros de Caryn.

-Como gustes, milord. Después de todo, soy tu esposa ante la ley y ante los hombres.

-Así es; además de tu señor, soy tu esposo. -Caminó hacia ella y se detuvo a los pies de la cama-. Ven aquí, Caryn.

Llena de inquietud, la joven vaciló un instante antes de acercarse a él. Mientras atravesaba la habitación, se percibía cierta tensión en sus andares a causa de la amarga resignación que sentía y el rígido autocontrol que se había impuesto.

Ral maldijo en silencio. Juró que acabaría con su resistencia, que encontraría una fisura en su armadura y una forma de abrir una brecha en sus defensas. Le haría el amor hasta que se desmoronara aquella fachada de frialdad y su esposa olvidara todo excepto las sensaciones que experimentaría al sentir las embestidas de su miembro erecto en el interior de su cuerpo.

Caryn se detuvo ante Ral, con actitud orgullosa prueba de que había en ella tanta resolución como la que pudiera tener él y que estaba decidida a no ceder ante la pasión que pudiera sentir.

El normando se inclinó para besarla y por un instante notó el temblor de sus labios y un calor que trocó en fría reserva por voluntad de Caryn. La besó de nuevo y le separó los labios con ternura mientras mordisqueaba las comisuras de su boca hasta conseguir que se relajara. Luego introdujo la lengua en su interior y saboreó la dulzura de su aliento, la fragancia del vino de bayas y su seductora esencia de mujer.

Las manos de él se posaron en sus senos y los apresaron a través de la fina tela de lino. Recordaba cada dulce curva, su firmeza y exuberancia y las rosadas cimas que los coronaban. Recordaba lo que sentía al introducirlos en su boca y succionarlos hasta que Caryn le clavaba los dedos en los hombros. Deseó hacerlo en aquel momento, de modo que le quitó el camisón, hizo que se girara un poco y comenzó a besarla en la espalda. Se deleitó con la suavidad y la flexibilidad de la piel de la joven, tan cálida que su verga, ya dura y palpitante, se levantó aún más.

Sin embargo, él percibía la resistencia de su esposa. Se proponía acabar con ella.

-Siéntate en el borde de la cama.

-Caryn apretó la mandíbula.

-Como gustes, milord.

Había pronunciado esas palabras con tono severo, aunque su voz tembló un poco, y él pensó que no era tan inmune a sus caricias como pretendía aparentar. Ella tomó asiento a los pies de la cama y se echó el pelo hacia atrás, en apariencia tranquila y sosegada, a pesar de que un leve rubor teñía sus mejillas como consecuencia de la desnudez de su cuerpo y de la cálida admiración con que él lo contemplaba.

-He pensado miles de veces en lo hermosa que eres.

Caryn no respondió. Su respiración se tornó un poco más agitada. Fijó la mirada en la pared.

-Abre las piernas para que pueda ver lo que con tanta insistencia me niegas.

Ruborizándose aún más, Caryn mantuvo juntas las piernas.

-Eres mi esposa -le recordó él, al tiempo que se inclinaba para besar el hueco de su garganta-. Tienes el deber de obedecerme. Ella separó las piernas lentamente, y Ral se situó entre ellas a la vez que la obligaba a tenderse en la cama. Luego la besó en la frente, los ojos, la nariz, los labios donde depositó un beso abrasador, degustando la boca de ella con toda calma para después separarse bruscamente. Entonces Ral comenzó a acariciarle los pechos y se demoró en los pequeños pezones erectos hasta que éstos se contrajeron y se pusieron duros, adquiriendo un tono más oscuro.

Caryn emitió un suave gemido de furia o tal vez de placer. El le aprisionó un seno con la boca, utilizando la lengua para acariciar el pezón rígido; la circundaba y lo mordisqueaba con suavidad. Sus esfuerzos encontraron justa recompensa en otro dulce gemido que esta vez no ofrecía la menor duda.

Las manos del hombre recorrieron el cuerpo de Caryn hasta llegar a los suaves rizos de color rojizo que protegían su sexo. Un dedo separó los pétalos y con gran delicadeza, se introdujo en su interior.

-Es tan suave -murmuró mientras con la boca seguía el camino que sus manos habían trazado con anterioridad y depositaba húmedos besos en su vientre liso, moviendo a la vez el dedo en el interior de su cuerpo-. Tan húmedo. -Su lengua se hundió en el ombligo de la mujer, lo rodeó y descendió--. Estás hecha para esto, Caryn. ¿Es que no te das cuenta?

Por supuesto, ella no contestó.

Ral la obligó a separar las piernas un poco más y se arrodilló entre ellas para besarle el interior de los músculos mientras continuaba acariciándola.

-Por favor... -Él oyó sus gemidos y notó que le ponía las manos sobre los hombros, como si quisiera apartarlo de sí.

-¿Por favor qué, Caryn?

-Por favor Ral, no me hagas sentir esto.

-Como señor tuyo, tengo derecho a todo cuanto puedas ofrecer.

Tras depositar algunos besos más en su tentadora carne encontró el brote rosado de su deseo y posó la boca sobre el pequeño pliegue de piel sensible. Deslizó la lengua por él y la fragancia a almizcle que desprendía avivó su deseo y envió oleadas de fuego a su entrepierna, que ya palpitaba con una pasión irrefrenable; ardía de excitación, y cada latido de su corazón le hacía vibrar de ansia. Notó cómo el cuerpo menudo de Caryn temblaba y se arqueaba hacia él, la vio agitarse sobre el lecho y entonces introdujo la lengua aún más profundamente en su interior.

Caryn pronunció su nombre, y ello le dio alas. Incluso mientas él la paladeaba y la humedecía, ella luchaba para rechazarle y controlar su propia lujuria. De pronto notó que la mujer se aferraba a su cabello y levantaba el cuerpo. La pasión le arrancó unos suaves gemidos, y separo aún más piernas, jadeando.

Ral prosiguió, disfrutando de aquella dulzura, deslizando las manos bajo sus nalgas y agarrándolas para que se viera obligada a recibir cada una

de las acometidas de su lengua. Sintió que el cuerpo de ella se tensaba y estremecía de placer. Entonces supo que había conseguido su objetivo.

Antes de que el placer se hubiera desvanecido, Ral se desvistió y se colocó entre sus piernas. Buscó la entrada con su miembro y, tras dar con ella, lo hundió profundamente en su interior.

Caryn gritó al sentir el contacto, al notar como los músculos de su sexo se contraían cuando él se movía y percibir el grosor y la dureza de su verga.

«Dios, no puedo permitir que él venza.» Aunque su mente se rebelaba, nuevas oleadas de dulzura la inundaban, círculos de calor e increíble gozo. Él estaba poseyéndola de nuevo, y cada embate de su cuerpo la elevaba hasta la cumbre ardiente que ya conocía.

Quería rechazarlo, ponerse a salvo del dolor que vendría a continuación, pero Ral no se lo permitiría esta vez; no había posibilidad de escapar a la implacable persecución a que él la sometía, ni modo alguno de aplacar su propia pasión.

Sentía arder su cuerpo con las llamas de la excitación y el deseo. Lo enlazó con sus piernas, le rodeó el cuello con los brazos y se aferró a él con furia. Intentó pensar en el futuro, en Lynette y todas las demás mujeres que serían objeto del deseo de su esposo, pero su mente sólo se encontraba en el presente. E incluso tal pensamiento se desvaneció, y sólo quedó la presencia del cuerpo de Ral, el contacto de los músculos del hombre y las sensaciones que ella experimentaba cuando él la penetraba.

-Ra1… -murmuró-, Dios mío, Ra1…

Alcanzó el clímax una vez más y sintió cómo él se ponía tenso y, con un espasmo, vertía su semen dentro de su cuerpo.

Incluso antes de que todo hubiera acabado, notó cómo los ojos se le llenaban de lágrimas, que surcaron sus mejillas como riachuelos salados. Trató de incorporarse, pero él le rodeó la cintura con el brazo y la atrajo hacia sí. Ella quedó de costado y procuró reprimir los sollozos mientras todo su cuerpo temblaba a causa del esfuerzo que hacía por controlarse y del dolor que le producía aquel fracaso.

Con gran delicadeza, Ralle retiró el cabello de las mejillas.

-Lloras porque crees que te he derrotado -dijo suavemente -. ¿Es que no comprendes que eres tu quien ha vencido?

El único sonido que brotó de su garganta fue un sollozo entrecortado.

Ral hizo que volviera el rostro hacia él. A la luz parpadeante de las velas, los ojos del normando parecían más azules que grises, y un mechón de pelo oscuro le caía sobre la frente.

-Escúchame, Cara, No hay necesidad de que derrames más lágrimas. Eres tú, y no yo quien ha ganado a batalla. -Sonrió. El cansancio asomaba en cada rasgo de su cara-. He llegado a un acuerdo con el señor le Pontefact. Mañana, cuando salga de esta habitación, Lynette ya habrá abandonado el castillo.

¿Qué?

- La envío fuera.

-Pero, ¿por qué? –Caryn escudriñó su rostro -¿Porqué ibas a hacer algo así?

-¿Es que no te das cuenta chérie?-Le enjugó las lágrimas con los nudillos-. No es a Lynette a quien leseo, sino a ti. A nadie más.

Caryn observó las sombras que se proyectaban sobre las facciones del normando, el orgulloso trazado del mentón endurecido por la barba y la

firme mirada que había en sus ojos. ¿Era sincero? ¿Podría volver a confiar en él?

-Quiere creerte. Ral, pero...

-Te juro por Dios que es la verdad, cara, Sólo he pensado en ti desde 1a noche en que abandoné tu lecho.

Ella notó que las lágrimas. Le escocían los ojos y volvió la vista hacia otro lado.

-¿Entonces porque lo hiciste?

Ral no respondió de inmediato. Tras suspirar dijo:

-Resulta difícil de explicar. En parte fue a causa de Eliana; debido al poder que ella ejerce sobre Malvern. He visto lo que una mujer como ésa puede hacer a un hombre.

-Pero yo no soy así.

Él sonrío con dulzura.

-No, no lo eres.

-¿La amas? ¿Todavía la amas?

-Quizá la amé... una vez. Ahora la considero una mujer egoísta y ávida de poder.

-¿Y Stephen?

Ra1 vaciló antes de contestar.

-Él la ama como un hombre ama a una mujer

-¿Insinúas que...?

-Sí.

Sorprendida Caryn tomó aliento.

-Ese es el mayor de los pecados.

-Sí. Y sin duda provocará la ira de Dios. '

-Pero aún no comprendo qué relación tiene conmigo.

-¿No lo comprendes Cara?

-No, yo...

-Quizá sea mejor así. -Entonces la besó larga, profundamente, y ella sintió el sereno latir de su corazón

-Te he echado tanto de menos -susurró Caryn.

-No tanto como yo a ti, amor mío.

Caryn cerró los ojos y dejó que su calidez la envolviera. No había dicho que la amaba, sino que la deseaba más que a ninguna otra. Sin embargo, aquello era un principio, mucho más de lo que había supuesto que él llegaría a concederle. Ral la estrechó entre sus brazos y le mesó el cabello mientras inclinaba su cabeza hacia atrás para tomar su boca con un cálido y apasionado beso. Cuando por fin se retiró, Caryn estaba temblando.

-Estamos bien juntos, Cara. ¿Es que no lo ves?

Bien en el placer, bien en la satisfacción de una necesidad física, pero ¿y el amor? Quiso preguntar. Él había amado a Eliana y había sido herido, ¿sería capaz de volver a amar de nuevo? No lleg6 a formularle la pregunta. Tampoco había expresado el amor que ella sentía por él, pues temía hacerlo. Ral ya había huido una vez de ella y podría hacerlo de nuevo.

Sin embargo, la próxima vez Caryn no se lo perdonaría.

17

Preocupado por los aldeanos que habían perdido t-w ganado a causa de la morriña, Richard atravesó el patio en dirección a los corrales que se alzaban tras el establo. Hasta el momento, los animales del castillo de Braxston no habían contraído la enfermedad, pero el senescal comprobaba su estado diariamente; su carne sería vital para pasar el invierno.

Estaba rodeando el edificio cuando al pensar en la posibilidad de que lady Caryn hubiera ido a ver a su cervatillo, decidió entrar. En la penumbra del interior reinaba el silencio, y la oscuridad sólo se veía alterada por los rayos de luz que se filtraban oblicuamente a través de las puertas y ventanas. Olía a caballos y heno. A medida que caminaba, su túnica levantaba motas de polvo de la masa de tierra compacta que formaba el suelo.

A1 oír una voz, se volvió pensando que se trataba de lady Caryn. En un rincón del establo, Ancil dijo algo que Richard no consiguió entender y después se inclinó sobre el borde de un bartil.

-¿Qué haces aquí, pequeño? -preguntó el bufón con mayor claridad, y su risa resonó en el interior del barril.

Richard apenas oyó estas palabras, tan concentrado estaba contemplando las bien torneadas piernas del muchacho, que lucía una corta túnica que a duras penas tapaba las calzas, tan ceñidas que permitían adivinar unas nalgas de formas redondeadas. Firmes y curvilíneas, eran tan exuberantes como las de cualquier mujer; demasiado lozanas para pertenecer a un simple jovenzuelo desgarbado. Richard frunció el entrecejo. Observó aquel trasero sinuoso y notó cierta tensión en la entrepierna; en esta ocasión no se avergonzó del repentino abultamiento de aquella parte de su cuerpo, que sólo contribuyó a aumentar sus sospechas. Últimamente se había formulado una serie de preguntas sobre el bufón y las extrañas reacciones que experimentaba su cuerpo cuando se hallaba ante el muchacho, el último de los trovadores que permanecía en el castillo. Los demás habían reanudado sus viajes. Lady Caryn había insistido en que Ancil se quedara.

Mientras contemplaba las bien formadas caderas del joven, Richard pensó en los delicados rasgos de su rostro y en su voz, que a menudo adquiría un tono exageradamente grave. Había algo que no cuadraba en el bufón, y el senescal consideraba que había llegado la hora de descubrir de qué se trataba.

Asaltado por dudas cada vez mayores, Richard se dirigió con paso enérgico hacia donde se encontraba Ancil y le propinó una fuerte palmada en aquel trasero tentador. La cabeza del muchacho golpeó el interior del barril, del que volvió a salir con tanta rapidez que se le cayó el sombrero que llevaba puesto. Una melena sedosa y rubia se desparramó entonces sobre los gráciles hombros del joven.

-¡Richard! -exclamó con un acento melodioso.

Salvo por las orejas, Ancil era realmente bien parecido; hermoso como una mujer, lo que, a todas luces parecía ser.

-Así me llamo, mozuela mentirosa. Ahora descubriré tu verdadera identidad.

Loca de inquietud, la muchacha miró en todas direcciones, con la esperanza de que nadie hubiera presenciado la escena. Se metió en el barril y, junto con uno de los por entonces ya crecidos gatitos de lady Caryn sacó su sombrero de fieltro marrón. Se lo encasquetó colocó su larga cabellera rubia en el interior. Al hacerlo despegó sin querer algo de la parte posterior de su oreja la cual se ajustó perfectamente a su cabeza, lo que contribuy6 a hacer aún más patente su condición de mujer

Richard se agachó y recogió el pequeño trozo de arcilla. Lo hizo rodar entre los dedos. .

-Creo que necesitas esto.

La joven se lo arrancó de las manos y volvió a ponérselo detrás de la oreja, que de nuevo sobresalió.

-Gracias.

-Nos has mentido, te has burlado de nosotros y nos has hecho quedar como unos tontos.

«Especialmente a mí -pensó con una cierta amargura- De todas formas, hubiera acabado dándome cuenta de quién eres».

Nerviosa, la impostora se humedeció los labios y miró hacia la puerta como si pretendiera correr hacia ella de un momento a otro para escapar.

Richard dio un paso amenazador hacia la doncella.

-Puedes explicármelo a mí o a lord Ral. No mi me importa a quién elijas.

-Te pido por favor, Richard, que no se lo digas al señor.

-¿Porqué nos has engañado?

Ella posó su delicada mano en el antebrazo del senescal, que percibió un contacto tibio y suave sobre su piel; una repentina oleada de calor le invadió.

-No pensaba quedarme tanto tiempo. Si no nos hubiéramos hecho amigos, la verdad habría carecido de importancia. Desde que entablamos amistad, he lamentado esta mentira.

-¿Por qué finges ser un muchacho?

Ancille explicó de forma tan resumida como pudo que en realidad ella era lady Ambra, que había sido prometida a Beltar *el Cruel* y que, a fin de evitar que el matrimonio se celebrase, se había visto obligada a huir.

-Un compromiso como ése no puede romperse -replicó él, sintiendo una súbita opresión en el pecho-. Tendrás que regresar con tu tío.

Ambra alzó la barbilla. Si mientras le había creído un muchacho, lo había encontrado atractivo y encantador, ahora que sabía que era una mujer, le parecía que las delicadas facciones de su rostro no tenían parangón.

-No -dijo ella-. He llegado demasiado lejos para regresar ahora. Nunca me casaré con un hombre de la calaña de Beltar.

-En cuestiones como ésa, la opinión de una mujer no cuenta en absoluto -repuso Richard con firmeza-. Si estás destinada a convertirte en la esposa de Beltart así tendrá que ser.

Tendió la mano con intención de posarla en él brazo de la doncella, que lo apartó bruscamente.

-No lo haré, Richard, y ni tú, ni Braxston, ni nadie en el mundo puede obligarme a ello. Yo sólo casaré por amor.

-Hablas como una jovencita tonta. Tu tío sabe qué te conviene y tendrás que cumplir sus deseos. Si estuvieras bajo mi tutela, te daría unos buenos azotes por haberte escapado.

-Por fortuna no estoy bajo tu tutela. Y jamás te he visto alzar la voz a nadie y mucho menos la mano.

Richard se sonrojó; era tan incapaz de golpearla como de volar. En verdad, esto último era lo único que podía hacer para evitar acercarse a ella y acariciarla, lo que, de pronto se daba cuenta, hacía mucho tiempo deseaba.

-Hay que explicárselo a Lord Ral.

-Maldito seas, Richard, Creí que éramos amigos.

Amigos, El senescal pensó que quería de Ambra algo más que una simple amistad, y que era una dama, aunque poco dócil y difícil de manejar, y que estaba prometida en matrimonio a otro hombre.

-Sí, supongo que lo somos.

-Lady Caryn ha consentido en ayudarme. Dime que también puedo contar contigo.

En efecto, podía, pensó él mientras se esforzaba en reprimir el deseo que la joven despertaba en él.

-Eres testaruda y voluntariosa. No hay duda de que el hombre que se case contigo tendrá una vida muy agitada. Pero ¿qué se le va a hacer? Sí, puedes contar conmigo.

Ella le echó los brazos al cuello y le dio un sonoro beso en la mejilla.

-Gracias, Richard.

En lugar de estrecharla contra sí y besarla apasionadamente como deseaba, carraspeo y retrocedió.

-Por encima de todo, debo lealtad al señor de Braxston Keep, Tienes tiempo de decidir qué vas a hacer, pero *no* puedo garantizar tu seguridad eternamente.

Ambra se limitó a sonreír. Dio un ágil paso y volvió a ser Ancil el bufón.

-Me alegro de que sepas la verdad, Richard.

El también se alegraba, por supuesto. Al menos, tenía la seguridad de que el deseo que atravesaba su cuerpo como un cuchillo ardiente no lo suscitaba un muchacho, sino una mujer.

Caryn bajó por las escaleras de piedra que conducían a la gran sala. Desde que compartían el lecho, Ral se había mostrado amable y considerado, cariñoso, tierno e intensamente apasionado en el amor. Sin embargo, parecía temer bajar la guardia por completo. Y ella actuaba con mayor cautela aún.

Tal como el normando había prometido, Lynette se había marchado del castillo. No obstante, Caryn continuaba recelando de él y, a pesar de que cada noche anhelaba sus caricias, no estaba segura de poder c volver a confiar en su esposo. Evitaba encontrarse con él siempre que podía, temerosa del poder que ejercía sobre ella y decidida a proteger su corazón.

Él sonrió al verla acercarse y, por un momento, en sus ojos se reflejó el ansia que sentía de ella. Luego, con un esfuerzo, apartó la mirada. Le indicó con una seña que se aproximase mientras permanecía junto a la puerta principal para dar la bienvenida a Hassan, el médico árabe que acababa de regresar al castillo.

Mientras conversaba con el recién llegado, Ral en un gesto posesivo, rodeó el talle de su esposa con el brazo y la atrajo contra su costado.

-Me alegro de verte, amigo mío -dijo al árabe- La última vez que estuviste aquí, apenas tuvimos oportunidad de hablar.

-Y yo me alegro de estar de vuelta.

Era un hombre tranquilo, moreno, exótico, alto y tan delgado que los huesos se le marcaban bajo la piel. Tenía la nariz afilada, ligeramente corva en el centro, y sus ojos, negros como la noche, parecían reflejar una especie de paz interior.

-Hassan ha accedido a quedarse al menos quince días -anunció Ral, mirando a su mujer con una sonrisa-. Así tendremos tiempo de afianzar nuestra amistad.

Caryn también sonrió, a pesar de que deseaba que Ral la soltase.

-Se dice que los médicos árabes son los mejores del mundo. ¿Ha accedido también tu amigo a dedicar un poco de su tiempo a mi instrucción?

Los blancos dientes del árabe brillaron.

-Por supuesto, milady, si así lo deseas. - Se inclinó sobre su mano-. Será un placer para mí.

Otra tarea que le permitiría distraerse y ahuyentar las preocupaciones respecto a su esposo y el futuro.

Ral me ha contado que trabajaste al servicio del rey – dijo a Hassan mientras entraban en el castillo.

Atravesaron la amplia sala y se sentaron a la mesa que había sobre el estrado.

-Así es, y aún estoy a su servicio. Fue Guillermo quien me pidió que fuera a Grennel. Al rey le complacerá saber que su amigo vivirá.

-¿Estuviste con Guillermo en Hastings? – preguntó Caryn.

-Así es milady. Tuve la fortuna de atender a los heridos en el campo de Senlac. Cuando, gracias a su valentía, tu esposo salvó la vida del rey, yo estaba allí para salvar la suya.

Al imaginar a Ral herido y cubierto de sangre algo se removió en el pecho de Caryn.

-¿Te interesa el arte de la curación?

-Mi esposa está interesada en aprender – intervino Ral – Al parecer, el tema carece de importancia.

-Mi madre entendía de hierbas y técnicas curativas – explicó Caryn – Yo desconozco por completo el tema. Desde la última visita, he procurado informarme un poco al respecto.

Después de que Ral hubiera vuelto a su 1echo, la joven había acudido al sacerdote, con la esperanza de que el estudio la distrajera de sus preocupaciones.

-Ya he hablado con el cura. El padre Burton ejerce de médico en Braxston. Me ha proporcionado varios textos en latín y francés para que los lea.

El árabe arqueo una ceja.

-Una mujer culta; es tan poco corriente en vuestro país como en el mío.

-Espero que no lo encuentres ofensivo.

-Todo lo contrario. Gracias a ello, mi cometido resultará mucho más interesante. Respecto a los textos que has estado leyendo... Los mejores

médicos provienen del sur de Francia. Aun así, no pueden compararse con los médicos árabes.

-No son palabras vanas, Cara. –Ral la cogió de la mano y entrelazó sus dedos con los de ella, en cuyo interior se agitó una inoportuna oleada de deseo-. Conozco por lo menos a una docena de buenos caballeros que habrían muerto de no haber intervenido Hassan.

-Entonces me esforzaré por aprender bien las lecciones -dijo la mujer-, ya que nada me gustaría más que poder ayudar a la gente del pueblo.

Y juntos así lo hicieron. Tan pronto como se extendió por Braxston la noticia de que se hallaba entre ellos un eminente médico, la gente comenzó a acudir al castillo; ancianos, enfermos, personas debilitadas y tullidos. Ral ordenó que limpiaran un almacén para convertirlo en enfermera, que fue amueblada con mesas y bancos. Hassan y Caryn atendían allí a los pacientes.

La práctica de la medicina resultó ser considerablemente diferente a lo que ella había esperado. Allí donde el párroco había prescrito severas purgas, sangrías y amputaciones, convencido como estaba de que la enfermedad era una especie de castigo divino, Hassan optaba por aplicar tratamientos no tan rigurosos con frecuencia mucho más efectivos: una cataplasma para un abceso en una pierna; un ungüento a base de acedera y lanolina para los problemas de piel; uña de caballo con miel para la tos; pimienta y azufre para la comezón, o rábano picante con sebo para las torceduras y contusiones.

Las extrañas prescripciones de Hassan no gustaron nada al sacerdote, que estaba seguro de que los remedios de aquel bárbaro eran obra del diablo. Cuando Hassan le recomendó un cambio de dieta a una mujer que padecía una afección pulmonar, el padre Burton montó en cólera.

No puedo creerlo – exclamó -. En Francia le habrían afeitado la cabeza: la habrían abierto el cráneo para extraerle el cerebro. Es del todo improbable que un cambio de dieta pueda solucionar el problema.

Hassan sonrió.

-También es altamente improbable que la paciente sobreviviera a una operación quirúrgica como ésa.

Caryn sonrió a su vez. Simpatizaba con aquel hombre exótico de piel oscura, ya medida que pasaba el tiempo, su admiración por él iba en aumento. Trabajaban juntos todos los días, y ella aprendía cada vez más, fascinada por el poder curativo que Hassan hallaba incluso en las hierbas más vulgares.

El ajenjo estimulaba el apetito y estaba especialmente indicado para ancianos y enfermos. La raíz de mandrágora resultaba de gran ayuda en el tratamiento de infecciones e inducía al paciente a dormir. Mientras que para tratar una infección de bazo, el párroco prescribía un brebaje elaborado con las cabezas de siete murciélagos bien cebados o para curar *los* cálculos filiares recomendaba una tintura a base de grillos y escarabajos peloteros, Hassan recogía y preparaba sus hierbas cociéndolas en un horno o moliéndolas en un mortero de piedra.

Enseñó a Caryn todas sus técnicas y se las explicó en profundidad. Ella las aprendió con gran rapidez, dando por sentada la eficacia del arte de Hassan. La rivalidad entre éste y el padre Burton crecía día a día, y la joven

sabía que no acabaría hasta que el árabe se marchara, pero hasta entonces le quedaba mucho por aprender.

Levantó la vista al oír que alguien la llamaba.

-¡Lady Caryn! -exclamó Nelda-. ¡Debes traer al médico cuanto antes!

La mujer alta y delgada se hallaba junto a la puerta de la enfermería, pálida, con las manos trémulas.

-¿Qué ocurre, Nelda?

Es la muchacha, Edmee. Ya ha cumplido, y el niño no viene. Isolda dice que está mal colocado y no ha podido darle la vuelta. La pobre Edmee está cada vez más débil. Por favor, señora, os ruego que vengáis. -Buscaré a Hassan.

Lo encontró sentado junto a Ral en el gran salón, con la espalda recostada contra el muro de piedra en actitud despreocupada. Al ver la expresión de alarma en el rostro de Caryn, los dos hombres se pusieron en pie.

-¿Qué sucede? -preguntó Ral, preocupado.

-Una mujer del pueblo tiene problemas con parto. Han venido a pedir que Hassan les ayude.

El árabe se alejó de la pared y caminó hacia ella la elegancia que le caracterizaba.

-No faltaba más. Cogeré mis cosas.

-Os acompañaré. -Ral rodeó la cintura de su esposa con el brazo en actitud protectora. Si la angustia no se hubiera instalado de aquel modo en su corazón, Caryn habría dado gracias por tenerlo junto a ella.

Ordenaron que les preparasen los caballos mientras recogían el material necesario. Cuando salieron del castillo estaba lloviendo y el viento agitaba las ramas de los árboles y azotaba la hierba de los campos. La temperatura había descendido, y Caryn temblaba arrebujada en su capa. Cuando un golpe de viento hinchó la tela que se enganchó en una rama, Ral se acercó y la soltó.

-Debería haberte prohibido que vinieras. Llueve y hace frío. Es una noche muy poco adecuada para salir.

-Agradezco tu preocupación, milord, pero me encuentro bien. Hassan se marchará pronto, y debo aprender cuanto pueda.

Ral refunfuñó.

Minutos después llegaron a la cabaña cuya silueta, pequeña y oscura, se recortaba contra los campos sembrados entre los que se alzaba. Caryn estaba helada hasta los huesos, y las ropas mojadas se pegaban a su cuerpo; sin embargo, nada de eso le importaba, preocupada como estaba por la mujer y el niño que en aquel momento luchaban por sobrevivir en el interior de la pequeña casita con techo de paja.

Hassan la detuvo cuando se dirigía presurosa a la puerta.

-Muchos consideran que la limpieza no afecta al proceso de curación. Sin embargo, he comprobado con la experiencia que se reduce el riesgo de infección, y por consiguiente de muerte, cuando se utilizan paños limpios y jabón.

-Los he traído, tal y como pediste - dijo Caryn.

Tras lavarse las manos, el médico y la dama entraron en la habitación, que era pequeña y estaba mal ventilada.

-Hace demasiado calor aquí- observó el árabe.- La mujer está perdiendo mucho líquido. Levantad la trampilla de la puerta.

-Entonces se resfriará.

La comadrona se levantó del jergón de paja donde Edmee y a cuyos pies había estado sentada.

-Si no muere en el parto, lo hará a causa de la fiebre. -He aprendido que es mejor solucionar los problemas uno por uno.

-Haced lo que dice -ordenó Ral con suavidad y sonrió a su esposa para mostrarle su apoyo. Luego se dirigió a la puerta. Había decidido esperar fuera, junto a Tosig, el marido de Edmee, y compartir con él una botella de vino para combatir el frío y ayudar así al pobre hombre a aliviar sus temores.

-¿Qué le das? -preguntó Caryn a Hassan, cuando Ral hubo salido. La habitación le parecía más grande sin el normando, y menos acogedora. -Una pócima elaborada a base de ruda, sabina, labrótano y lirio. -Llevó la poción a los temblorosos labios de la mujer, que estaba bañada en sudor y cuyo cabello caía, húmedo, sobre sus hombros-. La ayudará a relajarse…

-Tranquilízate, Edmee -susurro Caryn a la muchacha mientras le refrescaba la frente con un paño mojado-. Hassan sabe qué te conviene.

-Si hay que elegir, quiero que salven a mi hijo. Mi marido desea desesperadamente un varón.

A Caryn le dio un vuelco el corazón; a la muchacha no le importaba sacrificarse por el hombre a quien amaba. Se preguntó hasta dónde podría llegar por amor a Ral y, en aquel momento, supo que sería capaz de hacer casi cualquier cosa. No era un pensamiento reconfortante.

-La preocupación que sientes dificulta el parto -dijo Hassan a Edmee-. Por favor, intenta relajarte. El árabe esperó a que la pócima surtiera efecto.

Luego hizo que la parturienta separase las piernas y palpó en su interior.

-La comadrona tiene razón. El niño viene de nalgas y está algo encajado.

- ¿Podrás darle la vuelta?

-No estoy seguro.

Con sus largos brazos consiguió imprimir una suave presión para darle la vuelta al feto y de ese modo colocarlo en la posición adecuada. Cada minuto parecía una eternidad, y los gritos de dolor de la mujer resonaban en la habitación. Hassan continuó inclinado, tan absorto en el cumplimiento de su cometido que su rostro Comenzó a brillar a causa del sudor. Edmee estaba tan pálida que Caryn temió estuviera a punto de morir. Finalmente, Hassan levantó la cabeza.

-Preparad la silla de parto. La cabeza está ahora en la posición Correcta.

-Gracias a Dios -murmuró Caryn y rezó en silencio una plegaria por la vida de la madre y su hijo. Tosig se volvería loco de alegría. De pronto, un pensamiento tomó forma en su mente: ¿Cómo se sentiría Ral si ella hubiera sido la mujer y el niño fuese su propio hijo? Hassan mezcló dos dracmas de hisopo y díctamo con dos escrúpulos de azogue. Edmee bebió la poción mientras la acomodaban en la silla de parto. Transcurridos unos minutos, la cabeza del niño salió al exterior y, gracias a las instrucciones de Hassan, aparecieron a continuación los hombros, y tras ellos el cuerpo, diminuto y reluciente.

Isolda sacó al niño de la matriz de su madre, cuya cara se iluminó con una radiante sonrisa.

-Lo has conseguido, extranjero. Has tenido éxito donde yo hubiera fracasado.

-Enseñaré a lady Caryn a mezclar la poción, y de este modo ella te lo enseñará a ti. La próxima vez no fracasarás.

-¿Está bien? -preguntó Tosig, que entró en la habitación precedido de Ral. Su mirada ansiosa se posó en los ojos cerrados y la cara pálida de su mujer.

-Tu esposa y tu hijo se encuentran perfectamente. - Isolda depositó al niño dormido en los brazos de su madre, que a su vez dormía tan profundamente como el bebé.

-No encuentro las palabras adecuadas para daros las gracias -dijo Tosig a Hassan con los ojos empañados en lágrimas-. Que Dios os recompense por Vuestra bondad a lo largo de los años que aún están por venir.

Se sentó junto al jergón y cogió la mano de su joven esposa.

Estaba a punto de amanecer cuando salieron de la casa de Edmee. Caryn nunca se había sentido tan despierta y llena de vida. El aire ya no era tan frío, y el cielo parecía más inmenso.

Hemos hecho algo maravilloso -dijo Caryn-. Nada puede proporcionar tanta alegría.

Ral tomó su rostro entre las manos, enormes, poderosas y capaces de mostrar una infinita delicadeza.

-Ojalá el niño hubiera sido nuestro -dijo y la besó con dulzura en los labios.

¿Qué sensaciones experimentaría al dar a luz al hijo de Ral? se preguntó. Sentiría dolor, por supuesto, pero también la embargaría la alegría de tener en los brazos al hijo de ambos; disfrutaría del placer de verlo crecer. Le complacía saber que Ral deseaba tener un hijo.

Volvió la vista hacia la casa, y la sonrisa dibujada en sus labios comenzó a desvanecerse. En el interior de la cabaña, el pequeño mamaba del pecho rebosante de su madre. Caryn recordaba cómo durante el embarazo la joven había adquirido un volumen cada vez más engorroso. Había engordado, y paulatinamente sus movimientos habían perdido agilidad. Pensó en los torpes andares de Edmee y en cómo el exceso de peso había dejado unas feas marcas en su piel.

Caryn siguió con la mirada a su marido, que se encaminaba hacia el lugar en que se encontraban los caballos. Alto, bien parecido, viril y robusto, Ral era el sueño de cualquier mujer y, aunque hubiera carecido de un título nobiliario, no le habría faltado la compañía femenina. Se miró la cintura, que continuaba tan estrecha como antes, a pesar de que en aquel preciso momento la semilla de él podría estar creciendo en su interior.

¿Qué pensaría su esposo cuando ella se volviera tan gorda y torpe como Edmee? ¿Sentiría asco al verla? ¿Qué ocurriría con la pasión que en esos momentos le demostraba? Cuando su hijo naciera, ¿estaría él presente? ¿Seguiría siéndole fiel? Probablemente buscaría una amante, supuso Caryn, sintiendo que se le revolvían las entrañas. El normando había renunciado a Lynette, pero nunca había asegurado que no habría otra. Y jamás había mencionado la palabra «amor». La mujer se estremeció.

-Tienes frío-dijo Ral, volviendo a su lado-. Cabalgaremos juntos en mi caballo.

Caryn no protestó, pues necesitaba sentir el calor de sus fuertes brazos alrededor de su cuerpo. Necesitaba sentirse deseada y segura.

Se preguntaba durante cuánto tiempo Ral la haría sentir así.

Con expresión ausente, Richard acabó de comer. Sus pensamientos se centraban en la fiesta que se celebraría aquella noche.

-¿Dónde está el bufón?-preguntó lord Ral sentado junto a él en la tarima-. Tenemos muchas cosas que celebrar. Me gustaría oír un poema dedicado al nuevo hijo de Braxston que Hassan ha ayudado a traer al mundo.

Richard se removió inquieto al pensar en la muchacha que pronto haría acto de presencia y los entretendría con su espectáculo. Desde que había descubierto que se trataba de una mujer, cada uno de los movimientos de Ancil atraía su mirada y le encendía la sangre. ¿Qué pensarían los demás hombres si se enterasen de su verdadera identidad? Era indecente que una dama se vistiera de aquella forma, exhibiendo sus bien torneadas piernas bajo una corta túnica y haciéndole cavilar sobre el tamaño de sus pechos; ¿el hecho de que no se marcaran bajo la ropa se debía a que eran pequeños o a que ella había conseguido disfrazarlos del mismo modo que había hecho con las orejas?

Intranquilo, el senescal esperó a que la cena hubiera concluido para acercarse a la muchacha que aguardaba en el pasillo.

-Me gustaría hablar contigo.

-Claro, Richard. ¿Por qué no entramos en mi habitación? Allí nadie nos verá.

Descorrió la cortina de su pequeño dormitorio.

-No podemos entrar ahí. Sería indecoroso.

-Nadie sabe que soy una mujer.

-Yo lo sé -replicó él, corriendo la cortina bruscamente-. Precisamente por eso te buscaba.

Ella se volvió hacia él y lo miró directamente a ojos. Su expresión permanecía oculta tras la pintada mitad blanca, mitad negra, que le cubría el rostro.

-Continúa.

-Es impropio de una dama exhibirse de ese modo. Debes decir la verdad a lord Ral.

-No, sabes perfectamente que no puedo.

-Entonces encuentra el modo de acabar con esa farsa impúdica. Eres una dama. No puedes seguir comportándote así.

Ambra puso los brazos en jarras, ciñendo la túnica en torno a sus caderas, de tal modo qué se hizo patente la esbeltez de su cintura.

-Yo represento el papel de bufón. No hay nada indecente en ello, y si lo hubiera, no sería de tu incumbencia.

-Es de mi incumbencia desde el momento en que te has puesto bajo mi protección.

-No necesito tu protección. Y mi comportamiento siempre ha sido el que corresponde a una dama. El hecho de que cante y baile no cambia en absoluto esa circunstancia. -Dicho esto, se escabulló por debajo de la cortina.

Richard la siguió.

–Maldita sea. No eres más que un fastidio.

Y demasiado hermosa para expresarlo con palabras. Ahora que adivinaba lo que ocultaba el disfraz, se quedaba sin voz sólo con mirarla.

-Y tú, Richard, eres remilgado y mojigato. Si tanto te disgusta mi compañía, ¿por qué no te vas?

Richard se irritó aún más, al tiempo que la vehemencia de su deseo crecía con cada latido de su corazón. Se inclinó ante ella en una reverencia elegante y burlona.

-Como deseéis, milady.

-No me llames así; es demasiado peligroso. ¿Qué ocurriría si alguien te oyese?

-¿Desde cuándo te importa el peligro? – se mofó él.

Tras estas palabras, le dio la espalda y salió de la habitación con paso majestuoso.

18

Ral, a lomos de su corcel negro, encabezaba una pequeña partida de hombres. Los caballos levantaban densas nubes de polvo a su paso. Pertrechados para la guerra, con la cota de malla, la espada y el escudo, patrullaban el territorio que se extendía al norte de la fortaleza, atravesando montañas y valles en busca del Hurón.

Nada se había sabido del proscrito desde su funesto encuentro con Malvern: no *más* actos de pillaje, ni asaltos a viajeros, ni caravanas perdidas. Sin embargo, Ral cabalgaba intranquilo en su montura. Su instinto y la experiencia de muchos años de combate le indicaban que, tarde o temprano, el Hurón regresaría. Sospechaba que el bandido habría reclutado más hombres y que no tardaría en atacar a los incautos.

Ral estaba decidido a impedir que eso ocurriera.

-Más adelante, cerca del río, hay unas huellas que atraviesan el camino – dijo Odo, que cabalgaba junto a él -; un carro y viajeros que van a pie. No parece probable que se trate del Hurón

Ral asintió con la cabeza.

-Él y sus hombres viajan siempre a caballo. ¿No ves nada extraño?

-No, milord.

En aquel preciso momento, Geoffrey se acercó a lomos de un enorme caballo blanco llamado *Baron.*

-¿Lo has encontrado, milord? ¿Ha descubierto Odo dónde se esconde el Hurón?

-No; no hay rastro de él, lo que significa que, al menos durante un tiempo, estaremos a salvo de su perfidia.

Geoffrey se relajó en su silla.

-Mi mayor anhelo es que no vuelva a dejar ver su malvado rostro.

Ral no hizo ningún comentario. En muchos aspectos, él sentía lo mismo. Sin embargo, la tierra que recibiría en recompensa si capturaba al forajido era de suma importancia para él, sobre todo en esos momentos, cuando se habían perdido tantas cabezas de ganado. El regreso del Hurón significaba saqueos, robos y" viajeros aterrorizados, pero sin él no había tierra.

Ral miró a Geoffrey y le vio sonreír con despreocupación e incluso reír al oír un comentario de Odo. Desde que había vuelto a compartir el lecho con Caryn, apenas pensaba en él, aunque de vez en cuando se deslizaba en su mente algún que otro pensamiento acerca del joven y hermoso caballero.

Caryn continuaba hablándole afectuosamente y jugando a ajedrez con él en el gran salón; seguía riendo con más facilidad cuando se encontraba en compañía del joven que cuando estaba con su marido. ¿Qué sentía ella por el muchacho? ¿Cómo podía estar seguro de que tales sentimientos no se harían más profundos?

Había conocido a muchas mujeres, pero sólo había amado a una: Eliana, una víbora con apariencia femenina, la tentación y la corrupción bajo el disfraz de una mujer; una arpía capaz de engañar y traicionar sin sentir por ello el más mínimo remordimiento.

Las demás mujeres que había conocido no eran mucho mejores. Se esforzaban por complacerle mientras estaban a su lado. Y cuando se cansaba de ellas se marchaban y repetían las mismas promesas de amor y fidelidad a su nuevo amante, y luego al siguiente. Y así una y otra vez.

Su madre, en cambio, había sido una buena mujer, siempre leal, a pesar de los devaneos de su marido. Esposa amable y cariñosa se había mostrado tolerante con las numerosas amantes de su padre, dispuesta a i aceptarle con agrado en su lecho siempre que él deseaba volver a él. Y según las noticias que tenía, sus hermanas habían permanecido siempre fieles a sus maridos.

¿Y Caryn? Ya sabía que nunca le perdonaría las infidelidades que pudiera cometer, y en verdad no deseaba a ninguna otra mujer. Sin embargo, ¿qué ocurría con los deseos de ella? Aparte de la necesidad física, ¿qué sentimientos albergaba hacia él? ¿Hasta qué punto le importaba?

Cada día que pasaba, los sentimientos de Ral hacia Caryn se hacían más profundos, lo que le aterrorizaba. No obstante se había forzado a admitirlos para disipar sus temores y ofrecer a su esposa su fidelidad y sobre todo su confianza; una confianza que aumentaba día a día.

Le horrorizaba pensar en lo que estaba arriesgando.

Mientras galopaba de regreso al castillo, rogaba para que esta vez no tuviera que lamentarlo.

-El juego ha terminado. ¡Beltar está en camino!

El corazón de Ambra comenzó a latir con fuerza. Se encontraba junto al puente levadizo, disfrutando de un paseo antes de la comida del mediodía bajo los tibios y brillantes rayos del sol. Al oír la voz de Richard; se volvió hacia él.

-Dios mío, Richard, no hablarás en serio, ¿verdad?

Él continuó acercándose a ella con paso presuroso e inflexible. La expresión de su rostro mostraba claramente que no había bromeado.

-Esta mañana ha llegado un mensajero. Beltar estará aquí mañana.

-Él no puede saber que estoy aquí.

-Pues ése es el motivo de su viaje.

-Pero ¿cómo lo ha descubierto?

-Tanto lady Caryn como yo lo sabemos. Los miembros de la *troupe* también lo saben. No es de extrañar que otros se hayan enterado.

Ambra trató de calmar el temblor de sus manos…

-¿Qué más dijo el mensajero?

-Beltar acusa a lord Ral de haberte secuestrado. -La respiración de Ambra se volvió entrecortada- Exige a Braxston que te ponga en libertad. Insinúa que el Caballero Negro te ha obligado a compartir su lecho, que te ha convertido en su amante.

-Dios bendito. ¿Y qué dice lord Ral?

Las mejillas de Richard adquirieron un leve tinte rosado.

-Aún no lo sabe. Sólo he comunicado el mensaje a lady Caryn. -Volvió la vista hacia los muros de piedra gris del castillo-. Ella ha salido en su busca. Quizá consiga que se ponga de tu parte.

-A lord Ral no le gustará que se lo hayas ocultado.

-Como tú misma dijiste, somos amigos.

-Sí.

Sin embargo, no era su amistad lo que Ambra quería. Ahora que debía marcharse, se confirmó lo que siempre había sospechado, lo que verdaderamente deseaba era el amor de Richard.

-Lady Caryn intercederá por ti. Tal vez Lord Ral consiga convencer a lord Beltar de que…

-No; no puedo arriesgarme.

Hizo ademán de alejarse, pero el senescal la cogió del brazo.

-¿Adonde pretendes ir?

-Lo mas lejos que pueda.

Avanzó otro paso, y él le apretó el brazo con fuerza.

-No puedo consentir que hagas eso.

Su mirada se posó en et rostro de la muchacha. Tendió la mano para quitarle el sombrero, dejando que se desparramase su brillante cabellera rubia. A continuación desprendió el trozo de arcilla de la parte posterior de sus orejas.

-Eres una mujer - dijo con dulzura – una mujer joven y hermosa. Es peligroso que vagues por los campos. Si lord Ral no puede ayudarte no tendrás más remedio que aceptar tu destino.

Ambra la miró fijamente, mientras notaba cómo el corazón le latía con fuerza. Luego logró recobrar el ánimo y negó con la cabeza.

-Aunque no soy más que una mujer, hasta ahora me las he arreglado muy bien sola. Y continuaré haciéndolo.

Liberó su brazo y echó a andar. Richard no tardó en alcanzarla y, agarrándola por el brazo la obligó a darse la vuelta.

-Harás exactamente lo que te he dicho ¿me oyes?

-Haré lo que me de la gana. —Intentó zafarse de él, pero Richard no se lo permitió.

-Eres terca y porfiada. Eres atolondrada, impetuosa y completamente ingobernable. Compadezco Lord Beltar, si es que al final decide casarse contigo.

Sin pensar en lo que hacía, Ambra le propinó una sonora bofetada. Luego contuvo la respiración y lo mismo hizo Richard.

-Lo… lo lamento. -La muchacha se mordió el labio inferior al ver aparecer en el rostro del senescal una marca de un intenso color rojo-. No quería hacerlo.

Richard se limitó a apretar los labios. Volvió a cogerla del brazo, la atrajo hacia sí y posó su boca en la de Ambra, quien notó la tensión y la furia que lo dominaban y también la pasión que ardía en él. Richard introdujo la lengua en su boca, y ella sintió que las piernas le fallaban. Entonces el impetuoso beso se tornó más dulce. Aunque posesivo, su abrazo

dejó de ser brutal y comenzó a relajarse. Los labios de Richard rozaban las comisuras de su boca, paladeando su sabor y encendiendo el deseo en el cuerpo de ella. Cuando, con un brusco movimiento, se apartó de la joven, temblaba de arriba abajo.

-Lo siento. No debí hacerlo.

Ambra se palpó los labios, en los que aún resultaban visibles las huellas del beso. Todavía conservaba el sabor a él.

-Deseaba que me besaras; hace mucho tiempo que lo deseo.

Richard desvió la mirada.

-Tú y yo no nos parecemos en nada.

-Lo sé. Yo soy obstinada y voluntariosa, mientras que tú... tú eres remilgado y de costumbres demasiado arraigadas.

Los labios de Richard esbozaron una tímida sonrisa.

-Y tú estás prometida en matrimonio a otro hombre. -Cogiéndola del brazo, la obligó a ir hacia el castillo-. No pienso consentir que huyas. «Sí permitirás, en cambio, que él me lleve consigo.» Hacía tiempo que no lloraba; en aquel momento las lágrimas brotaron de sus ojos y comenzaron a rodar por sus mejillas.

-No puedo creer que hayas vuelto a engañarme-dijo **Ral** a Caryn, clavando en ella la mirada, como si de alguna manera le hubiera decepcionado.

-No trataba de engañarte, sino de ayudar a alguien que lo necesitaba.

-¿Tan segura estabas de que yo no lo haría?

-Verás yo…

-¿Lo estabas?

Se hallaban en la habitación que ambos compartían. Ral paseaba arriba y abajo ante los pies de la cama. Con cada poderosa zancada, su túnica se agitaba lentamente hacia los lados.

Caryn alzó la barbilla.

-Decidiste desposarte conmigo sin que te importara mi opinión al respecto. Ahora es Beltar quien desea casarse con lady Ambra. No creo que quieras contradecirle en eso.

Él la miró fríamente durante un instante que se le hizo eterno.

-¿Porqué me la cuestas ahora? ¿Por qué no me lo explicaste antes?

Caryn bajó la vista y la fijó en sus zapatos, sucios aún de barro a causa de su visita matinal a los establos.

-Lord Beltar llegará mañana.

Ral dio un puñetazo en un pilar de la cama.

-¡Por todos los santos! ¡No puedo creerlo! Beltar en Braxton; lo único que nos faltaba. -Se mesó el cabello mientras la frustración y la ira trazaban unos profundos surcos en su cara.-. ¿Cómo lo sabes?

Richard me lo ha dicho. Ha llegado un mensaje esta misma mañana.

-¿Richard? ¿Has involucrado a Richarden esta mentira?

-Fue a él a quien comunicaron la noticia. Quería hablar conmigo porque se siente atraído por lady Ambra ¿No os habéis fijado en la forma como la mira?

-Sí, ya me he dado cuenta. ¿Significa eso que Richard estaba enterado de la treta urdida por el bufón?

-Lo descubrió hace poco, aunque sospecho que su cuerpo lo adivinó desde el principio.

Ral gruñó.

-Eso no conviene a ninguno de los dos. La muchacha tendrá que volver con Beltar mañana.

Caryn cogió a su marido del brazo y notó la fuerza de aquel manojo de músculos.

-Por favor, mi señor, no hablas en serio, ¿verdad? - Ese hombre es un ogro. Intentó forzarla. No puedes permitir que se la lleve.

-Beltar es su prometido. No puedo hacer nada al respecto.

-Beltar te considera el responsable de todo lo ocurrido. Cree que la muchacha es tu amante. Quizá si le confirmaras sus sospechas...

-¡Por Dios bendito, mujer! Beltar es uno de los hombres más poderosos de Inglaterra. Podría armar un ejército de más de mil hombres si así lo quisiera. ¿Pretendes que me enzarce en una guerra sólo para impedir una jovencita cumpla su compromiso matrimonial?

Caryn respiró hondo. Visto de ese modo, Ral tenía razón. No podía poner en peligro a quienes dependían de él y causar de esta forma la muerte de muchos de ellos.

-¿No hay nada que podamos hacer? Es una joven tan encantadora.

Mientras pronunciaba estas palabras, una idea comenzó a tomar forma en su mente.

-No. Debo devolvérsela a Beltar. Y esperemos que no haya que convencerle de que yo nada tuve que ver con el secuestro.

Caryn volvió la cara.

-Como desees, milord.

Echó a andar hacia la puerta, y Ra1 *se* interpuso en su camino.

-Te das muy pronto por vencida, amor mío. -La miró con perspicacia, intentando adivinar sus pensamientos-. ¿Qué se cuece en tu astuta cabecita?

-Por desgracia, muy poco, milord.

-Bien. Mientras tanto, y sólo con el objeto de garantizar la seguridad de la doncella, la encerraremos en una habitación del castillo. Así tendré la certeza de que estará aquí cuando su prometido llegue mañana.

Caryn no dijo una palabra más. Lo que se proponía hacer no implicaba la huida de Ambra. Al atravesar la puerta del dormitorio sonrió para sí.

-Me gustaría hablar contigo, Richard, -Caryn asomó la cabeza por la puerta de la habitación en que el senescal estaba trabajando.

En lugar de encontrarlo inclinado sobre la mesa, como había supuesto, lo sorprendió caminando de un lado a otro, igual que Ral había hecho en el piso superior.

-Por supuesto, milady. -Se acercó a ella Con expresión meditabunda, buscando en su semblante la señal que le confirmase el cambio de opinión de su marido-. Se la han llevado arriba y la han encerrado en una habitación, Lord Ral ha apostado a hombres armados ante su puerta para asegurarse de que no escapará.

-Lo sé.

-Está llorando, milady, cuando lo habitual en ella es sonreír. Estoy muy preocupado por lady Ambra.

El rostro de Caryn se iluminó.

-Eso significa que sentís algo por ella, ¿no es cierto?

-Por supuesto que sí. -desvió la mirada-. Somos buenos amigos.

-¿Eso es lo único que hay, Richard? ¿Amistad?

Richard se sentía muy incómodo.

-La deseo, si a eso te refieres. Es algo natural, pues Ambra es una mujer muy hermosa.

-Me alegro de que te hayas dado cuenta...

Él suspiró.

-¿Y qué importa? Lord Ral hará todo lo posible para que se case con Beltar.

-Sí, eso es cierto, como también lo es que Ambra no podría desposarse con él si ya estuviera casada con vos.

-¿Qué?

-Estoy segura de que ya lo habías pensado. Has dicho que la deseas.

Sintiéndose inseguro, Richard apoyó una mano en la mesa.

-Sí, se me había ocurrido la idea, y la había desechado por juzgarla estúpida.

-¿Por qué? Como muy bien habéis dicho, Ambra es una joven encantadora. Sería una esposa perfecta para cualquier hombre.

-Para cualquiera menos para mí.

-No lo entiendo.

-¿Es que no lo comprendes? Nunca han existido dos personas más incompatibles. Yo escogería por esposa a una mujer silenciosa y sumisa, alguien que no me contradijese a cada momento, y Ambra no es precisamente sumisa.

-No, no lo es. Es vibrante, enérgica y está llena de vida. Es la clase de mujer que caminaría a tu lado en lugar de limitarse a seguir tu estela. Estoy convencida de que, después de pasar quince días junto a la clase de mujer que has descrito, te sumirías en el peor de los aburrimientos.

-No es cuestión de aburrirse o no -repuso Richard-, sino del comportamiento que cabe esperar en una mujer.

-En contadas ocasiones me comporto como tú consideras debe hacerlo una dama -le recordó Caryn, quien de repente le asaltó la duda de si no sería aquélla también la clase de mujer que Ral deseaba.

Richard la miró de un modo extraño.

--Supongo que eso es cierto. Me temo que no me he expresado bien.

Caryn guardó silencio un instante. Luego suspiró.

-Lo siento, Richard. No debería haber venido. Me he equivocado al pedirte que hagas algo que no deseas. Simplemente pensé que tal vez... confiaba en que...

Se encaminó hacia la puerta.

-Espera.

Caryn se volvió hacia él y vio la incertidumbre reflejada en su atractivo rostro.

-Quizá tengas razón.-Se irguió, con una expresión demasiado seria para un asunto que en principio debería haberle hecho feliz-. Tal vez se corrija con el tiempo. Además, es mi deber cristiano salvarla de un hombre como Beltar.

«Deber cristiano», pensó Caryn sonriendo para sus adentros. No lo consideraría un deber cuando tuviera que llevar a la hermosa Ambra a su lecho.

-Tal vez tú también aprendas a corregirte un poco.

Richard frunció el entrecejo ante tal idea, pero optó por no discutir.

-¿Has consultado esto con Ambra? ¿Estás segura que me aceptara?

-Me temo que tendrás que ocuparte tú de hablar con ella.

Un sonido burlón escapó de los labios del senescal.

-Entonces existen muchas posibilidades de que me rechace. Hay además otro problema: no se han leído las amonestaciones. Quizá el párroco se niegue a celebrar el matrimonio.

-El padre Burton recibe un buen trato aquí; mucho mejor del que se le dispensaría en cualquier otro lugar. Hará cuanto esté en su mano para conservar el aprecio de lord Ral.

-¿Y lord Ral?

-Sí, mi pequeña y traviesa esposa, ¿qué ocurre con lord Ral?

Caryn se puso tensa al oír la profunda voz de su marido procedente de la entrada de la habitación.

-Yo... me alegro de que estés aquí, esposo mío. -Ral arqueó una ceja-. Verás, el mayor deseo de Richard es casarse con lady Ambra. Le he dicho que le apoyarías.

¿Y desde cuándo hablas por mí?

Caryn se humedeció los labios, nerviosa.

-Suponía que te complacería, que te haría feliz ver casado a Richard. ¿Le ayudaras?

Ral la sorprendió al esbozar una débil sonrisa.

-He venido por ese motivo. Quería saber si las intenciones de Richard eran honestas.

-¿De verdad, milord?

-Sí. -Volviéndose hacia su senescal, añadió - Y tú ¿qué dices, Richard? ¿La dama es de tu agrado?

Richard parecía muy turbado. Finalmente enderezó los hombros y respondió:

-Sí, milord.

Ral lo observó un momento, se giró y dijo algo hombre que se hallaba ante la puerta. Éste asintió levemente y echó a correr.

-He ordenado que la traigan aquí. Veamos qué tiene que decir la dama.

Ambra se hallaba de pie ante la amplia mesa de Richard.

-¡Creo que todos os habéis vuelto completamente locos!

Richard tendió bruscamente *la* mano, la agarró del brazo y se lo apretó can fuerza en señal de advertencia.

-Éstos son tus amigos muchacha. Lo única que desean es ayudarte.

-Lo sienta, lard Ral. No pretendía ofenderte. La que ocurre es que...

-¿Qué? -interrumpió Ral-. ¿Acaso prefieres casarte con Beltar? Eso nos facilitará mucho las cosas.

-¡No desea casarme! Quiero ser libre y dueña de mis actos, como antes.

Caryn se acercó a Ambra, que estaba temblando mientras las lágrimas empañaban sus hermosos ojos verdes.

-Pensé que Richard te gustaba – dijo. Siempre ha habido mucha calidez en tus ojos al mirarlo.

-Eso fue antes de saber que sentía él. Y ahora que lo sé, preferiría casarme con Beltar.

Richard se aproximó a ella con el rostro marcado por la tensión.

-Eres tu quien se ha vuelto loca. ¿No me dijiste que ese hombre es un violador? ¿Puedes imaginar como trataría a la mujer que le ha puesto en ridículo ante todos?

El labio inferior de Ambra comenzó a temblar.

-Nunca me casaré con un hombre que no me ama.

Richard blasfemó en voz baja.

¿Qué te hace pensar que no te amo? Incluso en e momento tengo que hacer grandes esfuerzos para no ponerte la mano encima. -Como si quisiera probarlo, la cogió por los hombros-. Si fueras mi esposa, te llevaría a mis aposentos y te haría el amor durante horas y horas.

-¡Richard!

El senescal se ruborizó.

-Lo siento. Es que me enfureces. Por un momento he olvidado dónde estábamos.

Ral rió.

-Quizá ese olvido haya servido de algo. ¿Qué dices ahora, lady Ambra? Es evidente que mi senescal estará más que complacido de casarse contigo.

«No me ama -pensó Ambra-, pero yo sí le amo a él. Y le deseo tanto como él a mí.» De momento, debía conformarse con eso. Miró a Richard a los ojos.

-No soy la clase de mujer que tú deseas. Probablemente jamás lo seré. ¿Me aceptas tal como soy?

Él contempló sus curvas femeninas, que resultaban evidentes incluso bajo la amplia túnica de lino rosa que llevaba puesta.

-Sí, te acepto.

-Entonces me casaré contigo.

Ral sonrió.

-Que así sea. Hablaré con el padre Burton. Estad preparados. Cuanto antes lo hagamos, más segura estará tu dama.

No hizo referencia alguna a la ira a que tendrían que enfrentarse cuando Beltar descubriera que había sido engañado. Sin embargo no creía que Beltar se atreviera a utilizar su poder contra ellos una vez que la muchacha estuviera casada. Al menos rogaba porque así fuera. El castillo de Braxston ya tenía más problemas de los que podía afrontar.

El sacerdote les aguardaba en la pequeña sala que hacía las veces de capilla. Los últimos rayos dorados del atardecer iluminaban las vidrieras, en que se representaban escenas de los primeros años de la vida de Cristo, imágenes todas ellas que contenían un mensaje edificante.

Ambra las contempló con fría resignación. Ojalá su estado de ánimo pudiera elevarse del mismo modo. Cuando miró al hombre que había de convertirse en su marido, observó que su frente estaba surcada de arrugas causadas por la preocupación. El rostro de Richard había adquirido paulatinamente una expresión tensa e inescrutable.

Ambra hizo acopio de su coraje para repetir los votos, y sólo la amenaza que suponía la llegada de Beltar la empujaba a seguir adelante. A

los pocos minutos, la ceremonia había concluido: un montón de imágenes confusas que apenas recordaría tiempo después. Se sirvió una comida especial, y en la gran sala resonaron los brindis a la salud de los novios. Caballeros y criados dieron la enhorabuena a la pareja de recién casados.

En cualquier otra ocasión, Ambra se hubiese divertido. En lugar de ello, cada vez que su mirada se posaba en su esposo y veía la expresión reconcentrada de su rostro, se le encogía el corazón.

-Se hace tarde -dijo Richard finalmente, haciendo gala del autocontrol que le caracterizaba-. Lord Ra1 ha ordenado que nos preparen una habitación arriba.

Ambra se humedeció los labios.

-*Sí,* como muy bien has dicho, se hace tarde.

La noticia de la llegada de Beltar había restado colorido a la celebración y les había ahorrado el ritual que solía acompañar a la noche de bodas. Cuando abandonaron la sala, Ambra tenía los nervios tan tensos como las cuerdas de un laúd.

Subieron por las escaleras en silencio e, incluso una vez dentro de la habitación, no se atrevieron a moverse por miedo a romper el silencio que reinaba en ella. Ambra se fijó en la rigidez que atenazaba los hombros de su marido. Había afirmado que la deseaba y, sin embargo, su semblante no traslucía ninguna emoción. Había asegurado que la deseaba, pero en aquellos momentos ella se daba cuenta de que el hecho de que poseyera su cuerpo, de que lo utilizara para obtener placer, no era suficiente, ni siquiera en el caso de que ella pudiera compartirlo con él.

-No puedo hacerlo -dijo, apoyando una mano *en* el poste de la cama-. Y no lo haré.

-¿A qué te refieres? -Los anchos hombros de Richard se pusieron aún más rígidos-. Eres mi esposa. Es demasiado tarde para echarse atrás.

-Pediremos al sacerdote que anule los votos. El matrimonio no se ha consumado aún. Por tanto, es posible que... nosotros...

-Consumaremos el matrimonio, y pronto. Puedes darlo por hecho.

-¡No!

-Por el amor de Dios, Ambra, debemos hacer1o. Es el único modo de salvarte.

Las lágrimas brotaron de los ojos de la muchacha que parpadeó para evitar que cayeran.

-No puedo hacerlo. Si no me importaras como me importas, quizá seguiría adelante. Pero cada vez que veo el arrepentimiento reflejado en tus ojos, se me rompe el corazón. No, Richard. No permitiré que ocurra.

El hombre la miró con una mezcla de asombro e incredulidad.

-¿Estás dispuesta a casarte con Beltar porque crees que me arrepiento de haberte aceptado por esposa?

-Lo único que me queda en el mundo es la persona que soy. Si el hombre a quien amo no me valora...

Richard la cogió por el brazo.

-¿Qué estás diciendo?

-Por favor, Richard. Lord Ral acatará Wsdeseosf. Sé que lo hará. Dile que has cambiado de opinión, que quieres casarte con otra.

Él le levantó la barbilla con los dedos. Por vez primera, las arrugas habían desaparecido de su frente.

-¿Por qué razón había de decir algo así…cuando no sería más que una mentira?

Los ojos de Amhra observaron el atractivo rostro de Richard, intentando comprender el significado de sus palabras.

-Es cierto que somos diferentes –prosiguió él – y sí, es verdad que me preocupa un poco. Pero desde el primer momento en que te vi., despertaste algo en mi interior. Desde el día en que descubrí que eras una mujer, has sido como una fiebre en mi sangre.

La estrechó suavemente entre sus brazos.

-Si es verdad que además de amistad sientes amor por mí, todas mis dudas se han esfumado.

Richard le enjugó una lágrima de la mejilla.

-Conseguiremos que nuestro matrimonio funcione, ya lo verás. Hallaremos el modo de ser felices.

La besó, y aquel beso dejó a Ambra sin aliento y disipó e miedo que había en su corazón.

-¿Lo dices de veras Richard?

-Sí, y es una promesa que tengo la intención de cumplir.

Sus labios se posaron en 1os de ella una vez más en un beso apasionado que al final se convirtió en un gesto de ternura.

-¿Tienes miedo a lo que esta a punto e pasar entre nosotros esta noche? -preguntó Richar con dulzura.

-Nunca he tenido miedo.

-Te prometo que tendré cuidado.

Ella negó con la cabeza.

No quiero que vayas con cuidado. Cuando me besas se enciende un fuego en mi interior. Es pasión lo que deseo de ti, Richard, una pasión irrefrenable y unos besos que no se acaben nunca.

En el rostro de Richard apareció una sonrisa tan amplia que se formaron unos profundos hoyuelos en mejillas. Tomó la cara de Ambra entre sus manos.

-Eres la mujer que cualquier hombre desearía.

¿De verdad creías que me arrepentiría de nuestro matrimonio? Si no me hubiera casado contigo, sí lo habría lamentado el resto de mi vida.

Tras un nuevo beso lento y demorado, Richard la llevó hasta el lecho y procedió a desvestirla. Las lágrimas asomaron de nuevo a los ojos de Ambra, pero esta vez no eran lágrimas de dolor. En aquel momento se sentía feliz, y la noche no había hecho más que comenzar. Si Dios lo quería, sería así durante el resto de sus vidas.

Caryn se revolvía en la cama, atrapada en un sueño brumoso. Desnudo y bañado en sudor, Ral yacía al lado de una majestuosa mujer morena: Eliana. Acababan de hacer el amor, y la mano de Ral le acariciaba un seno a la mujer, presionando su pezón, incitándola a hacerlo una vez más.

En su lucha porque la imagen se desvaneciera, Caryn abrió los ojos. Despertó cuando los primeros débiles rayos de sol comenzaban a filtrarse en la habitación. Ral se hallaba a su lado. Su poderoso cuerpo la envolvía, mientras sus dedos le moldeaban un pecho jugueteando con el pezón y provocándole una sensación de cálida languidez. Comprendió que habían sido sus caricias las que la habían sacado de la pesadilla y notó la presión

de su miembro contra las nalgas. Sentía su dureza y su grosor y sabía el placer que podía proporcionarle.

Sin embargo, las sombrías imágenes persistían compitiendo con el acelerado ritmo de su corazón.

«No ha sido más que un sueño, y un sueño carece de importancia», se dijo con firmeza. Ralla deseaba a ella, no a la hermosa Eliana. Ella era la única que podía acogerle en su interior, la única que podía saciar su pasión pero, aun así…

Los labios de Ral la acariciaron en el hueco del cuello. Le apartó hacia un lado la abundante melena, le mordisqueó la piel con suavidad y luego se la lamió con la lengua.

-Separa las piernas, *chérie* -murmuró. El tono ronco de su voz hizo que un escalofrío de excitación recorriera todo el cuerpo de Caryn.

Ésta obedeció y el sueño desapareció por completo para ser reemplazado por incesantes llamas que la devoraban por dentro. Los dedos de él la acariciaron con suavidad, explorando su cuerpo, apretándolo, esparciendo aquel fuego y provocando que se sintiera dolorida y húmeda. Se entregó a la pasión que despertaba en ella, al roce de sus labios, al movimiento de los músculos de su imponente torso.

Una vez la hubo estimulado lo suficiente, Ral se hundió, enorme y poderoso, en su interior, y Caryn arqueó las caderas para que la penetrara más profundamente. Él estaba rígido y anhelante, excitado, erecto y lleno de una urgencia que debía ser rápidamente satisfecha. Salió del cuerpo de ella y volvió a clavarse de nuevo en él, haciendo que el deseo se desbordase en su interior. Caryn gimió a causa de la pasión y la irresistible sensación de dulzura que la consumía.

Ral la agarró por las caderas para adentrarse en ella más profundamente, con mayor fuerza, llegando hasta las paredes más alejadas de su vagina. Cada acometida la elevaba un poco más en la espiral del deseo y la cercaba un poco más a su límite. Dentro y después fuera, dentro y fuera, en un ritmo inexorable e hipnótico; la sensación de la dureza del miembro viril contra su carne húmeda y resbaladiza hacía que escalofríos incandescentes recorrieran sus venas.

En pocos minutos Caryn había alcanzado el clímax y se había desintegrado en infinitos fragmentos de placer. Luego había flotado lejos, lejos, a la deriva, hacia un mar cálido y dulcísimo. Sintió cómo Ral se ponía tenso al lograr su propia culminación y cómo luego se relajaba paulatinamente.

Ambos permanecieron en silencio durante un rato, con los brazos y las piernas entrelazados. Ral relajado mostraba tanta satisfacción como ella misma. Caryn notó que su esposo dibujaba en su espalda con un dedo.

-Me pregunto si la noche habrá resultado a Richard tan placentera como para mí.

-Espero que sean felices. -Caryn se acercó más a él intentando no pensar en el sueño ni en el incierto futuro que le aguardaba. Por unos instantes había apartado aquellas preocupaciones de su mente pero no tardarían en asaltarla de nuevo.

-No quiero pensar que nuestra intervención pueda traerles algún pesar.

-Creo que Richard deseaba de veras ese matrimonio -dijo Ral-. Si no hubiésemos intervenido se, habría dado cuenta de ello demasiado tarde.

- Caryn sonrió dulcemente disfrutando de la proximidad de Ral, y sin importarle las consecuencias que su entrega pudiera acarrearle en el futuro.

-Tu inteligencia siempre me asombra, mi señor.

-Ya veremos cuán sabia ha sido la decisión que tomamos cuando Beltar llegue - se mofó él.

Ella levantó la cabeza, se sentó en la cama y lo miró.

-¿Cómo tendremos que comportarnos, Ral? ¿Cómo crees que deberíamos proceder?

Ral también se incorporó al tiempo que se atusaba el cabello.

-He reflexionado sobre ello largo tiempo y he decidido que debemos darle la bienvenida como si se tratara de un invitado. Organizaremos una fiesta, aunque deberá ser modesta, dadas las circunstancias. Luego, si todo va bien, podemos empezar a planear una cacería.

Se dice que el siente debilidad por el Jabalí. Quizá cobrar una de esas bestias le compense de algún modo no haber podido obtener la virginidad de su prometida.

-Espero que tengas razón - dijo Caryn.

-Mis exploradores llegarán mucho antes que Beltar. Entonces sabremos a cuántos hombres deberemos enfrentarnos si, después de todo, mi inteligencia falla.

19

Tal y como Ral había previsto, antes de que hubieran transcurrido tres horas llegaron noticias de Beltar *el Cruel:* un ejército bastante numeroso integrado por caballeros y hombres de armas había enfilado el camino que conducía al castillo de Braxston. Ral envió a un mensajero para darles la bienvenida e informar a Beltar de la fiesta que tenían intención de celebrar en su honor.

Mientras, Ral continuaba trazando planes. Si las ropas de Beltar permaneciesen al otro lado de las murallas del castillo, él y sus caballeros podrían defender la fortaleza; desgraciadamente, si iniciase un asedio, necesitarían urgentemente más hombres.

Pensando en tal posibilidad, Ral envió mensajeros a nobles con cuya ayuda podía contar ya los caballeros que le debían algún servicio para rogarles que estuvieran preparados cuando les llamara. Con todo, la inquietud no le abandonaba.

Beltar llegó poco antes de la caída de la tarde. Era hombre corpulento, de piernas y brazos macizos y ti negras como escarabajos. Tenía el pelo oscuro y pringoso y llevaba una barba de varios días. Lo seguía un séquito de consejeros, caballeros y hombres de armas cuyos caballos levantaban una nube de polvo a su paso. Finalmente se detuvieron en el descampado que: se extendía más allá del puente levadizo.

Acompañado por sus caballeros, armados y preparados para el ataque, Ral invitó a Beltar y sus consejeros de mayor confianza a trasponer la muralla que rodeaba el castillo y, ya en el patio de armas, le dio la bienvenida. Los arqueros permanecían alerta tras las angostas ventanas del

edificio y en la parte superior de la torre, dispuestos a descargar una lluvia de flechas al menor aviso.

-Saludos, lord Beltar -dijo Ral, forzando una sonrisa al tiempo que separaba los pies, adoptando así una postura precavida-. Bienvenido al castillo de Braxston.

-Me sorprende ser tan bien recibido. -Beltar no hizo ademán de desmontar de su caballo, un enorme bayo de pura raza cuyas narices se abrían en forma de campana al olfatear el aire-. ¿Sabes por qué he venido?

-Hemos recibido tu mensaje. No hay duda de que ha habido un malentendido.

-¿Cómo es eso? -preguntó Beltar-.Es que la muchacha no está aquí?

-Preferiría que entraras para hablar del tema con tranquilidad mientras tomamos vino y cerveza. En este preciso momento mis criados están preparando una fiesta en vuestro honor.

-He preguntado si ella está aquí.

-Lady Ambra se encuentra aquí, pero no fui yo quien la trajo. En realidad, vino por sí misma. Nadie conocía su identidad hasta que llegó vuestro mensajero. Entonces ya era demasiado tarde.

Beltar se irguió en su montura. El viento agitaba su corta túnica negra mientras el sol arrancaba violentos destellos a su armadura.

-¿Demasiado tarde??Se ha marchado pues?

-Me temo que se ha casado con otro. El párroco del castillo celebró la ceremonia. No hay vuelta de hoja, amigo mío. La muchacha se ha desposado con mi senescal, Richard de Pembroke.

-No te creo -dijo. Obligando a su enorme cabalgadura a avanzar, presionó con la rodilla el pecho de RaI- Has metido a la muchacha en tu cama y ahora pretendes que se quede allí.

Ral se limitó a inclinarse sobre el caballo para que retrocediera. Estaba a punto de hablar cuando oyó un murmullo a sus espaldas. Richard había salido por la puerta principal y se había detenido en la parte superior de las escaleras que conducían al patio de armas.

-Lo que lord Ral dice es la verdad, lord Beltar. La muchacha se ha casado conmigo. Richard de Pembroke. También es cierto que jamás ha sido la amante de mi señor. Era virgen cuando la tomé. Y lo he hecho a conciencia y muy a menudo. Ahora mismo podría estar esperando un hijo mío.

Beltar levantó el puño, enfundado en guante de cuero, y lo agitó.

-Todo el mundo sabía que estaba buscándola – dijo a Ral - . ¿Por qué permitiste que se celebrase la boda?

-Nadie sabía quién era ya que viajaba con un grupo de trovadores. Se mostró dispuesta a contraer matrimonio, y mi senescal la deseaba. En aquel momento creímos que el enlace no perjudicaba a nadie.

-Sí, estaba dispuesta – refunfuñó mientras se inclinaba para escupir en el lodo -. Era un fruto exótico que yo reservaba para mí.

Dirigió la mirada hacia la entrada del castillo, y Ral distinguió el reflejo de un hermoso cabello rojizo. Allí estaba Caryn, junto a Ambra. Por Cristo, le había aconsejado que permaneciera dentro, para salvaguardarla de cualquier posible peligro. La mujer se movió un poco, con lo que su busto, generoso y erguido, quedó a la vista de todos. Dios santo, era una pequeña ramera exuberante de la que nunca se saciaría.

Ral miró a Beltar, quien también dirigía la vista hacia allí, con una sonrisa tan lasciva en los labios que sintió ganas de descargar un puñetazo en la ruda cara del hombre.

-¿Quién es la moza de los cabellos de fuego?

-Es mi esposa -respondió con tranquilidad, a pesar de que en su interior no sentía más que inquietud. Le desagradaba la expresión lujuriosa que había aparecido en los crueles ojos de Beltar mientras contemplaba las femeninas curvas de Caryn y la forma en que paseaba la mirada de la mujer a los arqueros situados en *el* parapeto, como si tratara de evaluar las defensas de Braxston.

La mirada de Beltar volvió a encontrarse con la suya.

-Quiero hablar con la muchacha y el sacerdote para asegurarme de que lo que has dicho es cierto:

En lo alto de la escalera, Ambra se abrió camino en dirección a Richard, que se irguió al verla aparecer y la dejó pasar. El sacerdote salió de entre las sombras que proyectaba la muralla.

-Están casados a los ojos de Dios y los hombres -dijo el padre Burton-. Y teniendo en cuenta lo mentirosa que ha demostrado ser, debéis consideraos un hombre afortunado.

Beltar observó con expresión furibunda a la mujer de los cabellos rubios que lo miraba desde el otro lado del patio.

Al parecer, nos ha engañado a todos. Quizá el párroco esté en lo cierto al decir que soy afortunado porque te has casado con otro. -Contempló con dureza a Richard-. Te aconsejo que utilices un garrote con ella; una buena paliza es lo único que una muchacha como ella es capaz de entender.

La tensión que agarrotaba los hombros de Richard se alivió en parte.

-Tendré presente sus palabras, milord; Por favor, te ruego que aceptes mis humildes disculpas por todos los problemas que haya podido causarte. Te prometo que la joven no abandonará sus aposentos durante el tiempo que dure tu visita.-La sombra de una sonrisa apareció en sus labios. Ambra, espérame arriba.

Al ver cómo Ambra se apresuraba a cumplir las órdenes de su marido, Ral no pudo evitar reír para sus adentros. Richard había olvidado mencionar que pensaba hacer compañía a la muchacha. Al parecer, asumir el papel de marido no le había costado tanto como en un principio había supuesto.

Ral siguió con la vista a su senescal hasta que desapareció por la puerta. Richard había interpretado bien su papel, y Beltar, aunque se mostraba disgustado, ya no culpaba de la pérdida que había sufrido al señor de Braxston Keep.

Espero que tengas una zorra dispuesta a ocupar el lugar de esa otra -dijo Beltar mientras desmontaba -. Durante cerca de seis meses me he imaginado deslizándome entre los suaves muslos de esa muchacha. Sólo de pensar que se abre de piernas para vuestro hombre se me pone dura como una maldita roca.

Ahí dentro tenemos un par de muchachas muy complacientes. Han oído hablar de vuestra destreza. Y en este momento sólo ansían proporcionaros placer.- Ral había previsto el problema y había ordenado que se buscara la solución-. Te enviaré a una de ellas para que te ayude con el baño. Podrás disfrutar de la moza mientras tomas unas copas de vino, y luego celebraremos la fiesta.

Beltarse limitó a gruñir.

Habían ahuyentado el peligro, al menos por el momento. Ral volvió la vista hacia Caryn, que se hallaba junto al portalón abierto. Le había ordenado que permaneciera en el interior del castillo, y ella había obedecido por cuestión de centímetros. Por los clavos de Cristo, la pequeña zorra tenía el diablo en el cuerpo. Y su obstinada independencia sólo contribuía a hacerla aún más seductora.

La joven se apresuró a entrar en el castillo al ver que él se encaminaba hacia allí. Ral decidió que se ocuparía personalmente de castigarla por aquella trasgresión; aquella noche, en su cama. Se le ocurría al menos una docena de formas de hacerlo.

Ral sonrió y luego frunció el entrecejo. Tendría que poner casi el mismo empeño en mantener entretenido y bajo estrecha vigilancia a su poderoso invitado.

En cuanto su antigua prometida hubo desaparecido de su vista, Beltar pareció relajarse, y la tensión que reinaba en el castillo comenzó a disiparse. El huésped bebió lo que parecieron varios barriles de vino e, insaciable, ordenó que enviaran a su lecho prostituta tras prostituta. Por fortuna varias se prestaron voluntariamente a servirle, pues el hombre les llenaba las bolsas con monedas, compensándolas así de sus brutales manoseos y sus salvajes embestidas.

Sin embargo, su mirada se posaba a menudo en Caryn. El hecho de que la deseara en su lecho enfurecía enormemente a Ral. Se requería una voluntad de hierro i para reprimir el impulso de agarrar a aquel hombre por el cuello y apretárselo hasta que sus ojos lascivos se cerraran por completo. Finalmente, tras una larga noche de trato carnal con fulanas, los intereses de Beltar parecieron cambiar de rumbo.

-Estoy harto de mujeres -dijo al día siguiente por la tarde-. La cacería de jabalíes que prometiste me tiene intrigado. -Incluso con el cabello recién peinado y el rostro rasurado, su sonrisa era ligeramente depravada-. Mi lanza se llenará de sangre en Braxston de un modo u otro.

Ral se esforzó por disimular una punzada de ira. «Ten cuidado, Beltar, o será la sangre que corre por tus venas la que teñirá el suelo de Braxston.»

Partieron al alba del día siguiente, Ral acompañado de diez de sus hombres, y Beltar con diez de los suyos. El resto permaneció en el castillo vigilando el cumplimiento de aquella incierta tregua.

Descubrieron algunas huellas dejadas por la fiera, y los perros siguieron el rastro guiados por el olor. Galgos y lebreles aullaban hacia el azul del cielo del amanecer para emprender posteriormente una febril carrera y conducir así a los cazadores hasta las profundidades del bosque.

-Esa bestia tiene un tamaño considerable -dijo Beltar mientras examinaba las huellas que el animal había dejado en el fango.

-Sí, eso parece.

-Será una cacería digna de un rey.

Ral no contestó. Miraba hacia adelante, a los perros c que desaparecían en la distancia. Se detuvieron junto a un robledad, y el sonido de sus aullidos frenéticos aumentó de volumen, produciendo un eco horripilante en las inmediaciones.

-¡Han logrado acorralarlo! - atronó la voz de Beltar-.¡La gran bestia se ha decidido por fin a plantar cara!

-Sí, así parece.

Cabalgaron en aquella dirección. Los hombres los seguían de cerca con las armas, preparados para utilizarlas en caso de que las flechas de sus señores fallaran en su intento por detener al jabalí.

-La bestia es incluso mayor de lo que había supuesto.

Cuando Beltar llegó a lo alto de la colina, vio la silueta del animal recortada contra el frondoso follaje de un árbol.

-Ahí está y es más fiero de lo que creía. Ya ha matado a tres de los mejores sabuesos de Braxston.

-Sí -dijo Beltar-. Se ha derramado sangre, yeso hará que la cacería sea más interesante.

Dicho esto, sacó una flecha, apuntó con el arco hacia el jabalí y disparó el misil, que se clavó en uno de los flancos del animal, que comenzó a sangrar. El jabalí emitió un chillido espeluznante y se refugió entre el tronco caído de un árbol y unas rocas.

-Tendremos que bajar del caballo para atraparlo -propuso Ral.

Para entonces Beltar ya había desmontado, y Rallo imitó, al tiempo que hacía una señal a Lambert y Geoffrey para que se unieran a él.

Dejaron los caballos a sus espaldas y se arrastraron hacia el jabalí herido, cuyos colmillos, curvados hacia arriba, relucían al sol. Enorme y amenazador, pataleaba con furia, preparándose para defenderse hasta el final.

Ral hizo una mueca al percibir el olor del animal; era el olor del miedo, la sangre y la muerte, el mismo olor que despedían los hombres que participaban en una batalla.

-La bestia es mía -exclamó Beltar, colocando otra flecha en el arco.

Se acercó al animal acorralado, acechándolo del mismo modo que el enorme jabalí lo acechaba a él. Ral apuntó con su propio arco, al igual que Geoffrey, Hugh y dos de los hombres de Beltar .

La flecha de Beltar entonó su canto de muerte e inició un vuelo recto y veloz hacia uno de los costados de la presa, pero en lugar de introducirse limpiamente entre las costillas y hundirse en el corazón tal como el hombre pretendía, golpeó un hueso y desvió la trayectoria. El animal chilló, enfurecido y arremetió contra él.

Beltar disparó de nuevo y acertó en el pecho del jabalí, que se tambaleó y continuó su camino de forma vacilante, sin desplomarse. Giró un poco hacia la izquierda para proseguir su feroz ataque y, en el mismo momento en que la flecha de Ral se clavaba en su cuello, derribó a Geoffrey.

-¡Dios santo! -maldijo Ral mientras soltaba el arco y se apresuraba a empuñar la espada. Corrió hacia Geoffrey y asestó tal golpe con su arma al animal, que casi le separó la cabeza del cuerpo.

Antes de que la bestia hubiera dejadote sacudirse espasmódicamente para quedar inerte, dos de los hombres de Beltar recogieron al hombre que yacía inconsciente sobre el fango, con un profundo tajo en la cabeza y una herida en el hombro que manaba sangre en abundancia.

-Vendadle la herida con un trozo de tela y ponedle un paño en el hombro para detener la hemorragia -ordenó Ral-. Tenemos que trasladarle cuanto antes al castillo.

-Qué ejemplar tan magnífico. -Beltar empujó al jabalí con el pie-. Es una pena lo que le ha ocurrido a tu hombre, pero es precisamente el peligro lo que da emoción a una buena cacería.

Ral no respondió y ayudó a Lambert y Hugh a subir a Geoffrey al caballo. Lo ataron sobre la silla, y Hugh se hizo cargo de 1as riendas, Finalmente emprendieron el camino de regreso al castillo de Braxston.

«Por la sangre de Cristo -pensó Ral-, ojalá Hassan estuviese aún en el castillo.» El médico árabe se había reincorporado al servicio del rey pocos días después del nacimiento del niño. Ciertamente, el párroco podría atender al herido, pero lo mejor que podía decirse de los métodos curativos del padre Burton es que eran primitivos.

Y, desde luego, también estaba Caryn. Había aprendido mucho del árabe, y él estaba seguro de que conseguiría acordarse de todas sus enseñanzas. Ral sabía muy bien que si existía alguna posibilidad de que el joven sobreviviese, Caryn sería la única que podría salvarle. Aunque el párroco criticase su decisión, tenía intención de dejarlo todo en manos de su mujer.

Sería Caryn quien se encargaría de atender a Geoffrey, y serían sus manos las que procurarían aliviar el dolor del cuerpo esbelto y firme del hermoso caballero.

Sólo de pensarlo se le hacía un nudo en el estómago.

-¡Santo cielo, Geoffrey! , -Caryn corrió hacia los hombres que trasladaban al joven al interior del castillo -. ¿Qué ha sucedido? ¿No estará...? ¿No estará muerto, verdad?

-No -respondió Ral-, el muchacho aún vive, aunque su herida es grave.

Ella se tragó la bilis que le había subido a la garganta al ver la sangre de Geoffrey e intentó apaciguar los latidos de su atribulado corazón.

-Traedle aquí.

Las manos le temblaban mientras examinaba el pálido rostro del caballero y lo que parecía un cuerpo exánime. Los hombres llevaron al herido a la habitación que hacía las veces de enfermería. Tras la marcha de Hassan, el padre Burton y Caryn la utilizaban.

-Tened cuidado con su hombro. -Siguiendo las instrucciones de la señora del castillo, se había mantenido el lugar limpio y ordenado. Las botellas y los frascos que el árabe había empleado para elaborar sus pócimas permanecían sobre la mesa de madera que había junto a la pared-. Traed un jarro de agua.

Lo depositaron sobre una mesa de madera limpia y se apresuraron a cumplir su orden mientras ella retiraba las vendas ensangrentadas que cubrían las heridas del joven.

-Madre de Dios...

-Sí, milady -dij o Lambert – será precisa toda la misericordia divina para salvarle.

De pie, junto a ellos, Hugh retorcía nerviosamente su sombrero.

-Era el jabalí más fiero que he visto en mi vida - milady.

-Sí; no me cabe duda - Caryn mojó un paño y procedió a limpiar la herida Con mano insegura-Con una herida así, seguro que habrá infección. -Sacudió la cabeza-. Está tan pálido Como la muerte. Ha perdido mucha sangre. La recuperación será larga y difícil -añadió-. Sólo pido que sobreviva a ella.

Ral no hizo el menor comentario. Escudriñó el rostro de su esposa con intranquilidad, y ella se preguntó qué estaría pensando.

-Lo que debes hacer es aplicar los conocimientos que adquiriste junto a Hassan -dijo el normando al fin-.Es lo máximo que se os puede pedir.

Luego se dio la vuelta y salió de la habitación.

Durante siete largos días, Caryn permaneció junto al lecho de Geoffrey. Aplicó cameluna a la herida de la cabeza para detener la hemorragia y la cubrió con vendajes que cambiaba con frecuencia. Pronto estuvo segura de que sanaría.

La herida del hombro era harina de otro costal. Los tolmillos del jabalí habían penetrado violentamente en la piel de Geoffrey, produciendo graves desgarros en la carne, que había adquirido una tonalidad violácea. Caryn dejó que sangrara durante un tiempo, con la esperanza de que no se ulcerase, aunque entonces ya había perdido mucha sangre.

Caryn limpiaba a menudo la herida con una solución de raíz de mandrágora, sin que por ello se apreciara mejoría alguna. Ni siquiera las cataplasmas que había elaborado con los hongos especiales de Hassan eran capaces de absorber todo aquel veneno.

Como Caryn había temido, una intensa fiebre hizo presa en él. Temblaba de frío a pesar de que su piel estaba ardiendo para después apartar las mantas porque no soportaba el calor. Pese a la expresa prohibición del párroco, Caryn ordenó que le desnudaran y ella misma se encargó de refrescar el febril cuerpo del joven, decidida a conseguir que le bajase la temperatura tanto como fuese posible. Le preocupaba que Ralle impidiese realizar aquella tarea tan íntima, pero él se limitaba a observarla en silencio, con la espalda erguida y el rostro inexpresivo, mientras ella la llevaba a cabo.

Beltar había abandonado la fortaleza el día después de la cacería para regresar a su castillo en el norte. Ral se mostraba cada vez más inquieto. La fatiga dibujaba nuevas arrugas en su cara, y era evidente que apenas comía. La preocupación que sentía por Geoffrey y su esposa aumentaba cada día que pasaba.

-Necesitas dormir un poco -aconsejó a Caryn una noche-. Ordenaré a Bretta que cuide de él.

Ella negó con la cabeza.

-Cada vez está más débil. No puedo dejarle ahora. Con gesto cansado, Ral se frotó los ojos, bajo los cuales habían aparecido unos círculos oscuros, similares a los que desfiguraban el rostro de la mujer.

-¿Y qué hay del párroco? Él sabrá atender al muchacho.

-Geoffrey es mi amigo. No voy a poner su vida en peligro por unas horas de sueño.

Ral bajó la vista hacia el joven caballero de rubios cabellos cuya cara tenía la palidez del alabastro. Geoffrey respiraba de forma entrecortada y fatigosa. Al verlo Ral dejó escapar un suspiro de resignación no exento de agotamiento. .-Ordenaré que traigan una cama y los dejó solos una vez más. Durante la noche, Geoffrey la despertó. Al principio, sólo divagaba. Luego comenzó a delirar y hablar con tono violento mientras se debatía presa de una ira que crecía por momentos. Caryn comprendió que hablaba con su padre, a quien decía que fracasaría en la vida como le había ocurrido a él.

-Seré rico -susurró Geoffrey mientras se revolvía en el lecho-. Cuidaré de madre como jamás lo has hecho tú.

-Tranquilízate, Geoffrey. – Caryn le puso un paño húmedo en la frente-. Todo eso pertenece al pasado. Estás enfermo. Debes intentar dormir un poco.

-¿Madre? - Has venido a buscarme, madre.

Caryn vaciló un momento.

-Sí, Geoffrey, tu madre está aquí.

-Sabía... sabía que vendrías. Siempre... has acudido... cuando te necesitaba.

-Caryn enjugó las gotas de sudor que perlaban su frente.

-Pronto te sentirás mejor.

-Me... me alegro de verte, madre. Te he echado de menos.

-Yo también te he echado de menos.

No tardó en perder el conocimiento, y unas horas más tarde su estado empeoró.

-Todavía está ardiendo de fiebre- dijo Caryn a Ral, inclinándose sobre el cuerpo enfermo para limpiarle con un paño el sudor de la cara-. Me temo que es a causa de la infección, que está minando sus fuerzas.

-Has hecho cuanto estaba en tus manos. No hay nada más que puedas hacer.

Caryn miró a Geoffrey. Le asustaba la decisión que estaba a punto de tomar, pero sabía que debía correr el riesgo.

-Aún existe una posibilidad... una última cosa que podemos hacer. -Se volvió hacia Ral, deseosa de que le ofreciera el consuelo de sus brazos y consciente de que, si se lo brindaba, no sería capaz de seguir adelante-. Llama a Lambert y Hugh. Será necesario que lo agarréis entre los tres.

Por la expresión que adoptó el rostro de Ral, Caryn dedujo que había adivinado qué se proponía hacer. Se marchó y no tardó en regresar acompañado de los hombres, que entraron en la habitación con evidentes muestras de nerviosismo. Observaron que alguien había atizado el fuego del brasero y colocado entre las brasas un pequeño cuchillo de hoja muy afilada.

-Quizá debería dejar que el padre Burton realizara la operación -dijo Caryn-. Él ha manejado muchas veces el cuchillo, mientras que yo he trabajado con él en contadas ocasiones o me he limitado a ver cómo lo hacía Hassan.

Ral le levantó la barbilla con los dedos.

-Debes decidirte, Cara, y hacer lo que consideres mejor.

Ella observó el cansado semblante de su marido.

-Entonces lo haré yo misma. Cuidaré a Geoffrey con más delicadeza que el párroco y mi deseo de que sobreviva también será mayor.

Mientras Ral y los otros sujetaban al enfermo con firmeza, Caryn practicó una incisión en la carne para extraer las partes ulceradas de la herida. Luego cauterizó la abertura entre los gritos de dolor de Geoffrey. Al acabar, estaba temblando.

-Ya está hecho -dijo con una voz que era poco más que un susurro, sintiéndose tan agotada que a duras penas se tenía en pie--. Sólo Dios sabe cuál será el resultado.

A continuación vendó la herida y se sentó junto a 1a cama a esperar.

Tres días después, Geoffrey de Clare, caballero al servicio del señor del castillo de Braxston regresaba al mundo de los vivos.

-¿Cómo te encuentras? - preguntó Caryn, que se hallaba junto a él.

Estaba pálido y más delgado, aunque no había perdido su atractivo.

-Sólo algo mejor que el jabalí.

Caryn sonrió, contenta de ver que sus ojos volvían a iluminarse.

-Te agradezco cuanto has hecho por mí -dijo Geoffre y al tiempo que le cogía la mano. A pesar de la debilidad, su estado de ánimo era bueno, y Caryn creía que se recuperaría totalmente gracias a su juventud y fortaleza física-. Te debo la vida, 1ady Caryn.

-Es más probable que se la debas a Dios y al árabe – replicó -. Nos alegramos de tenerte de nuevo entre nosotros, Geoffrey.

-Yo también me alegro de estar aquí, milady.

Pese a su mejoría, el joven requería cuidados constantes. Caryn estaba inclinada sobre su lecho, refrescándole la frente, cuando Ral entró sigilosamente en la habitación. Observó que la sábana se había deslizado impúdicamente sobre el esbelto cuerpo del caballero y reposaba sobre sus caderas. El normando se puso rígido al ver cómo su esposa limpiaba con delicadeza la cara de Geoffrey, luego su pecho y sus hombros. El joven dormía, o al menos eso parecía hasta que abrió los ojos y sonrió.

-Eres mi ángel bueno, lady Caryn.

Caryn se alejó de él, ruborizada. Tendió la mano para coger las ropas de la cama y enrojeció aún más al darse cuenta de que el muchacho ya no necesitaba una atención que implicara tal intimidad.

-No cabe duda de que ya estás mejor -dijo con aspereza, aunque su voz siguió siendo cálida.

Ral se apartó de la pared contra la que había estado apoyado, y el convaleciente y la mujer dieron un respingo.

-Ya lo creo que lo está. -Observó el rubor que cubría el rostro de su esposa y la sonrisa indolente dibujada en los labios de Geoffrey-. De ahora en adelante, Bretta le atenderá. Tú tienes otros deberes aparte de cuidar de este joven caballero.

Caryn no protestó.

-Sí, milord. -Se encaminó hacia la puerta, y se volvió para mirar a Geoffrey-. Te sentirás mejor cada día -añadió-. No tardarás en volver a ponerte en pie.

« Y luego ¿qué? -pensó Ral-. ¿Qué planes tienes entonces para mi esposa?» Recordó la sonrisa que había esbozado Geoffrey cuando había llamado a Caryn «su ángel». ¿Cuáles eran las intenciones del joven? Ral clavó la vista en Caryn, que salía de la habitación.

«¿Y qué hay de ti, mi dulce esposa? ¿Estas largas horas junto a Geoffrey han cambiado tus sentimientos hacia mí?» En realidad, no estaba seguro de cuáles eran aquellos sentimientos.

Ral apretó los puños. Al abandonar la habitación, una total confusión reinaba en su mente. Había previsto regresar al patio de armas para practicar durante unas horas con sus hombres. En lugar de ello, se dirigió a la gran sala con paso decidido. Encontró a Caryn hablando con Richard de las provisiones que se necesitaban en el castillo y de los preparativos para la fiesta religiosa que se celebraría.

-Te necesito, Caryn –dijo.- Sube conmigo.

Ella corrió a su encuentro con expresión preocupada.

-¿Qué sucede, milord? ¿Algo va mal?

-No ocurre nada -respondió cogiéndola en brazos-. Sencillamente acabo de descubrir lo mucho que he echado de menos a mi esposa durante estos largos días. Te necesito y voy a tenerte.

Caryn tomó aire mientras él abría la puerta de la habitación conyugal con la punta del pie para luego cerrarla de un codazo.

-En pleno día, mi señor. Hay tanto que debo hacer. Debo...

-¿No son más importantes las necesidades de tu esposo?

-Sí, pero... –Ral la acalló con un beso. Caryn sintió la tensión del cuerpo masculino, la rigidez de los músculos de su torso.

Habían hecho el amor la noche anterior y, sin embargo, el deseo que ella despertaba en él parecía insaciable. ¿En nombre de Dios, cómo era posible que...?

Inútil formular tal pregunta cuando Ral ya la llevaba al lecho, la depositaba en él y se tendía sobre ella. Mientras la besaba con voracidad, le desprendió todas las horquillas del cabello y hundió los dedos en él. Encontró las cintas que ceñían su túnica y las desató, tiró hacia abajo de la tela que cubría sus hombros y dejó sus pechos al descubierto.

-Son tan hermosos -murmuró con voz ronca, haciéndola estremecer-. Tan plenos y turgentes... y me pertenecen sólo a mí. .

Se introdujo uno en la boca y comenzó a succionarlo con suavidad, circundando el pezón con su lengua húmeda y caliente. Luego lo apresó entre los dientes y lo mordisqueó de tal modo que desencadenó en el cuerpo de su esposa una ardiente oleada hecha de dolor y placer. Caryn gimió y se arqueó excitada. Dentro de la boca del hombre, sus senos se hinchaban y estremecían doloridos con cada latido de su corazón.

-Te necesito, Cara. -Los labios de él se posaron en los suyos, acariciándolos con la lengua, que hundió a continuación en Su boca al tiempo que con la mano le levantaba la túnica. Sus caricias eran de fuego; su aliento, masculino y erótico, y su cuerpo, firme y musculoso, un testamento a la obra de Dios.

«Virgen santa», pensó Caryn, preguntándose por la causa de aquel frenesí y abandonándose por completo cuando él comenzó a explorar su entrepierna. Se sentía húmeda y dispuesta, mojada, vibrante y llena de pasión. Ral continuó acariciando su sexo mientras proseguía su asalto con la boca y su miembro presionaba contra su carne, enorme, palpitante, portador del placer que estaba a punto de llegar.

Ral introdujo un dedo en el interior de la mujer, lo hundió profundamente y volvió a sacarlo; lo deslizó otra vez dentro y lo sacó de nuevo, y así una vez más. A continuación, se desabrochó los calzones, le separó aún más las piernas, se situó entre ellas y la penetró.

Oleadas de placer, dulces y locamente eróticas, la anegaban por dentro. El grosor de su pene la colmaba, enorme, abrasador y duro. Caryn no tardó en retorcerse bajo su peso al tiempo que arqueaba la espalda para recibir cada una de sus poderosas embestidas. Una y otra vez, Ral se hundía dentro de ella con un desenfreno que nunca antes había visto, penetrándola con fuerza y hasta la más profundo, afirmando su posesión sobre ella de un modo que avivaba en Caryn un deseo abrasador que la arrasaba por dentro.

-Ven conmigo, *chérie* -susurró él; se trataba más de una orden que de un ruego.

El cuerpo de Caryn respondió como si no tuviera otra alternativa, obedeciendo con trémulos espasmos de placer. Se contraía y temblaba con cada una de las oleadas de deliciosa excitación que él le hacía sentir.

La llevó hasta el borde de la cama y colocó las piernas de la mujer sobre sus hombros. Luego volvió a sumergirse dentro de ella y la hizo sentir un segundo espasmo de placer.

A los pocos segundos Caryn había alcanzado la cima de nuevo. Se había elevado hasta conquistar la cumbre de su deseo mientras clavaba los

dedos en aquellos sólidos músculos, se aferraba a las sábanas y agitaba la cabeza de un lado a otro mientras pronunciaba su nombre.

-Sí, esto es lo que había estado esperando durante tanto tiempo -masculló Ral, con las mandíbulas apretadas en un intento por mantener el control-. Recuerda este placer, *ma chere,* recuerda al hombre que te lo ha hecho sentir.

Tras unas profundas acometidas, él alcanzó el clímax. Echó la cabeza hacia atrás, los músculos de su cuello y sus hombros se tensaron, y sus poderosos bíceps parecieron a punto de reventar cuando expulsó el semen.

El tiempo pareció detenerse, y la habitación se llenó de tinieblas. Ral se levantó de la cama sin que Caryn apenas se diera cuenta; se sentía demasiado saturada de placer, demasiado satisfecha y feliz.

Ral se inclinó sobre ella y la besó en la mejilla.

-Ahora necesitas descansar. Aún no te has recuperado del todo. No debería haberme mostrado tan apasionado. -Al reparar en el bienestar que se reflejaba en su rostro, sonrió con malicia-, Sin embargo, no puedo decir que lo lamente.

Sintiendo una dicha que en los últimos días le había estado vedada, Ral dejó a su menuda esposa acurrucada en el lecho, con expresión soñolienta, los párpados entornados y su hermoso cabello cobrizo enmarañado sobre los hombros.

Con mayor seguridad en sí mismo que cuando había abandonado la habitación de Geoffrey,.volvió a la gran sala. A la hora de la cena volvía a ser el mismo de antes y al final del día había conseguido que desapareciera toda la intranquilidad que le había dominado en los últimos tiempos.

Entre Caryn y Geoffrey no existía nada más que una simple amistad. Era su marido quien mandaba en su pequeño cuerpo de mujer; su marido y nadie más.

Y Ral procuraría que así fuera siempre.

Soplaban buenos vientos en el castillo de Malvem. El sol brillaba sobre los campos, y los cultivos crecían vigorosos. Stephen de Montreale contemplaba sus propiedades desde una ventana abierta decorada con vidrieras, sintiéndose orgulloso de sus vastas posesiones.

Sus siervos trabajaban de firme durante largas horas, y sus tierras eran las más productivas de la región. Las murallas y los torreones de su castillo, construido con la mejor piedra de Yorkshire, eran casi inexpugnables. El edificio estaba decorado con exquisitos tapices y muebles importados. El servicio de mesa no era de peltre o madera, sino de plata. Stephen solía vestir elegantes y refinadas prendas, como la túnica de seda que en aquel momento lucía, siguiendo siempre los últimos dictados de la moda tanto en lo referente a los diseños como en lo tocante al color. Sus túnicas estaban adornadas con hilos de oro y plata, y sus capas, forradas de armiño.

Sin embargo, todo aquello no era suficiente para Stephen.

Cruzó la habitación y se sentó frente a su hermana ante la mesa de caoba tallada. Vestida con una túnica de color magenta recamada de oro y con el cabello peinado hacia atrás, Eliana se inclinó y le apretó la mano.

-Entonces ¿ya hay alguna noticia? -le preguntó-. ¿Sabes ya cuándo vendrá el hombre del rey?

Stephen sonrió con indolente satisfacción.

-Sí, sé cuándo llegará De Balmain, ya dónde.

-¿Y el Hurón?

-Ha reunido a sus hombres y sólo espera que le dé la orden.

-¿Estás seguro de que puedes confiar en él?

-No confío en ningún hombre y menos en ése. Simplemente le facilito la información que necesita, y él -sus labios se curvaron en una sonrisa de suficiencia-, por su parte, me proporciona la mitad del botín que consigue. Hasta ahora, nuestras relaciones comerciales han sido completamente satisfactorias.

-Ha hecho incursiones en el norte del país. En cuanto se enfrente a los hombres del rey, Braxston se enterará de su regreso y saldrá en su busca una vez más.

La expresión de Stephen se endureció.

-De eso se trata precisamente. Tendré el dinero del rey y poco después el placer de ver morir a Braxston. Confía en personas que están dispuestas a traicionarle. Cuando conozca los planes de Ral, acabaré con él. Le culparán del ataque al recaudador de impuestos y del robo de la plata del rey. Entonces me desharé de él y todo cuanto posee pasará a ser de mi propiedad.

-Eliana enarcó una de sus hermosas cejas oscuras.

-¿Incluida la zorra que tomó por esposa?

-Especialmente ella. -Se llevó a los labios los largos dedos de EliaÍla-. Tú y yo compartiremos el botín. Y en cuanto a lady Caryn... tú siempre has sido una mujer con una gran imaginación. No me cabe duda de que se te ocurrirá cómo conseguir que nos complazca a ambos.

Eliana se humedeció los labios.

-Es hermosa y está bien formada, una flor joven y llena de vida que todavía no se ha sometido a la voluntad de nadie; ni siquiera a la de su marido. Resultará interesante probar su néctar antes de que tú aplastes *sus* pétalos con las suelas de tus botas.

Stephen siguió sonriendo de forma maliciosa.

-Me alegro de que estés aquí, Eliana. Tu presencia hará aún más dulce si cabe el placer de la derrota de Braxston.

-Yo también me alegro de estar aquí, amor mío. Siempre supe que un día vengarías la ofensa que me hizo lord Raolfe.

-La ofensa que nos hizo a ambos -corrigió Stephen. La imagen de su hermana yaciendo en el lecho junto al fornido y moreno normando se agitó en las profundidades de su mente y emergió a la superficie. Eliana afirmó que lo había seducido a propósito para asegurarse de que el matrimonio entre ambos se celebraría. No resultaría difícil manejar al joven caballero, y ellos podrían continuar como hasta entonces sin temor a ser descubiertos. Estaba decidida a proteger a su hermano sin importarle los sacrificios que tuviera que hacer.

Así lo había hecho aquel día en el monasterio, cuando él contaba sólo nueve años de edad. Lo habían enviado allí para que recibiera instrucción, pero el aprendizaje tenía también un lado amargo, un lado afilado como un cuchillo. El día que Eliana lo había visitado en compañía de la madrastra de ambos, él le había confesado lo que ocurría como no se lo habría contado a nadie más. Con lágrimas en los ojos, le había explica- do lo que el fraile le había obligado a hacer, todas aquellas cosas feas y sucias, y Eliana le había abrazado mientras lloraba.

Se negó a dejarle allí, a pesar de la insistencia de la nueva esposa de su padre. Le había ayudado a saltar por la ventana y habían huido del

monasterio los dos juntos. Tardaron cuatro largos días en llegar a casa, hambrientos, sucios, con las ropas convertidas en andrajos y tan cansados que apenas si podían mantenerse en pie.

Fue Eliana quien discutió con su padre, quien le convenció y salvó a Stephen de un destino peor que la muerte. Ella le había protegido a lo largo de los años y le había educado como ninguna otra mujer lo había hecho.

Cuando se convirtió en hombre, las cosas cambia- ron, y ahora era él quien la protegía a ella, quien mantenía a salvo aquel secreto compartido.

Y era él quien la amaba.

Y era Ral de Gere quien había mancillado su nombre y la había hecho quedar como una tonta.

El Caballero Negro había rehusado cumplir con el Compromiso matrimonial, la había humillado ante su propio padre, la había deshonrado, disfrutando de sus encantos en más de una ocasión. Y había sido Stephen quien la había ayudado a deshacerse del hijo no deseado que había tenido; quien había permanecido junto a su cama, lleno de temor por la hemorragia que sufría, aterrorizado ante la posibilidad de que muriera y seguro de que Ralde Gere era el responsable de todo aquello, no él. Y había sido Stephen quien había jurado vengarse.

-No debes temer nada, amor mío, - Besó delicadamente la mano de su hermana -Braxston pagará; pagará muy caro todo lo que ha hecho.

20

-Tenemos problemas, Ral – Caryn corrió hacia él -. Algunos aldeanos se dirigen hacia aquí. Están cruzando el puente levadizo.

Ral la siguió hasta el portalón de madera, y ambos bajaron por las escaleras que descendían hasta el patio. Un grupo de habitantes del pueblo armados unos con palas de madera, otros con azadones conducían a un hombretón rubio y barbudo, encadenado de pies y manos, a través del puente hasta el patio interior del castillo.

Las ropas del hombre estaban hechas jirones. La túnica que llevaba estaba manchada de fango reseco y rasgada a la altura del hombro, dejando entrever su musculatura fuerte y bronceada. Las cadenas se le h*abían* incrustado en las muñecas y los tobillos, que aparecían llenos de sangre. Tenía la cara cubierta de heridas y moratones, y una brecha en la cabeza. Su cabello enmarañado había formado un emplasto al mezclarse con sangre seca.

-¿Qué ocurre aquí?- preguntó _Ral al llegar junto al grupo - ¿Qué ha hecho este hombre para merecer semejante castigo?

-Es un asesino, milord -respondió Tosig, el marido de la mujer que hacía poco había dado a luz en el pueblo-. Mató a un viajero en el camino. El prisionero levantó la cabeza, y con el movimiento sonaron las cadenas que le rodeaban el cuello.

-Yo no he matado a nadie.

-¿Quién eres? -Ral se acercó al cautivo, uno de los pocos hombres de estatura y complexión semejantes a las suyas.

-Me llamo Gareth, hijo de Wulfstan, de Valcore.

-Conozco a este hombre. -Caryn echó acorrer hacia Ral-. Su padre fue un noble sajón muy poderoso. Se decía que su hijo era un valiente guerrero.

-Gareth de Valcore. He oído hablar de ti -dijo Ral, rescatando por fin el nombre del fondo de su memoria-. Combatiste en Senlac y fuiste herido, *como* yo. Aseguran que luchaste con gran bravura. Hugh se separó del grupo de caballeros y hombres de armas que se habían agrupado en torno a ellos.

-También yo he oído hablar de él, lord Ral. A1 parecer luchó con los rebeldes en el sesenta y nueve. Se rumoreaba que él era el líder, pero no pudo probarse. Oí comentar que le hirieron cerca de York clavándole 1 una lanza en las costillas. -Hugh miró al hombre de cabellos rubios que le superaba en altura-. No creí que aún siguieras con vida.

El rubio y barbudo caballero sonrió con ironía, de tal modo que se le despegó la sangre reseca que la comisura de la boca.

-He burlado a la muerte tantas veces que he perdido la cuenta. He luchado y me han herido, matado a innumerables enemigos en el campo de batalla, pero jamás he asesinado a nadie.

Ral lo observó con frialdad, analizando la resuelta del hombre, el gesto altivo de su cabe hombros erguidos y orgullosos. Luego se volvió hacia los habitantes del pueblo que lo habían llevado encadenado al castillo.

-Debió resultar bastante difícil reducirlo.

-Sí, milord - confirmó un arrendatario llamado Algar-. Luchó como un loco, Se precisaron más de doce hombres fuertes para derribarlo.

-¿Qué pruebas hay de su culpabilidad?

- Lo sorprendimos milord, cuando intentaba quitar los zapatos al muerto. También se apropió de las monedas que el hombre llevaba en la bolsa.

-No niego haber caído tan bajo como para robar a los muertos – replicó el hombretón – pero yo no lo maté. Ya estaba muerto cuando lo encontré.

-Huyó de nosotros, señor – intervino Tosing-. Cuando nos vio echó a correr.

-Y luego luchó como un demonio – añadió otro-. Nadie que fuera inocente habría puesto tanto empeño en escapar.

-No era de los aldeanos de quien trataba de huir, sino del señor normando a quien sabía me enfrentaría en caso de ser capturado – Lanzó a RAl una mirada desdeñosa -. He tenido la desgracia de sufrir la crueldad normanda en demasiadas ocasiones como para no saber cuál sería la sentencia. Justicia no es una palabra que se pronuncie con facilidad en la lengua normanda.

-Tu arrogancia no te servirá de nada aquí – dijo RAl y, volviéndose hacia Lambert y Hugo, agregó -: Llevadlo a la despensa de abajo.

Las bodegas, el granero y los almacenes se hallaban situados baja la gran sala.

-Desencadenadle y curadle las heridas. Y aseguraos de que el cerrojo esté bien echado.

-Sí milord – dijo Hugo.

-Y dadle algo de comer. Tal vez con la barriga llena se dedique menos a pensar en escapar.

Mientras Hugt, Lambert y media docena de hombres se llevaban al prisionero, Caryn miró a Ral con ansiedad. El normando le rodeó el talle con el brazo y se apresuró a volver a la torre en su compañía. Una vez en la gran sala, ella le apartó del resto de los presentes.

-Me gustaría hablar contigo.

-Lo sospechaba – contestó él divertido.

-Dudo de que Gareth de Valcore sea culpable. Recuerdo haber oído durante la guerra muchas historias sobre él. Su destreza en la batalla era legendaria. Le apodaban el Grifo porque poseía la astucia del águila y la valentía del león. Era un caballero honorable y valeroso a quien muchos reverenciaban.

-Los hombres cambian, Cara.

-Esa clase de hombre no.

En el fondo, Ral estaba de acuerdo con ella. Aún había orgullo en el comportamiento de aquel enorme sajón, algo que se había abierto paso entre la suciedad y los harapos. Sin embargo, la guerra podía cambiar incluso al más valiente de los hombres. Ral había sido testigo de ello a menudo en el campo de batalla.

-¿Se celebrará el juicio en Braxston? -preguntó Caryn.

-No. Lo juzgará el tribunal real, quizá Guillermo en persona.

Caryn le tocó el brazo.

-¿Y no puedes hacer nada para ayudarle?

Ral tardó en responder porque, por extraño que pudiera parecer, él se había formulado la misma pregunta.

-¿Por qué es tan importante para ti?

-Caryn lo miró fijamente.

-Si los normandos hubieran perdido la guerra y tú hubieras acabado de la misma forma que Gareth, yo tendría la esperanza de que el valor que has demostrado hablara en tu defensa ante un señor sajón y de que él os ayudaría al darse cuenta de que eres un hombre valiente.

Los labios de Ral dibujaron una sonrisa.

-Veré lo que puedo descubrir. Tal vez lleguemos a conocer la verdad.

Odo subió presuroso por las escaleras que conducían al castillo y entró a toda prisa en la gran sala mientras su capa ondeaba a sus espaldas. Se había ausentado durante algunas semanas, de viaje por tierras normandas, para visitar a su primo Oliver, quien aseguraba haber encontrado para él una posible novia.

Odo había regresado sin ella.

-¿Dónde está lord Ral? preguntó a Richard, que se hallaba en el estrado, discutiendo acaloradamente con Ambra los deberes que ella debía asumir como esposa.

-Zanjaremos esta cuestión en nuestros aposentos- dijo Richard, poniendo punto final a la conversación. Una mueca de desagrado apareció entonces en el hermoso rostro de su mujer.

Odo abrió los ojos asombrado cuando Richard se inclinó y besó la punta de la nariz de la joven. Cuando por fin se volvió hacia él, una sonrisa iluminaba la cara del senescal.

-Bienvenido a casa –dijo-. Me alegro de que hayas vuelto.

Richard continuaba sonriendo, mucho más relajado de lo que Odo le hubiera visto nunca.

-Yo también me alegro de estar de vuelta - ¿Dónde puedo encontrar a RAl?

-No lo he visto desde esta mañana. Durante tu ausencia se cometió un crimen en el camino que conduce al pueblo. Atraparon a un hombre y lo trajeron al castillo. Ha sido acusado de asesinato, pero Lord Ral alberga

ciertas dudas acerca de su culpabilidad. Está intentando reunir más pruebas antes de entregarlo a los tribunales reales.

-¿Cuándo regresará?

-Es difícil de decir. -El rostro de Richard adquirió una expresión concentrada-. ¿De qué se trata? ¿Qué ha sucedido?

-El Hurón ha vuelto. Ha atacado a François de Balmain, el recaudador de impuestos del rey.

-¿Ha muerto Balmam?

-Está gravemente herido. Se ignora si sobrevivirá. La mayor parte de sus hombres han sido heridos o asesinados, y el dinero del rey ha desaparecido. No cabe duda de que es obra del Hurón.

-¡Por los clavos de Cristo! Ese hombre es un monstruo.

-Sí, pero esta vez lord Ral lo capturará. EI Hurón tiene los días contados.

Un ruido en la entrada llamó la atención de los dos hombres. Odo se giró en el instante en que Ral entraba en la sala con paso majestuoso, mientras la túnica azul oscuro que vestía oscilaba con cada una de sus poderosas zancadas.

-Me alegra mucho verte, milord.

-¡Odo! -Por un instante Ral se olvidó de sus preocupaciones y sonrió a su amigo mientras le daba palmadas en la espalda-. Me complace tu regreso. -Recorrió la sala con la mirada-. ¿Dónde está tu prometida? Estoy deseando conocerla. Informaré a Caryn de tu regreso esta noche…

-No hay prometida, mon ami. He regresado del mismo modo que me marché: sin ataduras.

-¿La doncella no era suficientemente hermosa para tu gusto?

-Sí, era bella y dócil, y la habían aleccionado bien acerca de los deberes de una buena esposa.

-Entonces, ¿cuál era el problema? ¿Acaso su dote no era lo bastante cuantiosa?

-Sí, más que suficiente.

-Durante los últimos meses habéis buscado una esposa insistentemente.

El cuello de Odo se tiñó de un brillante tono rojo, muy similar al color de sus cabellos.

-Sencillamente, no despertaba nada en mí.

-¿Que no te despertaba nada? No te entiendo.

-Odo tragó saliva, azorado.

-La miraba y no sentía nada.

-¿No la deseabas?

-No, no era eso exactamente. Me habría acostado con ella sin ningún problema, pero después… -Suspiró y desvió la mirada-. Es difícil de explicar, pero… en los meses que han transcurrido desde tu matrimonio… os he observado a ti y tu dama. He visto el modo en que te mira. Así es como quiero mirar a una mujer.

Ral frunció el entrecejo. La alusión de Ocio a los sentimientos de Caryn provocó que algo se contrajera en *su* pecho.

-Esta vez e necio eres tú.

-¿Es que tus sentimientos hacia ella han cambiado desde mi marcha?

-No, pero es demasiado pronto para decir que pasará.

Ral atisbó la cabellera rojiza de su esposa, que se encontraba en el pasillo, al otro lado de la sala. Estaba conversando con Ambra y reía de algo que la grácil muchacha acababa de decir. Al oír su risa, un ansia vehemente se apoderó de él, y sintió una tirantez en la parte inferior del vientre.

Unas débiles arrugas aparecieron en su frente. No le gustaban los sentimientos que Caryn le inspiraba, ni aquel instinto de posesión que sentía hacia ella ni los celos furiosos que surgían en su interior. Detestaba profundamente las veces en que la confusión y la falta de control se apoderaban de él.

Volvió a posar la mirada en Odo.

-Como tú mismo dijiste una vez, lo mejor es ser práctico: yacer con una mujer con el objeto de procrear y mantener los sentimientos a distancia.

Había momentos en que deseaba haber1o hecho así. Ya era demasiado tarde.

Odo lo miró extrañado. Desató el cordón de su capa y se la quitó.

-Esperaré -dijo finalmente-. No tengo prisa. Pero hay un asunto que debemos tratar que no admite espera.

Ral se volvió hacia la criada que en aquellos momentos cruzaba la estancia.

-Lleva vino, pan y queso a la sala de retiro. -A continuación se dirigió a Odo-. Ven, allí podremos hablar.

Cuando se encaminaban hacia las escaleras, echó a correr en dirección a ellos. Algunos mechones habían escapado de la gruesa trenza en que se habían cogido el cabello. El rubor teñía su rostro a causa del trabajo que había estado haciendo, y sus pechos se erguían tentadores bajo la sencilla túnica marrón que lucía.

-Odo... -dijo-. No sabía que habías regresado.

-Así es, milady.

-¿Dónde está tu prometida? –Caryn recorrió la gran sala con la mirada-. Estoy impaciente por conocerla.

-Odo sigue soltero -intervino Ral-. Es una larga historia, Cara. Te la explicará más tarde.

La mujer asintió.

-¿Qué tal tu investigación en el pueblo?- preguntó a Ral-. ¿Has descubierto la verdad sobre el asesinato?

Ral suspiró.

-No. Todo apunta a que la historia de tosig es cierta. Gareth robó al muerto y trató de escapar.

-Pero eso no lo convierte en culpable del crimen.

-No, y ahora que los aldeanos se han enterado de que ese hombre a quien apodaban el Grifo, están menos convencidos de su culpabilidad. Muchos me agradecen que siga adelante con las pesquisas e incluso algunos se han prestado a ayudarme.

Caryn sonrió.

-Estoy segura de que averiguarán la verdad. Es lo que todos queremos.

Odo tenía una expresión sombría.

-El crimen de que hablas... Es posible que el culpable sea uno de los secuaces del Hurón. De eso quería hablarte, Ral. El muy hijo de puta ha vuelto.

RaI masculló una maldición.

-No me sorprende en absoluto- Sólo era cuestión de tiempo que organizara su banda, y sí, si ha regresado es más que posible que uno de los asesinos que lo acompañan sea el responsable de la muerte del viajero. -Ral instó a Odo a dirigirse hacia las escaleras. -Ven, amigo mío, me informarás de tu viaje y me explicarás cuanto sepas del Hurón.

Subieron por las escaleras hacia la sala de retiro y, una vez allí, se acomodaron en unas sillas de madera labrada. Una sirvienta sirvió el vino, el pan y el queso, mientras Odo informaba a Ral del ataque al recaudador de impuestos del rey, la grave herida que había recibido François de Balmain y la pérdida de lo recaudado.

-De Balmany lleva semanas acumulando dinero – dijo Ral. – Debía llevar consigo una pequeña fortuna en oro y plata.

-¿Cómo averiguarán la ruta que iba a seguir y la fecha de su viaje? Con toda seguridad, se trataba de un secreto bien guardado.

Ral cerró la mano alrededor del brazo de la silla en que estaba sentado.

-Cuando hay dinero por medio, siempre existe una forma de descubrir casi todo.

-Supongo que tienes razón.

-Sí, y puedes estar seguro de que ese mismo principio es aplicable a nuestro caso, igual que lo es al del Hurón.

Odo frunció el entrecejo.

-No entiendo qué quieres decir.

-Quiero decir que con una cantidad suficiente de dinero, alguien estará dispuesto a informarnos de lo que queremos saber. No tardaremos en descubrir la guarida de ese hijo de puta, y cuando lo hayamos hecho será hombre muerto.

Odo sonrió con malévola satisfacción.

-Me alegro de haber regresado. No me hubiera gustado estar ausente cuando ese bandido recibiera su merecido.

-Eso ocurrirá, amigo mío, muy pronto.

Caryn y Ambra estaban trabajando en la gran sala. La joven y grácil muchacha había salido victoriosa de su primera gran batalla contra Richard, y ahora tenía a su cargo las despensas situadas en el patio. Ambra se cuidaba del granero, el estanque y el palomar. Se ocupaba del jardín y vigilaba el secado de las frutas y la carne. Por su parte, Richard se encargaba de atender a Ral, inspeccionaba el ganado, los establos, los cultivos; supervisaba el funcionamiento del tribunal señorial y atendía cualquier problema que surgiera entre los habitantes del pueblo.

Richard y Ambra llevaban unas vidas muy activas, pero conseguían encontrar tiempo para estar solos, ya que Caryn, que cumplía a la perfección su papel de señora del castillo, se ocupaba de la cocina y lo que se necesitaba en la gran sala, tenía bajo control el gobierno de la casa, atendía a los invitados y vigilaba el comportamiento de la servidumbre.

Caryn sonrió al pensar en cómo habían salido finalmente las cosas. Desde la feliz recuperación de Geoffrey, se había dedicado a curar enfermos. Cuando Isolda no podía ayudarlos, acudían a ella, ya se tratara de enfermedad o de accidente.

Por primera vez en su vida se sentía útil. Por primera vez desde que era niña, desde antes de la muerte de su madre, se sentía a gusto consigo misma.

Caryn estiró un pequeño tapiz de brillantes colores que colgaba algo ladeado en la pared del fondo de la sala. Se sentía orgullosa del castillo de Braxston, satisfecha de lo que Richard, Marta, Bretta, ella misma y los demás habían conseguido. Había descubierto que las obligaciones y las responsabilidades no eran tan desagradables como había supuesto. En general le aportaban más satisfacciones que sinsabores. Y la sensación del deber cumplido era una recompensa en sí misma.

-¡Lady Caryn! -La mujer se volvió rápidamente y vio a Leofric correr hacia ella-. ¡Noticias, lady Caryn! ¡Noticias importantes!

Caryn reparó en un segundo muchacho, un chico de cabellos oscuros llamado Byrthnoth a quien recordaba haber visto en el pueblo. Era más menudo que Leo y tenía algunos años menos. Todo el mundo le llamaba Briny.

-¿Qué ocurre, Leo? -inquirió-. Hola Briny.

Alargó el brazo hacia la mugrienta mano del muchacho y, tras cogerla, la apretó con suavidad.

-Briny presenció el asesinato, milady. El viajero del camino... Briny vio a los que lo hicieron.

-¿Qué?

Caryn bajó la vista hasta el muchacho de piel atezada. Era hijo ilegítimo de un guerrero normando que había violado a su madre. Finalmente, la mujer había contraído matrimonio, pero su marido profesaba escaso cariño a su hijastro, que no acababa de encajar entre los demás niños.

-¿Le viste Briny? ¿Viste al hombre que n1atóat viajero del camino?

-Sí los vio, milady -respondió Leo en su lugar, Briny dice que eran tres.

-¿Ha visto Briny a aquel caballero corpulento y rubio que trajeron aquí los hombres del pueblo?

-Sí, milady. Todo el mundo lo ha visto.

Caryn se acercó al chico y se acuclilló para ver la expresión que se ocultaba tras la suciedad que le cubría la cara.

-¿Era el hombre rubio uno de los que mataron al viajero, Briny?

El muchacho negó con la cabeza.

-¿Estas seguro?

-El llegó después -contestó finalmente el chico, que tenía la vista clavada en el fango que cubría sus pies descalzos-. Salieron corriendo apenas lo vieron aparecer. Cogieron el caballo del hombre y se marcharon al galope.

-¿Por qué no se lo dijiste a nadie? -preguntó Caryn con amabilidad.

-Tenía miedo, milady -intervino Leo.-A Briny no le gusta mucho la gente.

Caryn se inclinó y abrazó al pequeño.

-Está bien, Briny. No tienes nada que temer.

Miró hacia la puerta, preguntándose cuándo volvería Ral. Había ido a Oldham, un pequeño pueblo cercano, en busca de información sobre el asesinato o de cualquier noticia que hiciera referencia al Hurón y sus hombres. Estaba segura de que regresaría pronto.

Sonrió a los chicos.

-¿Porqué no venis conmigo tú y Briny? -Cogió al más pequeño de la mano y los condujo a 1ª cocina- Esta mañana la cocinera ha preparado pastelillos de manzana.

Los ojos del pequeño se abrieron como platos, y su cara se iluminó con una gran sonrisa.

-Has hecho bien en hablar – le dijo Caryn -. Lord Ral se sentirá muy satisfecho de ambos.

Y así fue, efectivamente. Tan pronto como ella le hubo puesto al tanto de todo, se reunió con los chicos y escuchó su historia con interés, al tiempo que 1es formulaba una serie de preguntas para después sonreír con alivio al comprobar que finalmente se haría justicia.

-Hiciste muy bien en venir, Briny. Quizá podamos encontrar un lugar para ti aquí en el castillo, tal como hicimos con Leofric.

Briny alzó la vista y lo miró con sus enormes ojos oscuros, con una expresión en que predominaban el respeto y el miedo. Luego asintió con la cabeza, y Ral le alborotó el cabello con la mano. Minutos más tarde se despidió de los muchachos y se dirigió a la gran sala en compañía de Caryn.

-Ocúpate de que liberen al sajón - ordenó a Lambert, cuya figura desmadejada estaba apoyada contra la pared que había junto a las escaleras-. Es inocente del crimen.

-Sí milord.

-De camino di a Berta que prepare un baño y busque ropa decente para ese hombre. No podemos permitir que un caballero de su condición abandone el castillo de Braxston envuelto en harapos.

Al tiempo que Lambert abandonaba la gran sala para cumplir las órdenes de RaI, Odo entraba en ella.

-¿Has descubierto quién cometió el crimen?

-Sí. Y no fue un hombre, sino tres. Un muchacho del pueblo nos lo ha contado. Al principio tenía miedo. A juzgar por lo que ha explicado, no hay equivocación posible. El hombre viajaba a caballo, no a pie, como creían los aldeanos. Lo que los bandidos querían era su caballo. Ante la inesperada aparición de Gareth, pusieron pies en polvorosa antes de que pudieran completar la rapiña.

-Aún queda el asunto de la bolsa del viajero -recordó Odo.

-Ya he pensado en ello. Cuando apresaron a Gareth, le quitaron el dinero y lo enviaron a la familia del hombre asesinado.

-Eso no le hace menos culpable.

-Éstos son tiempos difíciles, amigo mío, especialmente para los vencidos. Creo que un hombre de su valor merece una segunda oportunidad.

De pie junto a su marido, Caryn sonrió. Ral era un buen hombre, fuerte, valiente y compasivo. El Caballero Negro podía resultar temible en la batalla, pero en su interior había bondad, respeto a la justicia y un profundo sentido del honor. Con sólo verlo allí, tan alto y orgulloso, su corazón palpitaba rebosante de ternura.

La radiante sonrisa de Caryn se ensombreció un poco cuando recordó que, fueran cuales fuesen sus sentimientos hacia él, seguía ignorando qué sentía él por ella. Nunca le había dicho que la amaba, ni le había jurado fidelidad, ni había pronunciado las palabras que podrían permitirle pensar en un futuro feliz a su lado. Si él le asegurase tales cosas, ella le creería ciegamente.

Pero él jamás había formulado promesas como aquéllas y posiblemente jamás lo haría.

Caryn lo miró, y una sonrisa llena de tristeza afloró a sus labios. Él la deseaba, no cabía duda; el ansia que destellaba en sus ojos rara vez desaparecía. Pero ¿llegaría a amarla alguna vez? Lo dudaba. Ral consideraba que un hombre enamorado no era más que un necio. Una vez amó a Eliana, y ella le había traicionado con su propio hermano. Ral había sido testigo de lo que le había ocurrido a Malvern; había visto el poder que una mujer podía ejercer sobre un hombre y estaba decidido a que eso no le sucediera a él.

Caryn no podía seguir negando sus sentimientos hacia Ral. En lugar de ello, rogaba poder conseguir que él sintiera lo mismo hacia ella. Mientras tanto, se aferraba a aquella esperanza que confiaba un día se convertiría en realidad.

Alzó la vista cuando Ral se alejó de su lado para cruzar la sala a grandes zancadas con un gesto lleno de determinación. En el extremo opuesto se puso en pie un gigante de cabellos rubios que comenzó a avanzar hacia su marido. Caryn tardó unos minutos en reconocer al sajón. Cuando lo hizo, el asombro la obligó a abrir los ojos de par en par. «Virgen santa.» Jamás hubiera podido imaginar que aquel hombre de rasgos perfectamente cincelados, cejas bien perfiladas y labios bellamente formados fuera el mismo individuo barbudo y envuelto en harapos a quien habían encerrado en el almacén.

El gigante se detuvo ante Ral, con los hombros erguidos, el porte orgulloso y la mirada penetrante.

-Eres libre, sajón -anunció Ral con una sonrisa-. ¿Qué opinas ahora de la justicia normanda?

El enorme caballero se agitó, incómodo. Se apreciaba con claridad que la gratitud especialmente hacia un normando, no era una emoción que le resultara fácil expresar. Alzó la cabeza y miró a Ral directamente a los ojos.

-Me habéis salvado la vida. Habéis hecho algo más que justicia. Os habéis esforzado por descubrir la yerdad. Pocos nobles sajones se hubieran tomado tantas molestias por un enemigo.

-¿Eso sois, Gareth? ¿Mi enemigo? ¿Llegará el día en que tenga que defender mis tierras de fuerzas rebeldes comandadas por ti?

-No, milord. Todo eso pertenece al pasado. La conquista de Guillermo ha sido total. En estos momentos, sólo un idiota se rebelaría contra él, y yo no me tengo por tal.

Ral asintió, complacido con la respuesta del sajón.

-¿Qué piensas hacer? -preguntó Caryn acercándose a su esposo.

-Aún no lo he decidido.

-Aquí, en Braxston serás bien recibido -.dijo Ral-, Si te avienes a prestar juramento de fidelidad y a unirte a mis hombres. Un caballero de tu valor es siempre bienvenido.

-Te lo agradezco, lord Ral, pero no puedo quedarme. Estoy buscando a mi hermano... Además, hay una mujer. Ocurra lo que ocurra, debo enfrentarme a mi destino. Estoy más que resuelto a que así sea.

-Entonces que Dios te acompañe-dijo Ral.

-También yo te lo deseo -añadió Caryn.

-Nunca olvidaré lo que habéis hecho por mí.

Gareth sonrió, y unos profundos hoyuelos se formaron en sus mejillas, haciendo que pareciera aún más atractivo-. Quizá volvamos a encontrarnos algún día.

-Tal vez -asintió Ral. Inclinando la cabeza hacia Caryn en señal de despedida, el alto caballero echó a andar.

-Me pregunto qué será de él. -La mujer lo siguió con la vista hasta que desapareció por la puerta.

-Resulta difícil de decir. Hubo un tiempo en que fue rico, pero ahora... -Ral se encogió de hombros-. ¿Quién sabe? Quizá un día cambie su suerte.

Caryn pensó en el hombre andrajoso que habían llevado al castillo de Braxston, en las penalidades que debía de haber sufrido. También pensó en las dificultades que se cernían sobre ellos, en el Hurón y las tierras que con tanta urgencia necesitaban, en el ganado que había muerto y en el duro invierno que les aguardaba.

Pensó en Ral y en el incierto futuro de ambos; en el amor que le profesaba y que sentía crecer día a día; en el amor que tan desesperadamente necesitaba recibir de él. La de Garet no era a única suerte que esperaba que cambiase.

21

Ral atravesó a caballo el puente levadizo; los cascos del alazán resonaron al golpear contra los toscos y gruesos troncos que lo formaban. El guardián se apartó a un lado al verlo llegar. A lo lejos se oía el retumbar de los truenos, mientras las nubes extendían su manto tenebroso sobre el sombrío horizonte.

Ral apenas había reparado en ello, absorto como es- taba en la información que acababa de recibir. Regresaba del pueblo, de un encuentro que Tosig había organizado con un hombre de una aldea vecina situada más al norte; un hombre a quien se había pagado generosamente para que descubriera dónde se escondía el Hurón.

En los labios de Ral apareció una sonrisa inexorable y hasta cierto punto cínica. « ¡Por los clavos de Cristo! A cambio de una buena cantidad de dinero, hasta una madre estaría dispuesta a traicionar a su hijo.» Al menos eso parecía. En aquel caso, se trataba de la fulana que el Hurón tenía en una taberna de Camden, una buena pieza que hubiera accedido a cortar el cuello a un hombre si con ello se hubiera embolsado unas monedas.

El Hurón la había llevado a su escondrijo y le había confiado el secreto de su paradero, algo por lo que estaba a punto de pagar un precio muy alto. Quizá el forajido se mostraría sorprendido al enterarse de la traición de la mujer, pero a Ral no le extrañaba en absoluto. Había presenciado actos semejantes en innumerables ocasiones.

Se dirigió directamente a las caballerizas y llamó a su escudero para que se ocupara de su cabalgadura, que relinchaba suavemente mientras agitaba su larga cola roja. El joven apareció en la parte trasera de las cuadras, y también Caryn, quien salió sigilosamente de detrás de un montón de paja, seguida del pequeño cervatillo.

-Me alegro de que hayas regresado. Empezaba a preocuparme. -Estaba ligeramente despeinada, tenía briznas de paja prendidas en la trenza, y algunos mechones le caían en las mejillas.

A pesar de sus reflexiones sobre la condición de las mujeres, se sorprendió a sí mismo sonriendo mientras descabalgaba y se acercaba a su esposa. Aquélla no era la moza de la taberna; aquella mujer era su esposa, y su corazón brincaba de alegría ante su mera presencia.

-Me complace que te preocupes por mí -dijo-, pero me encuentro perfectamente.

-Y la reunión... ¿salió bien?

-Sí, mucho mejor de lo que esperaba. Se oyeron unos pasos al otro lado de la puerta, y Odo entró en los establos. Su semblante denotaba angustia y algo de esperanza.

-Oí decir que habías regresado. ¿Tienes noticias del Hurón?

Ral miró a Caryn y, por un momento, luchó contra sus propias dudas. ¡Dios del cielo! Ella le había jurado fidelidad, igual que Odo; se preocupaba por él, quizá incluso lo amaba. Él le había prometido confiar en ella -en contra de su propio instinto y de sus amargas experiencias- y había decidido cumplir su promesa.

-Sí. Su campamento se encuentra en las colinas, cerca del cruce de Tevonshire Pass. Cuenta con unos cuarenta hombres, tal vez más. Esta noche organizaremos los preparativos y partiremos al alba.

En la cara pecosa de Odo apareció una sonrisa burlona.

-Por fin atraparemos a ese astuto cabrón. Al fin conseguirás las tierras que tanto deseas. Y el Hurón pagará con su vida todos sus pecados.

-Sí. Ya iba siendo hora. -Ral se acercó a Caryn y le rodeó la cintura con el brazo. Ella tembló.

-Tienes frío. No deberías haber salido sin una capa.

-No tengo frío; estoy asustada. El Hurón es un asesino sanguinario. Temo por tu seguridad, querido mío.

Ral sonrió mientras sentía cómo un río cálido fluía en su interior al oír aquellas palabras.

-¿Tan poco confías en mi destreza como guerrero?

-Sabes que eso no es cierto. No hay guerrero más valiente ni mejor que tú en toda Inglaterra.

Ral enarcó una ceja, sintiendo que sus halagos le complacían más de lo debido.

-Debes confiar en mí cuando digo que me desharé del Hurón y regresaré a casa sano y salvo.

No muy convencida, frunció el entrecejo.

-Lo intentaré, milord.

Ral le alzó la barbilla e, inclinándose hacia ella, la besó en los labios, increíblemente suaves, saboreando su aliento; dulce y femenino. Se desprendía de ella una fragancia a jabón mezclada con el olor de la paja. Al oír que Odo se alejaba, el beso de Ral se tornó más intenso. El guerrero emitió un gemido al notar cómo la sangre fluía caliente hacia su entrepierna... Habría deseado tenderla sobre el heno, levantarle las faldas y hundirse en su cuerpo.

En lugar de ello, se separó bruscamente de su esposa.

-Me alegro de que te preocupes por mí, amor mío -dijo con voz ronca y sonrió-. Estaré ocupado durante las próximas horas, pero quizá después puedas demostrarme cuánto.

El rubor que cubría las mejillas de la mujer se intensificó.

-Sí, milord. Será un placer para mí.

Con un último y cálido beso, se alejó de él para dirigirse a la gran sala.

Junto con Lambert, Hugh y Odo, Ral trabajó para que tanto sus hombres como su equipo estuvieran listos. Llevaban semanas preparándose para aquel momento, reuniendo los pertrechos necesarios y comprobando una y otra vez el estado de las armas. Aun así, la labor continuó hasta bien entrada la noche.

Se había propuesto capturar al Hurón.

Esta vez estaba decidido a que nada fallara.

Sentada ante la chimenea, Caryn hacía pasar un largo hilo escarlata a través de la tela de lino que sostenía sobre el regazo. Había pasado la tarde con Richard, ayudándole a supervisar las provisiones para el viaje de su marido. Habían concluido la tarea hacía un rato, y todos se habían retirado de la sala, excepto dos soñolientos criados. Ella estaba demasiado tensa y preocupada para dormir.

Le tembló un poco la mano, de tal modo que la aguja se le escurrió de los dedos y se pinchó. ¡Santo Dios! Deseaba que Ral no tuviera que marcharse.

-Toma, será mejor que cojas esto. -Geoffrey le tendió un trozo de tela-. Mancharás el bordado.

Había estado tan absorta en sus pensamientos que no había advertido la presencia del joven caballero.

-Gracias. -Lo apretó contra la gota de sangre- Estoy tan preocupada...

Geoffrey le ofreció una copa de vino.

-Sí, ya me he dado cuenta. Tal vez esto te ayude. Aceptó la copa, aunque en realidad no le apetecía.

-Gracias, Geoffrey.

El hombre se sentó en el banco que había frente a ella y esperó en silencio a que tomara un sorbo de aquel líquido brillante y oscuro. Quizá Geoffrey tenía razón. De nada servía permanecer allí sentada toda la noche; consumida por la preocupación. Bebió un largo trago, lanzó una mirada a Geoffrey, que la observaba Con in- quietud, tomó uno más y luego otro.

-¿Mejor?

En efecto, se sentía mejor. Una sensación cálida invadía su interior, en lugar del vacío y la frialdad que la habían dominado hasta entonces. El calor se extendió por sus brazos y piernas, animándola a relajarse y confiar en la destreza de su esposo, tal como éste le había pedido.

-No debes tener miedo, milady. Sea lo que sea lo que lord Ral pretende, estoy seguro de que resultará vencedor.

Caryn dejó escapar un suspiro. LoS latidos de su Corazón se tornaban más lentos, golpeando silenciosamente su pecho. Y así Como sus preocupaciones Comenzaron a desvanecerse, también empezó a desaparecer de su vista cuanto le rodeaba para trasladarse a un lugar de paz y felicidad.

-¿Vencedor? -repitió, incapaz de Concentrarse en las palabras que Geoffrey había pronunciado.

-Tu marido desea capturar al Hurón, ¿no es cierto? Seguro que el descubrimiento del escondite de ese bandido alimenta sus deseos de venganza.

¿Por qué le hablaba Geoffrey del Hurón? ¿Acaso Ral había informado a sus hombres de lo que se proponía hacer? Quizá no. Tal vez no querría correr el riesgo de que el Hurón volviera a escapar. Trató de fijar la vista en el rostro de Geoffrey, pero éste parecía agitarse a la luz del fuego. Su piel parecía haber adquirido un tono anaranjado, y sus ojos reflejaban el color rojo de las llamas del hogar.

-Toma un poco más de vino -apremió Geoffrey al tiempo que la obligaba a coger la copa y la alzaba hasta que ella no tuvo más remedio que beber el contenido-. Veamos... ¿qué decías del Hurón?

-¿Estaba... estaba hablando del Hurón?

-Sí, me hablabas de la misión de lord Ral.

La voz de Geoffrey comenzó a distorsionarse, y el sonido de sus palabras era quebrado y extrañamente distante.

-¿De veras?

-Sí, desde luego. ¿Te ha comentado qué piensa hacer?

-Tienen... que atraparle.

-Lo haremos, milady; tan pronto como lo localicemos.

Ella intentó asentir con la cabeza, pero apenas era capaz de mantenerla en alto. Algo en su interior le advirtió que no dijera nada más, que a Ral no le gustaría. Luego, la advertencia fue debilitándose hasta desaparecer.

-¿Dónde se esconde el Hurón?

Apenas oyó la pregunta a causa del extraño zumbido que había en sus oídos.

-El... está acampado cerca de... cerca del cruce de caminos.

-¿Qué cruce de caminos?

-Cer ...cerca de Tevonshire Pass.

Los labios de Geoffrey esbozaron una sonrisa. Sus dientes parecieron lanzar destellos, y sus ojos parecían estar cercados de anillos de varios colores, como si de un arco iris se tratase. Entonces su imagen se convirtió en una sombra borrosa y apenas perceptible. Casi dejó de oír sus palabras.

-¿Porqué no apuras el vino? – La instó – Quizá así logres conciliar el sueño.

Ella asintió con la cabeza, se llevó la copa a los labios con mano insegura y tomó un último sorbo. Cuando depositó la copa en el suelo, se arrellanó en1a silla y cerró los ojos. Sólo tuvo una vaga conciencia de que Geoffrey se había marchado.

Ral cruzó la gran sala, y sus fuertes pisadas quedaron amortiguadas por los ronquidos de un coro de sirvientes. Cuando se disponía a subir por las escaleras, se percató de que Caryn dormía en una silla cerca de las ascuas del hogar. Sonriendo ante aquella tierna imagen; se dirigió allí preguntándose si habría estado aguardándolo.

La alzó de la silla mientras una parte de él deseaba que despertase y otra esperaba que no lo hiciese. Caryn apoyó la cabeza contra su hombro, y su trenza rozó la mejilla de Ral, provocando que se agitasen zonas de su cuerpo situadas más abajo.

En lo alto de las escaleras, Marta surgió de las sombras, materializándose como una delgada columna de humo, elevándose de la nada como el espectro que a veces parecía ser.

-Se ha quedado dormida junto a fuego - dijo Marta-. Ha estado muy inquieta y preocupada. No quise molestarla. Sabía que no tardarías en venir a buscarla.

-Vete a la cama. Yo me ocuparé de ella.

Marta asintió. Se disponía a seguir su camino cuando bajó la vista y, al observar el rostro de Caryn 1igeramente pálido, frunció el entrecejo. Una mano arrugada se posó sobre la frente de la joven. Finalmente Marta comenzó a bajar por las escaleras lentamente.

Ral abrió la puerta de sus aposentos y entró con su pequeña esposa en brazos. Ésta no se movió cuando la depositó sobre el lecho y empezó a desnudarla. El hombre suspiró al pensar en los gemidos de pasión que tenía intención de arrancarle e intentó apaciguar los latidos de dolor que sentía más abajo del vientre.

Le acarició la mejilla mientras echaba las mantas hacia atrás. Si todo salía bien, regresaría a principios de la semana siguiente. Para entonces la batalla que debía librar con el Hurón habría acabado, y las propiedades que con tanta urgencia necesitaba le pertenecerían al fin; habría nuevas tierras de labranza y la amenaza de una hambruna habría sido finalmente conjurada.

Ral sonrió. En cuanto las gentes de Braxston hubieran superado las dificultades, él dedicaría todas sus atenciones a la mujer con quien compartía el lecho. En los últimos días había acabado por admitir la profundidad de sus sentimientos y había empezado a aceptarlos. Se proponía hacer que Caryn fuera completamente suya, crear entre ellos un vínculo profundo y asegurarse de que despertaba en ella las mismas emociones apasionadas, perturbadoras y enfebrecidas que ella le provocaba.

Ral dejó a un lado las prendas de su esposa, se despojó de las suyas y se tumbó desnudo a su lado en el lecho. Sufría cada vez que miraba las dulces curvas de su cuerpo, pero no la tocó. Debido a la excitación, le costó bastante conciliar el sueño.

Al despuntar el alba, se movió un poco en la cama, con la esperanza de despertarla y así hundirse en su interior antes de abandonarla. Al ver que su esposa permanecía inmóvil, blasfemó en voz baja y decidió que, si tan cansada estaba, lo mejor era dejarla dormir. Así pues, se vistió, se calzó las botas y cogió la espada. Ni siquiera sus fuertes pisadas lograron despertarla; Atravesó la habitación para acercarse a ella, depositó un beso en los labios, se dio la vuelta y salió de la estancia para reunirse con sus hombres.

-No puedo creerlo, Marta, ¿Ral se ha ido?

-El sol ya casi está por encima de nuestras cabezas niña mía. Tu esposo partió al alba.

-¿Y por qué no me despertó? No puedo creer que no lo oyese salir. Lo aguardé junto al fuego y entonces…

-¿Y entonces?

Caryn fijó la mirada en el suelo, desconcertada y un tanto intranquila.

-Yo… no lo sé. Supongo que debí quedarme dormida. No… no consigo recordarlo.

-¿Como te encuentras? –Marta le puso una mano sobre la frente.

-Sé que resultará extraño pero aún me siento cansada. Y me duele la cabeza de un modo espantoso. ¿Crees que estoy enferma?

-Quizá pequeña. Tendremos que esperar haber que sucede.

Sin embargo, por la tarde ya se sentía mejor. El dolor de cabeza y la fatiga habían desaparecido por completo. A pesar de todo, su memoria sólo lograba recuperar pequeños fragmentos de lo sucedido la noche anterior: cómo Geoffrey le tendía un trapo porque se había pinchado el dedo, cómo la instaba a beber una copa de vino, argumentando que eso le ayudaría a conciliar el sueño...

Durante todo el día, su mente rescataba una y otra vez los acontecimientos de la noche anterior, y al ponerse el sol otros extraños recuerdos habían salido a flote: como había sentido el cuerpo pesado y sin fuerzas cómo el rostro de Geoffrey había comenzado a brillar de forma curiosa a la luz rojiza del fuego... y cómo había empezado a formularle preguntas.

De pie frente a la pequeña ventana de su habitación, esperando descubrir estrellas donde sólo había nubes y oscuridad, Caryn movió la cabeza, que había recostado contra la fría y gris pared. ¿Por qué Geoffrey le había planteado todas aquellas preguntas sobre el Hurón? Si buscaba información, ¿por qué no se la había pedido a Ral?

¿Qué preguntas le había formulado exactamente? y lo más preocupante de todo: ¿qué había respondido ella?

A lomos de su caballo y ataviado con la cota de malla, Ral escudriñaba el follaje del valle que se extendía más abajo. Un olor a hierba quemada flotaba en el aire, ya lo lejos unas delgadas columnas de humo blanco se elevaban de las hogueras de los campamentos, abriéndose paso a través de la espesura.

-Esta vez ese bastardo será nuestro -dijo Ral a Odo, quien sonrió con evidente satisfacción.

-Esta vez nuestros esfuerzos han obtenido una justa recompensa.

-Sí, aunque me sentiré mejor cuando los explora- dores hayan regresado.

No tardaron mucho en volver, entrando con sigilo en el claro del bosque montados en sus caballos. Con rapidez y eficacia se desembarazaron de las armaduras casi sin hacer ruido. Habían bajado al pequeño valle en forma de corazón y regresaron con la noticia de que el campamento del forajido se encontraba exactamente donde les habían informado.

-¿Cuántos hombres son? -preguntó Ral a Girart, que había encabezado la pequeña expedición.

-Menos de los que suponías. No más de veinte o treinta.

-¿Y el Hurón está entre ellos?

-Había un hombre pequeño, de pelo oscuro, delgado y fuerte. Resultaba evidente que era el líder. Sin duda se trata del Hurón.

-¿Descubriste los puestos de vigilancia?

-Sí, milord. y ya se han retirado casi todos.

Ral esbozó una leve sonrisa que reflejaba una irrevocable determinación.

-Has hecho un buen trabajo Girart.

Tras asentir el alto caballero se alejó para reunirse con sus hombres mientras Ral hablaba con Odo.

-Rodearemos el campamento según habíamos planeado y cuando estemos apostados les exigiremos que se rindan. No quiero que se derrame

sangre de forma innecesaria pero tampoco deseo arriesgar la vida de nuestros hombres.

-¿Y el Hurón? - preguntó Odo.

-Si puede ser le quiero vivo. Si no... me conformaré con su cabeza. -Tiró con fuerza de las riendas de *Satán* que se agitó nervioso-. Tú dirigirás el flanco derecho mientras yo me encargo del izquierdo. Cuando estéis bien situados nos aprestaremos a intervenir.

Odo asintió e hizo dar la vuelta al caballo. Ral espoleó a *Satán* y avanzó al frente de su columna de hombres; se movían con determinación pero sin precipitarse manteniendo las distancias entre sí en una disposición táctica abierta rodeando el valle y acercándose lentamente. En pocos minutos habían cercado por completo el campamento del forajido.

Ral empezó a ordenar a sus hombres que se aproximaran pero algo lo retuvo. Tenía ochenta hombres a sus órdenes mientras que los bandidos contaban con menos de treinta. Pero el instinto aguzado por los muchos años de batalla le lanzó una advertencia silenciosa. Permaneció oculto tras los árboles, estudiando los movimientos de los bandidos alrededor de las hogueras. Observó que estaban bien armados... y que parecían vigilar el bosque con disimulo.

El Hurón siempre se había caracterizado por actuar con cautela.

A pesar de todo, no le quedaba más remedio que proseguir con sus planes. Se había propuesto capturar a aquel criminal. De una forma u otra debía poner fin a las tropelías del Hurón.

-Avisad a los hombres -dijo a Lambert-. Decidles que tal vez nos hayan tendido una trampa.

Mientras aquel caballero larguirucho recorría en silencio la línea de hombres, Ral hizo una señal con la cabeza a Odo para que se pusiera en movimiento.

-¡Vosotros, los que estáis en el claro del bosque! -llamó Ral-. ¡Os habla el Caballero Negro! Os encontráis en inferioridad numérica y estáis rodeados. No os servirá de nada luchar y tampoco tratar de escapar. ¡Arrojad las armas y rendíos!

Los bandidos ya se habían apresurado a presentar batalla y habían preparado los arcos y desenvainado las espadas al tiempo que se ponían a cubierto detrás de pilas de cajas y otros materiales que habían aparecido de repente en lugares estratégicos del campamento. Los hombres de Ral profirieron un feroz grito de guerra y avanzaron hacia el claro; unos portaban lanzas, otros blandían la espada con una mano enguantada mientras con la otra sujetaban el escudo.

Ral cabalgó entre ellos, aferrando su sable mientras apremiaba a su caballo con las rodillas. Ya casi habían llegado al claro cuando oyeron unos gritos salvajes a sus espaldas, ya continuación el ruido de hombres a caballo, el estruendo de los cascos de los animales y el característico resonar de las armaduras.

¡Una trampa! Ral no tardó en darse cuenta de ello, agradeciendo a la voz de alarma que había sonado en su interior que le hubiese advertido y preparado para ello. Sólo esperaba que no fueran más numerosos que ellos.

-¡Santo Dios! -exclamó Hugh, acercándose a Ral-. ¡No son bandidos harapientos, sino caballeros y hombres de armas!

Ral tensó los músculos del rostro

-Son los hombres de Malvem. Alguien ha vuelto a vendernos a Stephen de Montreale.

Ral asestó un mandoble al primer hombre que salió de entre los árboles; sus espadas se encontraron, entrechocaron, mantuvieron un pulso y volvieron a entrechocar. Entonces Ral dejó caer su espada, con fuerza, de manera que cortó el brazo a su contrincante, a la altura del hombro, al tiempo que lo derribaba del caballo y lo veía desplomarse en el fango; los colores verdes y brillantes de Malvern quedaron cubiertos de lodo y sangre.

La furia confería a Ral una fuerza tal que apenas le costaba ningún esfuerzo deshacerse de sus adversarios, a pesar de que todos ellos estaban bien armados y, obviamente, eran diestros en el combate. Se desembarazó de ellos con facilidad, atravesando con la espada a uno, decapitando a otro. La sangre salpicada le teñía de carmesí la cota de malla, y la ira que se había desencadenado en su interior había empañado sus ojos de un rojo aún más intenso.

¿Quién lo había traicionado? Los únicos que conocían el destino final de la expedición y la hora prevista para el ataque eran Odo y Caryn. ¿Habría vuelto al campamento la fulana de Carden para prevenir a su amante? y si así era, ¿cómo había conseguido enterarse Malvern?

Ral blandió la espada, cuya hoja destelló, y detuvo el golpe que uno de los bandidos pretendía asestarle. Los forajidos que no se hallaban en el campamento habían aparecido sobre sus cabalgaduras en compañía de Malvern. Evidentemente, se habían confabulado con aquel demonio que llevaba tanto tiempo atormentándole.

¿Dónde estaba Stephen?, se preguntó e intentó localizarlo entre los árboles, decidido a dar con él, para hacerle pagar cara su perfidia. Mientras tanto, repasaba mentalmente la lista de las personas que podían haberle traicionado.

Divisó a Odo un poco más allá, luchando valiente- mente contra dos hombres de Malvern. El pelirrojo no era el traidor, y él lo sabía.

Al tiempo que esquivaba a un lancero de Malvern, acudió a su mente la adorable imagen de Caryn. ¿Caryn y Stephen? Se le hizo un nudo en el estómago sólo de pensarlo. No, ella odiaba a aquel hombre casi tanto como él. Entonces ¿por qué razón podría haberlo hecho? ¿Qué podía ganar con ello?

Ral se abrió paso a través de un pequeño grupo de forajidos que luchaban encarnizadamente. Observó que sus hombres resistían a pesar de que los números estaban a favor de Malvern. Sabía que era su lealtad hacia él lo que les impulsaba a poner tal empeño en la lucha, mientras que los guerreros de Malvern no sentían nada parecido hacia su líder; sólo la promesa de una recompensa material los animaba a seguir adelante.

Además, sus huestes habían recibido un mejor entrenamiento. Las interminables horas de prácticas habían modelado las habilidades de los caballeros de Braxston, hasta situarlos entre los mejores del país.

-Malvern. -Hugh señaló con el dedo hacia el norte, sabiendo que Ral estaría buscando a su enemigo, ansioso por ver cómo aquel bastardo recibía la fría estocada de su hoja.

Ral cabalgó en aquella dirección y obligó a su caballo -mucho más ágil de lo que su tamaño hacía pensar- a galopar entre los árboles y esquivar a los hombres enzarzados en la batalla. Vio cómo Stephen hacía girar su cabalgadura hacia la derecha y guió a *Satán* en la misma dirección. Estaba a punto de alcanzarlo cuando dos jinetes ataviados con cotas de malla y empuñando unas espadas ensangrentadas surgieron de la espesura y se abalanzaron sobre él.

Lleno de furia, Ral profirió una maldición al observar que Malvern escapaba. A pesar de herir al primer caballero en el hombro, éste continuó luchando y distrajo su atención el tiempo suficiente para que su compinche le atravesara el muslo con la espada. Ral gruñó de dolor al tiempo que *Satán* se encabritaba y dejaba caer los cascos con fuerza sobre un caballero que corría hacia él a través de la tierra fangosa. Con otros dos sonoros golpes, Ral acabó con la vida del primero de los hombres. Hizo dar la vuelta al gran caballo negro, procurando zafarse del acero del segundo atacante y sintió cómo el animal se tambaleaba. Se inclinó hacia un lado y saltó de la silla en el instante en que el enorme caballo caía al suelo con estrépito.

Satán volvió a ponerse en pie y se sacudió, aparentemente incólume. Ral se enderezó y comenzó a asestar golpes con su espada. Uno de ellos hirió a un hombre alto, que profirió un alarido de dolor. El Caballero Negro se volvió y vio que otros dos hombres se precipitaban sobre él; unos pasos a su espalda le pusieron sobre aviso de que un tercer individuo se acercaba. Trató de girarse, de situarse de forma que pudiera defenderse de los tres, pero las fuerzas habían empezado a abandonarle, y la sangre manaba copiosamente de la herida que tenía en el muslo.

Le pareció sentir que la afilada hoja de una espada se le clavaba en la espalda cuando vio con el rabillo del ojo los colores rojo y negro que componían el distintivo de Braxston. Vio la figura alta y esbelta de Geoffrey, que blandía la espada contra el hombre que se aproximaba a Ral. Luego oyó el entrechocar de los aceros y el gruñido de dolor del hombre. Ral asestó unos golpes sonoros a sus dos atacantes, atravesó con su sable a uno e hirió levemente al otro. Se volvió a tiempo de ver cómo una estocada penetraba profundamente entre las costillas de Geoffrey.

Al ver que uno de los suyos caía, especialmente alguien tan joven, Ral recuperó las fuerzas de repente. Envuelto en el fragor de la batalla, mató al caballero que había herido a Geoffrey y miró en torno a sí en busca de otros posibles atacantes, sin hallar ninguno. Observó con detenimiento el campamento y el bosque que lo circundaba y se dio cuenta de que las tropas de Malvern habían iniciado la retirada, perseguidas por algunos de sus propios hombres, mientras el resto se ocupaba de lo que quedaba de la banda de forajidos.

Consciente de que Malvern ya se habría alejado demasiado, centró su atención en Geoffrey. Odo también se aproximó a él. Los dos llegaron al mismo tiempo al lugar donde el joven yacía, en medio de un gran charco de sangre.

Ral se arrodilló a su lado.

-Tranquilo, muchacho. La batalla está casi ganada.

-¿Malvern... está... muerto?

Ral apretó los dientes.

-Me temo que ha huido. No tiene valor para afrontar las derrotas.

-¿Qué... qué ha sido del Hurón?

Ral volvió la mirada hacia Odo, convencido de que éste no se habría apartado de sus hombres a menos que el forajido hubiera caído en sus manos.

-Ha sido capturado -confirmó el pelirrojo-. Ahora podrá contar al rey lo de su pacto con el diablo.

-¿Cuántos hombres... hemos perdido? -Hasta ahora hemos contado veinte muertos-respondió Odo, fijando la mirada en la túnica de Ral, que iba

oscureciéndose a causa de la sangre que le brotaba del muslo-. Y otros veinte heridos. Tenemos suerte de que el número no haya sido mayor.

Un sollozo entrecortado salió de la garganta de Geoffrey, seguido de un ataque de tos. Sus ojos se llenaron de lágrimas que pronto rodaron por sus mejillas.

-Es culpa mía -dijo entre jadeos mientras trataba de tomar aire-. Creí... que lo único que lord Stephen deseaba era capturar al Hurón. Me dijo que quería ganarse el favor del rey.

Ral sintió una opresión en el pecho. Su mente comenzó a trabajar, empujándolo a enfrentarse ala única conclusión posible, mientras luchaba con todas sus fuerzas contra aquella verdad y la rechazaba.

-Él... me prometió que me proporcionaría tierras -añadió Geoffrey-. A él no le hacían falta... a mí sí.

-¿Cómo? -preguntó Ral ¿Cómo te enteraste de adónde nos dirigíamos?

Geoffrey tosió, temblando. Tras expulsar una bocanada de sangre, contestó:

-No debéis... no debéis culparla. Es... culpa mía, no suya. -La tos dio paso a violentos espasmos-, Es... culpa mía...

Entonces murió. Rallo miró fijamente mientras una furia sorda avanzaba imparable a través de sus venas. El cuero del guante que le cubría una mano se le incrustó en la palma al cerrar con fuerza el puño.

«No esculpa suya; sino tuya, Geoffrey, por ser tan joven y bien parecido, por haberla cortejado y haber tenido éxito donde yo he fracasado; por convencerla de que debía utilizar la pasión para conseguir lo que quería, de que debía fingir unas emociones que no sentía... Por persuadirla de queme traicionara.»

¡Por la sangre de Cristo! ¡Qué estúpido había sido!

Sintió intensificarse en su interior la ira y notó cómo se extendía, impidiéndole ver cualquier cosa que no fuera la certeza de que todo aquello en que había creído y todos sus sueños de futuro se habían marchitado y habían desaparecido barridos por el viento.

Apretó con fuerza las mandíbulas, reprimiendo un loco impulso de bramar de furia. Su voz tembló de rabia y, aunque en un principio se esforzó por dominarla, no tardó mucho en darse cuenta de que ya nada le importaba.

-Busca a Lambert -ordenó a Hugh-. Reúne a una veintena de hombres y ocúpate de que tanto el Hurón como sus hombres sean entregados al rey Guillermo. Explícale qué ha sucedido. A él le corresponde decidir qué debe hacerse con Malvern.

-Sí, milord. Partiremos enseguida.

-Y manteneos alerta por lo que pueda hacer Stephen, aunque seguramente continuará la retirada... Sus fuerzas estaban muy diezmadas, de modo que no creo que vuelva a atacar.

Hugh asintió.

-Entonces ¿los demás regresamos a Braxston? -preguntó Odo.

-Sí. Debemos atender a los heridos. -Tenía las mandíbulas tan apretadas que apenas podía hablar-. Además hay que solucionar el asunto del traidor.

-¿No os referiréis a lady Caryn?

-Es a ella a quien Geoffrey aludió, ¿no es cierto?

-No puedes asegurarlo. Ni siquiera mencionó su nombre.

-Aparte de nosotros dos, ella era la única persona que conocía nuestra misión. Estoy seguro de que lo sabes.

A pesar de todo, las palabras de Odo habían conseguido despertar una pequeña esperanza en su interior. Se aferraría a ella durante el viaje de vuelta y rogaría por que existiese otra respuesta que no implicase a Caryn.

Aunque en el fondo sabía que era la única posible.

22

Bretta subió por la escalera hacia el castillo, atravesó velozmente el pesado portalón y corrió hacia la gran sala.

-¡Lady Caryn! El vigía acaba de dar aviso. ¡Regresa, milady, su señor y esposo y sus hombres vuelven a casa!

La envolvió una oleada de alivio.

-¿Ya los divisa? ¿Está seguro de que lord Ral está entre ellos?

-Ha visto el estandarte con el dragón negro del señor sobre un fondo rojo de sangre. No ha podido distinguir nada más.

Caryn miró hacia la puerta, súbitamente intranquila. Su estómago comenzaba a revolverse. ¿Y si había sucedido algo? ¿Y si Ral estaba herido? ¿Y si le habían mutilado o incluso...? ¡No! No pensaría lo impensable. Él estaba a salvo y se encontraba bien. Geoffrey tan sólo había preguntado por curiosidad, y las respuestas que ella había dado... Dios mío, la confianza que ella había traicionado... No obedecía a nada más que ala apremiante sed de batalla de un joven caballero.

Los hombres regresarían y no habría sucedido nada funesto. Hablaría con Geoffrey y descubriría qué había ocurrido realmente aquella última noche.

Oyó vagamente las advertencias de Bretta, -Será mejor que te apresures, milady. Pronto estará aquí, ya lo verás. Debes tener buen aspecto para él.

Habían trabajado juntas toda la mañana en la despensa; una actividad elegida para no pensar en Ral y los peligros a que se enfrentaba en la lucha contra el Hurón y sus secuaces.

-¡Apresuraos, milady!

Caryn miró su túnica, vieja y descolorida, y el cabello... ¡Dios mío, parecía una pordiosera! Se levantó un poco la túnica, dio media vuelta y subió corriendo por las escaleras. Regresó al cabo de unos minutos con una túnica verde oscuro. Se había peinado y recogido el cabello con pasadores de carey, como le gustaba a Ral.

Suspiró profundamente ante la puerta del patio armas y comenzó a descender por las escaleras. Se detuvo antes de llegar abajo, al darse cuenta de que los sirvientes ya no parecían animados. Su expresión era solemne, y algunas mujeres estaban a punto de llorar:

-Santo cielo, ¿qué ocurre?

-Un hombre del pueblo se ha adelantado al resto -respondió alguien-; Sólo han regresado la mitad de los hombres, muchos de ellos heridos. Los demás se dan por muertos.

Caryn se tambaleó, a punto de desfallecer.

-¿Y…y lord Ralf?

-No he oído nada sobre él. El hombre del pueblo habló con el senescal.

Con el rostro desencajado, Caryn buscó a Richard con la mirada. Lo vio entre un grupo de campesinos al lado de Ambra, mirando fijamente hacia el puente levadizo. Avanzó hacia él con el corazón encogido.

-Richard, me gustaría saber qué noticias ha traído el hombre del pueblo.

El senescal se volvió hacia ella.

-Lady Caryn, ahora mismo me disponía a buscarte. -Cobró ánimo y le contó la historia que le había relatado el hombre del pueblo, añadiendo-: El Hurón ha sido capturado. Se comenta que un grupo de caballeros de Braxston, encabezado por Lambert y Hugh, viaja hacia la corte del rey Guillermo para reclamar la recompensa.

-¿Y lord Ral?

-Me temo que ha resultado herido aunque no de gravedad.

Caryn se tambaleó, y Richard tendió el brazo para sostenerla.

-No debes temer nada, milady.

-Lo siento, Richard.

Se irguió y rogó con toda su alma que Ral estuviera realmente a salvo y que todo lo que había sucedido la noche que habló con Geoffrey no tuviera nada que ver con el derramamiento de sangre.

Richard y la joven permanecieron en silencio, con la mirada fija en el puente levadizo y el estandarte del dragón negro, que ondeaba sobre la muralla del castillo, anunciando la llegada del Caballero Negro y lo que quedaba de sus huestes. El patio de armas se había llenado de sirvientes que aguardaban rezando por sus amigos y familiares.

Caryn contuvo el aliento cuando el caballo de Ral, *Satán,* cruzó el puente levadizo. El caballero se erguía en la silla, con los hombros rectos y el cabello oscuro revuelto por el viento. La expresión de su rostro denotaba cansancio. Llevaba el escudo colgado de la silla, y el casco cónico bajo su poderoso brazo.

Ral tiró de las riendas de *Satán,* y Caryn se encaminó hacia él apresuradamente. Vio sangre en su cota de malla y un vendaje alrededor del muslo, también manchado de sangre. Caryn carraspeó y continuó avanzando hacia su marido mientras él desmontaba. Se detuvo al ver su cara. Virgen Santa, parecía esculpida en piedra. Tenía la mandíbula tensa, los músculos del rostro contraídos y una expresión gélida en loS ojos, La barba de varios días le confería un aspecto que hacía honor a su apodo: el Caballero Negro, Ral *el Despiadado.*

Caryn sintió un nudo en el estómago. Miró detrás de él desesperadamente, buscando a Geoffrey, rezando para que la verdad que resonaba en su mente fuera de algún modo irreal.

-Si buscas a tu amante, esta m*uerto. –Las pala*bras tronaron duramente en el patio de armas -. Junto con otros veinte hombres de los mejores.

¿Amante? Geoffrey no era su amante.

-No…no te entiendo.

-¿No lo entiendes? Yo creo que sí.

El caballero entregó el casco al escudero y dio un paso hacia ella, que nunca había visto en su esposo una mirada tan desgarradora, una mirada que la hería y acusaba sin necesidad de recurrir a las palabras.

-Sospecho que conspiraste con Geoffrey, que tu acción ha causado el dolor y la muerte de mis hombres. Creo que una vez más me has traicionado.

-¡No! -exclamó, aun sabiendo que al menos en parte, ésa era la verdad. A sus ojos asomaron lágrimas que le enturbiaron la visión.

-¿Niegas acaso haber traicionado mi confianza, haber hablado a Geoffrey del Hurón?

¿Cómo podía negarlo? Ral había confiado en ella y ella le había defraudado. No había pretendido hacerlo pues jamás habría hecho hada que pudiera dañarlo. Sin embargo veinte hombres valientes habían fallecido y la sangre de su marido se derramaba sobre la tierra.

-Me gustaría que me lo dijeras. -El filo de su espada no habría conseguido herirla más profundamente que el tono de su voz.- ¿Hablaste con Geofftrey? ¿Le revelaste mis planes sobre el Hurón?

-Yo…yo quería…

-¡Se lo dijiste!

Caryn parpadeó y las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas.

-Sí. Fui yo quien se lo dijo.

Ral la golpeó con tal fuerza que la mujer se tambaleó y cayó sobre el barro. El sabor salobre de la sangre le llenó la boca., pero no le importó. Quería aún más, porque en realidad sabía que se lo merecía. Se levantó con esfuerzo y se obligó a mirarlo de nuevo, con la certeza de que volvería a golpearla, esperando que lo hiciera. Vio una cara deformada por el mismo dolor que ella sentía, un hombre que se debatía entre emociones contradictorias. Ella deseaba acercarse a él, confortarlo y tranquilizarlo; quería arrodillarse a sus pies y suplicarle que la perdonara.

Sin embargo, permaneció inmóvil. Aquellos ojos fríos e insensibles le indicaban que Ral nunca la perdonaría. Su esposo la despreciaba por lo que había hecho. La rabia la decepción y la amarga desesperación que había transparentado su semblante cuando llegó montado a caballo, fueron sustituidas por una expresión de vacío y fría determinación.

-¿Tienes algo que decir? – preguntó.

Tanto y tan poco… sólo pudo negar con la cabeza.

-Desde el día de nuestros esponsales me has suplicado que te deje en libertad. Lo has deseado por encima de todas las cosas. A partir de hoy, Caryn de Ivesham, eres libre.

La joven enmudeció. Lágrimas cálidas se deslizaban por sus mejillas. Sentía una opresión en el pecho que apenas le permitía respirar, y el corazón le dolía como si se le hubiera partido en dos.

Los labios de Ral dibujaron una línea dura y despiadada que le confería un aspecto aún más terrible.

-Hace ya algunos meses que Lynette vive en Pontefact. Mis amigos de allí también te acogerán a ti. Puedes unirte a mis amantes o bien regresar al convento. La elección es tuya. ¿Qué prefieres?

No era una decisión difícil. La libertad, el regalo que había anhelado por encima de todas las cosas, ya nada significaba para ella; nada sin Ral y el hogar que había aprendido a amar.

-Regresaré con las hermanas.

Quizá allí encontraría la paz y el perdón por las muertes de los hombres de Ral.

Él frunció el entrecejo, sorprendido por la decisión.

-¿Estás segura de que deseas esa?

-Sí, milord.

-Entonces, que así sea. Recoge tus pertenencias y prepárate para partir. Girart se encargará de que llegues a salvo al convento.

Se alejó de ella muy erguido, sin prestar atención a la pierna herida que le sangraba.

Caryn observó cómo avanzaba su envarada figura que evidenciaba cansancio y en aquel momento el amor que sentía por él se tornó más profundo.

-Ral... -Él se detuvo, con la espalda aún más rígida, pero no se volvió-. Tu pierna... Yo... por favor...- Hay que curarla. Quizá Isolda podría hacerlo.

El caballero echó a andar otra vez alejándose a grandes pasos.

Caryn no sabía cuánto tiempo había permanecido allí; segundos que parecían horas, minutos que parecían una eternidad.

Vamos, mi niña. Debemos preparamos.

Las manos de Marta se posaron en sus hombros, obligándola a caminar. En silencio, Caryn permitió que la anciana la guiara hasta su habitación y luego permaneció junto a la ventana mientras la criarla empaquetaba sus pertenencias. En el convento no necesitaría mucho. Había perdido lo que más necesitaba en el mundo.

Escoltada por Giran y otros dos hombres de Ral, Caryn cabalgaba en su pequeño palafrén gris hacia el convento. Más tarde recordaría poco de aquel viaje. Veía el paisaje con los ojos enturbiados por las lágrimas, llorando en silencio y con el corazón destrozado.

Marta había intentado consolarla, convencerla de que las cosas se arreglarían. Caryn la había mirado fijamente y había replicado que las cosas nunca se arreglarían para ella. Habían muerto hombres por su culpa, y su marido había resultado herido. Él le había confiado su vida y la de su gente, y ella no sólo había fallado a él sino también a sí misma.

-¿Estarás bien, milady? _ Girart se hallaba en la puerta del convento, con los otros dos hombres. Siempre había tratado con amabilidad a Caryn, cuya simpatía se había granjeado. En aquellos momentos a la mujer le sorprendía que todavía se mostrara tan amable.

-Estará bien -respondió la madre Teresa, la abadesa de serias facciones del convento de la Cruz Sagrada-. Su hermana Gweneth está aquí. Además tiene muchas amigas. Este lugar había sido su hogar.

¿Hogar?, se preguntó Caryn. El único hogar que había conocido durante años era el castillo de Braxston; el único lugar donde se había sentido necesaria, el único lugar a que había pertenecido realmente.

-Vamos, Caryn, tienes que cambiarte de ropa. La joven no replicó. No merecía la bonita túnica verde que lucía, sino el hábito de penitencia y horas de plegaria de rodillas; ni siquiera eso era un castigo suficiente.

-Te sentirás mejor en cuanto te hayas instalado. -dijo la abadesa-. Dios perdonará tus pecados aunque tu esposo no lo haga.

Recorrieron los sombríos pasillos, aún más tristes de lo que ella recordaba, quizá porque esta vez tenía la certeza de que nunca escaparía de ellos.

-De algún modo tu llegada es una bendición; Lord Raolfe ha sido generoso a cambio de que te acojamos. Por lo visto es un hombre justo y bueno. Es una lástima que le hayas defraudado tanto.

La abadesa no necesitó añadir que ya se lo esperaba. Caryn nunca se había adaptado al convento, había atormentado a todas con sus desgracias, había sido conflictiva y había causado muchos problemas. Se merecía lo que le pasaba.

Caryn siguió a la alta y delgada abadesa hasta una celda larga y estrecha que tenía un jergón de paja en una esquina. Ésa sería su casa para el resto de sus días.

Caryn notó que unas manos duras le despojaban de su túnica, sintió cómo le desprendían los pasadores del cabello. Algunas monjas, entre las cuales reconoció a la odiosa hermana Agnes, la ayudaron a ponerse una camisa de lino grueso y una túnica marrón de lana. Después la dejaron sola.

Caryn se sentó en el incómodo jergón. Palpó la pared de piedra y apoyó las mejillas contra ella. Estaba húmeda y fría, como su corazón. Las lágrimas escaparon de sus pestañas cuando cerró los ojos.

«Ral, te amo. Lamento tanto haberte defraudado.» Sollozó en la sombría celda y se preguntó cómo podía haber salido todo tan mal.

Ral levantó la cabeza de la mesa. Alrededor de él varios caballeros roncaban, mientras la risa obscena de otros hombres resonaba entre las paredes del castillo.

-Se hace tarde, milord. -Richard le tocó la espalda-. Ya es hora de que te retires a tu dormitorio. El brazo de Ral se deslizó por la mesa, empujando fuentes que contenían las sobras de la cena, copas vacías y cuernos de vino. Cogió uno y se lo tendió a Richard.

-Llénalo.

Richard vaciló un instante y luego se dirigió al paje que dormitaba en una esquina.

-Trae el odre. Lord Ral quiere más.

Leo se alejó a toda prisa, llenó el cuerno y volvió.

Ral vació el contenido y alzó el cuerno para que le sirvieran más. Leo lo hizo a regañadientes.

-Está así desde que lady Caryn se marchó- susurró Leo a Richard.

-Es cierto. Pronto dormirá tan profundamente como los otros, y entonces ordenaré que lo lleven a la cama.

-No creo que lo que dicen acerca de lady Caryn sea cierto. Me extraña que ella fuera capaz de traicionar a su marido.

Tampoco Richard, Ambra y al menos media docena de personas más lo creían, si bien Caryn había confesado su culpa. Richard se marchó para no ver la triste imagen que ofrecía lord Ral, cuya cabeza volvía a descansar entre los restos que había encima de la mesa. De pie entre las sombras, unos metros más allá, Marta lo observaba y sacudía la cabeza preocupada.

Ral no había dejado de beber en los últimos seis días. Sus movimientos se habían tornado descontrolados, su voz poco clara, y sus órdenes eran incoherentes.

Richard sabía que el dolor que lo traspasaba era demasiado grande y profundo para soportarlo. El senescal lo comprendía mejor que nadie. Si Ambra se hubiera entregado a otro, si le hubiera traicionado... dudaba de que pudiera seguir adelante.

-Lo acompañaré arriba -se ofreció Odo, tan sombrío y preocupado como los demás. Entre él y Girart levantaron a su señor y lo subieron por las escale- ras de piedra. Aquella tarea nada fácil se había convertido en la rutina de cada noche.

Richard observó a los hombres hasta que desaparecieron por el pasillo y se dirigió cansinamente a su aposento. Se refugiaría en los acogedores brazos de su esposa, mientras que lord Ral sólo encontraría un lecho vacío y una noche infernal plagada de recuerdos amargos. Se preguntó si las noches de Caryn serían semejantes a las de su esposo.

Los primeros días la dejaron sola; para que meditara, afirmaron, para que rogara a Dios que la perdonara. Pasó aquellos días totalmente aislada, sin querer abandonar la celda, enferma por dentro e incapaz de probar la horrible comida del convento.

Una mañana, muy temprano, su sueño torturado quedó interrumpido por los pasos de alguien que entraba en la celda. Fatigada, Caryn abrió lentamente los ojos. Su corazón latía de modo apagado.

Estudió el contorno de una muchacha vestida con una túnica marrón de lana igual que la suya y reconoció a su hermana. Caryn se incorporó, frotándose los ojos.

-Hola Gweneth -susurró. A pesar de la oscuridad distinguió la sonrisa de su hermana. La joven de oscuros cabellos se arrodilló a su lado, y Caryn tomó su mano-. No deberías estar levantada tan temprano. -No había censura en su voz.

Había evitado a Gweneth expresamente, por miedo a lo que los inocentes ojos de ésta pudieran vislumbrar.

Gweneth no sabía que Caryn era su hermana, aun- que había cierto reconocimiento, un trato cálido hacia alguien a quien consideraba su amiga. Sentía una gran empatía hacia quienes la rodeaban y compartía su alegría, su dolor, su felicidad o su tristeza. Gweneth parecía albergar sólo bondad en su interior.

Los rayos del sol se filtraban por la alta ventana de barrotes, deshaciendo las sombras y calentando el incómodo jergón de Caryn.

-Ya ha amanecido -dijo para romper el silencio.

Gweneth tiró de la mano de su hermana instándola a levantarse. Caryn obedeció y, tras ponerse la túnica de lana, permitió que Gweneth la guiara a través de la puerta. La encantadora muchacha la llevó al jardín, donde había plantado un parterre de caléndulas. Gweneth señaló el sol y luego las bonitas flores amarillas.

-Sí, son como pequeños soles -dijo Caryn.

Cortó una y la colocó tras la oreja de Gweneth. Al oír a su espalda una voz familiar que la llamaba Caryn se volvió y vio a su amiga, la hermana Beatrice, que la saludaba sonriente. Gweneth se levantó las faldas y corrió hacia la monja, que se hallaba ante la puerta del convento. Caryn no la siguió. Permaneció con la vista fija en las flores amarillas, contenta de que aportaran la alegría del sola su hermana. Para ella, el sol había desaparecido de su vida en el instante en que había perdido a Ral. Desde aquel momento, aunque los cálidos rayos dorados continuaban brillando, su interior era frío, dominado por las tinieblas.

Se preguntó si el sol volvería a calentarla alguna vez.

-Te repito que debe tratarse de un error.

Odo paseaba ante el escritorio de la sala de retiro mientras Ral examinaba el libro mayor de Braxston.

-¿Qué error puede haber? Ella no lo negó.

-No importa lo que dijera. Afirmo que no es lo que parece.

Déjalo, Odo. Estoy harto de tantas tonterías. Sólo consigues que desee olvidar que somos amigos.

Finalmente Ral había salido del estupor etílico en que había permanecido sumido toda la semana. Ese estado le había ayudado a soportar el dolor durante un tiempo, pero a menos que se sumergiera en un barril de vino, no podría evitarlo para siempre.

-Precisamente porque somos amigos te hablo de esta manera. Te ruego que descubras la verdad.

Ral dio un puñetazo en la mesa.

-¿Quieres la verdad? La amarga verdad es que mi mujer estaba enamorada de otro; un hombre lleno de codicia y ambición que la utilizó para obtener lo que quería y murió en su empeño. Ésa, amigo mío, es la verdad.

-Tu mujer estaba enamorada de ti, no de Geoffrey. Si le contó tus planes respecto al Hurón, debía de tener algún motivo.

-No puedo creer que estés defendiéndola, tú que ni siquiera la apreciabas.

-Es cierto... pero sólo al principio, hasta que me di cuenta de cómo te cuidaba, de lo feliz que te hacía; de las miradas que os dedicabais.

-No dices más que estupideces. Ella estaba enamorada de Geoffrey.

-¡Estaba enamorada de ti!

Ral suspiró, cansado.

-En cualquier caso, me traicionó. No puedo vivir con una mujer que no me merece la mínima confianza.

-Dudo de que te traicionara conscientemente. Significabas demasiado para ella.

-¡Basta! ¿Por qué insistes en que significaba mucho para ella? ¿Acaso me amaba siquiera? Nunca lo dijo.

-¿Y se lo dijiste tú a ella?

-No, pero...

-Una vez habló del amor que te profesaba -dijo suavemente-. Nunca antes había visto una mirada semejante en los ojos de una mujer. Un hombre entregaría su reino por una mujer que le mirara de ese modo.

Ral se estremeció. Todos los minutos del día estaban cargados de sufrimiento y de un sentimiento de pérdida. Por mucho que se esforzara por ignorarlos, persistían en él, causándole un gran dolor que Odo había incrementado al despertar las dudas que nunca le habían abandonado.

-Márchate -ordenó con tono amenazador-. Márchate y no vuelvas.

Odo se irguió. -Lo lamento. No pretendía aumentar tu pena. - Se detuvo al llegar a la puerta-. De todas formas, aunque te haya causado pesar, no me arrepiento de mis palabras.

Ral cerró de un golpe el libro mayor en cuanto el pelirrojo salió de la sala de retiro.

-Se ha vuelto loco -gruñó a Marta, que se encontraba detrás de la puerta. La anciana guardó silencio, y sus hombros parecieron hundirse bajo el peso de esas palabras.

Caryn se sentó en lo alto de un pequeño otero en que crecían la hierba y las flores. Acostumbraba ir allí cuando terminaba su trabajo en el convento para sentarse y recordar.

Al principio había intentado olvidar el pasado hasta borrarlo de su mente. Luego descubrió que el pasado era lo único que le ofrecía consuelo y le proporcionaba un refugio contra el dolor.

Los días transcurrían entre horas de trabajo agotador, comidas escasas y una sensación de encierro sofocante para finalizar con reflexiones sobre los pecados cometidos. Sin embargo, los momentos en que revivía su época con Ralle apartaban una paz interior que de ningún otro modo conseguía.

Resultaba bastante fácil recordar. Evocaba el rostro de su esposo, moreno y bello, como aquel día que lo había visto a horcajadas sobre su gran caballo negro en el prado. Veía sus labios sensuales, o la luz burlona que tornaba sus ojos más azules, o la seductora sombra que anunciaba su deseo de poseerla.

Recordaba las sensaciones que experimentaba cuando la acariciaba con sus poderosas manos. Evocaba su dulzura, su fuerza, la manera sensual en que la levantaba en brazos, en que la sostenía cuando lloraba, tranquilizándola, confortándola.

Rememoraba la aventura con los lobos y cómo Ral había arriesgado su vida para salvarla. Recordaba cómo había ayudado a Leo, la justicia que había pedido para el guerrero sajón. Al pensar en Ral, su corazón sufría por él, al tiempo que se regocijaba con la evocación de los momentos que había pasado juntos.

Ansiaba estar con él, oír su voz profunda e irresistible, contemplar la curva que dibujaban sus labios cuando sonreía, disfrutar de nuevo de la alegría que habían sentido juntos. ¿Con quién compartía ahora sus responsabilidades? ¿A quién acudía en busca de consuelo? Él la había necesitado, y ella le había fallado.

Caryn alzó la vista y se sorprendió al ver a su hermana a su lado. La sombra del perfil perfecto de ésta caía sobre su rostro. Tras mirar a Caryn, Gweneth se arrodilló a su lado, sosteniendo un ramillete de flores. Se lo tendió y lo depositó en sus manos, que temblaron al aceptarlo, mientras el dolor crecía en su interior, amenazando con desgarrarla.

Caryn se acercó a Gweneth y reparó en las lágrimas que empañaban sus ojos azules; una fuente de tristeza que se desbordaba hacia sus mejillas. Su rostro transparentaba dolor y una desdicha tan profunda como la suya. Se le formó un nudo en la garganta, pues rara vez había visto llorar a su hermana, rara vez la había visto tan infeliz. Entonces se dio cuenta de que las lágrimas de Gweneth eran un reflejo de las suyas, de que compartía su sufrimiento. Gweneth había percibido su angustia y su dolor.

Caryn se llevó las flores a la nariz con manos trémulas para aspirar su fragancia. Miró de nuevo a su hermana, y forzando una sonrisa, se inclinó para enjugarle las lágrimas. A continuación se secó las suyas y, con falsa alegría, dijo:

-No debes llorar. Esto es muy bonito, ¿verdad?

Continuó sonriendo, apartando de su mente los pensamientos acerca de su hogar, Ral, el amor y la soledad, hasta que finalmente los labios de Gweneth dibujaron una delicada sonrisa.

Caryn se encaminó hacia un pequeño parterre de campanillas, cortó una y se la entregó a la muchacha.

-Es preciosa, ¿verdad? Tus ojos tienen la misma tonalidad que esta flor.

Sonriente, su hermana comenzó a buscar más flores azules. Divisó un parterre y hacia allí se dirigió. Caryn la observó, pensando que su hermana ya había olvidado su tristeza y que su dolor era tan fugaz como aquella mariposa que en aquellos momentos la muchacha perseguía.

El sufrimiento de Caryn, en cambio, no había disminuido y seguía abrasándole el corazón. Por primera vez en la vida no encontraba alegría en nada de la que le rodeaba; ni en los rayos del sol ni en el azul del cielo. Por primera vez en la vida envidiaba a su hermana mayor, por el olvido del mundo en que vivía.

23

Ral miró la gran cama vacía, y un dolor punzante le traspasó el corazón; Desde la noche en que había discutido con Odo, ese dolor no lo abandonaba y crecía día a día.

Sufría por Caryn, pensaba en ella a cada momento, como lo había hecho desde que la mujer partiera, aunque ahora no lograba esconder su dolor tras el buen humor ni tras el velo cegador de la rabia.

A veces odiaba a Odo por lo que había hecho: despertar, incitar la angustia y suscitar incertidumbres. Las dudas le asaltaban desde la salida hasta la puesta de sol. En los momentos más inesperados surgían recuerdos de pequeñas cosas que su esposa había dicho o hecho, cosas que demostraban que en realidad él le importaba... cosas que Odo afirmaría evidenciaban su amor.

Evocaba cada detalle del tiempo que habían pasado juntos, la manera en que, al principio, Caryn había intentado escapar de su matrimonio y cómo se había enfrentado con coraje a su cólera. Rememoraba cómo, más tarde la había abrazado y cómo ella había llorado apoyada en su pecho, Recordaba que ella se había mantenido a su lado, arriesgando su vida ante los lobos, decidida a no abandonarlo. Ella había desafiado su ira al interceder por Leo, protegiendo al muchacho aun a riesgo de ser castigada. Al actuar así, Caryn se había granjeado su admiración y su respeto.

Esbozó una sonrisa al evocar cómo había arreglado la sala para descuidarla después. ¡Con qué valentía lo había desafiado! Finalmente Caryn se había ganado la lealtad de los sirvientes y la de su marido. Pensó en cuánto le había afectado que hubiera yacido con Lynette. ¿Por qué había sufrido tanto si él no le importaba? Tal vez el dolor que él le había causado había contribuido a que Caryn se alejara de él.

Ral se sentó en la silla, apoyó los codos en la mesa y hundió la cabeza en las manos, entrelazando los dedos en el cabello. ¿Cuántas veces pensaría en ella y recordaría la suavidad de su cuerpo? ¿Cuántas veces soñaría con su sonrisa, imaginaría su risa o el sonido de su voz?

¿Cómo podía sentir tal desesperación por la pérdida de una mujer que lo había traicionado?

Suspiró en la oscuridad de la habitación, iluminada por una vela medio consumida. Intentó recordar cuánto había sufrido al descubrir la perversa relación entre Eliana y su hermano. Entonces había experimentado

el dolor de ser engañado, sentirse utilizado y perder algo que estaba destinado a ser suyo. No obstante, no podía compararse a la angustia que sentía tras la partida de Caryn.

Y precisamente porque sus sentimientos eran tan distintos esta vez, las dudas continuaban asaltándolo. Se preguntaba si debía apenarse tanto por una mujer de tal calaña, una mujer de tan baja moral que había tenido un amante, lo había engañado, traicionado y manipulado para conseguir sus propios fines.

¿Debía sufrir tanto por una mujer como ésa? ¿Tanto lo cegaban sus pasiones?

Oyó un sonido sordo y, al levantar la cabeza, vio a Marta de pie ante la maciza mesa de madera.

-Has sufrido mucho, milord, y ella también: ¿Estás preparado para oír la verdad?

Al oír sus palabras, se le encogió el corazón. Se dispuso a escuchar a la anciana, receloso.

-¿Qué verdad?

-La verdad de lo que ocurrió la noche que tu Caryn te traicionó.

-Ya no es mi...

-¿No lo es? ¿Entonces por qué te sientes tan triste?

-Si tienes algo que decir, anciana, dilo. Si no, déjame en paz.

Marta sacó una copa de entre los pliegues de su túnica de lino gris y la depositó sobre la mesa.

-Es la copa de la que bebió tu esposa la noche en que saliste en busca del Hurón.

-Si quieres contarme que estaba ebria no servirá de nada. Si no se puede confiar en ella...

-No estaba ebria; sólo tomó una copa. Estaba drogada.

-¡Drogada! -Intentó en vano desterrar la pequeña esperanza que nacía en su interior -. ¿Insinúas que Geoffrey vertió algo en el vino?

-Echó beleño. El jugo de la planta se seca y se emplea como cataplasma para aliviar el dolor. En dosis demasiado altas, provoca que la gente imagine cosas... y actúe como nunca lo haría.

-¿Esperas que me crea este cuento? ¿Qué prueba tienes? ¿Y por qué no me lo has contado antes?

-¿Me habrías escuchado en otro momento?

No, él sabía que no lo habría hecho. Su rabia había sido demasiado grande, y su dolor demasiado intenso.

-A ver, cuéntamelo y enséñame las pruebas. Si no las hay, da por concluida nuestra conversación.

Aun así, en su interior se estremecía ante la esperanza de que la anciana se explicara. Se dio cuenta de que estaba rezando para que no se diera la vuelta y se marchara.

La anciana no le decepcionó, sino que inició su relato, comenzando por la extraña palidez de Caryn, de que Marta se había percatado aquella noche en las escaleras. Preocupada, se dirigió a la sala, donde encontró la copa, que todavía olía a la droga. Se encaminó hacia la sala que hacía las veces de enfermería y descubrió que el recipiente donde Hassan había guardado el narcótico había sido abierto; vio un poco de la sustancia en polvo en el mortero. Aunque confiaba en que eso no significara nada, realizó discretamente unas averiguaciones entre los sirvientes.

Al observar que su historia no había convencido a Ral, Marta hizo una pausa y caminó hacia la puerta. La abrió, y una sirvienta entró, mirando nerviosamente a su señor.

-No tengas miedo -dijo Marta-. Debes explicar a lord Ral qué viste aquella noche al pasar ante la enfermería.

La criada se llamaba Elda, recordó Ral, una chica no mucho mayor que Caryn.

-Vi a Geoffrey, milord. Me extrañó encontrarlo allí tan tarde, pero, como no era asunto de mi incumbencia, no le pregunté por qué estaba allí.

-¿Qué hacía? -inquirió Marta.

-Estaba moliendo algo en el mortero. Tenía prisa, sin duda, porque se marchó pocos minutos después.

-¿Cómo podía Geoffrey conocer tal poción? -preguntó Ral. Su corazón latía ya con fuerza, y la esperanza crecía en su interior. -Olvidas que pasó un largo tiempo en la enfermería. Lady Caryn usó una pequeña cantidad de esa droga para aliviarle el dolor. No te engañes, milord; Geoffrey de Clare sabía exactamente qué hacía.

-Tal vez te equivocas. Sé qué sientes por tu señora. Quizá tan sólo deseas...

-Rememora aquella noche, milord. ¿Te acuerdas de cómo dormía tu esposa? Ni siquiera despertó para desearte buena suerte en tu expedición. Al despertar, se sentía muy cansada.

Recordaba haberla llevado a su habitación; ni siquiera sus torpes movimientos la despertaron. Dormía como si hubiera sido... drogada.

Cerró los puños encima de la mesa.

-Si ocurrió tal y como dices, ¿por qué no trató de explicarse? ¿Por qué no alegó nada en su defensa?

-Caryn se considera culpable. Se culpa de la muerte de tus hombres. Confiaste en ella, y ella te falló. Se atormentará por ello el resto de su vida.

-¡0h, Señor! No puedo creerlo.

Pero enseguida creyó todas y cada una de las dulces palabras que le volvían a la vida. Quería gritar, golpearse con los puños y romperse los dientes por haber desconfiado.

«Algo va mal», había dicho Odo, y él, cegado por el dolor y la angustia, no había sido capaz de verlo.

-Debo ir a buscarla.

-Es demasiado tarde para emprender un viaje como éste. Ya ha anochecido, y la luz de la luna apenas podrá guiaros.

Ral sonrió.

-Hay más luz de la que ha iluminado mi camino durante semanas. -Se dirigió a la puerta a grandes zancadas. Llamó a Odo, despertó a la mitad de los sirvientes y comenzó a impartir órdenes.

Detrás de él, Marta sonrió y se enjugó una lágrima de la mejilla.

Acompañado por diez hombres, Ral partió hacia el convento de la Cruz Sagrada. Cabalgaron casi toda la noche, durmieron unas horas, y reanudaron la marcha antes del amanecer. A pesar del cansancio, se sentía vivo por primera vez en muchos días.

Aunque tenía claro su propósito, a medida que se acercaba a su meta, aumentaba su inquietud. ¿Qué diría a Caryn? ¿Qué le diría ella a él? En cierto modo él era tan culpable de traición como Caryn creía ser. Si hubiera tenido más fe en ella, si hubiera atendido a su instinto en lugar de dejarse

cegar por la ira, habría descubierto la verdad. Hasta Odo se había dado cuenta.

Se le revolvía el estómago al pensar en cuánto la había ofendido. Arrastrado por la angustia, la había atacado duramente. En realidad, ambos habían sufrido mucho. Se preguntaba si Caryn le perdonaría y si ella era feliz en el convento. De hecho, había querido liberarse de él, vivir una vida sin las trabas que imponían el deber y las responsabilidades.

Le preocupaba que, después de todo lo acontecido, Caryn no deseara regresar a casa.

-¡Lord Raolfe! -La abadesa se apartó para franquearle la entrada-. Lo siento... no habíamos recibido noticia alguna de vuestra llegada.

Él apenas se detuvo a saludarla.

-Vengo a visitar a mi esposa, ¿dónde está?

La abadesa sonrió fríamente.

-Fuera, pues así lo prefiere. Le convendría pasar más horas arrodillada, rezando por su alma. -La mujer alta y delgada se dirigió a una puerta interior y la abrió-. Si me acompañas hasta el otro lado de la sala, la hermana Beatrice te mostrará el camino.

Mientras sus hombres aguardaban fuera, Ral siguió a la monja a lo largo del pasillo desierto y débilmente iluminado. Era húmedo, oscuro y triste. Apretó la mandíbula al imaginar a Caryn viviendo en un lugar como aquél y sintió remordimientos. La abadesa lo condujo hasta una monja joven y delgada que él recordaba era amiga de Caryn.

-Si necesitas algo -dijo la madre Teresa-, la hermana Beatrice te ayudará. -Y, dándose la vuelta, se retiró.

-¿Has venido a ver a tu esposa; milord? -preguntó la joven monja.

-Sí, ¿cómo se encuentra?

-Me temo que no muy bien, milord. Hace días que prefiere la soledad. Es como ver marchitarse a una bella flor. Ella no pertenece a este lugar milord.

Ral se aclaró la garganta, y aun así su voz sonó ronca:

-No es difícil darse cuenta de ello. Sólo espero que ella opine lo mismo. Beatrice abrió una pesada puerta de madera de goznes herrumbrosos que chirrió.

-Ahí está, milord. -Señaló un montículo en medio del prado-. Se sienta al sol siempre que las hermanas se lo permiten, aunque el sol no parece animarla.

-Sí, conozco demasiado bien esa sensación.

Beatrice se marchó, y él se detuvo un momento para reunir todo su valor y rogar que las palabras adecuadas acudieran a sus labios. Después echó a andar hacia la pequeña figura.

Caryn estaba sentada en la cima del montículo, con la mirada fija en el horizonte. Había mucho trabajo en el convento, pero esos últimos días se le había permitido disfrutar de unos momentos de soledad. Se preguntaba si era a causa del dinero que Ral pagaba por su cuidado... o si era debido a la tristeza que reflejaban sus ojos.

Paseó la mirada por el prado, sin apreciar la belleza que en él había, sin apenas sentir el calor del sol. Ignoraba cuánto tiempo había permanecido

sentada allí; la ardiente esfera amarilla ya se acercaba al horizonte. De pronto una sombra cayó sobre ella, sacándola de su meditación. Vio un par de botas de piel suave, altas hasta la rodilla, que enfundaban unas largas piernas masculinas. Protegiéndose los ojos con la mano, miró al hombre y lo reconoció.

-Ral... -musitó, y él sonrió. Caryn había creído que jamás volvería a ver aquella sonrisa.

-Me alegro de verte, Cara. Ella se tragó el dolor que él le causaba al usar lo que una vez había sido una palabra tierna, así como el suspiro que pugnaba por brotar de su interior: Se apresuró a Ponerse en pie, sacudiendo las briznas de hierba de su basta túnica marrón. Mientras tanto, sus ojos se deleitaban en la contemplación del caballero alto y espléndido. Observó que estaba más delgado.

-¿E... estás bien, milord? La herida de tu pierna, ¿se ha curado?

¿Por qué se había presentado? No se le ocurría ningún motivo que justificase su presencia.

-La herida era muy leve. Me encuentro bien. -Ral parecía extrañamente incómodo-. ¿Y tú, Cara? ¿Estás bien?

¿Por qué insistía en llamarla de aquella manera? Lo pronunciaba con suavidad, como acariciándola con su tono. Al notar que las lágrimas estaban a punto de brotar de sus ojos, Caryn se forzó a sonreír, procurando no mostrarse demasiado alegre.

-Oh, sí, milord. Las hermanas me tratan bien, y Gweneth está aquí. Me agrada ver lo feliz que es.

Ral perdió la mirada en el horizonte. Caryn observó la poderosa línea de su mandíbula, la curva sensual de sus labios, sus anchos hombros. De pronto, Ral se volvió hacia ella de nuevo.

-Se está bien aquí fuera. ¿Quieres pasear un rato conmigo?

-Como gustes, milord. En realidad a ella no le apetecía. El dolor que él le provocaba era demasiado grande, la agonía de su pérdida, casi insoportable. De todas formas, su llegada no debería haberla sorprendido, pues era muy propio de él asegurarse de su bienestar. Después de todo, aún era su esposa; quizás ésa era la razón de su visita. Se le formó un nudo en las entrañas. Tendría que habérsele ocurrido que él quisiera poner fin a su matrimonio. Existía el problema de los herederos del castillo de Braxston y sus tierras. Se mordió el labio inferior para reprimir el llanto.

-¿Cómo está Marta?-preguntó mientras se alejaban del convento.

-Bien. Está preocupada por ti. Y también Ambra.

-Debes decirles que estoy bien, que... que me complace haber vuelto al que una vez fue mi hogar. Ella habría jurado que Ral se puso tenso, cuando ella pronunció esas palabras. De pronto él se detuvo. La brisa agitaba suavemente su ondulado cabello.

-He venido por una razón -dijo él-. Hay ciertas preguntas que debo formularte.

-¿Preguntas, milord?

-Sobre la noche que hablaste con Geoffrey.

Ella se tambaleó ligeramente, tan grande era su sufrimiento. Ral la sostuvo. El simple contacto de su mano despertó el deseo en su interior.

-¿Te encuentras bien?

-Tan sólo es que... que preferiría no recordarlo. Me resulta muy doloroso. Yo...

-Yo también preferiría no recordarlo, pero debo saber por qué hablaste a Geoffrey sobre el Hurón.

Se le hizo un nudo en la garganta. Él la obligaba a recordar lo que ella se esforzaba por olvidar.

-No quise hacerlo. -Tragó saliva-. Supongo que fue el vino. Me hizo ver cosas, decir cosas... A menudo me pregunto por qué me interrogó... qué ganaba con ello.

-Él ambicionaba las tierras. Malvern prometió entregar la recompensa del rey a cambio de información.

Caryn asintió con expresión ausente. El motivo que había impulsado a Geoffrey carecía de importancia en realidad.

-Durante su convalecencia, habló de su madre, de que la cuidaría como su padre nunca lo había hecho. Una vez me dijiste que era ambicioso. Descubrí demasiado tarde que tenías razón.

-Así pues, él no era tu amante.

Ella negó con la cabeza y sonrió con tristeza.

-No, milord. Siempre te he sido fiel.

Ral apretó los labios.

-Estás diciendo que no lo amabas.

-¿A Geoffrey? Era poco más que un chiquillo. Sólo nos unía la amistad.

Ral permaneció en silencio un buen rato. Cuando por fin habló, su voz sonó extrañamente tensa.

-Debería haber permitido que te explicaras. Lo lamento muchísimo.

-¿Que me explicara, milord? No hay nada que explicar. Tus hombres murieron por mi culpa. Me confiaste tu secreto, y yo lo revelé. Volví a traicionarte. Soy yo quien lo lamenta, milord.

Ral se volvió y la tomó por los hombros para forzarla a que lo mirara a la cara.

-¡Tú no me traicionaste! ¿Crees que si Geoffrey hubiera obtenido la información a través de Odo de una manera semejante le habría expulsado del castillo, de mi vida, de mi corazón? ¿Crees que no me habría enterado de que Geoffrey era el único culpable?

No lo entiendo -balbuceó ella.

-Todos cometemos errores, Cara; el tuyo fue confiar en Geoffrey. Está en tu naturaleza confiar en los demás, y me gustaría que eso no cambiara. Nunca pretendí castigarte por tus equivocaciones, ya que yo también he cometido errores.

-¿Tú, milord?

-Sí. Cometí un terrible error la noche que poseí a Lynette, una decisión de que me arrepiento amargamente.

-Pero tus hombres fallecieron por mi culpa, milord. Nada puede cambiarlo.

-¡Mis hombres murieron por culpa de Geoffrey!

Caryn fijó la vista en su marido, como si intentara aferrarse a sus palabras. Él se atusó el cabello y la miró, sin saber qué añadir, esforzándose por reprimir el impulso de tocarla, consciente de que si lo hacía acabaría estrechándola entre sus brazos.

-Quiero pedirte un favor, Cara.

-Muy bien, milord, pero antes yo te pediré otro.

Él arqueó una ceja.

-¿Quieres pedirme un favor?

-Sí.

-¿De qué se trata?

-Me gustaría que no volvieras al convento nunca más. Ya has comprobado que me encuentro bien. Si deseas anular nuestro matrimonio, preferiría que enviaras a otra persona para comunicarme los mensajes.

-¿Por qué?

La mujer esbozó una leve sonrisa y él se percató de que las lágrimas empañaban sus ojos.

-No deseo verte... porque tu presencia me entristece demasiado. -De manera inconsciente, se había llevado la mano al corazón, y Ral sintió que se le partía el suyo.

-Te lo ruego, *chérie...* Me matas con cada pa1abra que pronuncias. No digas nada más hasta haber oído el favor que quiero pedirte.

Caryn asintió y se enjugó las lágrimas. Ral respiró profundamente.

-Durante nuestra convivencia, comprendí cuánto valoras tu libertad. Sé cuánto te disgusta estar sujeta a deberes y responsabilidades, pero me gustaría que consideraras la posibilidad de... regresar a casa.

Caryn frunció el entrecejo.

-¿A casa, milord? ¿Quieres decir que debo volver al castillo?

-Allí te necesitamos desesperadamente. Marta es vieja y frágil, y Leo no es más que un chiquillo. Ambra y Richard necesitan ayuda en la sala y ...yo, mucho más que los demás, te necesito, Cara.

Ella lo miró fijamente mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas.

-¿Me perdonas?

-Ya te he dicho, *ma chere,* que tan sólo cometiste un error. Soy yo quien debería pedir perdón. Debería haberte creído, haber confiado en ti.

Entonces la rodeó con sus brazos, estrechándola de tal manera que ella sentía los latidos de su corazón. Inclinó la cabeza para depositar en sus labios un beso tierno y anhelante, que se tornó tan apasionado y posesivo que Caryn se estremeció.

-Te amo -susurró ella cuando aquel ardiente beso acabó-. Creo que te he amado desde el primer momento en que te vi.

Ral la atrajo hacia sí con una sonrisa llena de felicidad.

-Si es así, promete que volverás a casa.

La respuesta brotó de lo más profundo de su ser:

-Es lo que más deseo en este mundo.

Él la besó de nuevo, apretándola contra sí, reclamándola como nunca antes lo había hecho, expresando sin palabras lo mucho que la amaba.

-Nos marcharemos tan pronto como estés preparada: Anhelo verte desnuda sobre nuestro lecho. Deseo abrazarte, besarte y hacerte el amor durante horas seguidas. Si no estuviéramos sobre suelo sagrado, te tomaría ahora mismo.

Ral la besó por última vez, tan profundamente que a Caryn le flaquearon las rodillas. A continuación el caballero la cogió en brazos y caminó presuroso hacia las puertas del convento. Se detuvo en el frío pasillo de piedra para ordenar a la abadesa que preparara las pertenencias de su esposa y se las entregara a uno de sus hombres. Por último depositó a su esposa en el suelo.

-¿Deseas despedirte de tu hermana?

-Sí, milord.

-Entonces, hazlo ahora mismo, porque estoy ansioso por sacarte de aquí.

En ese momento, la hermana Beatrice se acercó a ellos, llevando de la mano a Gweneth.

-Siempre te he considerado mi mejor amiga, Beatrice.

Caryn avanzó hacia la monja y la abrazó. Después se volvió para abrazar a su hermana. Su radiante sonrisa contagió a Gweneth, cuyo rostro se iluminó de alegría.

-Pronto te visitaré -prometió Caryn, acariciando la mano de su hermana, que se inclinó para besarla en la mejilla. Caryn la abrazó por última vez y salió para reunirse con Ral y sus hombres.

-¡Que seas muy feliz! -exclamó a sus espaldas la hermana Beatrice. Su esposo la aguardaba al otro lado de las pesadas puertas. Sus ojos habían adquirido una brillante tonalidad azul y su sonrisa era tan cálida que a Caryn le dio un vuelco el corazón.

-¿Regresamos a nuestro hogar? – preguntó e1Ia.

-Sí, mi amor. Volvemos a casa.

Hogar, qué preciosa palabra. Caryn sonreía mientras Ral la ayudaba a subir al caballo y montaba detrás de ella de un salto. Él deslizó los brazos alrededor de su cintura, y ella se apoyó contra el fuerte muro de su pecho.

Cabalgaron a toda velocidad. Ral estaba tan ansioso como ella por llegar al castillo de Braxston. Durante la noche, Caryn durmió a su lado, sintiendo cómo la deseaba, mientras la evidencia, dura como una roca, hacía gruñir a su marido. Sin embargo, no la tomó. Ella sabía que era su manera de demostrarle lo mucho que le importaba y su arrepentimiento por cuanto había ocurrido.

Al día siguiente, Caryn cabalgó en un palafrén gris que Ral había llevado para ella. Él se mantenía a su lado ya menudo le sonreía cálidamente. Cuando ya se aproximaban al castillo, los ánimos estaban tan elevados que Ral bajó un poco la guardia.

Cuando oyeron el estruendo de los cascos, sus ata- cantes ya se hallaban demasiado cerca o avanzaban amenazadoramente hacia los pocos hombres de Braxston con los sables en alto.

-¡Es Malvern! -exclamó Ral, intentando colocar su alazán ante el palafrén de Caryn mientras sus hombres luchaban bravamente contra los guerreros que los atacaban por la retaguardia. De todas maneras, estaban en una proporción muy desfavorable. Las filas de los hombres de Braxston fueron rotas rápidamente, y los huestes de lord Stephen avanzaron y separaron a Caryn de su valiente esposo.

-¡Ral! -exclamó al ver que uno de los hombres de Malvern se acercaba a él por la izquierda, dispuesto a asestarle un golpe en la cabeza. Ral levantó su escudo, repeliendo el ataque, pero dos hombres más le acorralaron por detrás.

-¡Cabalgad hacia la fortaleza! -ordenó. Por primera vez Caryn comprendió que los guerreros la querían a ella. Hizo girar a su caballo y lo espoleó, pero ya era demasiado tarde, pues de inmediato un caballero alto se inclinó hacia ella y la arrancó de la silla. Aunque la mujer intentó resistirse, el hombre la colocó boca abajo sobre la cruz de su caballo, obligó al animal a dar la vuelta y se alejó cabalgando. Mientras tanto, sus compañeros continuaban combatiendo contra los caballeros de Ral para evitar que éstos se lanzaran a la persecución.

Ral blandía la espada con furia al ver que su esposa había sido raptada por el enemigo. Siguió luchando cuando su alazán cayó herido por una lanza. Al final, cuando sólo él y cuatro de sus hombres quedaban en pie, se oyó un silbido agudo y los caballeros de Malvern se batieron en retirada para sorpresa de Ral; dieron la vuelta a sus monturas, enfundaron los sables y galoparon hacia el bosque, donde se había internado el hombre que había secuestrado a Caryn.

-¿Por qué nos han dejado con vida? -Girart clavó la mirada en el polvo del camino que sus adversarios levantaban-. No lo entiendo.

Ral asió con fuerza la empuñadura de su espada manchada de sangre.

-Estamos vivos porque Stephen así lo había planeado.

-Pero ¿por qué, milord?

-Quiere exigir un rescate. -Ral masculló un juramento-: Se propone arruinarme como sea.

Miró alrededor y se encaminó a toda prisa hacia un caballo que pastaba entre los árboles y había pertenecido a uno de los hombres caídos de Malvern.

-¿Cómo están los demás? -preguntó Ral, conduciendo hacia adelante al caballo bayo.

-Dos han muerto, y hay cuatro heridos.

-¿Pueden cabalgar los heridos?

-Sí. Están preparando sus monturas.

-Bien, entonces vámonos.

Cuanto antes llegaran a la fortaleza, antes podría reunir lo que quedaba de sus fuerzas y enviar mensajes a sus aliados para pedir ayuda. No se permitió pensar en Caryn ni en la venganza que Malvern podría llevar a cabo contra ella por el mero hecho de ser su esposa.

Sólo sabía una cosa con certeza: esta vez no fallaría a su mujer.

24

Caryn hizo una mueca de dolor al golpearse el estómago contra la dura cruz del caballo cuando éste pasó por un hoyo. Estaba dolorida y magullada: a causa del viaje a través del bosque y del trato brutal que el alto caballero le dispensaba. Estaba sedienta, rendida y asustada.

¿Qué le habría ocurrido a Ral? ¿Lo habrían herido? ¿O quizá había muerto? Se sentía inquieta por él aunque en el fondo creía que su esposo seguía con vida. Intuía que si algo malo le hubiera sucedido ella se habría enterado.

En aquel momento, tenía otras preocupaciones, ya que al volver la cabeza vio los colores verdes y blancos de Malverp y una enorme tienda de seda verde. Su raptor tiró de las riendas, y ella notó que unas manos toscas la bajaban del caballo. En cuanto sus pies, tocaron el suelo, un hombre la condujo a empellones hacia la tienda y la empujó hacia el interior.

Al oír una risa grosera, Caryn se volvió. No fue a Loer Stephen a quien vio sino a Beltar el cruel, con su grasiento pelo negro y su cara de rudas facciones.

Malvern se hallaba sentado a su lado.

-Bienvenida, milady -saludó, como si aquello se tratara de una visita de cortesía-. Es muy amable de tu parte reunirte con nosotros.

-¿Amable? Yo considero esto un secuestro.

Caryn observó con atención el interior de la tienda, decorado de forma lujosa con sedas, grandes tapices y pieles exóticas. Sus ojos se abrieron de par en par al volver la mirada hacia Beltar y reparar en la mujer rubia y delgada que, amordazada y atada de pies y manos, se encontraba sobre la alfombra persa, a los pies del hombre.

-¡Ambra!

Beltar lanzó una risita ronca, y Caryn se puso muy tensa.

-¿Qué hace ella aquí? ¿Y por qué la maltratas de esa forma?

-Me temo que tu amiga no se mostró tan razonable como tú, milady. Quizá podrías convencerla de que le conviene no causarnos más problemas. De lo contrario, continuará atada. -Caryn se apresuró a acercarse a su amiga, que tenía moratones en las mejillas y sangre seca en los labios.

-¿C…cómo llegó aquí?

El hombre rió otra vez.

-Resultó muy fácil. Enviamos un mensaje para reclamar su presencia en el pueblo. Cometí el error de mandar sólo dos hombres a buscarla. Están casi tan magullados como ella.

Caryn sonrió con cierta satisfacción. Se agachó para coger la mano de Ambra y darle un apretón reconfortante.

-¿Estás dispuesta a no causarles más problemas?

Ambra asintió.

-Obedecerá tus órdenes -dijo Caryn.

Beltar hizo una seña y un hombre cortó las cuerdas de las manos y de los pies de Ambra. Caryn la desamordazó.

-¿Te encuentras bien?

-Sí, pero no gracias a ellos.

-Ambra se frotó las muñecas doloridas, mientras Caryn lanzaba una mirada dura a Stephen.

-¿Qué queréis de nosotras?

-De momento no quiero nada de ti, lady Caryn, aunque más adelante cuando llegue mi hermana seguramente te pediré mucho. Por ahora lo único que interesa es el rescate que espero conseguir de tu marido.

-¿Y Ambra? ¿También exigirás un rescate por ella?

-No – respondió Beltar con una mueca lasciva- Esta ramera me pertenece.

Ambra abrió la boca para protestar, pero Caryn la disuadió agarrándole; con fuerza del brazo.

-Estoy hambrienta -dijo la esposa de lord Ral; sedienta y muy cansada. Sin duda lady Ambra se siente igual que yo. A menos que os hayáis propuesto infligirnos aún más dolor, os pido que nos permitáis refrescarnos.

Beltar se disponía a hacer una objeción, pero Stephen le indicó con una mano que guardase silencio.

-Llévalas a la tienda pequeña, asegúrate de que las alimentan y atienden sus necesidades. Después átalas y déjalas allí hasta que las reclamemos de nuevo.

Beltar se arrellanó en el sillón de alto respaldo, Puedes estar segura de que te reclamaré, -dijo a Ambra. Pienso disfrutar de tus encantos antes de que acabe la noche. Confío en que me proporciones una buena diversión nocturna.

Ambra se enojó y Caryn la empujó hacia adelante.

-No seas estúpida – avisó – No somos más que mujeres. No podemos hacer gran cosa.

-¡Nada mas que mujeres! – refunfuñó Ambra.

El hombre que iba detrás de ellas las sacó a empellones de la tienda. Caryn oyó las carcajadas de Beltar mientras recorrían el campamento.

-¿Cómo puedes permitir que…?

-No malgastes tus fuerzas cuando estás en desventaja. Deja que crean que no vamos a luchar. Mientras tanto, recoge cuanto consideres pueda sernos de utilidad.

Al comprender qué se proponía su amiga, Ambra esbozó una sonrisa que ya había desaparecido cuando llegaron a la tienda pequeña.

-Cuenta con suficientes tropas para combatir en una guerra -susurró-; muchas más de las que se necesitarían si sólo pretendieran obtener un rescate.

-Tienes razón -concedió Caryn, descorazonada-. Me temo que planean llevar a cabo un asedio. Es evidente que quieren tomar el castillo, y creo que no tardarán mucho en atacar.

Aunque Ral hubiera salido ileso de la escaramuza, no habría manera de que consiguiera defenderse de unas huestes tan numerosas como las que Stephen y Beltar habían reunido.

-Debemos encontrar la forma de avisar a Braxston -murmuró Caryn mientras el hombre las arrojaba al interior de la tienda. Un caballero se apostó ante ella, y otro se colocó en la parte posterior.

-¿Cómo podemos avisar? Seguro que nos vigilarán atentamente. Beltar tiene… planes… para mí, y no hace falta mencionar lo que Malvern te reserva.

Caryn se estremeció. Había visto la crueldad de lord Stephen la noche en que había secuestrado a las novicias del convento. Se vengaría de ella por haber escapado de sus garras… y por pertenecer a Ral.

-Si actuamos con cautela, podremos lograrlo. No te desanimes.

Sin embargo, no estaba muy convencida de lo que decía. Virgen Santa, ¿cómo podrían escapar?

Ral divisó las murallas bien vigiladas del castillo de Braxston y adivinó que, en su ausencia, Odo había descubierto la presencia de Malvern. Saludó al vigía que hizo bajar el puente y dio señal a sus hombres de que lo siguieran.

No habían tardado mucho en llegar a la fortaleza. Ya se hallaban cerca cuando los hombres de Stephen los habían atacado, lo que indicaba que Malvern y los suyos no se encontraban demasiado lejos. Odo le recibió en el patio de armas, junto a Richard; los rostros de ambos transparentaban preocupación.

-Temíamos por tu seguridad, milord -dijo Odo-. Me alegro de que hayas regresado. -Observó a los cuatro heridos, a quienes ayudaban a bajar de los caballos-. ¿Malvern?

-Sí. Nos asaltó cerca de la encrucijada. Han muerto dos hombres y han raptado a Caryn.

-¡Santo Dios!

-También han secuestrado a Ambra -explicó Richard-. Mientras la buscábamos sorprendimos a los hombres de Stephen. Por desgracia eran demasiados y nos vimos obligados a regresar.

-Esperaba no volver a verlo -dijo Ral con amargura-. De no ser por la amistad entre Guillermo y su padre, ya habría probado la fuerza de mi espada.

-Aún hay más, *mon ami* -dijo Odo -. Me temo que lord Stephen no está solo. Ha unido sus fuerzas a las de Beltar. Realmente nos enfrentamos a todo un ejército.

-Y tienen a nuestras mujeres -añadió Richard.

La mandíbula de Ral se tensó.

-Así es. -Se dio la vuelta y echó a andar hacia el establo-. Empezarán por pedir un rescate, pero me temo que lo que realmente les interesa es el castillo de Braxton.

-Creo que tienes razón -dijo Odo.

-Debemos avisar a Guillermo. Ante unas fuerzas como las que Malvern ha reunido, la ayuda del reyes crucial, aunque puede llegar demasiado tarde. -Ral se dirigió a su escudero, que seguía sus pasos-. Prepara a *Satán.* Pronto anochecerá, y quiero ver a qué nos enfrentamos.

-Sí, milord.

Mientras el joven mozo se marchaba, Richard se acercó a su señor.

-Esta vez quiero acompañarte.

Ral iba a negarse, argumentando que era más conveniente que permaneciera en el castillo, pero era consciente de que el temor que le producía la situación de Caryn podía impulsarlo a intentar liberarla si nadie le disuadía. Así pues, asintió.

-Prepárate. Cabalgaremos protegidos por la oscuridad, acompañados por un puñado de hombres. Odo se quedará aquí para encargarse de la defensa de la fortaleza.

-Tengo la intención de recuperar a mi esposa -afirmó el senescal con cierto desafío, fijando la mirada en el rostro de Ral-. Es lo único que deseo.

Ral sonrió.

-Te aseguro que yo me propongo hacer lo mismo.

-Apenas puedo tragar nada -Se quejaba Ambra.

Las dos mujeres se hallaban junto a la mesa. Un poco más allá, había unos cojines de seda escarlata esparcidos sobre una gruesa alfombra persa, y en un rincón un biombo con incrustaciones de nácar al lado de unos jergones.

-Debemos comer -dijo Caryn-. Necesitamos conservar las fuerzas.

Acababan de llevar a la tienda una bandeja de pato silvestre asado y una jarra de vino.

-Sí, pero la inquietud me impide comer. Además, la carne está dura y…

-Sí -dijo Caryn levantando la cabeza animada por el plan que comenzaba a urdir-, tienes razón. -Se acercó a Ambra-. ¿Qué te parece si les hacemos creer que te has atragantado? Cuando el guardián entre, le golpearé con la jarra de vino y huiremos.

Ambra sonrió, al mismo tiempo que tendía un muslo de pato a su amiga.

-Yo soy más alta que tú. Será mejor que tú finjas que te atragantas y yo golpee al guardián en la cabeza. -Estoy segura de que después de trabajar con los trovadores, sabes actuar mucho mejor que yo. Tú...

-¡Te .repito que soy más alta!

Caryn suspiró mientras Ambra cogía la jarra de vino y la colocaba encima de la mesa.

-Así pues -dijo Ambra-, simula que te atragantas.

No resultaba tan difícil fingir mordiendo aquel duro muslo de pato. Caryn comenzó a patalear, Ambra le golpeó la espalda al tiempo que se lamentaba, mientras la otra joven seguía tosiendo y jadeando.

-¡Auxilio! ¡Que alguien nos ayude! -Ambra corrió hacia la entrada de la tienda-. Se ha atragantado.

Lady Caryn morirá por haberse atragantado con un hueso de pato. Por favor, ¡ayudadnos!

Por desgracia, ambos hombres entraron en la tienda y miraron inquietos a Caryn, que ponía los ojos en blanco y se llevaba la mano al cuello, jadeando y tambaleándose. Con un último resoplido, tomó aire y se desplomó.

-Iré a buscar ayuda -dijo un hombre. Cuando se dio la vuelta, Ambra le estrelló la jarra contra la cabeza.

Al oír el ruido, el segundo guardián se giró, y Caryn se levantó del suelo, agarró la bandeja de peltre que contenía pato asado y se la arrojó a la cara.

-¡Bruja! -Se tambaleó y, en lugar de caer, avanzó amenazador hacia ellas.

-¿Qué hacemos ahora? -preguntó Ambra.

-No estoy segura.

El guardián bloqueaba la entrada. Si ellas echaban a correr hacia allí, él daría la voz de alarma antes de que pudieran escapar.

-Unos pequeños moratones bien merecidos no molestarán a lord Stephen -dijo el hombre con tono malicioso, cerrando los puños a medida que se acercaba a las mujeres.

Caryn oyó un zumbido distante a su espalda y, al darse la vuelta, vio que la hoja de un cuchillo cortaba la tela de la tienda. El guardián también lo vio, y de inmediato apareció una enorme figura en el torso descubierto. Alargó un brazo poderoso que rodeó el cuello del guardián. Lo estrechó y doblegó hasta que el hombre cayó inconsciente.

-¡Es Gareth! -exclamó Caryn excitada-, el guerrero sajón que los aldeanos llevaron al castillo. -Dedicó una sonrisa al enorme caballero rubio-. Me alegro muchísimo de verte, lord Gareth, pero ¿cómo has sabido que estábamos aquí?

Una sonrisa tenebrosa oscureció sus facciones.

-He estado vigilando a Malvern desde su llegada. -¿Crees que no sé quién es? No hay ningún guerrero sajón que no odie a Malvern por su

crueldad. -Se encaminó hacia el agujero que había practicado en la tienda-. No disponemos de mucho tiempo. Ya hablaremos de ello mas tarde.

Mientras el corazón le latía con fuerza, Caryn salió de la tienda, seguida por Ambra. En unos minutos, quedaron ocultos entre los gruesos árboles y los matorrales. Resultaba difícil encontrar un camino en la oscuridad. Más de una vez Caryn se detuvo al golpearse las piernas o los brazos con una rama puntiaguda.

-No podemos parar -susurró Gareth-. Pronto descubrirán que habéis huido.

Caryn asintió. Ella y Ambra caminaron con Gareth en dirección al castillo de Braxston, ignorando los cortes que les infligía la maleza. Al llegar a un claro se detuvieron y Gareth se puso rápidamente alerta.

-Permaneced aquí -murmuró indicando un sitio entre los arbustos. A continuación se internó sigilosamente en el bosque. Caryn se arrodilló al lado de Ambra para cogerle la mano y se sobresaltó al oír crujir una rama cerca de ella.

-¿No te parece que nos hemos preocupado por nada Richard?

-¡Ral! -Caryn se levantó y él la rodeó con los brazos.

-*¿Cómo* nos habéis encontrado? -preguntó ella-. ¿Cómo sabíais que estábamos aquí?

Él la estrechó con un gesto protector.

-Fue Gareth. Nos ha espiado desde que nos adentramos en el bosque.

-Gareth nos ha ayudado a escapar -dijo Caryn.

Richard sonrió, con Ambra al abrigo de sus brazos.

-Gareth asegura que no necesitabais ayuda que os habéis salvado gracias a vuestro coraje. -Acarició la mejilla de Ambra y, al palpar el pequeño morado, su expresión se llenó de ira-. Otras mujeres se habrían comportado como ovejas que llevan al matadero. Una vez creía que quería una esposa así pero estaba equivocado. -Besó la mejilla de Ambra-. Me siento orgulloso de las dos.

Caryn miró a Ral.

-Malvern planea tomar el castillo de Braxston. Ha reunido un poderoso ejército.

-Sí, Gareth nos lo ha enseñado.

-¿Dónde está?

-En algún lugar del bosque. Si puede, colaborará con nosotros.

-¿Y Malvern?

-Nuestra única oportunidad es conservar la fortaleza hasta que lleguen mis aliados.

Caryn asintió, estremeciéndose al pensar en la I muerte y la destrucción que sembraría el asedio, mientras se preguntaba qué sucedería si la ayuda no llegaba a tiempo.

25

Ral pasó los dos días siguientes organizando los refuerzos del castillo. Ignoraba durante cuánto tiempo podrían resistir a los ataques, pues apenas les quedaban alimentos y las huestes de Malvern impedían el acceso al

pueblo. En cualquier caso, se proponía defender la fortaleza tanto tiempo como fuera posible.

Había preferido no comentar a Caryn que si la ayuda no llegaba a tiempo, Stephen no daría cuartel, lo que significaría una muerte segura para él y un destino aún peor para Caryn.

Al tercer día el vigilante avistó movimiento fuera de las murallas del castillo. Tras subir por las empina- das escaleras de piedra hacia las almenas, Ral observó con terrible fascinación cómo los hombres de Malvern avanzaban más allá del puente levadizo. Los pendones verdiblancos ondeaban al aire mientras las armaduras de los caballeros brillaban al sol. Entretanto, las fuerzas de Beltar tomaban posiciones alrededor del castillo.

Ral apretó los puños. El asedio no tardaría en comenzar. Se estremeció al pensar en las pésimas condiciones que se verían forzados a soportar, el hambre y las enfermedades, las violentas muertes que sufrirían sus gentes, no sólo allí, en la fortaleza, sino también en el pueblo.

Recordaba batallas similares; cómo los hombres pasaban por encima de los cadáveres de sus compañeros, apilados en el foso para formar un puente. Recordaba como se arrojaba aceite hirviendo a través del matacán, como los hombres gritaban de agonía víctimas de una muerte tan cruel, peor que el mismo infierno. Lo recordaba demasiado bien, pero no podía hacer nada para evitar semejante sufrimiento.

Sólo el tiempo podía salvarlos; tiempo para que los caballeros a quienes había avisado llegaran, tiempo para recibir la ayuda del rey.

Ral contemplaba cómo el ejército enemigo se reunía. Braxston ya estaba preparado para el primer asalto. Los arqueros y los hombres de armas se hallaban en sus puestos, y varios guerreros se habían apostado en lo alto de las murallas. Se dio la vuelta al oír un ruido detrás de él, y vio a Caryn abrir la puerta y encaminarse hacia él. La preocupación tensaba sus facciones y la in- certidumbre oscurecía sus ojos. Cuando llegó a su lado, él la estrechó contra su pecho.

-Me alegro de que hayas venido -dijo él suavemente.

Ella dirigió la mirada al ejército enemigo.

-Me sentía sola; te echaba de menos. La incertidumbre es una tortura. A veces creo que la espera es lo peor.

-No, *chérie,* sólo lo parece hasta que empieza batalla.

-¿Crees que podremos resistir?

-Al menos durante un tiempo. Después, todo quedará en manos de Dios.

Él observó los centenares de hombres del ejército contrario, la torre de asalto y la catapulta que estaba siendo colocada. Un ariete esperaba lado de una enorme tortuga metálica proteger a los hombres que habían puente provisional.

«Stephen está bien preparado», pensó amargamente mientras el estómago se revolvía al pensar en lo que se avecinaba. Miró a Caryn, sintiendo su suave cuerpo contra sí, y por un momento olvidó los días infernales que deberían soportar. Apreció cómo los rayos del sol se reflejaba en el cabello de la mujer, que brillaba y refulgía; Recordó cómo había acariciado su sedosa piel la noche anterior, cuando había yacido con ella. La había poseído salvajemente, y ella le había correspondido, atrayéndole con sus curvas femeninas, respondiéndole con su cuerpo, convirtiéndose de tal manera en parte de él que los dos habían formado una unidad.

Le tocó la mejilla y le levantó el mentón.

-Quiero decirte algo que debería haberte dicho hace mucho.

Ella arqueó las finas cejas, y él las acarició con un dedo.

-¿De qué se trata, Ral?

-No me resulta fácil expresarlo. Durante un tiempo creí que no existía un sentimiento así. Desde que te conocí, desde que te convertiste en mi esposa, he descubierto que sí existe, y me considero el más afortunado de los hombres, por haberlo conocido.- Sonrió con ternura-. Te amo, Cara. Hace tiempo que lo sé, pero no podía expresarlo con palabras. Te amo y nunca podrá haber otra mujer para mí.

Las lágrimas inundaban los ojos de Caryn, que posó la mano en la mejilla de su marido.

-Creí que nunca te oiría decirlo. He rezado para que llegara un día como éste, creyendo que nunca ocurriría.

-Debería habértelo dicho antes. Quizá así habría evitado que sufriéramos tanto los dos.

-Fui yo quien debería haber hablado, pero temía perderte. Eres mi esposo, y te amaré siempre.

-Cara...

Ral inclinó la cabeza y la besó con ternura para de- mostrarle el amor que le profesaba. Después la estrechó contra sí y miró por encima de su cabeza hacia el campo donde pronto se libraría la batalla. Aunque la muerte los cercaba, se sentía más satisfecho que nunca. Caryn se apoyó contra él, y Ral ciñó aún más sus brazos alrededor de ella, abrazándola durante unos dulces y dolorosos momentos.

Si al menos tuviera la certeza de que ella estaría a salvo, no le importaría nada de lo que sucediera al día siguiente, Ral miró fijamente las poderosas fuerzas a que se enfrentarían y, al vislumbrar la muerte y la destrucción que se cernían más allá de las murallas, supo que no podía estar seguro de nada.

El viento azotaba el cabello trenzado de Caryn. Por un momento, había sido capaz de escapar de la dura realidad de los hombres y la guerra, la sangre que se derramaría y el horror que estaba a punto de empezar.

-Ya hace tiempo que están listos -dijo finalmente, rompiendo el silencio-. ¿Por qué no atacan?

Ral negó con la cabeza. ~

-Lo ignoro.

-Nuestros hombres también están preparados. Es .un consuelo saber que los has entrenado tan bien para el combate.

-Sí. Es una ventaja que tendremos que aprovechar.

Observaron y esperaron, hasta que un hombre llamó a Ral desde la torre y señaló frenético hacia el campo. Al instante la mujer vio que otro grupo de jinetes armados se situaba detrás del ejército de Stephen. El corazón le dio un vuelco.

-Dios mío – susurró – ha reclutado más hombres.

Tenso y fatigado, Ral avanzó hacia el borde de la muralla y, para sorpresa de su esposa, sonrió.

-No, mi amor. Es el ejército del rey Guillertno.

-¿Guillermo? Entonces ¿por qué Beltar cabalga con él?

Así era. Beltar atravesaba el campamento al lado de Guillermo, que cabalgaba con actitud orgullosa, decidida y distante. El rey se dirigía a la fortaleza flanqueado por Beltar y Stephen. Debía de haberse celebrado un encuentro entre los tres porque, cuando se acercaron, Caryn y Ral observaron que Beltar acataba las órdenes de Guillermo, y que Stephen estaba encadenado.

-Bien -dijo Ral-, ahora que ha llegado el rey, estamos a salvo. -Posó su manó en la cintura de su esposa y la condujo hacia la torre.

Ella percibía el alivio del hombre en cada una de sus poderosas zancadas. Al recordar las palabras de amor que Ral había pronunciado, su amor por él se elevaba. Él le había entregado su corazón y se había comprometido con su futuro. Con la llegada del rey y el fin de la deslealtad de Malvern, ese futuro acababa de empezar.

Bajaron por las escaleras, cruzaron la gran sala y salieron al patio de armas.

-Espérame aquí -dijo Ral con una sonrisa tranquilizadora y un rápido beso en los labios.

Anticipándose a sus deseos, su escudero ya había ensillado y preparado a *Satán,* que piafaba nervioso. Ral subió sin esfuerzo al lomo del caballo, aunque llevaba la pesada cota de malla, y Aubrey le entregó el casco cónico. Mientras se la ponía, Odo, Girart y otros veinte caballeros cabalgaron hacia él a través del patio.

Tras ordenar que bajaran el puente levadizo, Ral espoleó su montura y atravesó el puente seguido de sus hombres, que formaban una columna. Cuando el Último *de* los caballeros hubo cruzado el puente, Caryn corrió hacia el puesto de guardia, adonde llegó al mismo tiempo que Ambra.

-Son lambert y Hugh -dijo la delgada chica, señalando excitada hacia los hombres que había en el campo-. Los he visto desde mi ventana. Guillermo debió de ponerse en marcha tan pronto como recibió la noticia de la traición de lord Stephen.

-Gracias a Dios. No esperaba algo así.

-¿Y qué pensáis de Beltar ? Al parecer se ha puesto del lado del rey.

-Tal vez sea rudo, pero no estúpido. No creo que en ningún momento haya querido incurrir en la desaprobación del rey Guillermo. Tiene mucho que perder. Cuando el soberano se enteró de la alianza entre Stephen y el Hurón y del papel que Malvern desempeñó en el ataque al recaudador de impuestos, Beltar se vio obligado a retirarle su apoyo.

-Y sin ese apoyo y contra todo el pronóstico -añadió Ambra-, los hombres de Stephen seguramente se volverán contra él.

Caryn sonrió.

-Sí, sin duda. Llegaron a lo alto de las escaleras y desde allí observaron los ejércitos de hombres armados situados en el campo. El rey y los nobles parecían discutir acaloradamente. Para extrañeza de las mujeres, Ral y lord Stephen desmontaron. Alguien liberó a Malvern de sus ligaduras y, para horror de Caryn, le entregaron una espada.

-Oh, Señor -susurró mientras su marido desenvainaba su espada.

-Van a luchar – dijo Ambra.

-Sí – respondió con voz trémula.

Ral era sin duda el mejor guerrero sobre la faz de la tierra, y su cuerpo estaba entrenado para el combate, Stephen de Montreale, Por su parte, era

un cobarde; era duro y fuerte y estaba desesperado. Sólo Dios sabía qué obtendría si derrotaba a Ral.

Los hombres alzaron sus armas y de inmediato el entrechocar de los aceros resonaba en el campo. Caryn se estremecía al oírlo, desesperada, inquieta por su marido, deseando no perderlo. Las embestidas de Stephen eran salvajes, aunque esporádicas, como si los hechos ocurridos durante el día le hubieran adormecido los sentidos. Aun así, luchaba como un loco. Si Ral no hubiera repelido cada uno de sus golpes con un frío control, lo habría matado.

Malvern no tardó en dar muestras de cansancio, y los fuertes mandobles de Ral comenzaron a surtir efecto. Apareció sangre en la túnica de Stephen, una franja de un rojo brillante, visible a pesar de la distancia. Un golpe le acertó en el muslo, y cayó sobre su rodilla para atacara su vez con un cimbronazo que Ral consiguió rechazar, aunque al hacerlo quedó al descubierto. Caryn contuvo la respiración mientras observaba cómo Stephen se abalanzaba sobre su esposo, apuntando la espada hacia su pecho. Ra1 retrocedió al tiempo que blandía el acero y hundía la punta en el malvado corazón de Stephen.

Por un momento, el bello señor rubio se mantuvo en pie, incapaz de reaccionar, negándose a creer que en un instante estaría muerto. De pronto perdió el equilibrio y se desplomó.

Incapaz de reprimir un pequeño sollozo de alivio, Caryn se llevó una mano a la garganta, mientras las lágrimas asomaban a sus ojos.

-Está bien, milady -dijo Ambra, sonriendo y cogiéndole de la mano.

-Sí. Gracias a Dios se ha salvado.

Sin esperar a que el cuerpo de Stephen fuera retirado, Beltar hizo una señal a sus hombres, y éstos comenzaron a abandonar sus posiciones. El rey dijo algo a Ral y se dio la vuelta para impartir órdenes a sus caballeros. Montando a *Satán,* Ral se acercó a sus guerreros, y juntos cabalgaron hacia el castillo, mientras Caryn bajaba presurosa por las escaleras para recibir a su esposo en el patio.

Sonrió al verlo avanzar hacia ella, erguido y orgulloso a lomos de su enorme caballo negro. En pocos minutos, Ral se hallaba frente a Caryn con una sonrisa radiante en los labios.

-La batalla ha terminado -dijo- antes de comenzar.

-Así es. Parece que Dios ha escuchado nuestras plegarias.

-Stephen ha muerto. El rey ha confiscado sus tierras y las de su hermana. Por fin estamos a salvo de su villanía.

-¿Qué les ha ocurrido a los aldeanos? -preguntó ella-. ¿Han sufrido la crueldad de Malvern?

-Hubo bastante pillaje, pero nadie resultó herido. El rey ha decidido reponer los bienes de los siervos con las riquezas de Malvern.

-¿Y la recompensa?

-Es nuestra. La gente de Braxston al fin tendrá las tierras que se merece.

Caryn se arrojó a sus brazos, y él la estrechó contra la cota de malla.

-Te amo, Ral.

Él sonrió, con los ojos brillantes de alegría.

-Me complacería muchísimo que me acompañaras arriba y me demostraras cuánto me amas.

-Pero el rey…

-Guillermo no llegará antes de la cena. Richard se encargará de que preparen la sala.

Caryn sonrió y lo besó en los labios.

-Entonces será un gran placer acompañarte, milord.

Ral le levantó la barbilla con los dedos, inclinó la cabeza y la besó larga y profundamente.

-Te amo, esposa de mi corazón -dijo con dulzura y, cogiéndola en brazos, se encaminó sonriendo hacia las escaleras.